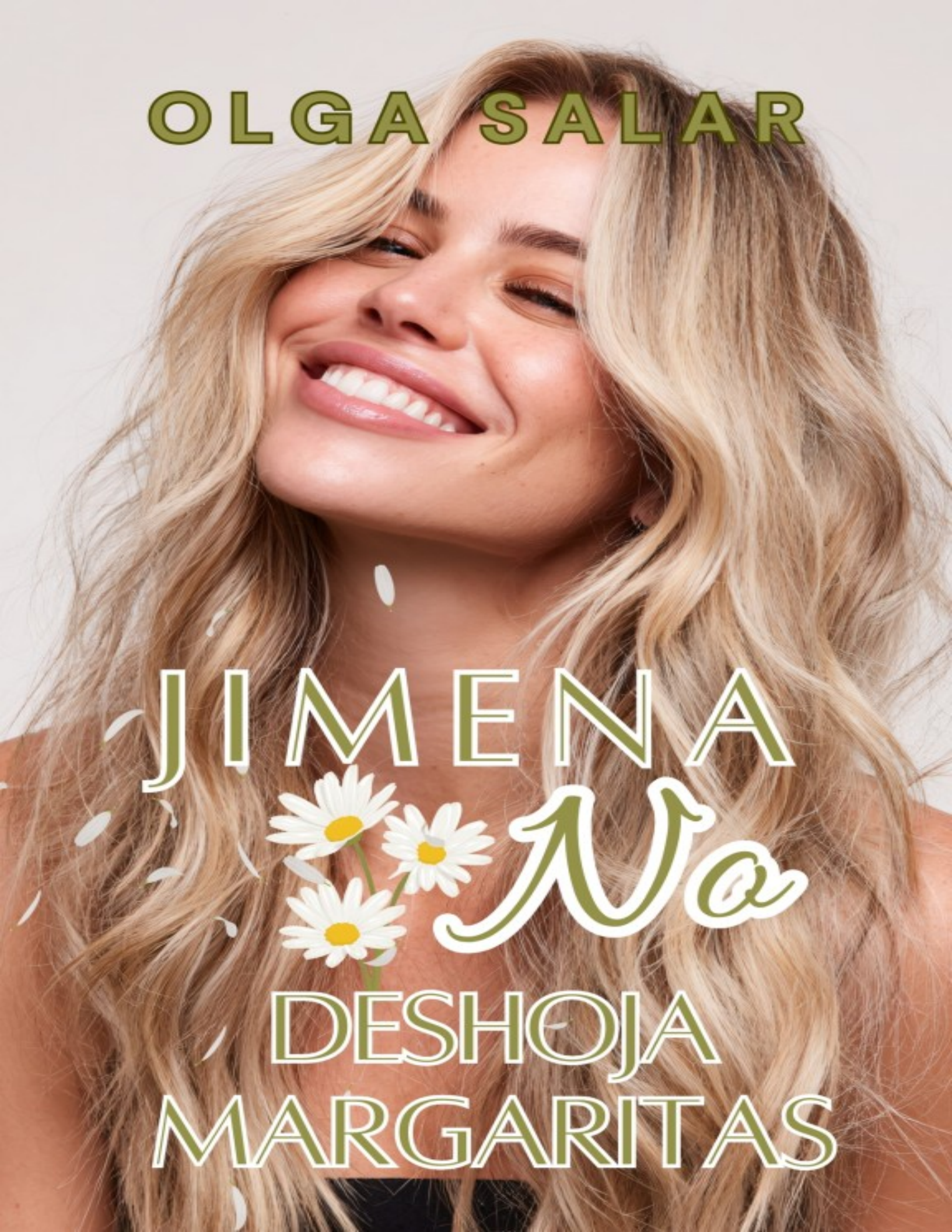
OLGA SALAR



JIMENA

No DESHOJA MARGARITAS

Copyright © Segunda edición: Octubre 2025 Olga Salar

Jimena no deshoja margaritas
©1ª Edición. Enero 2014.
©Olga Salar.
www.olgasalar.es
©Diseño de portada: Olga Salar (Canva/Freepik).

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

CONTENTS

Copyright
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo
About The Author

JIMENA No DESHOJA MARGARITAS

OLGA SALAR

«Jimena no deshoja las margaritas por miedo a que le digan que sí…»

R**osa de lima (2000). Joaquín Sabina.**

Nota Autora

Cuando imaginé cómo sería Jimena, lo primero en lo que pensé fue en que tenía que ser una chica con carácter, especial, fuerte y resiliente, capaz de ser ella misma pese a todos.
Por todo ello, Jimena ama con la misma profundidad con la que detesta, de carácter apasionado y grandes amores y manías (que no odios, ella es demasiado buena para albergar ese tipo de sentimientos). De ahí, su amor por su equipo de fútbol y el desdén que siente por el resto.
No es personal, de hecho, no sigo el fútbol, así que espero que nadie se ofenda. Por una vez he querido ambientar la novela en mi tierra, y, por tanto, su equipo es el que, aunque no lo siga, siempre espero que gane.
¿Y es que a quién no le tira su tierra?

Un abrazo enorme y gracias a todas por estar ahí.

CAPÍTULO 1



—No puedo creer que Lorena y tú hayáis organizado esto sin dobles intenciones. —Se burló Lucas.

—Es una cena de inauguración del piso, esa es la única intención. —Rubén remarcó deliberadamente la última palabra—. Por fin dejamos la casa de alquiler y ahora somos los dueños de nuestro hogar.

—Eso díselo al banco. Seguro que está de acuerdo con tu apreciación. —Se rio, intentando provocarle para que confesara lo que había sospechado desde el principio.

—Tú siempre estropeando los buenos momentos. Deja de ver problemas donde no los hay, es una simple cena de celebración. —Volvió a remarcar Rubén.

—Ya, por eso solo hay dos invitados a tu cena, y casualmente son un chico y una chica.

—Acabas de regresar de Ginebra, también queríamos celebrarlo. Eres demasiado retorcido, Lucas, y crees que los demás somos igual que tú -—censuró tendiéndole una bandeja con unas tazas coloridas para el café.

Lucas se echó a reír con ganas, apoyándose en la encimera.

—No cuela, numeritos. —Le avisó usando su antiguo apodo. Un sobrenombre que se había ganado en el instituto gracias a su habilidad con las matemáticas. Y con el que años después había sido rebautizado por sus alumnos del instituto en el que impartía dicha asignatura.

—Vale, ¿y qué hay de malo si Lorena ha preparado una cena con la intención de que nuestros amigos se conozcan? A lo mejor tenía la esperanza de que os gustarais, y sinceramente, no veo el problema.

—¡Lo sabía!, sabía que era una trampa.

—No es una trampa, es un empujoncito en la dirección correcta y, si se lo cuentas a mi novia, te mato. —Amenazó sosteniendo la bandeja con las cuatro tazas.

—Llámalo como quieras. Lo que me sorprende es que Lorena esperase que me gustara su amiga. Esa chica es todo lo opuesto a lo que me atrae de una mujer. —Cogió la bandeja con intención de llevarla hasta la mesa y dar por terminada la conversación. Sin embargo, Rubén no la soltó, interesado en recibir algunas explicaciones, la sujetó de forma posesiva.

—¿Por qué dices eso?

—¿No es evidente? —preguntó encogiéndose de hombros.

—Pues no —contestó con expresión de desconcierto.

—Es, cómo decirlo amablemente… ¿poco agraciada?

—A mí no me lo parece. —Le contradijo su amigo, aferrando con fuerza la bandeja—. De hecho, yo la calificaría como atractiva.

—Entonces tendrás que revisar tus dioptrías, numeritos.

—Mis dioptrías están más que graduadas —dijo recolocándose las gafas de pasta sobre el puente de la nariz—, seguramente el problema es tuyo.

—En absoluto. Reconozco que tiene un buen cuerpo, demasiado flaco, pero interesante. El problema es que tiene más pecas en la cara de las que soy capaz de contar. El color de sus ojos es bonito, pero son demasiado grandes para su rostro, igual que sus labios. Y su pelo… ninguna mujer debería llevarlo tan desaliñado, es casi un sacrilegio. Esa chica es todo más de lo mismo, bonito color, mal conjunto.

—Pues sí que le has dado un buen repaso para no gustarte nada. —Le atacó Rubén, molesto por la mordacidad de Lucas. Normalmente no era tan superficial; aunque las mujeres con las que salía siempre eran guapísimas, parecían sacadas de un catálogo de alta costura.

—Ya sabes, deformación profesional, todas las fachadas me interesan a primera vista, otra cosa es que sigan haciéndolo a la segunda… Pero es que el colofón final son sus zapatillas de deporte.

—No seas elitista. ¿Qué tienen de malo unas zapatillas? Cualquiera diría que tú no tienes unas.

—No hay nada de malo en ellas si las llevas para salir a correr —espetó a la defensiva.

Él no era elitista, simplemente le atraían las mujeres femeninas que cuidaban su aspecto. Algo que no hacía la amiga de Lorena, que además de con zapatillas, había asistido a la cena con vaqueros de pata de elefante, por clasificarlos de algún modo, y una camiseta descolorida con el tablero del parchís estampado en la pechera. Era simple buen gusto.

Jimena estaba tan concentrada en la conversación masculina que se sobresaltó cuando notó una mano que oprimía, con afectuosa presión, su hombro.

Se giró perdida en sus pensamientos, para toparse con la mirada preocupada de su mejor amiga. Lorena siempre se había comportado con ella como si necesitara de su constante protección, algo impensable para alguien que conociera a Jimena.

Desde luego será una madre controladora, se dijo esta con cálida ironía.

Más por tranquilizarla que porque realmente le hubiera dado importancia a lo que había escuchado, se encogió de hombros y entró en la cocina con paso firme, cortando de golpe la conversación:

—Pues es una suerte no gustarte, así me ahorras tener que mandarte a la mierda —explicó sin perder la sonrisa fría que se había instalado en su rostro mientras escuchaba.

Ni Rubén ni Lorena, que la había seguido al interior de la cocina, se atrevieron a abrir la boca. Sorprendentemente fue el propio Lucas el

que habló con la misma calma que su interlocutora.

—No sabía que la acumulación de pecas imprimiera tanto carácter —respondió resaltando el que consideraba el mayor de sus defectos.

—¡Oh no!, te equivocas. Según tengo entendido son las narices aguileñas las que lo aportan, aunque tú no tienes mucho aspecto de tenerlo.

—Parece que te ha dolido bastante mi rechazo, sobre todo teniendo en cuenta que no estás interesada.

—¡Seguro que sí, guaperas!

Y dicho esto, se dio la vuelta muy digna, y abandonó la habitación haciendo rechinar sus zapatillas de deporte, no sin antes escuchar a Lucas decir en voz alta:

—Lo siento, chicos, pero la única cualidad que le encuentro es que huele muy bien. Muy, muy bien. Jimena se mordió la lengua para no contestarle y se encaminó al salón a la espera de que llevaran el café.

***

Jimena se había encerrado en la habitación insonorizada con la sana intención de dormir.

Patricia y ella la habían hecho insonorizar para sus ensayos con el violín y el chelo, respectivamente, pero en ocasiones como esa, Jimena se planteaba la posibilidad de trasladar el dormitorio de su amiga hasta allí. Patricia era demasiado… ¿expresiva?, ¿ruidosa? Cuando quedaba con sus ligues, y Jimena tenía que abandonar el calor de su cama si pretendía dormir algo durante la noche.

La malo era que dormir sobre la alfombra equivalía a dormir en el suelo. Ni era lo bastante gruesa como para aislarla del frío ni lo suficientemente cómoda. Iba a tener que transportar hasta allí uno de los sofás del salón para ocasiones como aquella, que, por desgracia, eran bastante habituales en su vida.

Con un suspiro resignado, se levantó y abrió el estuche rosa chicle de su chelo, la única nota discordante que se permitía en su vida. Lo sacó con mimo, casi con reverencia, y asió con la mano derecha el arco. Lo colocó entre sus piernas, ladeó la cabeza y comenzó a tocar

el Concierto para Violonchelo y Orquesta N.º 1 en Do mayor de Haydn, la pieza que había escogido para la prueba. Cinco minutos después y sin haber terminado el primer movimiento, apartó el arco de las cuerdas y maldijo en voz alta. Primero Patricia la sacaba de la cama, y ahora, el estúpido amigo de Rubén le arrebataba el placer de la desconexión musical que siempre había sido su refugio.

Enfadada, se levantó de la silla para guardar su instrumento en su lugar con sumo cuidado.

Una vez que el preciado chelo estuvo a salvo, decidió desquitar su malhumor con la almohada, que todavía estaba sobre la alfombra, en el lugar en el que había intentado dormir. Le lanzó la primera patada, pero no consiguió liberar toda la tensión que la embargaba y le impedía dormir, así que resolvió seguir probando con más golpes:

—Tú. —Nueva patada que acompañó con un pensamiento sobre lo bien que golpeaba la almohada, fruto de su interés por el fútbol.

—¡Estúpido! —Otra más fuerte, tenía que apuntar mejor, se dijo, sobre todo si quería que pasara por encima del atril de las partituras.

—¡Guaperas! —Chilló riendo.

—¿Crees de verdad que me importa tu opinión? —Patada que hizo volar la almohada a la otra punta de la habitación. ¡Ahora sí que había marcado gol!

—¡Pues no! —se respondió en voz alta.

Fue entonces cuando se dio cuenta que había ido levantando la voz gradualmente. Ya puestos, un grito más no suponía ninguna diferencia, la habitación estaba insonorizada:

—No me importa, ni me importará nunca lo que pienses de mí.

Sonrió satisfecha de sí misma y regresó a la alfombra que seguía siendo tan incómoda como al principio, aunque ahora parecía que un poco menos.

Jimena se tumbó con su brazo bajo la cabeza, ya había tenido suficiente almohada por una noche. De hecho, lo mejor sería que al día siguiente se hiciera con una nueva. No era plan de tener que dormir con el enemigo.

CAPÍTULO 2



Se lamentó por no haber invitado a Rubén, que era quien la acompañaba cada semana a ver los partidos de su equipo.

En esta ocasión se había decantado por Patricia, no por las súplicas lastimeras con las que la había perseguido durante varios días, sino por la oferta irrefutable que le había hecho al comprobar que con dar pena no iba a lograr nada. Por esa razón la violinista había terminado por ofrecerle lo que Jimena tanto anhelaba: paz en su propia casa.

A partir de ese momento iba a poder descansar durante un mes completo por el módico precio de llevarla a veintidós los jugadores de fútbol corriendo con tras el balón, gracias al pase de socio que usaba cada semana.

Su amiga había prometido trasladar uno de los sofás del salón a la sala de música para realizar allí, en la habitación insonorizada, sus ruidosas actividades nocturnas. Pasado el mes estipulado tendrían que deshacerse del sofá, pero esa era otra historia sobre la que pensaría más adelante.

—¿Cómo vamos a colarnos en los vestuarios del equipo visitante? —preguntó Patricia, muy seria.

—No vamos a colarnos en ningún sitio, vamos a sentarnos con tranquilidad a ver el partido.

—Pero yo quiero ver a los jugadores. —Se quejó haciendo un mohín.

—Y los verás. En el terreno de juego. —Zanjó Jimena.

Haciendo oídos sordos a sus quejas fue escalando gradas hasta llegar a sus localidades habituales. Los demás aficionados fueron llegando, y Jimena se entretuvo viendo el calentamiento del equipo local al tiempo que Patricia se quejaba de lo lejos que estaban del campo y lo mucho que tardaban los del Real Madrid en aparecer.

Sintió la vibración del móvil en el bolsillo del abrigo, y se sintió culpable cuando vio que era Rubén quien llamaba, el amigo al que había dejado tirado por dormir ocho horas al día.

—Mira diez filas más abajo —le dijo en cuanto se llevó el teléfono a la oreja, como si pudiera verla.

—¿Por qué?, ¿para qué?, ¿qué pasa?

—¡Hazlo! Y no preguntes tanto.

Se levantó con curiosidad y dirigió la vista hacia el lugar indicado por su amigo, topándose con dos ojos azules que la miraron de arriba abajo con abierta censura. A su lado Rubén agitaba los brazos para saludarla sin ninguna muestra de resentimiento en su gesto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con el móvil pegado a su oreja.

—Lucas ha conseguido entradas. Se las ha regalado uno de los jugadores al que acaba de hacerle los planos para su casa.

—¿En serio?, ¿qué jugador? —preguntó con curiosidad.

—No sé. ¿Es importante?

—Mucho —declaró con seriedad. Necesitaba saber a cuál de los jugadores debía incluir en su lista negra. Rezó para que no fuera el máximo goleador del equipo.

—Vale, espera y le pregunto. —Pidió, y se puso a hablar con Lucas que estaba a su lado. Jimena podía escuchar toda la conversación desde el otro lado del teléfono.

—¿Para quién eran los planos que me has contado antes? La voz del arquitecto sonó suspicaz.

—¿Por qué quieres saberlo ahora, antes no me has preguntado?

—Jimena quiere saberlo. —Confesó Rubén con toda inocencia—. Es muy curiosa.

—Pues dile que no es de su incumbencia —respondió Lucas, categórico.

Jimena apretó los puños con fuerza imaginando que era el pescuezo de ese arrogante lo que oprimía.

—Jimena, no sé quién es el jugador, pero seguro que es del equipo visitante, ningún jugador del Valencia le pediría que le hiciese los planos a un hincha del Madrid. —Bromeó con mala uva, molesto por la respuesta de Lucas.

—Lucas es del Real Madrid. —Repitió más para sí misma que para su interlocutor—. Entonces no me extraña que nos repelamos mutuamente.

—Sí. Desde pequeño.

—Perfecto. Ahora sí que es perfecto —declaró con ironía.

—No seas borde que tu padre es del Barça.

—Mi padre no es precisamente un buen ejemplo, y lo sabes.

—Eres única. ¿Te veo al salir?, ¿en el descanso? ¡Amunt València!

—Si vienes solo…

—Eres imposible. —Se quejó Rubén con una sonrisa en la voz que hubiera notado, aunque no hubiese estado mirándolo mientras hablaban.

—Creía que habías dicho que era única. —Lloriqueó burlona.

—Eso también. —Concedió Rubén, resignado.

—Nos vemos. —Cortó la comunicación.

Jimena echó una nueva mirada despectiva a Lucas, con la intención de dejarle claro que ella pensaba lo mismo de él, y se giró para volver a su asiento, encontrándose con Patricia que la había seguido, curiosa por saber a quién había matado con la mirada.

—¿Quién es el que está con Rubén? Está buenísimo.

—Olvídalo, Patri.

—Imposible. Míralo bien. —Insistió, asombrada por no haberlo visto antes.

—He dicho que no. ¿De acuerdo?

Patricia abrió los ojos sorprendida por la vehemencia de la petición.

—Ah, ya comprendo. Perdona, Jimena, no sabía que lo querías para ti —comentó con total naturalidad. Había demasiados peces en el mar como para molestarse porque uno se le escapara.

—No me interesa, no se trata de eso.

—Ya, seguro. —Y añadió tras darle un último repaso a Lucas—, así vestida nunca lo conseguirás.

Ya puestos ni desnuda, se dijo Jimena.

—Ya te he dicho que no me interesa —respondió más por librarse de sus pensamientos que por intentar convencer a Patricia.

—Claro, y como no te interesa casi me comes cuando he preguntado por él —comentó caminando hacia su asiento.

—Eso ha sido porque me asquea la idea de tener que compartir el baño con él cuando le eches de tu cama a la mañana siguiente.

Patricia la miró incrédula, pero tuvo el buen tacto de no contradecirla.

La conciencia de Jimena no fue tan discreta: ¡mentirosa! Le gritó a pleno pulmón.

En el descanso el Valencia perdía dos a cero, Patricia se dedicaba a coquetear con el chico sentado a su lado y encima iba a tener que soportar la presencia de Lucas que llegaba acompañado de Rubén que había subido a saludarla. ¿Por qué narices no se había quedado en su asiento?

—¿Cómo lo ves, Jimena?, ¿remontaremos? —preguntó su amigo dándole dos besos.

—Eso dependerá de lo vendido que esté el árbitro —respondió con mordacidad.

No miró a Lucas, pero este no tardó en hacerles saber que su pulla había dado en el blanco.

—¿Por qué será que todos los perdedores le echan la culpa a los árbitros? —dijo con estudiada indiferencia.

Jimena iba a replicar, cuando Rubén, conocedor del carácter de la chelista, intervino para quitarle importancia a ambos comentarios.

—Será mejor que no digas nada más, Lucas. Estás rodeado de valencianistas.

—Gracias por el apunte, amigo. No recordaba lo groseros que pueden llegar a ser algunos de ellos.

Rubén miró a Jimena a la espera de su respuesta. No obstante, ella solo sonrió. ¡Qué te lo has creído! Si te contesto me doy por aludida y yo puedo ser muchas cosas, pero ¿grosera? ¡Qué gracioso eres, guaperas!

Su amigo le guiñó un ojo, agradecido por su silencio. No tenía ninguna gana de presenciar como sus colegas se despellejaban vivos, con ver la acción en el terreno de juego ya tenía más que suficiente.

Como era de esperar, la conversación decayó casi al instante, ya que ni Jimena ni Lucas estaban por la labor de charlar; Patricia seguía pendiente de su nuevo amigo y Rubén no era buen monologuista.

Los dos hombres se marcharon cuando los jugadores volvieron a saltar al terreno de juego.

—Este de aquí al lado me ha dicho que puede colarme en el túnel de vestuarios —explicó acercándose al oído de Jimena.

—Ese de ahí al lado donde quiere colarse es en tus bragas.

Patricia le lanzó una mirada apreciativa al tipo antes de replicarle a su amiga.

—A lo mejor otro día me hubiera tentado la oferta, pero hoy no. Mis bragas están reservadas para otra persona.

—Seguro que sí, Patri.

—¡Qué envidiosa eres! En cuanto me vea caerá rendido, como todos los demás —respondió con la misma sonrisa coqueta que reservaba para sus conquistas.

Patricia era una chica atractiva de largo cabello dorado, unos tonos más oscuro que el de Jimena, voluptuoso cuerpo y rasgados ojos color miel. No obstante, esa noche sus flechas apuntaban demasiado alto.

—¿Envidiosa? Antes muerta que acostarme con alguien del Real Madrid.

—Ya entiendo. Esa es la razón por la que Lucas te cae mal, ¿no? Porque es del Real Madrid y no puedes acostarte con él. No, espera.

No era por eso. Te cae mal porque está buenísimo o era por…

—¿Ya has terminado? Quiero ver el partido. —Zanjó con mala cara —. Yo no vengo a ver a guaperas forrados, vengo a ver a mi equipo.

—¿Dónde te has dejado tu sentido del humor? —preguntó sorprendida por su reacción a la broma—. Porque que yo sepa en tu equipo también hay guaperas forrados.

—Con seguridad en el mismo lugar en el que tú te dejaste la modestia.

—Comprendido. No más guaperas, forrados o no.

—Mira qué bien, al menos allí no te dejaste la suspicacia —comentó sin apartar la vista del terreno de juego.

CAPÍTULO 3



Tras mostrarse abiertamente hostil en la cena en la que se conocieron, y taciturna en el partido de fútbol en el que coincidieron, se habían vuelto a encontrar en una librería y, en ese momento, no habían saltado chispas, como en las ocasiones anteriores, sino que en los escasos en cinco minutos en los que habían estado juntos, habían estallado más fuegos artificiales que durante toda la semana de Fallas en Valencia.

—No me puedo creer que le dieras un diccionario y le aconsejaras que aprendiera a usarlo. —La reprendió Lorena.

—No le di un diccionario cualquiera, le di la edición de bolsillo del Diccionario de la Real Academia. —Y añadió—: En realidad fui excesivamente amable, no entiende el significado de la palabra «perdedor», yo solo pretendía culturizarlo. No veo el problema, de hecho, como digo, fue todo un detalle por mi parte. —Se defendió.

Lorena le puso mala cara, a lo que Jimena le respondió con una mirada inocente.

—No eres capaz de reconocer la amabilidad cuando la tienes delante.

—A otro perro con ese hueso. Lo que hiciste estuvo muy mal, Jimena. No me vengas ahora con excusas de buena voluntad. —Y añadió con una sonrisa divertida—: Aunque reconozco que me hubiera gustado verlo.

—Y que él me diera el libro Cómo hacer amigos y mantenerlos, ¿te parece mejor? —preguntó indignada por su rapapolvo anterior.

—Tampoco. Pero ¿a quién quieres engañar? Te conozco, Jimena. Desde que tenías cuatro años y llevabas babero en la escuela.

—¡Qué poca fe tienes en mí!

—No dramatices. Y dime la verdad. ¿Empezaste tú?

Jimena se retorció en la silla, Lorena la había calado. Eso era lo malo de conocer tan a fondo a una persona, que no había manera de ocultarle nada.

—Puede ser…

—Comprendo que estés dolida por sus palabras sobre ti, pero…

—No estoy dolida Es más simple: no me cae bien —dijo zanjando el tema—, además te he invitado a tomar café para algo más importante que hablar del presuntuoso ese. Voy a presentarme a la audición para primera chelista del Palau.

—¿Y qué pasa con Viena?

Jimena cerró los ojos con fuerza antes de responder. Viena era su sueño desde niña. Se había imaginado cientos de veces tocando La Marcha Radetzky en el concierto de año nuevo de la filarmónica. No obstante, tras mucho meditarlo había decidido que lo más inteligente era aprovechar las oportunidades que le quedaban más cerca.

—No lo descarto, pero de momento queda aparcado. —Confesó con cierta melancolía en la voz—. Para llegar a Viena debería pasar tres años haciendo méritos y por ahora no dispongo de la paciencia requerida.

—Si es eso lo que quieres…

—Ahora mismo, lo es.

—Entonces, cuenta conmigo. Estoy segura de que lo vas a conseguir. —La animó—. No hay ninguna chelista tan buena como tú.

—Lo más complicado será preparar la prueba y elegir la pieza que voy a defender. Tarea en extremo difícil cuando se tiene una compañera de piso sexualmente hiperactiva —dijo colocando los dedos a los lados de su cabeza como si pusiera comillas a sus palabras.

—¡Qué sutil has sido! —Se burló Lorena.

—De acuerdo, cuando se tiene una compañera ninfómana.

Las dos comenzaron a reír con fuerza, atrayendo las miradas de censura de los demás parroquianos de la librería en la que se encontraban porque habían asistido a la presentación de una novela que, a juzgar por la cubierta, estaba casi segura de que era romántica.

¡Amor!, pensó Jimena, qué utopía más bonita.

—Creo que en eso puedo ayudarte —explicó Lorena, sacándola de sus pensamientos—. Vete a casa de la familia en Alcolea. Es un pueblo pequeño de Guadalajara, allí nadie te molestará, el único sonido que escucharás será el de tu chelo.

—Eso estaría genial. Necesito tranquilidad, y no tengo que dar clases en La cajita de música hasta después de Reyes. ¡Qué ganas tengo de ver a mis nenes!

—Haces un trabajo estupendo con ellos. —La alabó su amiga—. Seguro que de allí sale el próximo Jimi Hendrix.

Jimena rio, complacida por la idea de que alguno de sus niños se convirtiera en el mejor guitarrista de la historia.

Desde hacía un año trabajaba con niños de tres y cuatro años en la Cajita de música, un proyecto organizado por la Lira Saguntina, la banda musical de la ciudad vecina a la capital del Turia, y que pretendía acercar la música a los más pequeños, enseñándoles los sonidos de los diferentes instrumentos y permitiéndoles jugar con ellos para que los sintieran como algo cercano.

El presidente de la sociedad, íntimo amigo de su padre, le había ofrecido el puesto, y Jimena lo había aceptado sin pensar, atraída por la idea de enseñar y por la inyección extra de capital.

—Me lo paso de maravilla con ellos. Son como esponjas, todo lo aprenden y son tan agradecidos.

—Su sonrisa delataba el cariño que profesaba a los niños.

—Sí, tus nenes son muy listos.

—Sí que lo son. Y dime, ¿cuándo puedo irme? Necesito comenzar a ensayar de inmediato — comentó, consciente de que se le echaba el tiempo encima ya que había decidido optar al puesto en el último momento—. Bertram me va a exigir más que a nadie.

—Por mí cuando quieras. Lo malo es que pasarás la Nochevieja sola, y ya sabes lo que dicen: con quien terminas el año pasas el resto del siguiente. —Bromeó Lorena, sacándose el refrán de la manga—. Aunque quién sabe, igual el hombre de tu vida es un hombre de pueblo que cría cabras.

—¡Muy graciosa! pero recuerda que no hay mejor compañía para mí que yo misma, así que eso no es un problema, la pena será tuya que no me tendrás cerca.

—Eso es verdad. No pienso discutírtelo. —Aceptó su amiga al tiempo que se apartaba un mechón castaño de su flequillo Cleopatra de los ojos.

—¿Crees que tu madre me perdonará si este año no ceno con vosotros? —preguntó con cierto temor de la respuesta.

—Mi madre te perdonaría cualquier cosa, ya sabes que te quiere como a una hija, el que no sé si será capaz de perdonarte es mi hermano. Contigo fuera de juego mi madre volcará todo su afán casamentero en él.

—Cualquiera diría que a Javi le hace falta ayuda para encontrar novia. —Se quejó Jimena.

—¿Novias? Parece mentira que no lo sepas, mi madre piensa a lo grande, ¡matrimonio! Ambas rieron como locas por la ocurrencia.

Una hora después mientras regresaba a casa andando por las calles adornadas con motivos navideños, recordó las palabras de Lorena: Con quien terminas el año pasas el resto del siguiente. Decidida a darle veracidad al dicho, por si las moscas, planeó la próxima Nochevieja. Esta estaba descartada porque se le había echado encima y no tenía ninguna posibilidad de celebrarla como correspondía a un día tan señalado, pero la próxima se iría a la Puerta del Sol, que siempre estaba hasta la bandera de gente divirtiéndose, y seguro que no volvía a estar sola en mucho tiempo.

¡No lo hagas!, se dijo mentalmente, no obstante, Jimena estaba tan acostumbrada a llevar la contraria por sistema que se desobedeció a sí misma.

Sus dedos asieron el teléfono mientras maldecía en silencio su poco sentido común.

Buscó en la agenda el número de su padre y apretó el icono de marcar, un segundo después escuchó el familiar sonido del tono de llamada: un pitido, dos, tres, cuatro… Saltó el buzón de voz.

Volvió a repetir la operación con el mismo resultado, aunque esta vez dejó un mensaje.

—Papá, necesito que hablemos. Es importante. Llámame. Por cierto, Feliz Navidad.

Había decidido contarle a su padre que había tomado la decisión de presentarse a la prueba para primera chelista del Palau de la Música, a pesar de adivinar cuál iba a ser su reacción a la noticia; o tal vez por eso mismo, por conseguir algún tipo de contacto con su progenitor, aunque no fuera el que cualquier hija solía recibir.

Tres horas después, su mensaje seguía sin respuesta y su llamada no fue devuelta. Mejor así, se dijo, aunque las muescas de sus decepciones se clavaran con fuerza en su aguerrido corazón.

CAPÍTULO 4

28 De Diciembre.

Día de los Santos Inocentes.



This could be para-para-paradise
Para-para-paradise[1]

«Paraíso» era una palabra bastante acertada para lo que advertía. La nieve se veía blanca y esponjosa a través de los cristales del vehículo en el que seguía sentada. A pesar de haber llegado a su destino, permanecía al volante rememorando las decisiones que había tomado en la última semana. Después de haberse resistido durante meses, al final había aceptado presentarse a las pruebas para primera chelista en la orquesta del Palau, de la que formaba parte. Tras muchas charlas disuasorias, se había dejado convencer por su compañera de piso, Patricia, para que lo hiciera. Si bien Jimena reconocía que la idea le había surgido a ella misma en algún momento, también era cierto que la había descartado en cada una de esas ocasiones, sabiendo que, si participaba en la selección y

lograba el puesto, se conformaría con eso y no seguiría luchando por aspirar a su sueño de tocar en la Filarmónica de Viena, una ilusión que la había acompañado desde que siendo una niña comprendió que su vida estaba ligada a la música.

Resultaba imposible no interesarse por ella teniendo un padre clarinetista y un abuelo oboísta. Aunque al principio la música fue para ella un intento de llegar a su progenitor, creía que su interés compartido conseguiría lo que no había hecho la sangre. Se equivocó, sin embargo, encontró su profesión y un modo de vivir su propia vida.

Consciente de que ya había hecho su elección y ahora tenía que defenderla y lucharla, se puso en movimiento. Había aprendido desde niña que era necesario mucho esfuerzo y tenacidad para cumplir los sueños, al menos los relativos a la música.

Decidida a ello, salió del coche y se quedó parada observando la casa rural en la que iba a despedir el año, sola con su amante más fiel, su querido chelo.

Amante, pensó, ¿qué es eso? Ya ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que tuve uno de esos seres míticos en mi vida.

Dando carpetazo al pensamiento centró su atención en la casa que era exactamente como Lorena le había explicado: una vivienda rústica de dos plantas en un pueblo nevado de Guadalajara que apenas consistía en un par de calles, una plaza central con una fuente y la carretera que llevaba de nuevo al estrés y el ruido de la gran ciudad que acababa de abandonar.

Sin ninguna duda el lugar era perfecto para estar sola y ensayar para la gran prueba que iba a decidir su camino.

Abrió la puerta de atrás del coche y sacó con mucho cuidado el enorme chelo, lo más importante de su equipaje, que ocupaba los asientos traseros.

Suspiró resignada, la idea de pasar el año nuevo alejada de sus amigos no le atraía lo más mínimo, no obstante, si quería conseguir el puesto de primera chelista en la orquesta, no tenía más remedio que quedarse allí y practicar hasta que su ejecución fuera perfecta. Ni siquiera abrió el maletero, como no podía cargar con todo y abrir la puerta a la vez, se encaminó hasta la casa, con la idea de volver a

recoger lo que le quedaba, la comida que había comprado de camino, y la maleta con la ropa de nieve que agradecía haber llevado.

No se paró a ponerse el abrigo, la casa estaba a solo cuatro pasos y, además, para hacerlo, tendría que dejar en el suelo su instrumento, algo que no estaba dispuesta a hacer.

Sin soltar el chelo en ningún momento, sacó las llaves del bolsillo del pantalón y abrió la puerta, sorprendiéndose al descubrir que la llave no estaba echada. Imaginó que Lorena habría enviado a alguien para que adecentara la vivienda, por lo que cerró sin volver a pensar en ello. No obstante, una vez dentro, descubrió que adecentar no era la palabra adecuada, ni de lejos. El suelo brillaba y todavía olía a fregasuelos, además no había ni una mota de polvo en los muebles del recibidor; sin duda, quién hubiera ido a limpiar se había ganado el sueldo hasta el último céntimo.

Dispuesta a inspeccionarlo todo antes de vaciar el maletero, descargó su valiosa posesión sobre una de las sillas del recibidor y se adentró en la casa que sería su hogar durante los próximos días. Sintió el cambio de temperatura en cuanto cerró la puerta tras de sí, el calor relajó la tensión de sus músculos doloridos por el frío y la conducción, no obstante, seguía expectante.

El pasillo era largo y espacioso, desembocaba, por el lado derecho, en la cocina con una pequeña habitación anexa que hacía de despensa y, por el lado izquierdo, un arco custodiaba la entrada al salón en el que ardían varios leños en la chimenea.

Jimena se quedó parada en el umbral sin llegar a traspasarlo. El corazón comenzó a latir desbocado, su estómago se contrajo… Nunca había sido una mujer miedosa, pero era evidente que había alguien viviendo allí: la limpieza, el fuego encendido…

Se recriminó no haberse dado cuenta cuando descubrió que no estaba echada la llave. La idea de compartir hogar con unos okupas pulcros en extremo casi la hizo sonreír a pesar de la tensión que la embargaba.

Tras el instante de duda, recordó que la casa de Alcolea era el lugar de veraneo de la familia de Lorena, allí iban todos sus primos desde siempre, seguramente se trataría de alguno de ellos, que

había decidido pasar la Nochevieja en la vieja residencia familiar. Cruzó los dedos para que el primo en cuestión fuera Néstor, el pariente preferido de Lorena y también el suyo. Y lo era no por ser el primo más guapo de la extensa familia de su amiga sino por méritos propios.

En su adolescencia incluso se había permitido fantasear con la idea de ser su novia. El recuerdo se esfumó con brusquedad cuando escuchó pasos en el corredor tras ella y se topó de frente con la persona a la que menos ganas tenía de ver en el mundo.

Los dos se quedaron parados mirándose con fijeza. La sorpresa se leía idéntica en ambos rostros, hasta que Lucas cambió su expresión de asombro a una de profundo desdén.

—¿Es esto una inocentada? Porque si es así me la habéis gastado buena —dijo Lucas con ganas de provocarla.

—Si ese fuera el caso, la víctima sería yo, no tú. ¿Qué haces aquí? —preguntó sin alterarse, lo que conseguía que su interlocutor se pusiera más nervioso.

—Perdona, pero la pregunta correcta es: ¿qué haces tú aquí? —Puntualizó con la misma indiferencia que mostraba Jimena—. Desde que te conozco no he dejado de encontrarme contigo en todas partes, cualquiera diría que estás siguiéndome.

—¡Qué más quisieras!

—No lo niegues, es demasiado sospechosa tanta coincidencia. —La pinchó; en ningún momento había creído que ella fuera a seguirle, pero verla alterarse le divertía más de lo que aceptaría nunca.

—He venido a preparar una prueba. Y por si tienes alguna duda te informo de que me quedo aquí hasta el día tres de enero.

—Estás de broma, ¿verdad? No pienso vivir contigo. Me niego a hacerlo. —La fachada de indiferencia cayó para regocijo de Jimena que estaba disfrutando del momento de triunfo.

—Entonces, ¿te vas? Pues buen viaje y cuidado con la carretera, está todo nevado, vas a necesitar cadenas. No tardes mucho en recoger o se te va echar encima la noche y es peligroso conducir por estas carreteras sin luz.

Y dicho eso se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras que conducían a los dormitorios con la intención de elegir el suyo. Lucas tardó varios segundos en reaccionar, pero cuando lo hizo la siguió con el ceño fruncido.

—No necesito guía turístico. —Le espetó, arisca.

—Perfecto, porque no pienso enseñarte nada. Solo me aseguro de que vas a quedarte con el dormitorio más alejado del mío.

—¿Ves? En eso estamos totalmente de acuerdo. Ya verás como al final nos hacemos colegas y todo. Por cierto, ¿qué hace un tipo como tú que no está preparando una Nochevieja de alcohol y sexo desenfrenado?

—Si buscas molestarme te advierto que por ahí vas mal. En realidad, me gusta el alcohol y el sexo desenfrenado.

—Sí, eso me había imaginado.

—En cuanto a tu pregunta, estoy aquí para terminar un proyecto arquitectónico en el que necesito poner los cinco sentidos. Voy a presentarme al concurso público para diseñar el nuevo museo de artes de la ciudad, y ya sabes, el alcohol y el sexo desenfrenado desconcentran bastante. ¡Espera! —dijo parándose de golpe en medio de las escaleras que estaban subiendo—, olvidé que de eso tú no sabes nada.

Y dicho esto siguió su camino con una sonrisa victoriosa en los labios; había ganado la primera batalla, aunque distaba mucho de ganar la guerra.

Abrió los ojos, cansada de fingir que iba a volver a dormirse. El despertador digital que había colocado en la mesilla anunciaba que eran las seis y media de la mañana. Suspiró resignada a no poder dormir más y recordó el día anterior; para su desgracia, el actual se preveía muy similar o incluso peor.

Tras el amable recibimiento del que sin remedio iba a convertirse en la persona con la que despediría el año, se había quedado sola. Lucas desapareció en cuanto le dejó claro las pocas, o más bien nulas, ganas que tenía de tenerla cerca, por lo que Jimena había dedicado sus energías a subir el equipaje hasta la primera planta en la que estaban los dormitorios.

Las dos horas siguientes las había pasado encerrada en la habitación del fondo del pasillo, la más alejada de la de Lucas, deshaciendo la maleta y maquinando sobre cómo conseguir sobrevivir a la semana que le esperaba.

La idea de pasar la Nochevieja sola le había parecido deprimente, pero pasarla con Lucas era cuanto menos surrealista. Desde que se conocieron, gracias a la encerrona de sus amigos, su animadversión había sido inmediata y recíproca.

El arquitecto era el típico guapo que sabía que lo era, su cabello negro despeinado y sus profundos ojos azules causaban estragos entre las féminas; que tuviera la nariz ligeramente aguileña, lejos de afearle, le confería personalidad a su rostro. Por otro lado, estaba la opinión que él tenía de ella y que había compartido con tan poco tacto. Con ello se había ganado su rechazo de por vida.

De hecho, se sentía tan ajena a sus encantos, reflexionó Jimena tumbada en la cama, que cuando bajó a la cocina para prepararse su cena, ni siquiera se fijó en lo ajustados que le quedaban los vaqueros, ni en cómo se le marcaban los músculos del brazo cuando levantó la sartén mientras le daba la vuelta a la tortilla. No, no se fijó en ello, el único motivo por el que sabía que tenía un cuerpo fibrado y trabajado era porque la cocina era diminuta y había chocado con él varias veces cuando preparaba su comida. De hecho, tras el primer choque, Lucas se había quedado paralizado un momento, con la mirada fija en ella. Durante un instante pensó que estaba enfadado, pero un segundo después desapareció la expresión y Jimena no supo qué era lo que en realidad había pasado por su cabeza.

Tras diez minutos de infructuosos intentos por compartir la cocina, y tres choques más, Lucas tapó su cena a medio hacer con un plato y se marchó anunciándole que volvería cuando ella hubiera terminado de hacer la suya.

¡Se ha rendido! Pensó con orgullo.

Jimena medio sonrió al recordar su victoria, una victoria con sabor agridulce. Se había ido, cierto, pero la razón por la que lo había hecho no era precisamente para tirar cohetes. Dispuesta a animarse del mejor modo que sabía, se levantó de un salto y sin siquiera

vestirse o pensar en la hora que era, se abalanzó sobre su adorado chelo.

La música le despertó poco a poco, primero se coló en su sueño, mientras desnudaba despacio y con suaves caricias a Anabel, que le sonreía pícara y tentadora tumbada de lado como las majas de Goya, dejándose hacer. Entonces se volvió melancólica y estridente, hasta el punto de que lo único que conseguía escuchar eran notas que se llevaban lejos las palabras de su apasionada compañera…

El sueño se fundió a negro, llevándose el calor del cuerpo de Anabel, y Lucas se incorporó en la cama de golpe. Se pasó las manos por las sienes, todavía adormilado, pero consciente de que algo había perturbado su merecido descanso.

A medida que sus sentidos se iban desembotando de la ensoñación, volvió a escuchar la música que ya no provenía de su sueño, sino del dormitorio de Jimena.

Dos segundos después del reconocimiento se levantó de un salto y, sin ponerse siquiera unas zapatillas, corrió por el pasillo dispuesto a explicarle a su impuesta compañera las normas básicas de educación y urbanidad.

¿Qué le pasaba a esa mujer que era tan molesta, grosera, impertinente e inoportuna?

Jimena estaba concentrada en su música, absorta en cada nota. La tensión anterior había desaparecido al ritmo que marcaba su chelo, hasta que una voz atronadora interrumpió su tan anhelada paz.

—¿Se puede saber qué haces?

Antes de dar una respuesta que era evidente, se tomó su tiempo para deleitarse en la visión del cuerpo musculado que tenía delante, Lucas llevaba unos pantalones de pijama oscuros, pero el torso lo llevaba al descubierto. Bueno, es atractivo y tiene buen cuerpo —se dijo—, pero sigue siendo un imbécil. No compensa.

—Estaba ensayando la pieza para la prueba.

—¿Y no puedes hacerlo a horas más decentes? —preguntó a punto de perder la poca paciencia que le quedaba.

—¡Qué sabrás tú de decencia! —Le espetó demasiado rápido, sin pensar en su posible réplica.

—Nada, pero estaba seguro de que lo tú sabrías todo al respecto.

—¿Me estás llamando mojigata?

—No, eso lo has dicho tú. Te has descubierto tú solita. —Y tras el breve intercambio en el que las dobles intenciones dejaron marcas en las paredes, se dio la vuelta y la dejó temblando de ira.

Definitivamente no compensaba.

CAPÍTULO 5



La nieve hacía que sus pies no consiguieran entrar en calor ni con los dos pares de calcetines gruesos que se había puesto en un arranque de sentido común tan propio de ella. De por sí era una mujer friolera y estaban a dos grados bajo cero, lo que tampoco ayudaba mucho a su causa de sentirse cómoda en aquel pueblecito blanco.

A pesar de su entereza para casi todo, la sorpresa de encontrarse con Lucas en la casa la había descolocado totalmente. No es que el chico le gustara un poco, ni siquiera se trataba de que estuviera resentida con él por no considerarla ni atractiva ni interesante, nada de eso. Lo que le sucedía con Lucas era mucho más visceral y recíproco. Los dos se habían repelido de forma instintiva desde la primera vez que se vieron, si bien no de la misma manera, ya que ella nunca le habría catalogado como poco atractivo, aunque sí que le había parecido un hombre arrogante y engreído cuya máxima seguramente fuera regodearse en su propio hedonismo.

Jimena se paró de sopetón y dio una fuerte patada en el suelo, ¡maldita sea! Al final iba a ser cierto que le importaba que él no la considerara ni remotamente interesante. Intentando calmar su

malhumor, respiró hondo, y movió los dedos de su mano izquierda como si estuviera acariciando las cuerdas de su chelo.

La derecha la mantuvo pegada a su cuerpo, usar un arco imaginario en plena calle podía ocasionarle algún que otro problema, algo que había descubierto en varias ocasiones en las que no se había podido controlar a tiempo y había atraído la atención de los viandantes.

Cuando la música imaginaria consiguió su efecto, calmar su mal genio, decidió que debía mostrarse magnánima y reconocer que quizás, y solo quizás, le había prejuzgado sin molestarse siquiera en darle una oportunidad para conocerle. Por otro lado, esa misma mañana tampoco había sido respetuosa con su descanso y ya que estaba siendo sincera tenía que admitir que además de porque necesitaba tocar para relajarse, el motivo que realmente la impulsó a hacerlo a esas horas de la madrugada no había sido otro más que molestarle.

Dispuesta a demostrar que él también se había equivocado con ella, se encaminó hacia la calle principal, a la caza y captura de una panadería en la que conseguir bollos y comprar de ese modo su perdón o al menos algo de paz doméstica, porque eso sí, si esperaba de ella una disculpa, es que era más estúpido de lo que parecía.

Algunas mujeres del pueblo paseaban por allí con falda y, ¡sin medias! Con el frío que hacía, ¡si hasta el agua de la fuente estaba congelada!

Las señoras la saludaron con sonrisas sinceras y le explicaron, cuando ella preguntó, dónde podía encontrar la panadería del pueblo y el único bar de la localidad, dato por el que de momento no estaba interesada, aunque no descartaba que en algún instante le interesara viviendo con quien vivía. De hecho, las amables señoras le contaron entre susurros conspiradores que el dueño era el alcalde y que a pesar de ello servía bebidas ilegales en su bar. Tras semejante explicación no pedida, Jimena tomó nota mental de visitar más adelante el mentado bar, y se dirigió hacia la dirección en la que le indicaron que estaba la panadería.

El local era bastante grande, pero lo más importante era lo calentito que se estaba allí dentro, y el olorcillo que desprendían el pan y las pastas que despertaban el hambre voraz de Jimena.

La dependienta, una mujer de unos cuarenta años, la miró de arriba abajo, con descaro sí, pero con simpatía. Sin intención de ofender, sino con la sana curiosidad humana.

—Así que tú eres la novia del morenito estiloso.

—¿Perdón?

—Hija, yo te perdono lo que sea —comentó la mujer, riendo.

—Es que no he comprendido lo que quería decir.

—Para empezar, háblame de tú. Soy Eugenia —le dijo tendiéndole la mano a través del mostrador—. Encantada.

—Jimena.

—A ver Jimena, voy a ponerte al día —explicó poniendo su mano derecha en la cadera y gesticulando con la izquierda—. La Pepa vio a tu novio entrando en casa de los Monzó y en seguida alertó a todas las que estaban aquí en ese momento. Yo no lo he visto, a tu novio, quiero decir, pero la Pepa tiene buen gusto. A ti ni te pregunto si tiene razón. —Y volvió a reír—. ¿Cuánto tiempo vais a quedaros por aquí?

Eugenia era bajita con el cabello teñido de rojo e iba exageradamente maquillada. Se la veía delgada bajo el delantal blanco. Su actitud abierta y risueña era sin duda la de una persona que sabía cómo atender al público.

—Lucas no es mi novio —respondió entre alucinada y sorprendida por el escrutinio al que estaba siendo sometida—. Y me quedaré en el pueblo hasta el tres de enero.

La mujer obvió la parte de su respuesta que menos le interesaba y siguió con su perorata.

—Bueno, novio, prometido, amigo con derecho a roce… Lo que sea que se diga ahora.

—Pero es que…

—Eso sí, Jimena, ten cuidado con las lagartas que han venido a pasar el Fin de Año en casa con la familia, que esas no respetan ni anillos ni nada de nada. Con eso de que andan estudiando fuera, se

creen que tienen derecho a comerse el mundo y a cualquiera de los que hay en él.

—De acuerdo, estaré atenta —contestó intentando escabullirse de tan incómoda conversación. Estaba claro que nada de lo que dijera iba a conseguir que Eugenia desistiera de la idea de que eran pareja, y Jimena era demasiado práctica para complicarse la vida intentando convencerla de que estaba equivocada.

—Es lo mejor, bonita. A ver, ¿qué te pongo? —preguntó al fin.

—Dos barras de pan y un cuarto de las rosquillas esas de ahí, las del azúcar glass. —Indicó

—Son de anís, ya verás lo mucho que le gustan a tu novio —Y le guiñó el ojo riendo—. ¿Te pongo algunos almendrados?

—No, gracias. Soy alérgica a los frutos secos.

—¡Qué lástima con lo buenos que están! Pero míralo por el lado bueno, engordan mucho. —Le sonrió, solidaria.

Jimena le devolvió la sonrisa, pero no añadió nada más; acababa de concluir que Eugenia era una mujer a la que realmente valía la pena conocer. Su positivismo y buen humor eran contagiosos.

***

Lucas holgazaneó en la cama poco dispuesto a levantarse y toparse con su compañera de casa. Una cosa era verse forzado a convivir con ella unos días y otra muy distinta que estuviera dispuesto a pasar su valioso tiempo a su lado.

Un tiempo que se le iba a hacer eterno teniendo en cuenta que no había televisión ni conexión a Internet y que su iPhone apenas disponía de datos con los que poder entretenerse.

Y para colmo de males Jimena ni siquiera le caía bien, era… Demasiado, esa era la palabra que la definía. Demasiado directa, demasiado exagerada y demasiado gritona… Por no hablar del modo en que había sentido su roce en la cocina la noche anterior… Como si su piel se hubiera hipersensibilizado con el contacto. De hecho, todo en él se sensibilizaba cerca de ella: su mal humor, su sarcasmo…

Unos suaves golpes en la puerta lo sacaron de sus pensamientos.

—¿Lucas? —preguntó la susodicha en un susurro demasiado alto para considerarse como tal.

—No estoy visible —dijo para evitar que ese torbellino de mujer entrara a perturbar el remanso de paz que era su dormitorio.

—De acuerdo. Solo quería decirte que he preparado el desayuno para… los dos.

—¿Por qué?

—Para… compensarte por lo de esta mañana.

Lucas estuvo a punto de soltar una carcajada cuando notó lo mucho que le había costado pronunciar esas palabras que podrían considerarse, en cierto modo, una disculpa. Incluso había sonado como si estuviese a punto de atragantarse.

Se levantó de un salto de la cama, se plantó en la puerta y la abrió, topándose con el rostro pecoso de Jimena y sus grandes ojos azules. Un inexplicable ramalazo de deseo barrió su espina dorsal. Se obligó a pensar que se trataba de la típica reacción mañanera, poco dispuesto a admitir que le atraía de algún modo inexplicable y desconcertante.

—Bajaré en seguida. Espero que sepas hacer café. Jimena se mordió la lengua y sonrió con fingido candor.

—Por supuesto que sé. Ya te dije que era muy lista —espetó con orgullo—. No sabía que tuvieras tan mala memoria.

Se paseaba nerviosa por el salón, cómo narices se le había ocurrido mostrarse amable con Lucas, ¿estaba loca o qué?

Tendría que haberse quedado calladita y lo más importante, sorda. Su conciencia era demasiado entrometida para su propio bien. Cansada de esperar a que el señorito bajara a desayunar, fue a la cocina y comenzó a servirse un café solo, la leche le sentaba fatal por lo que se había acostumbrado a tomarlo así.

Estaba a punto de echarse el azúcar cuando Lucas entró en la cocina vestido con unos vaqueros y un jersey azul celeste que acentuaba el color azul medianoche de sus ojos. Sin ser consciente de lo que hacía, los dedos de Jimena comenzaron a acariciar las cuerdas imaginarias de su chelo, buscando el sosiego en la melodía imaginaria que reproducían.

—No ibas a esperarme. Si que te ha durado poco la buena voluntad.

—Todavía no he bebido. —Se defendió.

Lucas se sirvió una taza y abrió la nevera buscando la leche. No metió la taza en el micro lo que consiguió que Jimena le mirara con aprensión.

—¿Qué pasa?

—Hace frío. Deberías calentártelo.

—No me gustan las bebidas calientes. Pero vamos a lo importante, he venido hasta aquí para trabajar, y no pienso irme y dejarte el campo libre, así que lo mejor que podemos hacer para convivir en paz es establecer horarios.

—¿Horarios? ¿De trabajo?

—Sí, de silencio —especificó, mirándola fijamente.

—Pues eso va a estar complicado porque yo he venido a este pueblo alejado de la civilización únicamente para ensayar, y eso implica crear música. El silencio no me interesa.

—¿Para qué estás ensayando? —preguntó con curiosidad mal disimulada.

—Quiero ser la primera chelista de la orquesta del Palau.

—¡Ah! Ya veo…

—No entiendes nada, ¿verdad?

—Mujer, tanto como nada. Entiendo de muros de carga, de materiales… Pero no, no entiendo nada de lo que me cuentas. ¿Tanto se me nota?

—No, lo has disimulado muy bien, es que soy muy lista.

—¡Qué graciosa!

Jimena parpadeó entre sorprendida y admirada. Era la primera sonrisa sincera que le veía esbozar y era perfecta. Demasiado perfecta, transformaba su cara atractiva en impresionante.

Intentando que él no se diera cuenta centró su atención en el modo de explicarle lo que hacía.

—A ver cómo te lo digo para que lo comprendas… Ser la primera chelista sería algo así como ser el capitán en un equipo de fútbol en el que todos los jugadores tocan el chelo —declaró tras pensarlo unos segundos.

—¡Ahora sí que te entiendo!

—¿Ves cómo soy muy lista? —Replicó muy seria.

—¿Y el director de la orquesta?

—Ese sería el entrenador —dijo con una sonrisa al imaginar a Bertram Mosel, su director de orquesta, como un apasionado y rudo entrenador de fútbol. Era tan serio y mesurado, tan opuesto a esa imagen…

—Interesante… Lo que no sabía era que el chelo fuera tan importante en una orquesta.

—Ahora ya lo sabes —respondió altiva, olvidando el buen tono anterior.

—Cierto. Procuraré recordarlo, pero ya sabes que mi memoria es muy mala.

Lucas reconoció con sorpresa que había encontrado una virtud en Jimena que jamás hubiese esperado, una mujer versada en fútbol era el sueño de cualquier forofo del deporte rey. Debería haberlo deducido cuando la vio en el campo, pero prefirió pensar que estaba allí para ver al futbolista guaperas de turno, lo sorprendente era que Rubén no hubiese intentado vendérsela por ese lado, al parecer sus amigos por fin habían comprendido que Jimena y él eran incompatibles.

Contra todo pronóstico no fue la única virtud que halló en ella esa mañana, durante más de una hora hablaron y compartieron rollitos de anís sin agredirse verbalmente, las pullas pasaron a ser tan suaves como las de un simpático flirteo y ambos descubrieron que el otro no era como creían.

El único punto que creó tensión fue el de los horarios: Jimena nunca había tenido que limitar su arte, en casa disponían de una habitación insonorizada de manera que podía tocar cuando sentía la necesidad de hacerlo. Lucas, por su parte, exigía que la mesa del comedor quedara despejada para su uso exclusivo, comerían en la cocina y así él podría trabajar sin tener que transportar de un lado a otro sus materiales.

Jimena estaba encerrada en su dormitorio y Lucas diseñaba en el salón. No había ninguna razón para que no pudiera tocar, se dijo. Él

estaba lo suficientemente lejos como para que el sonido del chelo le llegara amortiguado y distante, seguro que no le molestaría, ¿no? Indecisa se levantó de la cama y se acercó hasta la silla en la que descansaba su instrumento. Se quedó parada frente a él, debatiéndose entre dejarse llevar por esa necesidad que tiraba de su estómago y ponía en movimiento sus dedos, o cumplir con el horario impuesto por Lucas.

Su independencia se impuso, nunca había llevado bien que le dijeran lo que podía o no hacer. Levantó el chelo de la silla y se sentó con él entre las piernas, con cariño, lo sacó de su funda rosa chicle y se dispuso a perderse entre las notas del Op. 85 de Elgar, en ese instante la habitación dejó de existir.

Lucas se descentró en cuanto sonó la primera nota musical. Había estado durante casi veinte minutos intentando visualizar lo que quería dibujar. Minutos tirados a la basura porque justo en el instante en que había comenzado a trazar líneas Jimena había decidido incumplir el horario que habían establecido.

En un arranque de ira soltó el lápiz y subió corriendo las escaleras para enfrentarse con ella por romper el pacto de no agresión que habían firmado durante el desayuno.

¿Qué le pasaba con ella? ¿Por qué era capaz de alterarle a un nivel al que no llegaba nadie más? Siguió corriendo hasta que llegó al dormitorio que Jimena ocupaba y se quedó paralizado en la puerta.

Tenía los ojos cerrados y una suave sonrisa en los labios que dejaba ligeramente entreabierta su boca. En esos instantes Lucas no pensó que fuera poco agraciada, más bien todo lo contrario, su pelo, normalmente recogido en una coleta despeinada, campaba suelto por sus hombros llegando casi a rozarle los pechos y el modo sensual en que había ladeado la cabeza exponiendo su largo cuello a su mirada ávida le erizó la piel y le sorprendió con la misma fuerza… Aturdido por el hecho de que su enfado le hubiera impedido descubrirla la primera vez que la vio tocar.

Olvidó el motivo por el que había subido hasta allí a toda prisa, y olvidó la razón por la que debía estar molesto con ella. Sin saber por qué actuaba de ese modo se quedó allí en silencio, contemplando

cómo una mujer corriente se convertía en extraordinaria en un instante de magia.

CAPÍTULO 6



La música le había ayudado a relajarse mentalmente, pero necesitaba descargar la tensión de su cuerpo de otro modo. Uno que relajara sus músculos contracturados y despejara su cabeza de hombres atractivos con delantal.

Con decisión, abrió el armario en el que había guardado sus pertenencias, tomó una toalla, su neceser y se encaminó hacia el único baño de la casa, descalza con unos gruesos calcetines y el chándal.

Una vez en el aseo, abrió el grifo del agua caliente y dejó que corriera casi ardiendo, al tiempo que se desnudaba y se metía en la bañera, suspirando al sentir el chorro sobre su cabeza, sus hombros… Alargó el brazo y tomó el champú para lavarse el cabello, masajeaba el cuero cabelludo con dedos firmes mientras su perfume afrutado colaboraba relajando la tensión acumulada en los tres días que llevaba en Alcolea.

Durante unos minutos se deleitó con la maravillosa sensación de calor que relajaba sus músculos. Su piel había empezado a arrugarse cuando se decidió a salir de debajo del agua. Apartó la cortina de plástico, adornada con nenúfares, y asió la toalla que había dejado

sobre la tapa del inodoro. Comenzó secando su cabello para terminar envolviéndose el cuerpo con ella. Iba a vestirse cuando se dio cuenta de que no había llevado consigo la ropa.

Con un suspiro exasperado plegó el chándal, la lencería y los calcetines sucios y los dejó en el mismo sitio en el que había dejado el resto de sus cosas.

Se lavó los dientes, se peinó y salió del baño ataviada solo con la toalla. El suelo estaba tan frío que sentía cómo se le encogían los dedos de los pies. Aceleró el paso mirándoselos, cuando se dio de bruces contra algo duro y muy caliente.

—Qué demonios… —murmuró, sintiendo dos manos aferrarse a sus caderas.

—Lo siento, no miraba por donde iba. —Se disculpó incómoda por su semidesnudez.

—Pareces un perro mojado —le dijo, con una sonrisa cariñosa—. Vístete antes de que te resfríes.

—Ya puedes olvidarte de que te invite a más rosquillas. —Bromeó para disimular lo mal que le había sentado el comentario.

—¿Por preocuparme de tu salud? —Inquirió desconcertado.

—¿Perro mojado?

—¿Un precioso perro mojado?

—Buen intento. —Alabó su rápida reacción—. Pero ya no cuela.

Sin añadir nada más, esquivó su cuerpo y siguió caminando hasta su dormitorio, inconsciente de la erección que pugnaba por abrir un agujero en los pantalones de Lucas.

Este agachó la cabeza y se miró la entrepierna, sin duda tenía vida propia y no seguía ninguna lógica. Jimena no era su tipo, de acuerdo que no era tan odiosa como había pensado tras sus desencuentros en la librería, en el fútbol… Y que tenía un cuerpo tentador, pero de ahí a la reacción que le provocaba había por lo menos… Un océano.

***

—¡Madre mía!, cuánta razón tenía la Pepa. Chico, eres guapísimo —dijo una voz en la puerta cuando Lucas fue a abrir, unas horas después del choque.

Jimena supo inmediatamente quién era su visitante. Con una sonrisa salió de la cocina, en la que prácticamente vivían desde que su forzado compañero había invadido el salón con sus proyectos, y saludó a la mujer.

La expresión de incomprensión de Lucas era tan evidente como la de admiración de Eugenia. En un arranque de compasión, Jimena asumió el control de la situación.

—Lucas, esta es Eugenia, la panadera. —Y añadió con una sonrisa pícara—: La que hizo las rosquillas de anís que tanto te gustaron.

En seguida las dotes seductoras de él se pusieron en marcha como un engranaje bien engrasado.

—Eugenia, encantado de conocerte. He de confesarte que tus rosquillas de anís son las mejores que he probado nunca.

La mujer rio, complacida por el cumplido.

—Me da en la nariz, Lucas, que eso se lo dices a todas.

—Te aseguro que eres la única —respondió con voz melosa.

—Seguramente porque mis rosquillas son las primeras que has probado. —Adivinó Eugenia sin perder la sonrisa.

—Ahí me has pillado.

Jimena siguió la conversación en silencio, Lucas se veía diferente mientras hablaba con la panadera, estaba relajado y mucho más cómodo con esa mujer que acababa de conocer de lo que nunca había estado con ella, aunque siendo justa su relación estaba cambiando.

Invitaron a Eugenia a tomar café con ellos, todavía sin conocer el motivo de su sorprendente visita. Se sentaron en la mesita de la cocina donde habían estado desayunando y hablaron de lo concurrido que estaba el pueblo durante las Navidades, la Semana Santa y el verano, mientras que el resto del tiempo vivían las mismas familias de siempre.

Finalmente, Eugenia se decidió a exponer el motivo de su visita, que no era otro que invitarles a la fiesta de Nochevieja que iban a celebrar en el único bar, y a la que asistía el pueblo al completo.

—No podéis negaros. Sé que no tenéis televisión y hay que tomarse las uvas de la suerte para tener un buen año.

—Eso es cierto —comentó Lucas mirando a Jimena—. Las uvas atraen a la suerte.

Un escalofrío le recorrió la espalda, ¿estaba pidiéndole que le acompañara? ¿Iría él solo si ella se negaba? Entonces se dio cuenta de que no quería comprobarlo, el que le importara su opinión le había gustado demasiado como para tentar a la suerte.

—Sí, supongo que sí. Yo siempre he tomado las uvas en Nochevieja y al día siguiente he escuchado el concierto de Año Nuevo desde Viena —dijo con el ánimo tocado al recordar el concierto. Cada año que pasaba se prometía que al siguiente formaría parte de ese momento, que experimentaría la sensación de tocar en una de las mejores orquestas del mundo, quizás la mejor. Pero jamás cumplía con ello.

—¿Qué concierto es ese? —preguntó Eugenia.

—Es que Jimena es chelista —explicó Lucas con amabilidad—. La música es lo que más le importa.

Ella se sorprendió de que se hubiera dado cuenta, pero también de que lo hubiese dicho con tanta naturalidad, sin dobles sentidos ni burlas veladas.

—¿Más que tú? —preguntó Eugenia asombrada—. Pues perdona que te diga, preciosa, pero estoy segura de que si yo tuviera un novio así lo demás me iba a importar más bien poco.

—¿Novio?

—Bueno, Lucas, ¿tú también con lo mismo?, novio, amigo con derecho a roce… Yo qué sé cómo lo llamáis ahora.

—Pero es que… —Comenzó Lucas con intención de aclarar el malentendido.

—Pues menos mal que has venido acompañado porque si no la Nochevieja iba a ser un infierno para ti, las tienes a todas locas por conocerte. ¡Chico! Eres nueva mercancía y por aquí se ve poco de eso, lo que me extraña es que no se haya pasado ninguna por casa con alguna excusa para verte de cerca.

—Nosotros no… —Intentó explicar Jimena ante el repentino silencio de Lucas.

—Nosotros no faltaremos, ¿verdad, cariño? —Zanjó él, pasándole el brazo por los hombros y atrayéndola hacia su cuerpo.

Un estremecimiento sacudió a Jimena con tanta fuerza que estuvo segura de que tanto Eugenia como Lucas lo habían notado. Como respuesta la acercó más, asiéndola por la cintura con delicadeza.

—Eso es estupendo. Os esperamos después de cenar. Ahora me voy que tengo que despachar pan.

Y tras conseguir su propósito se marchó de allí con una enorme sonrisa de satisfacción. ¡Cómo estaba el mozo!, no había duda de que la Pepa tenía buen gusto, y la verdad era que hacían muy buena pareja.

Todavía no había cerrado la puerta tras de sí cuando Lucas la soltó y le preguntó a Jimena el motivo por el que la panadera creía que eran pareja.

—La verdad es que no tengo ni la más remota idea. Supongo que no concibe que estemos aquí juntos sin tener algún tipo de relación. Después de todo vive en un pueblo, rodeada de gente mayor. No sé por qué te extraña —comentó sin ningún tipo de remordimientos ante la mentira. Se mordió la lengua inmediatamente después para no sobreactuar, mentir se le daba fatal, por no hablar de que todavía estaba alterada por el abrazo.

—Bueno, en cualquier caso, que lo pensara me ha permitido salvar el pellejo. No tengo ganas de rechazar a nadie.

—Veo que eres muy modesto. —Censuró Jimena.

—Solo repito lo que ha dicho Eugenia. Además, no tienes por qué preocuparte, lo único que tienes que hacer es sonreírme y darme algún besito para que sea creíble que somos novios.

Jimena abrió mucho los ojos, sorprendida por el último comentario.

—¿Estás loco?

Lucas estalló en risas al ver su reacción.

—Si no fuera porque mi ego es excelente, como todo lo demás —añadió con intención de provocarla—, realmente me sentiría insultado.

—Tal vez deberías.

—Jimena, Jimena… ¿realmente crees que me engañas con esa actitud beligerante? Estoy seguro de que has pensado en besarme unas cien veces desde que estamos aquí, me miras constantemente la boca.

—¿Qué? ¿Yo? —E inevitablemente, tras su comentario, fijó la mirada en sus labios. Lucas volvió a reír. Disfrutando del efecto que provocaban sus bromas en Jimena.

—Eres la persona más divertida que he conocido nunca.

—Lástima no poder decir lo mismo de ti —comentó ella, todavía ofendida por sus burlas. Lucas ignoró su malhumor.

—Por cierto, ¿qué era eso que tocabas ayer? No sonaba como lo que has estado ensayando.

—¿Me escuchaste?

—Era imposible no hacerlo.

—Me sorprende que no vinieras a regañarme. —Le pinchó.

—He descubierto que tu música me inspira —lo dijo con sarcasmo, pero no era mentira, las palabras eran más veraces de lo que hubiera deseado—. Pero solo cuando tocas lo que ensayaste ayer.

—Lo que escuchaste fue el Concierto para Violonchelo en Mi menor, Op. 85 de Elgar, una de mis piezas favoritas. Lo que me sorprende es que la distinguieras de Concierto para Violonchelo y Orquesta N.º 1 en Do mayor de Haydn que es la que practico para la prueba.

—Mala elección —le dijo él al tiempo que se encaminaba de nuevo a la cocina—. La otra se te da mucho mejor.

Jimena rechinó los dientes. No, si al final iba a resultar que también era un experto en música.

***

Tras pasar un día sin disputas en el que incluso reinó el buen ambiente, por fin llegó la Nochevieja y Lucas, como agradecimiento por el desayuno y, aunque no lo dijo, Jimena supo que iba implícito, por respetar el horario de trabajo, preparó la cena y vació la mesa del salón para que pudieran despedir el año mucho más cómodos.

La invitación de Eugenia consiguió que Jimena se arreglara con esmero e incluso se maquillara. Se alisó el cabello rubio y se lo dejó suelto, dejando atrás su coleta despeinada. Lo mismo que pasó con sus vaqueros y sus deportivas que quedaron en la maleta en favor del vestido de punto rojo, que sin saber muy bien por qué, había metido en el equipaje en un momento de inspiración y las botas

negras de tacón, regalo de cumpleaños de Patricia, que completaron su *look* de fiesta.

Cuando por fin se decidió a bajar se encontró con Lucas recién duchado, con el pelo todavía húmedo y con el olor tentador de su *after shave* activando sus glándulas salivares. Se le hacía la boca agua solo con olerlo, literalmente.

El delantal que llevaba no le restaba nada de atractivo, ahí estaba: removiendo una cazuela y siendo el hombre más sexy que Jimena había visto jamás.

En agradecimiento por el desayuno se había ofrecido a preparar la cena de Nochevieja. Y por lo bien que olía, se había arreglado bien con los ingredientes poco sofisticados que habían podido conseguir en el pueblo.

—¡Qué bien huele! —comentó entrando en la cocina.

Lucas se quedó callado mientras la recorría de arriba abajo con la mirada. Su expresión era una mezcla de asombro y de aprobación.

—¿Te has hecho algo en el pelo? —interrogó con el ceño fruncido, gesto que indicaba que estaba concentrándose en algo—. Te veo distinta.

—Voy a poner la mesa —dijo, y salió de la cocina dejándolo perplejo al verla marcharse precipitadamente, sin contestarle y que estuviera tan atractiva. Había hecho falta que se quitase las zapatillas y se pusiera un vestido para que Lucas reconociera que Jimena podía ser muchas cosas, pero poco agraciada no entraba en la lista.

Mientras él pensaba en su cambio, Jimena se sentía tonta, sus dedos acariciaron las cuerdas invisibles de su chelo, al tiempo que intentaba ordenar sus pensamientos.

No había razón para estar fastidiada, de hecho, no debía importarle que Lucas no se hubiera dado cuenta de lo fantástica que estaba esa noche, ya que ella no se había pasado más tiempo del que acostumbraba a dedicarle a su apariencia, arreglándose para que él la halagara.

La única razón por la que iba así vestida era porque en esa noche simbólica había que comenzar el año que entraba con buen pie.

El sabor de la comida era tan delicioso como su aroma. El pollo estaba tan tierno que se deshacía en la boca.

La boca… Jimena se llevó la mano a los labios tanteándolos, sentía un conocido hormigueo en ellos.

—¡Mierda! ¿Esto que lleva?

La expresión de terror de Jimena desconcertó a Lucas.

—Lo típico, pollo, vino, nata y picadillo de almendras…

No le permitió seguir con la receta, abrió los ojos desmesuradamente y habló a voz en grito:

—¡Soy alérgica a los frutos secos! ¡Mi neceser, necesito mi neceser!

—¡Dios mío! No lo sabía. —Se lamentó levantándose con tanta rapidez que tumbó la silla al hacerlo.

Pero Jimena no se paró a responder, sabía que cuanto antes se medicara menor sería la reacción, de modo que salió corriendo escaleras arriba en busca de su neceser. Escuchó los pasos de Lucas tras ella, pero cerró la puerta de su dormitorio para impedirle el paso. Conocía a la perfección cuáles eran las consecuencias que traía consigo comer frutos secos. De hecho, siempre iba preparada con el tratamiento para la alergia, porque la mayoría de las salsas los incluían.

Si hubiera ingerido algo más que un trocito de pollo, habría salido disparada hacia el hospital. Dado que no era el caso, con sus antihistamínicos sería suficiente. ¡Menuda noche me espera!

Después de tomarse las pastillas se sentó en la cama, lo más alejada posible del espejo que había sobre la cómoda, ya que no le hacía falta ver su reflejo para saber el aspecto que tenía en ese instante.

Suspiró resignada y se levantó muy digna. Lucas no le interesaba lo más mínimo, lo tenía claro. Además, si ya creía que era fea, qué más daba que la viera en todo su esplendor, su opinión no podía ser peor de lo que ya era. Cruzó los dedos para que esta vez tuviera más tacto, si se pasaba un pelo con ella no podría controlar su lengua viperina e iban a terminar el año de muy malas maneras.

Bajó las escaleras con calma, midiendo cada paso que daba, él estaba parado al final de ellas, con arrugas de preocupación

surcándole el ceño, sin embargo, su expresión cambió en cuanto la tuvo en frente.

—¡Dios! Pareces un globo. ¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien?

No ha sido tan malo, se dijo, y parece realmente preocupado.

—Muchas gracias por tus palabras. Eres tan amable que has conseguido que me sienta mejor.

—Será mejor que no vayamos al bar esta noche. —Propuso con delicadeza.

—¿Por qué? ¿Te da vergüenza que te vean conmigo?

Lucas aguantó el golpe bajo y por una vez se calló la réplica que tenía en los labios.

—Si quieres ir, iremos. La única razón por la que lo he sugerido ha sido por tu propia comodidad.

—Perfecto, me alegra que me tengas tan en cuenta. Porque quiero ir, necesito varias copas. ¿Sabes eso que dicen que tras varias rondas cualquiera es una supermodelo? Pues necesito todas esas copas antes de volver a enfrentarme a mi reflejo.

—Creía que no te importaba tu aspecto.

Ella arqueó una ceja y él se sintió obligado a explicarse.

—Me refiero a que prefieres vestir cómoda a sofisticada. Por eso creía que no le dabas importancia.

—Tu explicación me parece razonable.

—Suelo serlo. —Se defendió—. Normalmente no insulto a la gente por placer. De hecho, se podría decir que no insulto a la gente.

—Pues parece que en eso coincidimos. —Zanjó la conversación, dándose la vuelta y dejándolo solo al pie de las escaleras.

CAPÍTULO 7



Jimena ignoró las miradas curiosas, de gente a la que no había visto nunca, y se preparó para la pregunta del millón que no tardó más de cinco minutos en llegar. La culpable fue la célebre y chismosa Pepa. Una mujer de la misma edad que Eugenia y con la misma cara pintarrajeada de su amiga, aunque en esta se veía mucho más exagerado.

—¿Te acabas de poner silicona en los labios? Los tienes muy hinchados —añadió como si hubiera descubierto la cura para el cáncer—, ¿duele mucho? Yo estoy pensando en…

Jimena desconectó y ni siquiera se molestó en explicarle que eran las consecuencias de una reacción alérgica a los frutos secos.

Desconectar de las conversaciones incómodas se le daba bastante bien, había aprendido a hacerlo cuando su padre se ponía en plan sermoneador. Tras la prematura muerte de su madre, habían sido él y su abuelo paterno quienes se habían encargado de criarla, y Vicente hijo, puesto que también estaba Vicente padre, era poco dado a preocuparse o interesarse por su hija. No obstante, de vez en cuando, en un arranque de culpabilidad, sermoneaba durante horas lo que había callado a lo largo de los meses.

El haber crecido con ellos era quizás la razón por la que amaba la música y se ocupaba tan poco de su aspecto. Ambos le habían inculcado su amor por el arte sin mostrarle cómo debía comportarse una muchachita, y Jimena habría hecho cualquier cosa por ser aceptada por ellos.

—Ya no es que sea doloroso, también es tremendamente caro…. —Siguió monologando la Pepa. Contra todo pronóstico fue Lucas quien acudió en su rescate, la mujer enmudeció en cuanto lo tuvo delante.

Con una sonrisa de comprensión, que no se había esperado encontrar en su rostro, le ofreció una de las copas que llevaba en la mano:

—¿Qué es? —preguntó oliendo el contenido del vaso.

—No preguntes, al parecer es algún tipo de bebida ilegal que prepara el alcalde. Creo que se llama alcarreño —explicó Lucas, centrando su atención en las ronchas rojas de la cara de Jimena y lamentando que cubrieran sus pecas.

Con incredulidad, ella se llevó la copa a los labios e inmediatamente dejó de sentir el molesto hormigueo en ellos.

—¡Madre mía! Esto es pura anestesia.

—Dijiste que necesitabas una copa —dijo él evaluando su reacción.

—¿Me has escuchado quejarme? —El desdén se notaba en su voz.

Él la miró fijamente antes de acercarse mucho a ella, la Pepa les observaba disimuladamente mientras fingía conversar con una chica joven que no le quitaba la vista de encima a Lucas.

—Recuerda que somos pareja, intenta ser un poquito más amable conmigo. —Le recordó con una sonrisa forzada y los ojos chispeantes.

—¿Por qué debería serlo? Has intentado envenenarme.

—Jimena. —Advirtió, enfadándose por el comentario.

No pudieron terminar la conversación porque Eugenia se unió a ellos entusiasmada con que hubiesen ido. Siguiendo con su farsa, Lucas le pasó el brazo por la cintura y la pegó a su costado.

Ella ahogó un gritito de sorpresa y… ¿Placer? No, seguramente solo sorpresa, se dijo con firmeza,

nada de placer.

—Bonita, ¿qué te ha pasado?

—Es solo una reacción alérgica, mañana estaré bien. —Anunció cansada de dar explicaciones, e incómoda por la cálida sensación que le proporcionaba el brazo masculino a su alrededor.

—Piensa que ya tienes una anécdota más que contarles a tus hijos —comentó la panadera con dulzura—. Además, mañana volverás a estar tan guapa como siempre.

Jimena estuvo a punto de atragantarse cuando escuchó a Lucas secundar la afirmación de Eugenia. Solo está fingiendo porque se supone que sois pareja, pero tú ya sabes lo que realmente piensa de ti.

Enfadada consigo misma por dejar que su opinión le afectara, más de lo que le había permitido nunca a nadie, le fulminó con la mirada y se alejó de allí sin ni siquiera despedirse de la buena mujer.

Tras perder la cuenta de los alcarreños que había tomado, la noche había pasado de desastrosa e incómoda a divertida y prometedora. El alcohol había conseguido que se olvidara de su cara hinchada, de que estaba a punto de examinarse para el puesto de primera chelista de la orquesta, en la que tocaba desde hacía tres años, de que en apenas unas horas comenzaría el concierto de año nuevo de la Filarmónica de Viena y de que ese año tampoco iba a estar entre los músicos que interpretarían La Marcha Radetzky, de Johann Strauss.

Entretanto, en la televisión comenzaron a sonar los cuartos y la gente reunida se quedó en silencio, pendiente de la pantalla colgada en la pared de Casa Toni.

Sin apartar la mirada del reloj de la Plaza del Sol, notó cómo Lucas se colocaba a su lado. Quiere continuar con la farsa de la pareja feliz, se dijo, ni siquiera le caigo bien, mejor dicho, a mí ni siquiera me cae bien. ¡Que no se te olvide, Jimena! Se instó.

Durante las doce campanadas que precedieron al cambio de año, se olvidó de todo y se centró en no atragantarse con las uvas, previamente peladas y sin pepitas.

Los gritos de Feliz Año inundaron el local, y unas manos la cogieron por la cintura con suavidad, pero con firmeza:

—Feliz Año Nuevo, Jimena.

—Feliz año, Lucas —dijo al tiempo que levantaba la copa que alguien le acaba de rellenar. Tenerle tan cerca la desestabilizaba de un modo en el que no quería pensar. Su instinto le aconsejaba que huyera de él cuanto antes; su mente y su cuerpo, aletargados por el alcohol, parecían sentirse demasiado a gusto entre sus brazos.

—Cariño, no deberías beber más, has tomado medicamentos muy fuertes.

—Cielo —remarcó con retintín—, precisamente por eso necesito tomarme otra copa. ¿Todavía sigo hinchada?

Lucas asintió con la cabeza, incapaz de apartar la mirada de los ojos que tenía enfrente.

—Pues eso —dijo zanjando la discusión—. ¡Brindemos por el año que entra!

Lucas sabía que nada de lo que dijera iba a conseguir que Jimena dejara la bebida, y tampoco podía arrebatársela a la fuerza sin montar un número en el bar, así que hizo lo primero que se le ocurrió para que dejara de beber, volvió a cogerla por la cintura, la pegó a su cuerpo, bajó la cabeza hasta rozar nariz con nariz y la besó. Sin duda una forma poco ortodoxa de alejarla del alcohol, pero efectiva. Muy efectiva.

Jimena sintió que sus rodillas se doblaban como plastilina del mismo modo que sus labios se amoldaban a los de Lucas. Sin embargo, a pesar de los alcarreños, su mente se esforzó en buscar una causa distinta a la atracción. La parte práctica de su cerebro se rebelaba ante la cada vez más cercana posibilidad de sentirse atraída por él. Algo estúpido teniendo en cuenta la opinión que Lucas tenía de ella y que había escuchado de sus propios labios. Debía de haber una causa diferente a su exagerada reacción ante el beso que estaba recibiendo.

Vale que Lucas supiera besar, y vale que sus manos estuvieran marcando a fuego su piel a pesar del vestido que la cubría, pero ella ya había decidido que él no le caía bien. Y que bajo ningún concepto podía gustarle.

Su discernimiento dejó de funcionar con normalidad cuando estiró los brazos y rodeó su cuello con ellos, definitivamente el calor que

sentía por todo el cuerpo era fruto del alcohol consumido y no de la pericia con que estaban besándola, así que iba a aprovechar el instante todo lo que pudiera, segura de que el efecto que le hacía desearle con pasión se pasaría junto con la borrachera.

Llegar a casa había sido difícil y complicado, sobre todo porque ninguno de los dos parecía dispuesto a despegarse de la boca del otro, ni siquiera para coger aire o agilizar el camino.

Lucas abrió la puerta con la mano derecha hundida en el suave cabello dorado. A trompicones entraron en la casa y del mismo modo se deshicieron de las chaquetas. Jimena separó sus bocas y le tomó de la mano para subir las escaleras, ansiosa por llegar al dormitorio. No obstante, no llegaron muy lejos, él tenía otros planes más inmediatos que requerían de su atención.

Subió cuatro escalones con ella a remolque y se sentó en uno de ellos, instándola a que hiciera lo mismo.

—No te pongas tan lejos, —pidió cuando ella se sentó a su lado— mejor ponte aquí. Su sonrisa traviesa le indicó a Jimena dónde se refería con el aquí.

Ella sonrió con picardía y aceptó el reto. Olvidándose de su cara hinchada, de sus labios siliconados, y de lo mal que le caía ese hombre, con unos movimientos sensuales que ni siquiera sabía que poseía, se sentó a horcajadas sobre su regazo.

La reacción de su cuerpo al sentir la presión de los duros muslos sobre los suyos, apenas cubiertos por unas medias, fue volcánica. Notó cómo se derretía sobre él, cómo saltaban por los aires todas las defensas que había construido a su alrededor desde el mismo instante en que le había conocido.

Lucas enterró la nariz en su cuello, entretanto sus manos se deslizaban por sus piernas, y se abrían paso a través de las finas medias, que desgarró dominado por el ansia de cubrir con caricias la piel femenina.

—Dios, ¡qué bien hueles! —murmuró sobre sus labios.

Sintiéndose osada y sensual, Jimena se contoneó sobre su mullido asiento, logrando con ello arrancarle un gruñido a Lucas que la observaba entre dolorido y admirado.

Levantándola ligeramente, se deshizo de los pantys, dejaron de interponerse, y siguió rasgando el fino tejido hasta deshacerse de ellos por completo.

Las manos de ella buscaron la pretina de los vaqueros, entre jadeos y necesidad. Lucas se los bajó hasta los tobillos, trastabillando con Jimena en brazos en el estrecho escalón. Una vez que sintió piel contra piel, su quebradizo control voló por los aires con una pasión que ninguno recordaba haber sentido antes. Sin permitirse pensar, se lanzó a devorar su boca: sus dientes mordisquearon los labios que besaba, para darse el gusto de calmarlos después con la lengua, trazando húmedas caricias sobre la piel enrojecida.

Su erección presionaba sobre el centro femenino y Jimena siguió contoneándose sobre ella, ansiosa por recibir sus atenciones.

—Para, cariño. Tienes que parar ahora o vas a hacerme quedar mal —murmuró paseando la nariz por sus clavículas en una caricia que sirvió para acelerarle todavía más el pulso, el aroma de Jimena le tenía totalmente cautivado.

La respuesta de ella fue balancearse sobre él, rotando las caderas, presionando y friccionando al mismo tiempo sobre la dureza ardiente que sentía palpitante debajo de ella.

Lucas la asió por la cintura y la levantó, dejándola suspendida sobre su necesitado cuerpo. La risa de Jimena sonó sensual y juguetona, sabedora de que lo tenía justo donde ella quería.

—¿No me digas que me tienes miedo? —preguntó con la mirada clavada en sus ojos.

Como respuesta a su provocación la posicionó sobre su miembro y se hundió en ella de una única acometida certera y profunda.

—¿Por qué no lo haces ahora? —preguntó clavándole los dedos en las caderas para instarla a moverse.

Consciente de que ella tomaría sus palabras como un desafío, acalló alguna posible réplica con un beso abrasador que fundió cualquier opción de pensamiento coherente de ambos. Afianzando los pies en el escalón sobre el que estaba sentado Lucas, Jimena comenzó a moverse, marcando un ritmo incendiario, que les hizo separar sus bocas para poder respirar. Lucas le quitó el vestido sin

muchos miramientos, que salió disparado escaleras abajo, y se deshizo del sujetador para atrapar suavemente con los dientes un pezón rosado que torturó entre gruñidos posesivos y golosos.

Perdida en las sensaciones que invadían su cuerpo Jimena aumentó el ritmo, aferrada a los fuertes hombros de Lucas, clavándole las uñas, absorbida por el placer.

El clímax no tardó en llegar, explosivo y demoledor; les dejó exhaustos y jadeantes. Aún desfallecidos, buscaron el aliento que les faltaba en la boca del otro.

Lucas se levantó del escalón sin separarse de ella, deliciosamente extenuada, y se encaminó hasta el dormitorio más cercano.

—No te duermas. Todavía no he acabado contigo —murmuró aún exánime.

—Imagino que lo que quieres decir es que yo no he acabado contigo, todavía. —Contraatacó levantando la cabeza de su hombro para mordisquearle el lóbulo de la oreja.

—Eso es exactamente lo que quería decir. —Aceptó él, acelerando el paso.

CAPÍTULO 8



Se removió en la cama notando la suave presión de un cuerpo sobre su espalda. Su primera reacción fue de pánico, pero un segundo antes de que comenzara a gritar, la imagen de un Lucas extremadamente cariñoso y desnudo invadió su mente, eliminando cualquier idea racional que pudiera tener en ese instante.

Durante más de un minuto se deleitó en los maravillosos recuerdos, tan vívidos que su cuerpo se estremecía como si todavía estuviera acariciándola, devorando cada centímetro de su piel con su boca perversa. Como si sus fuertes músculos aún la sostuvieran y la empujaran a dar más… Su piel dorada, el cabello despeinado y la sonrisa ladina con que la observaba cuando ella se abandonaba al placer.

No podía seguir negándoselo, todo en él la atraía. Lo había aceptado en el mismo instante en que le había permitido meterse en su cama; aunque bien mirado, antes le había permitido entrar en otros lugares mucho más íntimos…

Había comenzado a perder la cabeza en el bar, cuando él la besó para evitar que siguiera bebiendo, y terminó por perderla completamente cuando ni siquiera fueron capaces de llegar hasta el

dormitorio, consumando el instante más placentero y sensual que había vivido nunca en medio de unas escaleras estrechas, frías e incómodas.

Se había acostado con Lucas, aun sabiendo que ni siquiera la encontraba medianamente atractiva.

El alcohol debía de haberle nublado el juicio también a él, y ahora ella tendría que enfrentarse a su desprecio cuando se despertara y se diera cuenta de lo que habían hecho. Conociéndole, ni siquiera estaba segura de que no la acusara de haberle emborrachado para ese fin, era demasiado consciente de su atractivo y muy poco modesto, además de dado a la exageración en lo que a su encanto se refería.

Desde el instante en que la conoció, Lucas dejó bien claro que no le interesaba como mujer en ningún aspecto. Había criticado su apariencia con dureza, y ahora iba a tener que enfrentarse a su cara cuando descubriera con quien había dormido.

¡Dios! Debía de estar realmente borracho ya que se había acostado con ella cuando peor estaba, hinchada y llena de ronchas rojas, que eran mucho más llamativas y exageradas que las pecas que él tanto detestaba.

El movimiento del durmiente la alteró todavía más, estaba a punto de despertarse y ella no sabía qué iba a hacer, cómo actuar. Cerró los ojos y se quedó inmóvil, intentando controlar el ritmo desenfrenado de su corazón, fingiendo que seguía profundamente dormida. Sus dedos escondidos bajo la almohada se movieron sigilosamente, produciendo esa música interior a la que recurría cuando quería calmarse.

Sintió como Lucas se desperezaba tras ella, y agudizó el oído para adivinar cada uno de sus movimientos. Un aliento cálido le rozó la oreja y notó su nariz tibia sobre la piel sensible de su cuello. Con delicadeza depositó un suave beso al tiempo que presionaba su erección contra su trasero. ¡No sabe que soy yo! ¡Es imposible! No lo sabe, no lo sabe… Se dijo convencida.

La habitación comenzó a dar vueltas a su alrededor, se sintió mareada por el deseo desgarrado que volvía a sentir en cada poro de su piel. Aturdida por las sensaciones, apretó los dientes para

controlar los sonidos que pugnaban por salir de su garganta, ¿qué estaba haciendo ese hombre?

¿Seguía afectado por el alcohol de la noche anterior? ¿O es que no sabía quién estaba a su lado? Seguramente un poco de cada, decidió.

Lucas se resignó al comprobar que Jimena estaba profundamente dormida, había intentado despertarla con sutiles caricias, pero no había reaccionado a ellas.

Se levantó de la cama sin insistir. Apenas habían dormido unas pocas horas en toda la noche, y la pobre debía de estar agotada tras su episodio de alergia, antihistamínicos y alcarreños.

La dejaría descansar, decidió poniéndose la camiseta de la noche anterior, la única prenda que había en la habitación. Los vaqueros debían de seguir en medio de la escalera, se había deshecho de ellos allí en su prisa por sentir el cuerpo tibio de Jimena.

La cabeza se le llenó con las imágenes de ella sentada a horcajadas en sus muslos, con el cabello suelto y los ojos brillantes… Incluso sus pecas se veían en esos instantes como una lluvia de estrellas doradas que cubría sus mejillas y su nariz respingona, en esos momentos incluso se hubiera detenido a contar cada una de ellas.

Abandonó sigilosamente el dormitorio de Jimena, con la intención de prepararle el desayuno. No quiso preguntarse por la causa de su excesiva amabilidad; él no era un hombre de detalles románticos. Cuando estaba con una mujer los dos sabían claramente cuáles eran sus intenciones, en cambio, con Jimena, todo se le había ido de las manos. Probablemente porque acababa de pasar la mejor noche de su vida. Literalmente.

Media hora más tarde, le escuchaba trastear en la planta baja, se levantó de la cama y comenzó a tocar su chelo interior, con un esfuerzo sobrenatural, resistió la tentación de tocar el instrumento físico, la idea de no alertar a Lucas la convenció.

—¿Qué vas a hacer, Jimena?, ¿cómo piensas salir de esta? — susurró, como si al hacer la pregunta en voz alta le fuera a llegar del mismo modo la respuesta.

Abstraída, pensando en su siguiente paso, se estremeció al sentir el perfume de Lucas cerca, su primera reacción fue tumbarse y fingir que dormía, entonces comprendió que provenía de su propia piel, que todavía guardaba la impronta de su cuerpo.

Cada vez más nerviosa y confusa, revisó el dormitorio y sus opciones. Se había acostado con él, no había vuelta de hoja. Ahora simplemente tenía que decidir cómo actuar, y debía tomar la iniciativa o él la destrozaría cuando le echara en cara lo poco interesado que estaba en repetirlo e incluso en recordarlo.

Una idea llevó a la otra y el pensamiento salvador iluminó su rostro ya deshinchado por el medicamento. Lo único que podía hacer para evitar el mal rato era fingir que no recordaba nada de lo sucedido. No había ninguna muestra del delito, puesto que Jimena tomaba la píldora. De manera que se habían dejado llevar, seguros de que su contacto no tendría consecuencias.

Además, contaba con la vía de escape del alcohol, no era una locura que no fuera capaz de recordar lo sucedido la noche anterior, a muchas personas les ocurría que tras una borrachera importante les desaparecían los recuerdos. Era una opción verosímil, que iba a salvarla de la vergüenza de ser rechazada de nuevo.

El recuerdo de la conversación que había escuchado a hurtadillas entre Lucas y Rubén acudió de nuevo a su mente:

Vale que tiene un buen cuerpo, demasiado flaco, pero interesante. El problema es que tiene más pecas en la cara de las que soy capaz de contar. El color de sus ojos es bonito, pero son demasiado grandes para su rostro, igual que lo son sus labios, y su pelo… Ninguna mujer debería llevarlo tan desaliñado, es casi un sacrilegio.

Apartando de un plumazo la imagen, se centró en solucionar la papeleta con la que se había encontrado por dejarse llevar.

Entonces se dio cuenta de que su plan tenía un pequeño fallo, la humedad y la ligera molestia que notaba entre las piernas. Se levantó rápidamente de la cama y se dio una ducha relámpago que se llevó con ella el temor y la indecisión.

Cuando estuvo lista rezó todo lo que sabía para que Lucas no cayera en la cuenta del detalle; era un hombre, había muchas probabilidades de que no lo hiciera. Ocho minutos después se

encontraba mentalizada para poner cara de póquer y fingir que la Nochevieja se había llevado con ella el año y sus recuerdos.

Cuando llegó a la planta baja, Lucas estaba en la cocina con el pelo húmedo, la habitación olía a café recién hecho y a mermelada de melocotón. Iba a entrar cuando él se giró como si hubiera notado su presencia:

—Buenos días, dormilona. ¿Has descansado bien? Ya no queda ni rastro de tu alergia.

Jimena se sorprendió por la calidez con la que la había recibido. Cuando le vio caminar hacia ella, se tensó.

—Buenos días, Lucas. —Repitió más bajito.

Él siguió acercándose a su cara, posiblemente con intención de besarla, pero Jimena se balanceó a la derecha evitando sutilmente el contacto.

—He dormido de maravilla, ni siquiera recuerdo cómo llegué a la cama. —Soltó ella de sopetón, cortando cualquier acercamiento que Lucas hubiera tenido intención de hacer.

—¿Perdón? ¿Qué dices que no recuerdas?

—Dime que no hice mucho el ridículo —respondió ella, obviando lo que él quería saber—. Bebí demasiado y no consigo recordar si lie alguna en el bar.

—¿Desde cuándo te importa tanto hacer el ridículo? —preguntó, dolido porque no recordara sus caricias.

Había evitado que la besara, y ahora comentaba como si nada que no recordaba lo que había sucedido entre ellos. ¿Dónde había quedado la Jimena dulce y apasionada que tanto había admirado?

—Creía que habíamos superado esa fase. —Tanteó ella.

Parecía que no había malinterpretado su gesto, realmente había planeado besarla, era lo único capaz de explicar su repentina hostilidad, eso y el ataque contra su ego.

—Yo también creía muchas cosas y parece que me equivoqué. Ahí tienes café recién hecho, que lo disfrutes, me voy a trabajar un rato.

—De acuerdo. ¿Te importa si ensayo después del desayuno?

—¿Desde cuándo me pides permiso?

—¿Desde que nos hicimos amigos? O al menos superamos nuestras diferencias. —Bromeó ella con la voz más aguda de lo normal por los nervios.

—Creo que es más bien la segunda opción. Nosotros no somos amigos —dijo alejándose en tres zancadas.

Jimena no supo cómo reaccionar, ¿estaba enfadado porque le había hecho creer que no recordaba lo sucedido entre ellos, o lo estaba precisamente por lo que habían compartido? Confusa e insegura por primera vez desde que era niña y aprendió que, si se lo permitías, la vida dolía mucho. Salió de la cocina buscando aquello que le proporcionaba la capacidad de seguir siendo ella misma a pesar de todo lo demás: la música de su chelo.

Estaba tan concentrada en los acordes que tenía los ojos cerrados y la mente perdida en aquel lugar personal al que le transportaba cada sonido que arrancaba a su instrumento. Solo cuando terminó la melodía se permitió abrirlos y regresar al mundo real.

Un mundo real del que en ese instante quería volver a escapar.

—¡Aaah! —Gritó, asustada por la araña negra y peluda que acaba de aparecer detrás de la silla que había frente a ella.

Tras el grito, escuchó los pasos de Lucas corriendo por la escalera antes de entrar de golpe en su dormitorio.

—Por Dios, ¿qué pasa? ¿Estás bien? —preguntó preocupado, comprobando con la mirada que todo estaba en su sitio y que Jimena estaba perfectamente.

—¡Una araña! —dijo ella, señalando a la culpable de su chillido.

—¿Y qué? No va a comerte, eres demasiado grande para ella.

—No puedo soportarlas. —Confesó nerviosa por mostrar debilidad ante él.

Se había subido a la cama por si al bicho le daba por escapar, sosteniendo sobre sus piernas el chelo como si este pudiera defenderla.

—¿Y por qué narices llevas tatuada una en el vientre si tanto miedo te dan? —preguntó entre curioso y exasperado, mientras iba a deshacerse del bicho.

Jimena calculó cómo debía responder sin delatarse. Optó por la evasión, algo rápido y fácil:

—¿Cómo sabes tú eso?

—Creo que me lo dijo Lorena cuando intentaba venderme tus virtudes, no lo sé. En cualquier caso, responde. —Pidió él siguiendo la misma táctica evasiva.

—Lo hice como terapia, pero, como ves, no ha funcionado. —Confesó avergonzada.

—¿Terapia?

—Sí, creía que al verla cada día sobre mi propia piel conseguiría acostumbrarme a ellas. Puede sonar estúpido, pero algunas terapias de choque son muy similares.

Se quedó callado observándola unos segundos que a Jimena le parecieron horas.

—No entiendo cómo consigues sorprenderme y descolocarme tanto. —Se quejó dándose la vuelta y abandonando la habitación.

Jimena se quedó con una pregunta atorada en la garganta:

—¿El comentario era un elogio o una crítica?

CAPÍTULO 9



El reloj digital de la mesilla de noche anunciaba en grandes números rojos que eran las tres de la mañana, por lo que el chelo estaba vetado.

Bajó a la cocina con intención de prepararse una infusión, pero se detuvo en la entrada del salón, encendió la luz y paseó la mirada por los papeles y planos que Lucas tenía desparramados sobre la mesa. Con curiosidad, tomó varios bocetos a carboncillo de lo que imaginaba que debía de ser su proyecto para el museo: un edifico con el tejado circular y largos ventanales abovedados en la parte de arriba y alargados en la de abajo. A Jimena le recordó a una partitura, cada uno de los elementos que componían el dibujo le remitían a las diversas claves musicales. Las ventanas de la planta baja tenían más similitud con los pinceles y las brochas de un pintor.

—¿Qué haces aquí abajo a estas horas? —preguntó una voz somnolienta a su espalda.

Jimena respiró hondo antes de girarse a mirarle, nerviosa ante la perspectiva de verlo con poca ropa, lo que seguramente activaría sus recuerdos de su cuerpo desnudo y sudoroso deslizándose sobre…

¡Basta! Se amonestó al tiempo que se daba la vuelta lentamente, a punto estuvo de suspirar de alivio cuando comprobó que llevaba un pantalón gris oscuro del pijama y una camiseta negra de Led Zeppelin.

—No podía dormir. —Confesó con la garganta reseca.

—Pues yo estaba en medio de un sueño fantástico y me has despertado. —Se quejó acercándose a ella y arrebatándole los papeles de las manos.

—Perdona. —Pidió en un susurro.

—¿Dónde está Jimena y qué has hecho con ella? —preguntó Lucas con un gruñido mientras fijaba la mirada en sus labios entreabiertos.

Durante varios segundos siguió con la vista clavada en su boca, lo que consiguió que Jimena perdiera el hilo de sus pensamientos. Instintivamente se llevó la mano a los labios, la única razón por la que Lucas los miraría de ese modo sería porque los tenía manchados o…

Sus reflexiones se esfumaron de un plumazo cuando escuchó el gemido ahogado que emitió Lucas al verla tocárselos.

—No te entiendo —comentó retirando los dedos de su rostro, y la afirmación iba más allá de lo que aparentemente podía parecer—. Sigo siendo yo.

—No lo creo. No te pareces en nada a la chica que conocí hace unas semanas. —Su voz sonó ronca, como si hubiera hecho un gran esfuerzo para encontrarla.

—Bueno, teniendo en cuenta lo poco que te gustó esa chica deberías sentirte aliviado —dijo irguiéndose—. Al menos puedes decir que estos días conmigo no han sido tan horribles como esperabas.

—En realidad cambié de opinión tres segundos después de que me enviaras a la mierda.

—Yo no hice tal cosa, dije que era una suerte no gustarte, porque así me ahorrabas tener que mandarte a la mierda. —Se defendió—. No te envié en el sentido literal de la palabra.

—Y yo no pretendí ofenderte, o tal vez sí, pero no se trataba de ti. Estaba molesto por la encerrona y creía que tú estabas de acuerdo con ellos. Normalmente soy mucho más amable.

—Sí, me di cuenta ayer mismo cuando apenas me dirigiste la palabra en todo el día.

—Ayer tenía resaca, tal y como dijiste, bebimos demasiado. —Mintió. La única razón por la que la había evitado durante todo el día era para evitar volver a abalanzarse sobre ella y porque tenía demasiado reciente el recuerdo de su rechazo, puede que involuntario, pero rechazo, al fin y al cabo

—. Normalmente soy mucho más amable de lo que he sido contigo.

—¿Quieres decir que habitualmente mientes mejor? —le dijo intentando restarles importancia a sus desencuentros.

—No, quiero decir que, aunque no eres…

—¿Guapa?, ¿femenina?, ¿sexy?, ¿libre de pecas?

—Mi tipo —acertó a decir—. Me pareces mucho más atractiva de lo que confesé esa noche.

—Es un alivio saberlo —dijo enfadada, eso ya lo sabía, ¡qué novedad! Se dijo. Como si yo estuviera interesada en ser su tipo—. Buenas noches, Lucas. De repente tengo mucho sueño.

La vio marcharse y supo que había vuelto a meter la pata, ¿qué narices le pasaba con esa mujer? Era cierto que Jimena no era para nada el tipo de mujer que le atraía, era lo opuesto a Anabel, y, aun así, no podía quitarse ni de la cabeza ni de la piel el recuerdo de las pecas doradas que salpicaban su cremosa piel, como las estrellas relucientes que solo eran visibles de noche.

Con la excusa de salir a comprar pan, Jimena se levantó temprano, a pesar de haberse desvelado, y salió a la calle. Ese mismo día se quedaría sola en la casa, Lucas regresaba a Valencia. Ella se marcharía al día siguiente y todo volvería a la normalidad. Al menos, aparentemente, porque dudaba de su capacidad para olvidarse de él.

Le había costado semanas reconocer que le atraía y ahora debía hacer el mismo ejercicio, pero a la inversa. Decidió impulsivamente, como hacía siempre que estaba alterada, que cuando estuviera en casa aceptaría la invitación de Bertram Mosel para salir a cenar. Su director se lo había pedido en varias ocasiones, aunque Jimena

nunca había adivinado si lo hacía como amigo o en plan romántico. En cualquier caso, salir con Bertram la distraería de su atracción fatal.

El pueblo, habitualmente vacío presentaba un aspecto mucho más vivo y animado a pesar del frío, había niños en el parque de enfrente a la panadería, y mujeres cargadas con cestos de mimbre con comestibles. Aceleró el paso con la intención de evitar conversaciones y, en dos minutos, se plantó en la tienda de Eugenia.

Cuando entró el olor del pan y el calorcito del ambiente la hicieron sentir mejor.

—Buenos días, y dichosos los ojos. —Saludó—. Ayer no salisteis de casa en todo el día, ¿tocaba recuperar fuerzas? —Bromeó la panadera—. No sirve de nada que lo niegues, os vi marcharos de la fiesta muy acaramelados.

Jimena se quedó completamente en blanco, sin atreverse a mentir a aquella mujer a la que apenas conocía, pero que se había volcado con ella como muy poca gente lo había hecho a lo largo de su vida.

Eugenia, versada en atender clientes y adivinar sus reacciones, supo que algo andaba mal.

—Tomás, sal un momento, hombretón —llamó sin dejar de mirarla.

El panadero salió de la trastienda completamente vestido de blanco y con un gorro de pastelero en la cabeza. Jimena lo reconoció de la noche de Fin de Año, cuando la hornera se lo presentó como su marido.

—Buenos días. —Saludó con una sonrisa—. ¿Qué necesitas, Eugenia?

—¿Puedes quedarte a atender mientras Jimena y yo nos tomamos un cafelito?

—Claro que sí.

—No coquetees con las clientas, maridito mío, que te conozco —le dijo burlona.

Le guiñó un ojo y, poniéndose de puntillas, le plantó un beso en la mejilla, su marido aprovechó la oportunidad y le dio un pellizco en el trasero.

Jimena fingió no darse cuenta, sonriendo agradecida cuando Eugenia se giró en su dirección, necesitaba desahogarse con alguien

y la mujer le inspiraba una confianza que no prodigaba casi nunca a nadie.

La trastienda estaba en el lado opuesto por el que había salido Tomás. Era una amplia habitación con una mesa camilla adornada con un mantel de flores azules, y cuatro sillas con cojines del mismo estampado. A la izquierda había una puerta que conducía a una pequeña cocina, y otra que Jimena imaginó que conectaba con la casa de la panadera, que vivía justo arriba del horno.

—Siéntate, voy a hacer café.

—No te molestes, Eugenia, en realidad no me apetece tomar nada.

—¿Qué ha pasado? Tienes mala cara.

—Ni siquiera sé porque te voy a contar esto, casi no te conozco —dijo con sinceridad.

—Por eso mismo, porque no me conoces. ¡Cuéntamelo y desahógate!

—Me he acostado con Lucas. —Se calló para evaluar su reacción, pero Eugenia se mantuvo impasible—. Y ahora estar cerca de él me incomoda.

—No veo porqué, todas las parejas tienen sexo, y tú no pareces de las que esperan a casarse para probar el pan.

—Sé que sabes que no somos pareja, no hace falta que sigas por ahí. —Le aclaró con los ojos brillantes de diversión.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó sin ningún viso de vergüenza.

—Con certeza, desde ahora mismo, que no lo has negado. Pero lo sospeché cuando le vendiste la moto a Lucas con lo de que era mejor llevar pareja a la fiesta en el bar para que las chicas le dejaran en paz.

Eugenia se rio con ganas y le explicó con todo lujo de detalles la razón del engaño: al parecer había creído que le estaba haciendo un favor. La primera vez que le preguntó sobre él cuando compró las rosquillas de anís y la tanteó sobre si eran novios, intuyó que ella sentía algo por él y que no estaba teniendo mucha suerte. Por eso pensó en invitarles a compartir las campanadas de Fin de Año con ellos, la pullita sobre las chicas que estaban interesadas era parte

del plan para acercarles. Si él la usaba como escudo quizás acabaría robándole un beso y una cosa llevaría a la otra…

Un plan que, a fin de cuentas, había funcionado a la perfección.

—¿Haces esto normalmente?, ¿actuar de casamentera? —preguntó con curiosidad.

—Esto es un pueblo, Jimena. En algo tengo que ocupar mi tiempo. —Se rio—. Y tampoco es que haga daño a nadie.

—Deduzco que es un sí.

—Deduce lo que quieras, seguro que aciertas. —Concedió sin perder la sonrisa—. Si no hubieras venido acompañada, te habría presentado a Manuel, y te aseguro que mi sobrino no tiene nada que envidiarle a Lucas.

—¿Manuel? —Repitió Jimena, sorprendida por el comentario de Eugenia.

—Sí, el hijo de mi hermana. Pero ahora explícame dónde está el problema ese que crees tener, porque yo no lo veo. —Pidió Eugenia —. Se ve claramente que ese hombre te atrae.

Jimena se permitió explayarse en su explicación: comenzó contándole cómo le había conocido, lo que le había escuchado decir sobre ella y lo borde que había estado desde ese momento cada vez que se encontraban. Siguió explicándole su reacción cuando la vio en el pueblo en casa de su amiga Lorena, y cómo había intentado organizarle la vida poniéndole horarios, como si fuera una niña pequeña a la que había que educar. Para terminar relatándole lo dulce que había sido después, y lo confusa que se había sentido al despertar y no saber cómo actuar con él. Había supuesto que estaría arrepentido, pero tras fingir no recordar su noche juntos parecía dolido, y eso la confundía todavía más.

Eugenia escuchó en comprensivo silencio, solo intervino cuando resultó evidente que Jimena buscaba su opinión:

—Yo solo sé que no te miraba como si no le gustaras. Un hombre que no está interesado en una mujer no tiene ese brillo en los ojos cuando la mira. —Zanjó con seguridad.

—Eres una romántica. —Y sonó como una acusación.

—Lo soy, pero tú eres demasiado desconfiada.

—Es cierto, tuve que aprender a serlo. Mi madre murió cuando era una niña y mi padre nunca supo cómo tratarme, en realidad nunca se esforzó por aprender a hacerlo. Pasé unos años difíciles y, al final, aprendí a ser autosuficiente y a no dejar que la esperanza volviera a hacerme daño.

Eugenia asintió comprensiva:

—¿Todavía vive tu padre? —preguntó con tiento.

—Sí, pero apenas le veo. Ha rehecho su vida en otra ciudad y con otra mujer —explicó con tranquilidad—. Aunque sigo siendo su única hija… No ha tenido más hijos con su nueva esposa y creo que ha sido en parte por mí. La experiencia lo dejó saciado para siempre.

—Me asombra que te lo tomes tan bien.

—Al final acabas por aprender a no dejar que nada te importe, es mera supervivencia. —Confesó sin un atisbo de autocompasión.

—¿Y la mujer de tu padre?

—Es perfecta para él, tiene las mismas ganas de ser madre que él de ser mi padre. Apenas la conozco, se casaron cuando yo tenía veinticuatro años y ya no vivía con él, aunque es justo reconocer que las pocas veces que la he visto ha sido más amable conmigo que él. Se llama Lucía y es lo opuesto a mí o a mi madre, supongo que con los años su gusto ha cambiado de rumbo.

—¿Sabes? Creo que ya nos hemos ganado ese café. Voy a prepararlo. En esa ocasión Jimena no lo rechazó.

***

Cuando regresó a casa una hora después se topó con Lucas bajando las maletas del piso de arriba. Llevaba una camiseta blanca de manga corta, a pesar del frío que hacía en la calle, manchada de hollín.

—¿Por qué estás tan sucio?

—He vaciado la chimenea para que no tengas que hacerlo tú —dijo al tiempo que bajaba la mirada a su ropa—; no me había dado cuenta, me he quitado el jersey para no estropearlo con los restos de leña quemada.

Dejó las maletas con cuidado en el suelo y se quitó la camiseta por la cabeza para cambiársela. Jimena sintió que sus piernas temblaban al ver los músculos de sus brazos tensarse mientras rebuscaba en su maleta algo que ponerse.

—Te vas a resfriar —dijo con las mejillas encendidas al recordar la sensación de sus fuertes brazos levantándola en vilo un instante antes de poseerla por completo.

Lucas levantó la vista de su maleta y se topó con la mirada ardiente de ella. Su cerebro comenzó a funcionar a toda máquina al mismo ritmo que su pulso.

—¿Recordaste algo de Nochevieja? —preguntó con suspicacia.

La mirada que le había lanzado iba más allá del deseo. Sus ojos parecían llamas ardiendo ante un recuerdo especialmente placentero.

—¿Por qué iba a hacerlo? —Contraatacó notando cómo se ponía más colorada. Maldijo su piel clara que ponía en evidencia su vergüenza.

—A veces pasa. Las imágenes regresan cuando la resaca ya es historia.

—A mí no. Pero bueno, tampoco me he perdido nada importante, si fuera el caso estoy segura de que tú me lo habrías contado o de que yo lo recordaría.

—Sí, pienso lo mismo. Bueno, Jimena, me marcho. Mucha suerte en tu prueba o mucha mierda, lo que se diga en estos casos. —Le deseó a pesar de lo mal que le habían sentado sus anteriores palabras.

¡Había que joderse! Para él sí que había sido importante y ese era el punto que más le molestaba.

¿Por qué se sentía tan atraído por ella? ¿Cuándo había dejado de importarle que estuviera demasiado delgada o que tuviera tantas pecas?

—Gracias. No ha sido tan malo como había creído pasar estos días contigo. —Concedió Jimena.

—No, no lo ha sido.

Cogió de nuevo la maleta que había soltado para ponerse el jersey, pero antes de salir por la puerta se giró una vez más:

—Por cierto, ¿cuándo es? ¿Todavía tienes tiempo de ensayar?

¡Imbécil!, se dijo. No vas a presentarte en la prueba bajo ningún concepto, ¿qué más te da cuándo sea?

—El nueve a las nueve de la mañana en El Palau de la Música. Así que todavía me queda casi una semana para perfeccionar mi ejecución.

—Suerte, entonces. —Y se acercó hasta ella para darle un suave beso en la mejilla—. ¿Me aceptas un consejo?

—Claro —respondió sorprendida por la petición.

—Olvídate de Haydn y toca el concierto de Elgar, se te da infinitamente mejor.

—El que he estado preparando es el Concierto para Violonchelo y Orquesta N.º 1 en Do mayor de Haydn. Sería una locura cambiar ahora de partitura, pero prometo tener en cuenta tu opinión, quizás para la próxima ocasión.

—Eso ya es algo, cuando llegaste ni siquiera me habrías permitido hablar —dijo admirado por el cambio en su relación en unos pocos días de convivencia.

—Las cosas han cambiado.

—Sí, lo han hecho. Aunque no tanto como deberían. Jimena no preguntó. Estaba al tanto de la respuesta.

CAPÍTULO 10



Instintivamente sus ojos se dirigieron hacia la mesa del comedor, vacía de planos y papeles. Se mordió la lengua como castigo autoimpuesto cuando comprendió que así, limpia y recogida, no se veía tan bien como cuando el trabajo de Lucas estaba desperdigado sobre ella.

Demasiado confusa para seguir ensayando, decidió organizar sus cosas para marcharse cuanto antes de aquella casa que se veía inmensa y solitaria.

La idea original había sido la de marcharse al día siguiente por la mañana, pero en ese instante pasar una noche más allí no le atraía lo más mínimo. La vivienda estaba demasiado silenciosa, se había acostumbrado a la compañía de Lucas de algún modo que no conseguía explicarse sin olvidar que sus sentimientos eran más profundos de lo que se permitía admitir.

Media hora después tenía las maletas preparadas con una sorpresa en ellas. La camiseta de Led Zeppelin que Lucas usaba para dormir había aparecido detrás de la puerta del baño. Seguramente se la había quitado cuando fue a ducharse…

—¡Mierda! —Exclamó Jimena en voz alta cuando las imágenes de Lucas en la ducha invadieron su cabeza—. ¡Joder, tengo una imaginación prodigiosa!

Con la intención de darle un respiro a su fantasía que andaba haciendo horas extra, decidió cargar el coche con sus cosas y acercarse a despedirse de Eugenia, la panadera había sido muy amable con ella, esa misma mañana la había escuchado y aconsejado con una paciencia y un cariño propios de una íntima amiga, incluso de una madre.

Con esa intención salió por la puerta con la maleta y el chelo, depositó con sumo cuidado a su fiel compañero de viaje en los asientos traseros, y dejó caer de cualquier manera el equipaje en el maletero.

Una vez dentro del coche, se acordó de que su móvil se había quedado sin batería, arrancó el motor y lo conectó al cargador del coche, cruzando los dedos para no necesitar el GPS para regresar.

Dos minutos después comenzaron a sonar mensajes de llamadas perdidas: una de su padre, no se había esforzado mucho en insistir, pensó Jimena, y unas quince de Lorena, WhatsApps de sus amigos felicitándole el nuevo año… Una llamada entrante le impidió leerlos.

Lanzó un suspiro resignado cuando vio el nombre de la persona del otro lado de la línea.

—¿Sí? —respondió con voz cansada.

—Por fin. Llevo días intentando localizarte. —Se quejó Lorena rozando la indignación.

—Pues lo has hecho muy bien. Acabo de encenderlo.

—Tenía puesto un aviso para que me llegara un mensaje cuando lo conectaras. —Confesó y añadió del tirón, casi sin respirar—: Jimena, te prometo que lo que ha pasado no ha sido una encerrona. Rubén le dejó sus llaves a Lucas sin consultarme y yo hice lo mismo contigo, no fue con ninguna intención de emparejaros. Pero, ¿se puede saber por qué desconectaste el teléfono?

—Me quedé sin batería, y para la poca cobertura que había, decidí tomarme unos días de desconexión completa.

—¿Y lo has hecho?

—¿Qué me estás preguntando exactamente?

—Ya lo sabes —respondió Lorena, evasiva.

—Ya hablaremos. Vuelvo a casa hoy mismo.

—¿No te quedabas hasta mañana?

—Adiós, Lo. —Y tras su breve despedida, colgó.

E ignoró sus insistentes llamadas mientras conducía hasta la panadería. No estaba preparada para hablar con su amiga, ¿qué le iba a decir? ¿Te acuerdas que las dos escuchamos que Lucas decía claramente que yo era fea y desgarbada?, pues mira por donde, me he acostado con él, ¿y sabes qué es lo peor? Que no me arrepiento de haberlo hecho.

No era lo que Lorena esperaría, y, en cualquier caso, no se sentía con ganas de explicárselo. Primero hablaría con Patricia, quien seguramente sería mucho más comprensiva con su desliz.

Siguió por la calle mayor, mientras el teléfono seguía sonando. Dispuesta a acallarlo, ya que no podía hacer lo mismo con su conciencia, encendió el lector de CD del coche y dejó que la voz de Rihanna inundara el vehículo.

Where have you been, All my life, all my life?
Where have you been, all my life?[2]

¡Pregunta equivocada! se dijo, la correcta era dónde iba a esconderse a partir de ese momento para no volver a encontrarse con Lucas. No se trataba de que temiera enfrentarse a él, era simplemente que no estaba interesada en volver a verlo. Eso, eso. Miente. Pero rápido, que no se note que es una mentira, se aconsejó a sí misma. Ve practicando para cuando Lorena te someta al tercer grado.

Con un suspiro aparcó frente a la panadería y bajó para avisar a Eugenia de que se marchaba. Estuvo a punto de dar media vuelta sobre sus talones cuando vio quién estaba con ella.

La famosa Pepa estaba explayándose a gusto sobre la pobre víctima de turno de sus chismes.

—Jimena. —La saludó la panadera visiblemente aliviada de que su presencia silenciara el monólogo de la mujer—. ¿Qué se te ha olvidado?

Sintió como Pepa la escaneaba de arriba abajo, pero contra todo pronóstico tuvo el buen juicio de no hacer ningún comentario sobre el grosor de sus labios.

—Buenos días. —Saludó a ambas mujeres.

—Más bien buenas tardes. —Contradijo Pepa—. Son casi las dos del mediodía, niña. Jimena no respondió, ni siquiera la miró. Estaba concentrada conteniendo su lengua viperina.

—No se me ha olvidado nada. He venido a despedirme, Eugenia. Me marcho ahora mismo para Valencia.

—Creía que te ibas mañana. ¿Has comido? Después de comer no es muy bueno conducir, te puede dar sueño.

—Tranquila, no he comido. Pararé por el camino cuando me entre hambre.

—Eso es casi peor. Quédate a comer y te vas después con el estómago lleno. Estoy segura de que no te has tomado nada más que el café de esta mañana. —Adivinó la mujer.

Pepa al verse ignorada decidió intervenir en la conversación.

—Seguro que conduce su novio, Eugenia. No seas tan exagerada.

—Lucas se ha marchado a primera hora, tenía un compromiso esta tarde, yo me he quedado recogiendo la casa. —Mintió sin ningún pudor.

—Por eso quieres irte tan deprisa y sin comer —dijo Pepa, que añadió—, no me extraña. Con un novio como el tuyo hay que ir con cien ojos, niña. Aunque esté tan enamorado, hay que estar alerta, hay mucha lagarta suelta.

—¿Enamorado? —preguntó con cierta sorna.

Esa mujer era un lince, seguro que no se le escapaba ni una, se burló mentalmente.

—Loquito perdido, bonita. Hay que ver lo pendiente que estuvo de ti toda la noche, si no podía dejar de mirarte. Ni la hija de la Ana, que es una niña monísima, consiguió que dejara de vigilarte.

—Ahí le doy la razón a Pepa. —Corroboró Eugenia—. Ana es muy guapa y Lucas casi ni la miró.

—Es que la tengo, que yo me fijo mucho, soy muy observadora. —Aclaró con orgullo.

—Seguro que sí, Pepa —respondió Eugenia con sarcasmo mal disimulado—. Todo el pueblo sabe a quién hay que preguntar cuando quieren saber algo.

Pepa, en lugar de sentirse ofendida por la crítica velada, asintió orgullosa.

—Tengo que irme, Eugenia. Si alguna vez vienes por Valencia, llámame y te haré una auténtica paella valenciana —le dijo, tendiéndole una tarjeta con su número de teléfono y su correo electrónico.

—Cuenta con eso. Y esta misma noche te mando un e-mail para que tengas mi dirección y me mantengas informada de todo —dijo marcando la última palabra para que se diera por enterada de a qué se refería con «todo».

Ambas mujeres se abrazaron con sentimiento, desde el primer momento había habido química entre ellas, a pesar de la diferencia de edad y de vida; habían conseguido una amistad que las dos esperaban que transgrediera la distancia que las separaba.

—¡Espera! Llévate esto por si te da hambre, o por si quieres dárselo a Lucas que le encantan —le dijo preparándole una bolsa de rosquillas.

—Gracias.

Tal y como le prometió a Eugenia antes de marcharse, paró a mitad de camino para comer, pero la comida no le supo a nada, en lo único en lo que podía pensar era en llegar a casa y retomar su vida sin complicaciones ni hombres atractivos. En definitiva, una vida en la que Lucas Ginaz no tuviera nada que ver.

***

Patricia la había escuchado atentamente y tal y como Jimena esperaba, no la juzgó, ni siquiera cuestionó sus actos; se limitó a aconsejarle que siguiera con su vida, sin cerrarse ninguna puerta, recomendación que predicaba con el ejemplo.

Según su amiga, la mejor manera de retomarla como si nada hubiese sucedido era salir a tomar unas copas:

—¡Vamos a celebrarlo! —Le pidió con una sonrisa pícara.

—¿A celebrar qué, exactamente?, ¿qué he vuelto?, ¿tanto me has echado de menos? —Bromeó a su costa.

—Tus orgasmos de Fin de Año —dijo riendo abiertamente al ver el gesto escandalizado de Jimena.

Punto para Patricia, aceptó Jimena.

—¡No seas bruta!

—No lo soy. Solo llamo a las cosas por su nombre. —Aclaró con seriedad—. No sé qué miedo tiene la gente a hablar claro, si cuanto más claros, más contentos.

—Si tú lo dices… —Aceptó intentando cambiar de tema.

—Lo digo. ¡Venga, vamos! —Pidió tirando de su amiga hacia la puerta del comedor.

—¿A dónde me llevas? —preguntó dejándose llevar.

—A mi dormitorio. Necesitas un cambio de imagen urgente y permanente. Y hazte un favor a ti misma: ¡tira esas deportivas a la basura! Jimena se paró en mitad del pasillo.

—Estás loca —le dijo liberándose de su agarre.

—No lo estoy. Necesitas una plancha para el pelo, maquillaje y un buen par de tacones.

—¿Se puede saber qué os pasa a todos con mis deportivas?

—Me parecen perfectas si vas a salir a correr —explicó con seriedad—. Algo que tú, amiga mía, no haces nunca.

—¿Tú también, Bruto, hijo mío?[3]

CAPÍTULO 11



En realidad, el que la hubieran obligado a ponerse un vestido ceñido, hipercorto y unos tacones de quince centímetros colaboró para que no discutiera y aceptara conducir un par de calles y terminara dando vueltas a la caza de un aparcamiento, un ser mítico similar a los unicornios.

Tres cuartos de hora después de salir de casa, entraban en El Zoom. Patricia a la cabeza mientras Jimena intentaba andar con soltura sobre los andamios que calzaba.

—Voy a la barra a por una copa. Acuérdate de sonreír, a ver si te acerca algún Milan.

—Algún ¿qué?, ¿ese no es el hombre del hijo de la Shakira y Piqué?

—¿Qué hijo?, ¿de qué hablas?

—Nada, déjalo. ¿Qué es un «Milan»?

—Un Milan, ¿no te acuerdas de las gomas de borrar del cole? —preguntó sorprendida de que su amiga no las recordara.

—Me acuerdo. Lo que no entiendo es que quieres decir con que se me acerque la goma de borrar que usaba cuando iba al instituto. ¿Has bebido antes de salir?

—¡Qué pez estás! Un Milan es un tío goma. Sirve para borrar malos recuerdos y esas cosas. Se usan después de una ruptura difícil, tras un desengaño… Lo que viene siendo tu caso.

—Son todos muy jóvenes —contestó obviando el tema Milan. Ella no pretendía olvidar nada, no obstante, tampoco protestó.

—Claro, como tú eres tan vieja. —Se guaseó Patricia.

—Mira a tu izquierda con disimulo. —Pidió—. He dicho di-si-mu-lo.

Se quejó al ver cómo Patricia se giraba descaradamente a mirar la mesa que le había indicado en la que tres chicos bebían y reían.

—Qué, ¿te gusta alguno?

—No vayas de lista. El chico de la camiseta verde es el frutero de debajo de casa. Héctor, creo que se llama.

—Sí que estás enterada. ¡Es muy mono! Mucho.

—¡Patricia! Ni se te ocurra. La rubia obvió la advertencia.

—Me voy a por una copa, ¿te traigo algo?

—Una Cola light sin hielo, pero con limón, por favor.

—Anotado. —Se burló su amiga, quien esbozó una sonrisa condescendiente antes de encaminarse a la barra, balanceando sus caderas de manera que atrajo todas las miradas masculinas del pub.

Quince minutos después, Jimena seguía esperando el refresco y a su acompañante. Sintiéndose tonta, ahí sentada, sin bebida y sola, se levantó de la mesa que había estado ocupando y, tras un suspiro resignado, se colocó al final de la interminable cola del baño de mujeres. La chica morena que estaba delante de ella le sonrió comprensiva:

—Esto es imposible. Da igual el país en el que estés, en el baño de mujeres siempre hay que esperar para entrar mientras que el de hombres está vacío.

—Si, es verdad. —Aceptó sonriendo.

La chica era realmente llamativa, lucía unos pantalones pitillo oscuros, y un top brillante del mismo tono, que resaltaba cada una de sus curvas. Sus taconazos parecían el hermano mayor de los que ella misma llevaba.

A todo ello había que añadirle su melena larga y ondulada de un negro brillante y su carácter abierto y simpático.

—Yo puedo esperar, si necesitas pasar antes. —Ofreció con generosidad cuando le llegó el turno para entrar al baño.

—Gracias, yo también puedo esperar. —Agradeció con una sonrisa.

La chica se la devolvió mientras entraba, caminando con sus zapatos con la misma soltura con la que lo haría si fuera descalza.

—¿Jimena? —preguntó una voz cerca de su oído.

Habría reconocido esa voz en cualquier parte. Con el cuerpo temblando, se giró para toparse con Lucas, vestido con una camisa negra y unos vaqueros desgastados que, a juzgar por lo que alcanzaba a ver, le quedaban como un guante.

—¡Vaya! Estás espectacular —le dijo él mientras se inclinaba a darle dos castos besos en las mejillas—. Te dejo unas horas y te transformas en esta belleza. —Aunque su tono era de broma parecía estar diciendo lo que realmente pensaba.

Su cercanía le permitió aspirar su aroma y cada una de sus terminaciones nerviosas se derritió a la espera del contacto.

—Gracias —respondió enderezándose más.

¿Qué narices le pasaba a su cerebro que se volvía Blandi Blub cuando ese hombre aparecía en su campo de visión?, se quejó para sí.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás sola?

Estaba a punto de responderle cuando la chica amable con la que había entablado una conversación minutos antes, salió del lavabo y cortó cualquier posible respuesta.

—¡Luc! ¿No podías esperarme en la mesa? —le preguntó con una sonrisa complacida en los labios. Este miró a Jimena y fue entonces cuando la morena se dio cuenta que la chica del baño y Lucas habían estado hablando.

—Anabel, te presento a Jimena, una amiga —explicó con incomodidad—. Jimena esta es Anabel, otra amiga.

Llevaba todo el día pensando en Jimena, pero la idea de reencontrarse con ella frente a Anabel le pilló desprevenido.

—Encantada, Jimena. —Saludó mirándola con renovada curiosidad.

—Igualmente, Anabel —respondió haciendo uso de su poco habitual diplomacia y estampando dos besos corteses en las mejillas de la chica.

—¿Quieres tomarte algo con nosotros? —Ofreció Lucas—. Estamos en aquella mesa.

Jimena giró la cabeza y vio a tres personas en ella, dos chicos y una chica mucho menos llamativa que Anabel.

Una punzada de alivio le recorrió la espalda, no estaban solos, no era una cita.

—Muchas gracias, pero ya me voy a casa. —Rechazó con amabilidad.

—Vente con nosotros, Jimena. Es mi último día de vacaciones en España, mañana regreso a Ginebra. ¡La noche es joven! —Pidió la morena con una sonrisa.

—En ese caso, que tengas buen viaje, pero no puedo acompañaros. Me voy a casa, aunque antes voy a entrar no sea que se me cuelen —dijo, señalando la puerta abierta del aseo—. Adiós, Lucas. Encantada, Anabel.

Y dicho esto se despidió con una sonrisa y escapó al interior del cuarto de baño.

—¡Mierda!, ¡mierda! —Se desahogó, apoyándose contra la puerta cerrada.

***

Mala suerte era encontrarse a Lucas en el fútbol, en una librería, un pub… El colmo de la mala suerte era tener una camiseta suya encima de la cama y no saber qué hacer con ella.

Sentada en el baúl a los pies de su cama, observaba la prenda como si fuera un objeto mítico. Temerosa de tocarlo y ser incapaz de resistirse a ponérsela, cual anillo único, o a terminar siendo una de esas mujeres cursis de las comedias románticas que se pasaban el día con la ropa de sus novios pegada a la nariz.

Consciente de que la única opción que le quedaba, si quería resistir, era sacarla de sus dominios, la cogió con dos dedos de una puntita, cruzó el dormitorio y llegó hasta el salón, donde la dejó extendida sobre el sofá. Al día siguiente llamaría a Lorena y quedaría con ella para dársela. Su amiga se encargaría de hacérsela llegar a su dueño, y de ese modo se libraría de la tentación de quedársela.

El ruido de la cerradura la puso alerta, y las risas que la acompañaron, anunciaron a Jimena que Patricia llegaba acompañada. Suspiró resignada a encontrarse con un intruso en el baño a la mañana siguiente, y regresó a su dormitorio a toda prisa.

Al menos podría dormir sin interrupciones, se animó. Todavía disponía de una semana para vivir feliz. Patricia le había prometido un mes de silencio si la llevaba al partido, y solo habían transcurrido tres semanas desde aquello.

Deseosa de olvidarse del amor, el sexo y cualquier cosa que activara sus recuerdos más recientes, sacó el DVD de las emergencias de la estantería, encendió la televisión y centró su atención en Jack Nicholson actuando en el papel de su vida: en El resplandor, una película que le recordaba que la familia perfecta no existía.

En plena madrugada Jimena abrió los ojos debatiéndose entre permitirse pensar o volver a ver El resplandor. Sorprendiéndose a sí misma, optó por la primera opción y la caja de Pandora se abrió de golpe.

¿Quién era Anabel? ¿qué hacía con Lucas? Fueron las dos primeras preguntas en abandonar la caja. Seguramente había algo entre ellos, el rostro de ella se había iluminado cuando le vio, y la pregunta sobre si no podía esperarla en la mesa también era bastante significativa, por no pensar en el diminutivo que había utilizado: Luc.

Aun así, él había mantenido las distancias sin mostrar a las claras su relación, e incluso la había invitado a tomar una copa con ellos. No obstante, eso tampoco apoyaba la idea de que no fueran pareja, aunque tampoco la descartaba.

Por otro lado, apenas hacia un mes y medio que Lorena había intentado emparejarlos en la cena que había organizado en su casa, de modo que, si Anabel y Lucas estaban juntos, debía de ser desde hacía poco tiempo. Frustrada consigo misma por estar pensando en él, cerró los ojos e intentó volver a conciliar el sueño.

Horas después se despertó sin ganas de afrontar el día, por lo que se quedó remoloneando en la cama unos minutos. Aburrida de no hacer nada, alargó el brazo hasta la mesilla de noche y cogió el portátil, terminó de desperezarse mientras se encendía y sacó los

auriculares del cajón de la mesita conectándolos al ordenador. Después de oír el ronroneo de encendido, abrió la aplicación de Spotify del escritorio y tecleó el nombre del grupo en el buscador. Instantes después se desplegó una lista de pistas y reprodujo una canción al azar. ¡Seguro que sí, Jimena! Al azar, se recriminó.

You need coolin', baby, I'm not foolin',
I'm gonna send you back to schoolin',
Way down inside honey, you need it, I'm gonna give you my love,
I'm gonna give you my love.
Wanna Whole Lotta Love.

Bueno, no estaba mal, Led Zeppelin no era Elgar, pero hacían buena música. Al menos no podría recriminarle a Lucas su mal gusto musical.

La inyección de adrenalina de la canción y el olor a café recién hecho la activaron completamente, por lo que decidió levantarse de la cama y hacer frente al nuevo día.

Tras ponerse unos calcetines gruesos y una sudadera de chándal sobre el pijama se aventuró a la cocina, cruzando los dedos para no toparse con el ligue de su compañera de piso. Cada vez que su amiga llevaba a alguien a casa, salía temerosa de lo que podía encontrarse, el gusto de su amiga por los hombres era tan ecléctico como su elección musical.

Jimena se había visto obligada a compartir el único cuarto de baño con banqueros engominados, artistas bohemios o revolucionarios ansiosos por cambiar el mundo…

En esta ocasión fue con Héctor, el hijo del dueño de la frutería de abajo, con quien se topó. Suspiró ruidosamente cuando se percató de que iba desnudo.

—¡Dime que esto es una pesadilla! —Pidió acercándose a la cafetera—. Dime que no estás desnudo en mi cocina, y que no has usado mi baño.

—¡Ostras, tía! Lo siento. No me acordaba de que Patricia vivía contigo.

—No puedo creerlo, ¡y yo que pensaba que era inolvidable! —respondió sirviéndose una taza de café.

—Ahora vengo.

Dos minutos después estaba de vuelta con los calzoncillos puestos.

—¿No tienes más ropa? —preguntó con el ceño fruncido.

—No me ha dejado entrar en el búnker ese que tenéis montado, y mi ropa está ahí.

—Supongo que tendrás que esperar a que se meta en la ducha para sacarla. —Le aconsejó conocedora de las manías de su amiga.

—¿Siempre es tan poco amable por las mañanas?

—Borde. Llama a las cosas por su nombre, es borde. Y sí, lo es siempre que tiene visita —explicó con firmeza. Lo mejor era no crearle falsas esperanzas que a la larga le harían más daño.

—¡Oh! ¿Y eso ocurre a menudo?

—Más a menudo de lo que desearía. —Confesó, sintiéndose cómoda con él, a pesar de su desnudez.

—Ya veo…

—Regreso a mis dominios. No te lo tomes como algo personal, ¿de acuerdo? Siempre hace lo mismo.

—Claro. Gracias.

Jimena le sonrió comprensiva y se metió en su dormitorio, en ese instante lo único que conseguiría calmar su mal humor era su apreciado chelo. De entre todos los hombres disponibles de El Zoom su amiga había tenido que escoger a uno que veían cada día y cuyo padre les suministraba la mayor parte de lo que comían. ¡Fabuloso! Y encima lo había hecho a conciencia, a pesar de que ella le había pedido que con Héctor no, que buscara a otro que no les fuera a crear momentos incómodos.

CAPÍTULO 12



Y lo peor de todo era que por mucho que se esforzara por rememorar esa primera impresión, su visión había cambiado tanto tras los días que habían pasado juntos, que le resultaba imposible recordar su apariencia la primera vez que la vio. No obstante, lo que más molesto le tenía era el poco o nulo interés que ella parecía tener por su persona, hasta el punto de que había borrado la noche más placentera que él era capaz de recordar. Incluso se había mostrado amable con Anabel, como si no le importase la relación que les unía.

Más nervioso de lo que había estado nunca por una mujer, llamó a la puerta. Instantes después escuchó el sonido de unos pasos y esta se abrió.

Pero no era Jimena quien lo hizo. Ni siquiera era una mujer… Sino un chico que no llegaba al cuarto de siglo, ataviado con su camiseta favorita de Led Zeppelin y en calzoncillos.

—¡Hola, tío! —Saludó el chico con una sonrisa.

—¿Hola? ¿Quién eres tú y qué haces con mi camiseta?

—¿Es tuya? ¡Mierda! Perdona. No lo sabía. —Se disculpó apartándose del umbral para dejarle entrar. Volvió a ponerse como

estaba cuando comprendió que Lucas no tenía intención de hacerlo.

—¿Por qué la llevas puesta?

—Estaba encima del sofá. No pensé que el dueño volviera a buscarla, según tengo entendido solo se permite una visita. Te la devuelvo. Y perdona —dijo quitándosela.

—¿Una visita? ¿De qué estás hablando? Esto es de locos.

El chico dejó de quitarse la camiseta y se le quedó mirando, asombrado porque no supiera cómo actuaba ella.

—Sí, no suele acostarse con nadie más que una vez. Yo los veo desfilar desde la frutería de mi padre, trabajo allí.

—¿Acostarse con alguien? ¿Más de una vez? —Lucas estaba controlando las ganas que sentía de cogerle por el cuello y obligarle a que se explicara mejor. ¿Qué estaba diciendo de Jimena, que era una fresca?

Seguramente no estaban hablando de la misma persona.

—La chica de la que hablas, ¿es músico? ¿rubia?

—Sí, claro —respondió sorprendido por la pregunta.

—No puede ser. Ella no es así —murmuró para sí mismo—. Es imposible que estemos hablando de la misma persona.

—¡Ostras, tío! ¿No estarás colgado de ella? Eso sí que sería de locos, y que conste que sé de lo que hablo porque yo estoy igual que tú.

—Eres un crío —dijo Lucas, cada vez más desconcentrado—. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinte?

—Tengo veinticuatro años y ella no tendrá más de veintinueve. Tampoco es tanta la diferencia entre nosotros. Lo que pasa es que la quieres para ti.

—¿De qué estás hablando?

—Tío. Qué difícil lo tienes —dijo con lástima. Y añadió—: Pasa, cojo mi ropa y me largo. Se está duchando, pero puedes esperarla, a mí ya me ha dado puerta.

—Creo que no —respondió, sin moverse de donde estaba.

—Es lo mejor. Nadie puede cambiarla y se te ve muy colgado. Ayer casi me dio algo cuando se me acercó en El Zoom y me invitó a una cerveza. Cuando me quise dar cuenta me estaba metiendo la lengua hasta la campanilla. ¡Joder! Ha sido la mejor experiencia de mi vida.

¿Colgado?, ¿él, colgado?, ¿en El Zoom?

La historia era de locos, le había dicho que se marchaba a casa y él había supuesto que lo hacía sola y…

El tipo se dio la vuelta, y entró en la casa sin cerrar la puerta, cinco minutos después volvía a estar completamente vestido y salía del piso, tras interrogar a Lucas con la mirada y recibir un gesto negativo con la cabeza, cerró tras de sí.

—Nos vemos. Trabajo aquí enfrente, así que supongo que volveremos a vernos. —Se despidió de Lucas que seguía sin moverse.

—No, seguro que no —dijo con la voz carente de inflexión.

***

Dos minutos después de que Héctor cerrara la puerta al salir, Lucas todavía estaba parado en mitad del pasillo mientras Jimena desmantelaba la casa de arriba abajo y no conseguía dar con la camiseta que había dejado la noche anterior perfectamente colocada encima del sofá del salón.

Diez minutos después y casi simultáneamente, Lucas se marchaba cabizbajo y desconcertado, y Jimena daba con ella en el lugar más insólito posible: En la cesta de la ropa sucia.

Iba a meterla en el tambor de la lavadora cuando Patricia entró como una exhalación en el salón:

—¿Se ha ido ya?

—No puedo creer que te hayas acostado con él. Es el hijo del frutero, le vemos día sí y día también.

—Se quejó—. Te pedí que no lo hicieras.

—He metido la pata, pero no por lo que me acusas. ¡Me gusta! ¡Mucho! —Confesó, mientras paseaba su melena de un hombro a otro, sin poder tener las manos quietas.

—Olvida lo que te he dicho. No hay drama. Si te gusta es otra cosa —explicó Jimena con alivio.

Si le gustaba y comenzaban a salir, ya no iba a ser tan violento verle como si le utilizaba una noche y adiós, muy buenas.

—No me lo puedo permitir. No voy a volver a verle. Dejaremos de comprarles comida.

—Patricia, han pasado dos años desde lo de Carlos. Deberías haberlo superado ya.

Tras tomarse un momento para fulminarla con la mirada, la violinista se dio la vuelta indignada y se marchó.

Jimena suspiró molesta consigo misma por su poco tacto.

Patricia jamás superaría la traición de Carlos, y realmente quién podía culparla por ello…

Al regresar a casa antes de lo previsto porque el ensayo se canceló dado que el director había tenido que viajar con urgencia a Stuttgart, se encontró a su madre en la cama con su novio de toda la vida. Patricia nunca supo si era la primera vez que pasaba o si había estado sucediendo sin que ella lo descubriera.

Su madre era viuda desde los treinta y cinco años, pero eso no le daba derecho a hacerle algo así a su única hija.

El golpe convirtió a su amiga en una zombi durante meses.

Dos días después del incidente, Patricia y Jimena alquilaron un piso juntas, pero la rubia seguía sin reaccionar. Exactamente tres meses después de aquella fatídica tarde, nació la nueva Patricia, una chica descarada y frívola que en nada se parecía a la antigua mujer que había sido.

—No entiendo por qué te has vuelto tan libertina y superficial. Tú no eres así. —La reprendió Jimena, después de ver el desfile de hombres que invitaba a casa.

—Te equivocas, ahora soy así.

—¿Por qué?

—Las acciones de los demás no duelen cuando nada ni nadie te importa lo suficiente.

—¡Patricia! —Su voz sonó escandalizada.

—No te atrevas a juzgarme, Jimena, el rechazo de tu padre te ha vuelto esquiva y seca con los hombres, como si temieras que pensaran lo mismo que él.

Tal vez si cambiaras el chip y dejaras de vestirte así, conocerías a alguien que te entretendría lo suficiente como para que dejaras de meterte en mi vida.

No le replicó, no podía hacerlo. Las dos sabían que era cierto todo lo que Patricia le había lanzado a la cara, y Jimena podía ser arisca e incluso grosera, pero no era hipócrita.

Desde ese instante se guardó sus opiniones sobre los visitantes nocturnos que invadían su cuarto de baño a la mañana siguiente.

El portazo de Patricia al encerrarse con su violín en la habitación insonorizada la sacó de golpe de sus pensamientos.

Fijó su mirada en sus manos, que todavía sostenían la camiseta de Lucas, y se acercó hasta la lavadora. La prenda estaba húmeda por el contacto con las toallas mojadas que ella misma había metido en la cesta de la ropa sucia, no podía devolvérsela en ese estado. Lo extraño era que hubiera acabado ahí cuando ella recordaba perfectamente haberla dejado sobre el sofá. La única explicación era que su compañera de piso la hubiera metido en la cesta creyendo que se la había dejado alguno de sus amigos.

Se quedó con la duda, pero no era el momento idóneo para preguntarle. Lo mejor sería lavarla y olvidarse… Una idea se encendió en su mente.

La camiseta de Lucas entre su ropa… Había algo sensual en ello. Sin pensar en la razón que le impulsaba a hacerlo, separó las prendas que su amiga había metido en el tambor de la lavadora y dejó las suyas dentro. Puso el jabón, su suavizante favorito y escogió el programa delicado. Ahora solo le quedaba llamar a Lorena para darle la camiseta y que Rubén se la devolviera.

Aunque seguramente el plan del día contendría también el tan temido tercer grado *made* in Lorena.

De momento se deleitaría en los sensuales movimientos de la camiseta chocando contra su ropa interior.

CAPÍTULO 13



Seguramente no estaría tan alterada si su amiga no se hubiera mostrado tan insistente cuando la llamó la tarde anterior para quedar con ella. Se abstuvo de hablarle de la camiseta, porque conociéndola, era muy capaz de invitar a Lucas a tomar café con ellas y lo que más deseaba Jimena era evitarle. Si no lo hacía podía cometer un error de cálculo y acabaría colgada de un hombre que le había dejado muy claro que no sentía nada por ella. Y eso, no podía permitírselo. Con su padre y su abuelo ya había tenido suficiente desinterés masculino para toda una vida.

Tomó la carta, aun sabiendo que se iba a decantar por un capuchino y un muffin de yogur y cerezas, y le dio otra vuelta más a su historia. Tenía que convencer a Lorena de que no buscaba nada romántico con Lucas, que ya puestos era cierto, ¿no?

De modo que lo mejor era lanzarse desde el primer momento y contarle lo que quería saber sin muchos rodeos; si evitaba el tema entre frases vacías y florituras, Lorena se daría cuenta de que la historia le afectaba más de lo que quería dar a entender, y entonces el tercer grado pasaría a ser en una habitación cerrada a cal y canto y con bombilla en los ojos.

Justo cuando el camarero se acercaba para tomarle nota, divisó a su amiga entrar en la cafetería con paso decidido y una sonrisa expectante en la cara.

—Buenos días y Feliz Año. —La saludó dándole dos besos y un abrazo. Y añadió mirando al chico que esperaba paciente para saber qué iban a tomar—. A mí ponme un café con leche y un muffin de chocolate, por favor.

Jimena pidió otro café con leche y un muffin de cerezas y yogur. El hombre les sonrió amistoso y regresó a la barra para pasarle la nota a su compañero que se encargaba de preparar los pedidos. Intervalo que Lorena utilizó para lanzar su ataque.

—¿Qué tal te fue en Alcolea?

—Sí que vas directa al grano —comentó Jimena. De repente su plan de ser sincera se le había atorado en la garganta. No estaba segura de ser capaz de disimular con Lorena.

—Estoy dispuesta a ir haciéndote las preguntas de una en una si no empiezas a contarme ya cómo te fue el Fin de Año. Tú eliges. —Amenazó muy seria.

—De acuerdo. Me acosté con Lucas y al día siguiente fingí que no me acordaba de nada para evitarme sus remordimientos cuando descubriera lo que habíamos hecho.

Lorena abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor y comenzó a reír con ganas.

—Supongo que me lo merecía por impaciente. Por cierto, estás muy guapa, ¿qué te has hecho? Pareces diferente, pero bueno eso me lo cuentas luego. Ahora dime qué tal te fue.

—¿A qué pregunta prefieres que te conteste primero? —preguntó, sin embargo, respondió antes de que Lorena pudiera hacerlo—. No me he hecho nada extraordinario, Patricia me planchó el pelo anteayer y todavía no me lo he lavado. Y sobre mi estancia en tu casa, acabo de contarte lo más relevante y tú te has reído de mi historia. ¿Qué esperas que diga ahora? ¿Qué Lucas intentó envenenarme con un picadillo de almendras? —Definitivamente no había sido una buena idea lo de ir directa al meollo.

—Hablabas en serio —dictaminó al ver la seriedad con la que había hablado—. ¡Te has acostado con Lucas!

Jimena no contestó con palabras, su cara era toda una respuesta por sí misma. Estaba entre enfadada y ofendida por la incredulidad de su mejor amiga. ¿Acaso no había intentado liarlos ella misma?

—¡Oh, Dios mío! Qué fuerte me parece, pero si le odiabas.

—¿Por qué piensas que ya no lo hago? —Atacó, cada vez más enfadada con Lorena por juzgar cada palabra, cada gesto.

Odiar era una palabra muy fuerte, ella no odiaba a nadie, simplemente no le había caído bien cuando le había conocido, aunque con el trato se había dado cuenta de que no era tan malo como había imaginado.

Lorena ignoró la pregunta y la instó a que le contara la historia completa.

Eludiendo los detalles más íntimos, Jimena le relató lo mal que comenzó la convivencia, su amistad con Eugenia y su ataque de alergia la noche de Fin de Año. Su amiga la observaba atentamente, parando su explicación cuando quería profundizar en algo que le llamaba especialmente la atención.

—Y eso es todo. —Terminó encogiéndose de hombros.

—¡Vaya! Siempre supe que conectaríais, lo que no entendía fue que os repelierais nada más conoceros.

—Puede que sus palabras me afectaran un poquito más de lo que quise reconocer. Pero eso ahora tampoco importa mucho —dijo dándose la vuelta y cogiendo la bolsa que había colgado en su silla.

—Devuélvesela. Se la dejó en Alcolea y yo la cogí. Intrigada por ver lo que contenía Lorena abrió la bolsa.

—¿Por qué no se la das tú? —preguntó, confusa—. Tienes la excusa perfecta para volver a verle. Hasta puedes quedar con él.

—¿No has escuchado nada de lo que te he dicho? ¿Por qué tienes que intentar desmontar todo lo que digo? No hay ningún doblez en ello, Lorena. Sencillamente no quiero volver a verlo.

—Lo he escuchado todo, y permíteme aclararte que por mucho que intentes mentirte a ti misma, conmigo no cuela. Te hago un resumen, a ver si lo he entendido bien y después te acepto las protestas: te acuestas con él y el sexo es impresionante, al día siguiente él se molesta porque tú no te acuerdas de nada y se marcha del pueblo. Tú adelantas un día tu regreso a casa, y esa

misma noche te topas con él en el pub donde has ido en plan busco ligue, vestida para matar, y él te invita a su mesa,

¡con sus amigos! Perdona que no siga tu lógica. Evidentemente os gustáis, no te atrevas a negármelo.

—Lorena veía un interés abiertamente demostrado por parte de ambos.

—Estaba con otra mujer, y además dice que no soy su tipo. —Se defendió.

—¿Y él es tu tipo? —La paciencia que tanto la caracterizaba estaba a punto de rebasar su límite.

—Yo no tengo de eso.

—No seas mentirosa. Cuando íbamos al instituto te colgabas de todos los rubitos con ojos claros y cara de buenos que había por allí.

—Éramos unas crías y no exageres, solo me colgué de dos: Iván y Leandro. —Contraatacó.

—¡Leandro! Madre mía, ¿qué habrá sido de ese chico? Mira que era buena gente, seguro que es médico, voluntario en una ONG o algo así. —Caviló Lorena, desviándose de la conversación.

—Pues siento decepcionarte, pero es abogado y tiene un asiento en les Corts.

—No si al final va a ser cierto eso de que «el más tonto te la pega». —Se quejó poniendo cara de repugnancia.

—Me encantaría saber de dónde te sacas esos refranes. Eres peor que Sancho Panza. —Se burló Jimena, callándose cuando el camarero se acercó a ellas con lo que habían pedido.

—Puedes cambiar de tema todo lo que quieras, pero en cuanto le dé buena cuenta al muffin vas a tener que explicarme por qué huyes de Lucas y niegas que te gusta.

—Yo no hago tal cosa.

—Perfecto. Mañana te espero en mi casa, vamos a comer roscón y después saldremos a tomar algo por ahí, Lucas ya ha dicho que viene.

—Tengo planes —respondió casi atragantándose con el trocito de muffin que se estaba comiendo.

—Patricia también puede venir —le dijo desafiándola a que se negara.

—Mis planes no son con Patricia, yo he quedado con Bertram. —Espero que diga que sí, rezó cruzando los dedos, Bertram por lo que más quieras, di que sí cuando te invite.

—Pues ten cuidado. Si no me equivoco Bertram es rubio y con ojos verdes, y además tiene cara de buena gente.

—No te equivocas, aunque en este caso, es buena gente.

—No te fíes, entra dentro de la lista de los tontos que te la pegan. —Expuso muy seria.

—Tus refranes nunca aciertan, no me preocupa lo más mínimo.

—Eso lo dices porque te da miedo que se te cumpla el último que te comenté, aquí en esta misma mesa, hace tan solo unos pocos días.

—No tengo tu memoria, ¿recuerdas? Soy Dori, ¿de qué hablas? —preguntó intentando calmar sus pulsaciones. Por alguna razón recordaba a la perfección la frase a la que aludía su amiga.

—Con quien terminas el año pasas el resto del siguiente. Y no es por malmeter, pero fue con Lucas con quien terminaste el año muy, muy feliz.

—Lo recuerdo.

—¿Pero no eras Dori? —preguntó con sorna.

—La excepción que confirma la regla. Simple casualidad.

Lorena se echó a reír, complacida. Por fin su amiga se interesaba por un hombre atractivo e inteligente que contaba con su beneplácito, estaba lista si creía que ella le iba a consentir que saliera huyendo. Además, por mucho que se esforzara en negárselo a sí misma y a ella, Lucas le gustaba mucho. Si incluso le había permitido a Patricia que la peinara, sin ninguna duda, el panorama pintaba muy bien.

Jimena estaba a punto de romper algo. Por culpa de la entrometida de Lorena, ahora tenía que pedirle a su jefe, el director de la orquesta, que saliera con ella; y si bien hacía unos días que había pensado en aceptar su invitación cuando él volviera a hacerla, en los últimos meses la había invitado tres veces, lo que no había esperado era tener que dar ella misma el primer paso. No se le daban bien estas cosas.

—¡Patricia! —Gritó sentada en el suelo de su salón con el teléfono en las rodillas.

—¿Qué pasa? —preguntó su compañera de piso al verla así.

—Necesito un consejo.

—Necesitas muchos consejos —murmuró la violinista.

—Te he oído.

—Era lo que pretendía. —Mintió con una sonrisa. Jimena la fulminó con la mirada antes de preguntar:

—¿Cómo se invita a un hombre a una cita sin que parezca que buscas algo más que… Pasar un rato agradable?

Patricia se dejó caer en el suelo a su lado, impactada por la pregunta que acaba de hacerle Jimena.

—¿A quién vas a invitar? ¿A algún tipo atractivo que conozca?

—No. A Bertram —contestó con el móvil haciendo equilibrios en su rodilla.

—¡Bah! Eso es fácil. Le llamas y le dices que aceptas alguna de sus ¿cuántas? ¿tres invitaciones?

—Pareces decepcionada —comentó Jimena sorprendida por lo rápido que su amiga se había puesto de pie y se alejaba tras escuchar el nombre de su director.

—Lo estoy. Pensaba que eras más valiente, y que tenías mejor gusto. No se puede negar que Bertram es atractivo, pero también es un coñazo.

—Eso no es cierto. —Se quejó, más por llevarle la contraria que porque lo pensara en realidad.

—¿El qué no es cierto?, ¿Qué Bertram es aburrido o que tú eres una cobarde? —Pinchó con los brazos en jarras.

—Las dos cosas, Bertram es serio, no aburrido. Y yo soy muy valiente. Simplemente es que no estoy interesada en Lucas.

Patricia se paró antes de abandonar completamente la habitación.

—Qué interesante. Sabes perfectamente de lo que hablaba sin hacer ninguna alusión a su nombre. — Se burló con una sonrisilla de suficiencia.

—No soy tonta. Y para que veas lo valiente que soy… ¿Me prestas tu plancha del pelo y alguno de tus vestidos?

—Voy a hacer algo mejor, voy a adelantarte mi regalo de Reyes.

—No, todavía no estamos a seis. —Protestó.

—Lo sé, pero lo necesitas urgentemente. Lo vas a estrenar mañana, así que, por unas horas, tampoco pasa nada.

—¿Qué es? —preguntó cada vez más curiosa.

—Un kit de primeros auxilios —declaró Patricia antes de abandonar definitivamente el salón. Jimena suspiró cansada, ¿para qué necesitaba ella un kit de primeros auxilios? Ya tenían agua oxigenada y tiritas en el cuarto de baño. Jamás se hubiera imaginado que Patricia fuera a regalarle algo tan absurdo.

CAPÍTULO 14



Patricia demostró más paciencia que Job cuando ejerció de docente y le enseñó a Jimena cómo utilizar tanta brocha y pincel correctamente. El resultado final fue tan sorprendente que gran cantidad de las pecas de la chelista quedaron cubiertas por la fina capa de fondo de maquillaje. Para sorpresa de su amiga, Jimena se mostró encantada con su regalo. Sin embargo, su felicidad solo duró hasta que Patricia abrió su armario y descartó sin miramientos todo su guardarropa.

—Lo único que tienes reciclable son esos vaqueros pitillo y esas dos camisetas. También puedes quedarte el vestido rojo de punto, te sienta de maravilla y seguro que te trae buenos recuerdos —dijo señalando las prendas que había dejado sobre la cama—. Todo lo demás tíralo a la basura.

—¿Que lo tire? —preguntó alucinada.

—Sí. Eso he dicho, veo que no necesitas audífono.

—¿Sabes algo de la crisis? Seguro que hay alguien que lo aprovecha —respondió indignada.

—¿Estás loca? Nadie en su sano juicio se pondría nada de eso. Puedes estar segura de que no desperdicias nada deshaciéndote de

esto —comentó con el índice apuntando a su antiguo guardarropa.

—Genial, no solo quieres que tire toda mi ropa, ahora pretendes que vaya desnuda. —Exclamó, mostrándose deliberadamente cínica.

—Seguro que si fueras denuda te mirarían todos los hombres, pero no. Nada tan extremo. Aún son las seis, ¡vámonos de compras!, hoy está todo abierto hasta las diez de la noche, te agencias un par de modelitos y así te evitas el salir a la calle en pelotas y que te encierren por exhibicionista.

—Las rebajas comienzan en dos días. —Se quejó Jimena omitiendo responder a la provocación.

—Sí, pero tú tienes una cita hoy. Y aunque sea con Bertram una cita es una cita.

—No es exactamente una cita. Le pedí a Bertram si quería que saliéramos a cenar y…

—En este país salir a cenar es una cita. —La cortó Patricia—. A ver si la que va a necesitar un diccionario eres tú.

—No debería contarte nada, luego lo utilizas en mi contra. —Se quejó poniendo un gesto infantil de enfado.

—¿Por qué, de repente, quieres cambiar tu aspecto? —pregunto Patricia cambiando de tema.

—Por la misma razón por la que a ti te gusta Héctor. Ya hemos cubierto el cupo de miserias que nos tocan en esta vida. Ahora tenemos que salir de nuestra concha y ser nosotras mismas. Nada de lo que hagamos borrará mis pecas, ni la traición que sufriste, pero seguramente nos hará más felices.

—Ya casi no se ven tus pecas. —Contraatacó Patricia, descolocada por las palabras de Jimena.

—Que no se vean no significa que no estén ahí.

—Eres una mujer muy sabía.

—Y tú mucho más guapa de lo que crees, y eso ya es decir. —Bromeó para destensar el ambiente, que se había puesto serio. En un acuerdo no verbalizado, las dos amigas habían omitido algunos temas a favor de la convivencia, pero ya era hora de modificar las cosas que no les gustaban y que les impedían seguir creciendo como personas. El lastre principal era el miedo, el temor a volver a ser rechazada, el recelo a volver a ser traicionada…

De modo que con la firme determinación de mirar hacia delante se habían marchado a patear la calle Colón en busca del conjunto perfecto que eliminara la última capa que le quedaba a la vieja Jimena. Horas después regresaban a casa, extenuadas y con ropa suficiente para toda la vida, según Jimena; para una temporada desde el punto de vista de Patricia.

A las nueve en punto, cuando Jimena estaba terminando de arreglarse, Bertram llamó al timbre del portal. Patricia se ofreció a atenderle mientras ella se daba los últimos retoques, nerviosa por la reacción de la gente a su nueva imagen.

Cinco minutos después, las mujeres siempre se hacen esperara, aunque vayan a cenar con un viejo amigo y no a una cita, entraba en el salón y sonreía con satisfacción al ver cómo el músico tragaba saliva al verla. ¡Buena señal! Se dijo interiormente.

Su compañera de piso la había convencido para que, en lugar de planchar su larga melena rubia, se la ondulara en las puntas y le permitiera que le cortara un flequillo largo que suavizara sus rasgos. El maquillaje, el vestido y sobre todo el Wonder Bra, habían transformado su apariencia de insulsa a sexy.

—Mein Gott [4]. Estás preciosa. —Saludó con una sonrisa tímida.

—Gracias, tú también estás muy guapo.

Afirmación totalmente cierta, Bertram con su cabello castaño claro y sus ojos verdes era un hombre atractivo que captaba las miradas de las féminas. Sus gafas de pasta y su expresión serena hacían más por su atractivo que los vaqueros oscuros que llevaba y el jersey marrón casi del mismo tono que su cabello, que resaltaba la profundidad de sus ojos.

Cenaron en una cervecería alemana en el centro, Bertram se encargó de elegir el menú, ejerciendo de anfitrión, y Jimena había disfrutado de cada uno de los platos. Se había empeñado en enseñarle a pronunciar el nombre de la comida en perfecto alemán, y Jimena, que nunca había estudiado ese idioma, se había sentido tonta chapurreando lo que Bertram le hacía repetir. Aun así, se lo había pasado de maravilla riéndose de sí misma y de su pésimo acento.

En un principio le había resultado extraño verle tan relajado, lo había catalogado como un hombre serio e incluso distante, pero con el paso de los minutos comprendió que lo que sucedía era que conocía al Bertram profesional, el que actuaba como su jefe, y el que estaba cenando con ella en ese momento, aunque reservado y un poco tímido, era mucho más cercano, y se esforzaba por superar su carácter reservado.

—Estás diferente esta noche.

Él rio relajado y Jimena se fijó en cómo se rasgaban sus ojos cuando lo hacía.

—Tú eres la que está diferente. Nunca te había visto tan guapa. —La dulzura con la que pronunció la frase hizo que sintiera un agradable cosquilleo en el estómago. No recordaba que nadie le hubiera dicho nunca algo así. Bueno, quizás una vez… en la penumbra de un pub…

—No me refería a tu aspecto. Tú siempre estás guapo. —Confesó sin ninguna vergüenza.

—Muchas gracias.

Jimena sonrió al ver cómo se sonrojaba.

—No tienes que darlas, es la verdad.

Él hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza antes de retomar la conversación.

—¿En qué sentido estoy distinto? Ahora tengo más curiosidad por saber a qué te refieres.

—No pareces tan serio, tan formal —explicó al tiempo que le miraba fijamente intentando descubrir el cambio operado en él.

Bertram sonrió recolocándose las gafas de pasta sobre el puente de la nariz.

—Hoy solo soy Bertram, y tú solo eres Jimena. No trabajamos juntos, sino que cenamos juntos. — Había tanta dulzura en sus palabras que no pudo evitar compararlo con alguien a quien no lograba sacar de sus pensamientos por mucho que lo intentara; que ya le había demostrado que también podía ser muy dulce.

—Me parece muy bien. Bertram a secas me gusta más que Bertram Mosel.

—Entonces juego con ventaja porque a mí Jimena Del Rey me gusta tanto como Jimena. —Confesó mostrándose más osado de lo que ella le hubiera creído nunca capaz.

Le dirigió una tímida sonrisa y siguió comiendo, aunque la cálida sensación en su estómago seguía creciendo.

Tras la cena, Jimena se empeñó en tomar una copa en el barrio del Carmen en lugar de en Ruzafa, que les quedaba mucho más cerca. Bertram no protestó ni preguntó la razón de tanto rodeo, lo que Jimena agradeció; el motivo de su obstinación no era otro que evitar cualquier opción de encontrarse con Lucas. Sus amigos habían quedado para cenar y comerse el roscón en casa de Rubén y Lorena, por lo tanto era seguro que después darían una vuelta por los locales de copas, y Jimena sabía que a Lorena le gustaba salir por la zona de Ruzafa. Alejarse de allí era una jugada segura para no encontrárselo esa noche.

Media hora después, entraban en la cervecería Hércules Poirot, buscando una mesa para sentarse; habían visto una e iban a hacerlo cuando una voz conocida atrajo su atención al otro lado del local. Maldiciendo en voz baja la picardía de su amiga, que la había calado con facilidad, se encaminó con Bertram tras ella, hacia la mesa en la que estaban sentados Rubén, Lorena y Lucas.

Jimena evitó mirar a Lucas a los ojos mientras se saludaban; todos conocían a Bertram menos el arquitecto, así que tuvo que hacer las presentaciones de rigor. No obstante, siguió sin mirarle directamente.

Las artimañas de Lorena la colocaron sentada frente a Lucas en la mesa, y al lado de Bertram. Íntimamente, agradeció tenerlo delante y no al lado, donde podría sentir su calor y el perfume de su after shave, que tanto la había torturado durante su estancia en Alcolea.

—Así que eres el director de la orquesta donde toca Jimena. Entonces, ¿estarás en la prueba para primera chelista?

—Por supuesto. Es parte de mi trabajo. —Aceptó Bertram con tranquilidad.

—Entonces ¿no es un poco injusto para el resto de los candidatos que salgáis juntos? —La pregunta fue hecha con abierta hostilidad.

—Podría considerarse de ese modo si Jimena tuviera competencia, pero no es el caso. Cuando Svetlana dejó la orquesta le pedimos a Jimena que aceptara el puesto, ante su negativa tuvimos que organizar el concurso, fue una sorpresa de última hora que se uniera a él. Jimena siempre fue nuestra primera opción, es la mejor y sus compañeros lo saben y la respetan por ello. —Zanjó con seriedad y sin apartar los ojos de Lucas.

—Es decir, que es un puesto dado de antemano.

Todos los de la mesa estaban incómodos y sorprendidos por la actitud beligerante del arquitecto, Jimena la primera.

—No es tan extraño. Es la mejor.

—Apuesto a que sí, con lo que practica tiene que serlo. —Su tono y la mirada apreciativa que le lanzó a Jimena daban a entender que se refería a mucho más de lo que estaba diciendo.

Incapaz de aguantar más tiempo sus velados insultos, y el ataque a su amigo, se puso de pie y pidió con un falso tono meloso.

—Lucas, ¿serías tan amable de acompañarme a la barra a recoger las bebidas? —Su sonrisa era tan falsa como las pestañas de pega que le había puesto Patricia.

Asintiendo con una sonrisa fría y distante, Lucas se levantó y le cedió el paso para que caminara delante de él.

Ambos sabían lo que Jimena pretendía de modo que no se pararon en la barra sino que siguieron hasta la calle. Una vez fuera, Jimena cogió a Lucas del brazo y lo llevó hasta la esquina, para ocultarse de las miradas curiosas.

—¿Se puede saber qué narices te pasa? —Su control pendía de la respuesta que él le diera. Estaba enfadada, mucho. Una cosa era meterse con su aspecto y otra muy diferente era hacerlo con su trabajo y además acusarla de ser una aprovechada o incluso algo peor—. Me da lo mismo que te metas conmigo, a mí no me afecta lo que me digas, pero ¿qué te ha hecho Bertram? Es un buen amigo y no voy a consentir que le ofendas ni que insinúes que no es un profesional.

—¿Amigo? ¿Solo es un amigo?

—¿De qué hablas?

—¿No se suponía que eras tan lista? ¿De verdad esperas que me crea que es solo un amigo?, ¿que no te acuestas con él? —Le espetó acercándose a dos centímetros de su cara.

—Me importa un pimiento lo que tú creas o dejes de creer. Yo no tengo que darte…

No pudo continuar, Lucas la asió por los hombros y la atrajo hasta su cuerpo para atraparla en un beso que no había esperado.

Sus labios presionaron con fuerza los de ella para que abriera la boca y le permitiera adentrarse, pero Jimena estaba enfadada y era obstinada. Así que no lo hizo.

Decidido a profundizar el beso, Lucas pellizcó con sutileza un pezón a través de la fina tela del vestido, y la exclamación de sorpresa que ella emitió, le permitió meter su lengua en la boca femenina.

Su sabor estuvo a punto de vencerle. Sabedor de que esa mujer le movía el suelo hasta conseguir que se tambaleara bajo sus pies; la empujó con cuidado hasta que su espalda estuvo pegada a la pared de la esquina, en la que permanecían ocultos de los transeúntes de la calle principal.

Sin dejar de besarla, le levantó una pierna para sentirla lo más cerca posible de su necesidad, mientras con su otra mano acariciaba su centro a través de la ropa interior y los pantys, notando la humedad que le provocaban sus besos y sus caricias.

Sus dedos se tensaron sobre la pierna que sujetaba enredada en su cadera. Jimena se separó y tomó aire.

—Las medias no. —Pidió entre jadeos.

Lucas se tensó y paró con la deliciosa tortura que le inflingía.

—Te acuerdas —murmuró, todavía con la boca pegada a su garganta. Jimena parpadeó volviendo a la realidad de golpe.

—¿A qué te refieres? —preguntó intentando salir del paso, pero ya era demasiado tarde. Lucas se había dado cuenta de la verdad.

—¡No me lo puedo creer! ¿Desde cuándo te acuerdas? No, espera, estoy seguro de que jamás lo olvidaste. ¿Por qué lo hiciste?, ¿pensaste que era la forma más cómoda de deshacerte de otro amante molesto? Con decirme que no, era suficiente. Yo tampoco pensaba repetir. —El sarcasmo y el desdén impregnaban cada una de sus palabras.

—¿De qué estás hablando? —Lucas encadenaba acusación tras acusación y Jimena estaba completamente descolocada.

—Lo sabes perfectamente. Yo estaba allí cuando echaste al último. Fui a tu casa y lo vi. Me lo contó todo, si hasta llevaba puesta mi camiseta, por Dios, mi camiseta favorita.

—De verdad que no entiendo nada de lo que dices.

La mirada que le lanzó heló de golpe la sangre que instantes antes era fuego en sus venas.

—Me voy. Discúlpame ante Rubén y Lorena; no soporto tu hipocresía un segundo más.

Sin molestarse en darle una explicación por sus acusaciones, se dio la vuelta y se marchó. Jimena se tomó un momento antes de volver a entrar en la cervecería. Cuando por fin pudo controlar su voz de manera que sonara casual, regresó y les explicó que Lucas se había sentido mal y que había decidido marcharse a su casa.

Durante el resto de la velada, prácticamente no habló, pero en cuanto pudo hacerlo sin levantar suspicacias, le comentó a Bertram que estaba cansada y que quería marcharse. Sintió las miradas de disculpa de Lorena y de incredulidad de Rubén clavadas en el rostro durante todo el tiempo que estuvo con ellos.

Bertram comprendió que no tenía ganas de conversación y respetó su silencio, de modo que Jimena pudo reflexionar sobre lo que había sucedido, comprendiendo al fin de qué la había acusado.

Durante el trayecto a casa se permitió la autocompasión pero en cuanto pisó su piso se deshizo de ella, llegando a la conclusión de que tal y como había decidido en un principio, Lucas era guapo, pero su atractivo no compensaba el esfuerzo de estar con él, de ninguna manera.

CAPÍTULO 15



No permitió que nada perturbara la burbuja que había erigido a su alrededor y, gracias a Patricia, que ejerció de cancerbero y la apoyó hasta el último instante, pudo aislarse de todo y de todos. Lorena comprendió que había sido demasiado romántica al creer que Lucas y Jimena pudieran congeniar. En los libros y en las películas la antipatía siempre termina en romance; en la vida real, las cosas eran diferentes. Por esa razón le dejó espacio para que se recuperara, y siguió su estado de ánimo a través de Patricia que la llamó varias veces en esos tres días para tranquilizarla.

Bertram, por su parte, se mantuvo en un discreto segundo plano, a la espera de que ella recurriera a él cuando le necesitara.

Durante ese tiempo reflexionó sobre sí misma y sobre los que la rodeaban. Por fin había decidido librarse del lastre que era su infancia, y no iba a consentir que los prejuicios que Lucas había mostrado abiertamente por ella, desde el instante en que se conocieron, le afectaran lo más mínimo. Durante años había sido capaz de ser feliz consigo misma sin la aprobación de nadie, y no estaba dispuesta a necesitar ahora la aprobación de un arquitecto arrogante y presuntuoso.

Después de tres días de aislamiento su vida regresó a la normalidad. Se levantó temprano y llamó a Lorena y a Rubén para advertirles que no quería que nadie fuera a ver la prueba, no deseaba que nadie la distrajera de su objetivo: conseguir la plaza de primera chelista. Lorena se sentía demasiado culpable para replicar, de manera que no lo hizo y los demás, Rubén y Patricia, acataron su decisión del mismo modo. Ni siquiera se molestó en llamar a su padre, Vicente no sabía nada de la prueba y era mejor que no lo supiera. Su sola presencia arruinaría todas sus posibilidades de triunfo.

Por fin llegó el día nueve y Jimena supo que podía ser el inicio una nueva vida; Viena se veía lejana, aunque en realidad la sentía como un sueño aparcado indefinidamente. No había renunciado a sus sueños, ella no era de las que se rendían, solo había alterado el orden de sus prioridades.

Evadiéndose de todo lo que la rodeaba permitió que sus dedos se movieran solos para que la música tranquilizadora comenzara a sonar en su cabeza.

Era la tercera para hacer la prueba, de manera que estaba sentada en el extremo derecho de la primera fila, a la espera de que terminaran sus dos compañeros, al haber sido la última en apuntarse, le había correspondido también ese lugar para su práctica.

La ejecución del primero fue correcta, había escogido La Suite N.º 1 para Violonchelo de Bach, pero no había dotado a la pieza de la pasión que esta necesitaba. Desconectó mientras el segundo subía al escenario, al tiempo que sus dedos seguían creando música, concretamente el Concierto para Violonchelo en Mi menor, Op. 85 de Elgar, que Lucas le hubiera aconsejado que la tocara no había tenido nada que ver en su decisión, se dijo marcando las notas con los dedos.

Lucas entró en El Palau y se dirigió hacia la zona menos iluminada intentando pasar desapercibido. El tipo de seguridad de la puerta había supuesto que era pariente de alguno de los músicos y ni siquiera le había parado al entrar.

Se había limitado a sonreírle con cortesía, seguramente imaginando que estaba tan nervioso como los propios músicos que postulaban para el puesto, y se había hecho a un lado para que entrara.

Optó por sentarse en la última fila de asientos, todavía no había subido el primer candidato cuando sintió que alguien se acercaba por detrás y le tocaba el hombro. Se giró con curiosidad y se topó de frente con la cara de sorpresa de Rubén.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con el asombro pintado en los ojos.

—Imagino que lo mismo que tú. ¿Por qué no estás en clase?, ¿ya han empezado no?

—Tú primero, ¿por qué estás aquí? —Insistió Rubén—. Y no me vengas con que vienes de visita turística.

—¿Por qué no estás en clase? —Contraatacó Lucas, poco dispuesto a confesar.

—Los lunes solo tengo clase por la tarde. Te toca, ¿qué haces aquí?

No tuvo tiempo de responder antes de que una tercera persona se les uniera.

—Jimena no quería que viniera nadie. —Anunció Patricia con convicción.

—Tú eres alguien. —La respuesta de Rubén pilló desprevenida a la violinista.

—Yo trabajo aquí, ¿recuerdas? —Y cambiando de interlocutor se giró para afrontar a Lucas—: ¿Qué haces tú aquí? Procura que Jimena no te vea o dejara de tocar solo para venir a echarte a patadas. No le estropees la prueba o tendrás que vértelas conmigo

—He venido a acompañarle. —Mintió sabedor de que su amigo no le delataría.

Tras haber afrontado tres veces la misma pregunta, Lucas comenzó a cuestionar su propia respuesta.

—Me voy más adelante para controlar las expresiones de los músicos que participan como jurados. Que no os vea Jimena. Sobre todo a ti. —Advirtió a Lucas, antes de marcharse sigilosamente.

—¿Qué haces aquí? —Volvió Rubén a la carga.

—Cuatro veces en menos de dos minutos, seguramente haya conseguido algún récord. ¡Tendré que averiguarlo!

—No divagues y responde a mi pregunta.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Has venido porque te lo ha pedido tu novia?

—No, he venido porque Jimena es mi amiga, y sigues sin darme una explicación. —Apuntó cada vez más molesto—. Empiezo a creer que te da miedo buscar esa respuesta.

Lucas iba por fin a contestar cuando Jimena se levantó de su lugar en la primera fila, con su chelo en una mano y el arco en la otra, y comenzó a andar hacía el escenario. Con elegancia subió las escaleras y ocupó la silla en el centro de la escena.

La tensión provocada por las incómodas preguntas que se negaba a responder se había acumulado en el estómago de Lucas, que ahora era incapaz de despegar los ojos del lugar que Jimena ocupaba, pendiente de cada uno de sus movimientos.

Fue entonces cuando Bertram apareció en escena y la tensión estalló por donde pudo, sus dientes rechinaron en el instante en que apretó con fuerza la mandíbula, gesto inconsciente que hacía cuando estaba alterado. El director se inclinó sobre ella con confianza, con toda seguridad para entablar una conversación en susurros, pero Lucas no era capaz de razonar, solo se fijó en la estrecha relación que los unía: habían salido juntos, conversaban con intimidad, tenían mucho en común… En medio del silencio sepulcral, Rubén escuchó el sonido del malhumor de su amigo.

—Vas a tener que contarme lo que sea que está pasando entre tú y Jimena. No pienso dejar de preguntar hasta que me lo digas —dijo dispuesto a cumplir su amenaza.

—De acuerdo, pero ahora cállate y déjame escuchar. —Exigió sin apartar los ojos de la pareja que hablaba en el escenario.

Los dos hombres pensaron lo mismo simultáneamente, Lucas no había negado que hubiera algo que contar.

Sintió un calor agradable en el estómago que fue subiendo hasta su garganta, cuando las primeras notas de la melodía se escucharon en el teatro: Elgar, después de todo, todavía había esperanza.

Volvió en sí cuando Rubén le tocó el brazo, su amigo le hizo un gesto para que se marcharan antes de que terminara la actuación y

todos se pusieran en marcha. Si al encenderse las luces cuando sonara la última nota, Patricia los veía acabaría con ellos lentamente.

Una vez fuera del Palau y antes de que Rubén volviera a preguntarle sobre el motivo de su presencia allí, Lucas tomó la iniciativa:

—Me gusta. Jimena, quiero decir.

—¿Cuándo has cambiado de opinión?

—No estoy seguro —respondió con sinceridad—. Probablemente cuando dejé a un lado mis prejuicios sobre ella. O quizás cuando dejó que lanzarme cuchillos con los ojos. —Bromeó a pesar de la certeza de sus palabras.

—¡Vaya! La verdad es que me pillas por sorpresa, no lo hubiera imaginado después de ver tu reacción cuando os conocisteis.

—Eso no es un punto a mi favor —dijo en voz baja.

—¿De qué hablas?

—Nos acostamos en Alcolea, y si no se lo ha contado a su mejor amiga, la cosa se pone peor por momentos.

—Si insinúas que Lorena me lo contaría si lo supiera, te equivocas. Es Jimena quien me cuenta sus cosas —explicó con orgullo mal disimulado—. Y por si te lo estás preguntando, no, no me ha dicho nada. Mi sorpresa es auténtica.

—¿Pretendes hundir mi moral?

—No sabía que estuvieras tan interesado. —Pinchó con intención de hacerle hablar—. ¿Lo estás?

—Lo único que no me gusta es lo que hace con los hombres. Reconozco que yo no soy un santo, pero suelo ser más selectivo y menos promiscuo. Y desde luego no tengo ninguna norma sobre no repetir experiencias…

—¿De qué hablas?, ¿Jimena promiscúa?, ¿estás seguro de que hablamos de la misma persona?

—No puedes estar tan ciego, numeritos. Después de volver de Alcolea fui a su casa y me topé con uno de sus amantes… Era prácticamente un crío.

Las carcajadas de Rubén le hicieron callar de golpe, estupefacto por la reacción de su amigo, le miró con suspicacia. Rubén no se

reiría de ese modo si fuera verdad que Jimena se acostaba con distintos hombres cada noche.

Durante varios minutos siguió riendo con tanta fuerza que se le saltaron las lágrimas. Cuando por fin pudo dejar de reír, le espetó con una mirada fulminante:

—Lucas, definitivamente, eres más imbécil de lo que pareces, y créeme cuando te digo que ahora mismo «imbécil» se te queda corto.

CAPÍTULO 16



A las cinco y cuarto entró en el aula para preparar la primera clase del año, sus alumnos comenzarían a llegar dentro de poco acompañados por sus padres, y Jimena quería tenerlo todo listo. Abrió el armario y empezó a sacar los instrumentos con los que trabajarían. Los martes y los jueves tenía clase con niños de cuatro años a los que les introducía en el mundo de la música.

Muchos de ellos seguían estudiando una carrera musical después, y de alguna manera Jimena siempre se sentía orgullosa de sus éxitos como si fueran propios. Los pequeños siempre le alegraban el día y conseguían que se olvidara de los problemas.

El trabajo en La cajita de música era una de las pocas cosas que debía agradecerle a su padre. Bloqueó su mente de recuerdos dolorosos y se concentró en el trabajo con los niños, cuando estaba con ellos se entregaba al cien por cien. Lo que iba a liberarla de que sus pensamientos se fueran por el camino que llevaban días escogiendo sin su consentimiento.

Sonrió cuando escuchó las risas en el pasillo, sus quitapenas ya empezaban a llegar.

Los niños andaban alborotados tras tantos días de vacaciones escolares, pero se centraron en cuanto comenzaron con sus juegos. Jimena les permitía usar algunos instrumentos para que se familiarizaran con ellos, de modo que en el aula disponían de un piano, triángulos, una batería y un xilófono.

Como era habitual en cada clase, le costó un cuarto de hora atraer su atención hasta lo que había preparado para esa tarde.

Conectó el radio CD con que realizaban los ejercicios de percepción musical y un tambor comenzó a sonar marcando una marcha militar:

—¿Alguien sabe qué instrumento está sonando? —preguntó fingiendo no saberlo—. ¡Ayudadme, chicos!

—Tambooor. —Gritó Jordi, el benjamín del grupo.

—¡Muy bien! ¿Y cómo tocamos el tambor?

—Así —contestó Alicia simulando que sostenía dos baquetas en sus manos.

—Estupendo. Lo haces muy bien, cariño.

—¡Seguimos! Chicos, atentos al siguiente sonido.

Anunció mientras volvía a pulsar el play, la dulce melodía de la flauta invadió el ambiente. Cuando la pieza terminó, Jimena continuó con sus preguntas:

—A ver, niños, ¿quién puede decirme qué instrumento es el que suena?

—Una nariz. —Gritó Marcos, muy convencido de que su respuesta era correcta.

—¿Una nariz?

—Sí, como la de Bob Esponja. —Aclaró Leire señalando su nariz llena de pecas.

Jimena estaba descolocada. Evidentemente no estaba tan aislada del mundo infantil como para no saber quién era Bob Esponja, pero la respuesta de sus alumnos la tenía totalmente perdida.

—Bob Esponja toca música con su nariz, así —dijo la niña moviendo los dedos como si estuviera tocando una flauta.

—Muy bien, Leire. Una flauta. —Alabó, introduciendo a su vez el nombre correcto del instrumento. La niña hizo un gesto de incomprensión. Repasando las caras de sus otros alumnos comprendió que ninguno de ellos comprendía muy bien lo que era

una flauta, en cambio la nariz de Bob Esponja quedaba clara para todos.

—Quiero decir que muy bien, chicos. Es una nariz como la de Bob. —Exclamó sonriente.

—¡Bien! —Vitorearon los niños a coro.

Jimena se unió a sus risas, si Lorena hubiese estado en el aula habría soltado alguno de sus refranes, probablemente aquel de «si no puedes con ellos, únete a ellos».

***

Hora y media después en lo único en lo que podía pensar era en tumbarse en el sofá y hartarse de televisión hasta que le entrara el sueño. Sin embargo, todavía tenía que encargarse de algunos pendientes antes de poder disfrutar del tiempo de relax que tanto ansiaba. El más inmediato era la cena, que le tocaba preparar a ella.

Optando por algo fácil y rápido se encaminó hasta la frutería del padre de Héctor para abastecer su nevera de comida sana y fresca.

Tanto Héctor como su padre estaban atendiendo a unas clientas, así que Jimena se dedicó a mirar el género y decidir qué comprar. La mejor opción tras las comilonas navideñas era una ensalada de fruta que sirviera para depurar el organismo y ayudara a bajar los kilillos después de tantos turrones y dulces. Ya casi tenía la lista mental hecha de lo que iba a contener su cena cuando el sonriente frutero se le acercó:

—Papá, de esta chica tan bonita me encargo yo —le dijo a su progenitor, que se veía más que orgulloso del desparpajo de su hijo.

—Di que sí, hijo. Hay que tener contentas a las clientas, y si son tan guapas como esta, más — aprobó sonriente.

—Hola, Jimena. ¿Qué te pongo?

—Hola, Héctor. Ponme un kilo de fresas, por favor. Que sean dulces. —Pidió correspondiendo a la sonrisa del chico.

—Marchando —contestó con su acostumbrada amabilidad, y añadió con picardía—, estás muy guapa, por cierto.

Jimena rio agradecida por el piropo.

—Creo que en estos dos días lo he oído más veces que en toda mi vida. Al final tendré que creérmelo. —Bromeó con él.

—No lo dudes. Estás guapísima, y que conste que no solo lo digo yo, mi padre me secunda.

—A ver, ¿qué quieres de mí que tanto me adulas? —preguntó perspicaz y divertida a la vez.

—No seas malpensada, tía. Lo digo de verdad. Estás muy guapa. —Reafirmó con una sonrisa—. No quiero decir que antes no lo estuvieras, lo que pasa es que ahora no lo escondes.

Jimena se quedó un momento en silencio, maravillada por la capacidad de Héctor para comprender la verdad.

—En ese caso, gracias. De cualquier modo, pregunta lo que quieras saber. Hoy me siento generosa.

—Le pinchó, para disimular su aturdimiento.

—¿Qué más te pongo?

Jimena se rio con ganas ante la picardía de él.

—Peras, cuatro o cinco que se me ponen malas. Y cuatro o cinco manzanas también.

—¿Algo más?

—Un kilo de plátanos, por favor.

—¿Listo? —preguntó cuando los hubo puesto.

—Sí, eso es todo. ¿Qué te debo?

—¿Sabes? Creo que voy a aprovechar que estás tan guapa y tan estupenda para hacerte la pregunta que me has ofrecido.

—Dispara.

—¿Cenas conmigo esta noche? —preguntó con el gesto más travieso que Jimena hubiese visto nunca en un hombre.

—Me gusta tu estilo —contestó pensativa—, te espero en mi casa a las nueve. No llegues tarde.

—No, seré puntual como un reloj, y Jimena. Muchas gracias.

—De gracias, nada. Espero que me digas por lo menos diez veces más lo guapísima que estoy. — Bromeó ella.

Las risas de Héctor todavía se escuchaban cuando cogió su bolsa y salió de la tienda mucho más animada y haciendo cábalas sobre cómo conseguir que Patricia claudicara en su intención de rechazar al chico. Y es que, sin ninguna duda, una persona tan jovial y

divertida era lo que necesitaba su amiga para comenzar a volver a ser ella misma.

CAPÍTULO 17



—¿Qué haces?

—Una ensalada de frutas, hoy me tocaba a mí cocinar —contestó mientras secaba con papel de cocina la encimera.

—Perfecto. Voy a ducharme, estoy agotada. —Se quejó—. Bertram es insoportable cuando se pone perfeccionista.

Jimena sonrió al imaginar al director con rostro serio, y haciéndoles repetir, a los violinistas, mil veces, la misma melodía hasta que la considerara perfecta.

—He invitado a un amigo a cenar —comentó todavía perdida en el ensueño anterior—. Espero que no te importe.

—Os dejaré solos, no hay problema. —Ofreció Patricia, con una sonrisa sin atreverse a preguntar si era Lucas el invitado.

—No es una cita, solo es un amigo que viene a pasar la tarde con nosotras.

—Entonces ¿Le conozco?

—Sí, creo que sí

—¿Betram o Lucas? —Inquirió vencida por la curiosidad.

—Ninguno de los dos —respondió con un gruñido.

—Perfecto, Bertram es mi jefe y Lucas me cae mal, habría sido un desastre la cena.

—Anda, ve a ducharte. Ya verás lo bien que sale todo. Y Patri… —Añadió en un tono mucho más suave—: Ponte guapa.

Patricia arqueó una ceja, suspicaz, pero sin decir nada, se dio la vuelta y se metió en su dormitorio, ansiosa por coger sus cosas y darse esa ducha que, gracias a Bertram, tanto se había ganado.

***

Tal y como Héctor había prometido, a las nueve en punto llamó al timbre del portal. Patricia todavía no había salido de su dormitorio por lo que fue Jimena la que dejó la ensalada a medio hacer y fue a abrir:

—Hola, guapa. —La saludó dándole dos besos.

—Empezamos bien, ya llevamos el primer piropo de la noche. —Bromeó.

—Soy un hombre de palabra.

—Ese es un punto a tu favor —le dijo mientras regresaba a la cocina, seguida de cerca por él—. Y otro que te has ganado por ser puntual te convierten en casi perfecto.

—¿Qué me falta para ser perfecto del todo?

—Todavía no tenemos la suficiente confianza como para que te dé esa información.

Héctor se echó a reír con ganas.

—Además tienes sentido del humor. Esto se pone cada vez mejor. —Aprobó.

—Tengo la sensación de que me estás examinando para algo que no sé lo que es. —Le confesó con seriedad. Jimena anotó un punto más por perspicaz, aunque no se lo dijo.

—Te estoy examinando para saber si mereces el esfuerzo de que te ceda mi cuarto de baño —dijo medio en broma, medio en serio.

—No tengo ni la más remota idea de lo que quieres decir. Sin embargo, yo… Jimena, yo… Quería pedirte algo. Verás, ¿te importaría mucho si…? Es que he pensado que…

—Suéltalo ya. Me estás poniendo nerviosa.

—¿Puedo tontear contigo esta noche? Será de mentira, para tantear el ambiente, ya sabes… Y sería estupendo si me siguieras el juego.

—Sinceramente, no estoy segura de que te vaya a funcionar la táctica de los celos. —Avisó con sinceridad—. Está muy vista.

—No tengo muchas más opciones. Así que voy a arriesgarme.

—De acuerdo tontea, pero nada de toqueteos ni ojos de cordero degollado, que si no me dará la risa y no funcionará tu plan —dijo intentando aguantarse las carcajadas.

—Eso de no toquetear me va a resultar muy difícil, porque estás preciosa, pero lo intentaré con todas mis fuerzas. —Bromeó poniendo cara de pena, concretamente los ojos de cordero que Jimena le había pedido que no pusiera.

—Eres un amor, Héctor. Patricia es idiota si no lo ve.

La respuesta de él fue inmediata, en un segundo la había arrastrado hasta sus musculosos brazos, forjados a base de colocar cajas de fruta, para darle un amistoso achuchón.

Cuando la soltó Jimena le lanzó una falsa mirada de desaprobación.

—Ya te dije que me iba a resultar muy difícil mantener las manos lejos de ti. —Se disculpó divertido.

Estaba pasando un rato agradable cocinando con Héctor, el chico era encantador, era fácil comprender la razón por la que su compañera de piso se había decidido a abrir de nuevo su corazón. Lo que no era tan comprensible era porqué no salía de su dormitorio para participar de la velada.

Disculpándose con su invitado, Jimena se acercó hasta el dormitorio de Patricia y llamó a la puerta, un segundo después, su amiga la abría con cara de pocos amigos:

—¿Qué quieres, traidora?

—La cena ya está lista —le dijo, obviando su mal humor.

—¿De verdad quieres que coma con vosotros? ¿No interrumpiré nada si voy?

¡Punto para Héctor! Anotó Jimena mentalmente. El chico había calado mucho mejor a Patricia que ella misma que la conocía de hacía más tiempo.

—Te dije que había invitado a un amigo a cenar, y eso es lo que he hecho. Esta tarde he ido a la frutería, y ha sido él quién me ha atendido, hemos comenzado a hablar y he pensado que era buena idea tener compañía. Las dos estamos muy deprimidas estos días —explicó con inocencia—, y Héctor es divertido y además, nos cae bien a las dos. ¿Dónde está el problema?

—¡Víbora!

—Yo también te quiero, corazón. —Se burló al tiempo que se daba la vuelta y regresaba a la cocina.

La sonrisa de Héctor era deslumbrante cuando vio entrar a las dos amigas por la puerta. Llevaba el cabello castaño ligeramente largo, lo que conseguía que sus ojos estuvieran casi siempre ocultos tras su flequillo. De un manotazo lo hizo a un lado, para poder deleitarse con la visión de las dos preciosidades con las que iba a cenar:

—¡Vaya! Esta es la mejor noche de mi vida. Nunca he visto a dos mujeres más guapas que vosotras.

—Adulador —le dijo Jimena, guiñándole el ojo.

—Imagino que no. —Fue la respuesta de Patricia, que todavía seguía molesta por las risas y las bromas que había estado escuchando desde su habitación.

Se sentaron a cenar con más tensión de la que Jimena había esperado, pero la actitud ingeniosa de Héctor y su gracia natural pronto suavizaron el ambiente.

Cuando llegaron al café, incluso Patricia sonreía. Héctor era la clase de persona cuya chispa alegraba a todo aquel que tenía cerca, divertido y risueño, no era de extrañar que su frutería fuera la más concurrida del barrio.

No obstante, a pesar del buen humor y de las bromas generales, este era deliberadamente amable con Jimena, mientras que con Patricia rozaba la indiferencia. Estaba decidido a seguir con su plan, que a juzgar por las miradas asesinas que le dirigía Patricia a Jimena, estaba dando muy buenos resultados.

Recordando lo que Lucas le había echado en cara el día del roscón, Jimena aprovechó que tenía a Héctor hablador para preguntarle su versión sobre lo sucedido.

La estampa que el frutero les pintó, descalzo, en calzoncillos y con la camiseta de Led Zeppelin, provocó aullidos de risa entre las chicas:

—Casi le dio algo cuando me vio abrir la puerta. Tía, está muy pillado por ti —comentó casi con pena.

—Para nada. Esta vez has estado poco acertado.

—Que sí, que esas cosas se notan. Créeme, si hubieras visto su cara lo sabrías.

—Que no, Héctor. Te falló el radar. —Zanjó Jimena.

Al comprender que esta no iba a entrar en razón respecto a ese tema, Héctor optó por callar, aunque en su fuero interno estaba convencido de que tenía razón. El tal Lucas estaba muy pillado con su nueva amiga, y visto lo visto, era más que comprensible.

—¿Ya te vas? ¿Tan pronto? —preguntó Patricia sin levantarse de la mesa.

—Sí, mañana madrugo. Muchas gracias por la cena —comentó Héctor con una sonrisa.

—Te acompaño. —Se ofreció Jimena, al ver que su amiga no daba muestras de hacerlo.

Tras despedirse de nuevo de la violinista, Héctor se encaminó hasta la puerta, seguido por Jimena.

—¿Por qué te vas tan pronto? —Inquirió sorprendida, eran poco más de las once de la noche.

—Quiero hacer las cosas bien. —Le confesó inclinándose para darle un beso en la mejilla—. Gracias por tu ayuda, preciosa.

—Cuando quieras. Lo he pasado genial —contestó con sinceridad.

—Buenas noches. —Se despidió, pero antes de cerrar la puerta tras de sí, añadió—: Tendrías que haber visto su cara, está muy pillado.

¡Ojalá! Pensó Jimena, ¡ojalá!

—No tienes remedio, Héctor. —Se rio Jimena.

CAPÍTULO 18



Y es que por mucho que Bertram hubiera intentado tranquilizarla, la seguridad que el alemán tenía en sus logros solo conseguía deprimirla más; dividida entre su deseo de conseguir el puesto y su sueño de tocar en la Filarmónica de Viena, una fantasía cada vez más lejana.

Todavía indecisa sobre qué debía tirar y qué conservar, dirigió la mirada a la única pieza de ropa que había colgada en el armario, un vestido rojo de punto, un vestido que se había convertido en su prenda favorita, y no precisamente por cómo se sentía al llevarla puesta, más bien todo lo contrario…

El inconfundible ruido de la puerta de la entrada al cerrarse la sacó de sus cavilaciones, suspiró resignada a que Patricia llegara con más vegetales que no se iban a comer en meses, y se levantó del suelo para confirmar sus sospechas. La violinista casi había terminado con las existencias de la frutería Blasco, en un solo día, mientras que el frigorífico estaba tan repleto que casi no se podía ni cerrar.

Se encaminó a la cocina para comprobar los daños sufridos por el pobre electrodoméstico, y se topó con la sonrisa feliz de Patricia, que le confirmó sin necesidad de abrir la nevera, que efectivamente,

había ido de compras. Jimena fue incapaz de reprenderla, su expresión se lo impidió, hacía mucho que no la veía en el rostro de su amiga, y supo sin necesidad de comprobaciones que abrir la nevera iba a ser más peligroso que pasear por un campo de minas.

Visto lo visto, la táctica de Héctor de ir despacio estaba consiguiendo mucho más de lo que había esperado. En poco más de veinticuatro horas, Patricia ya había visitado la frutería más de lo que lo había hecho en los últimos dos años.

Y es que Héctor podía ser joven, pero no por ello era inmaduro o infantil, todo lo contrario, era el contrapunto perfecto para su alocada compañera de piso.

—Ayúdame a guardar la compra. —Pidió Patricia en cuanto la vio entrar en la cocina.

—¿Qué has traído?

—Patatas. Me apetece hacer una buena tortilla y una ensalada completa para comer —comentó contenta.

—Ya teníamos patatas. ¿Has traído también lechuga?

—Sí, he traído lechuga y sí, teníamos patatas, pero no eran las adecuadas.

—¿No eran adecuadas? —preguntó alucinada.

—Las que tenemos en casa son rojas.

—Creía que te gustaba el rojo —comentó con intención de sacarla de quicio. ¡Qué narices importaba el color de las patatas! Las patatas eran patatas, punto.

—Qué graciosa eres —murmuró entre dientes, molesta por ser tan evidente—. Las blancas son mucho mejor para hacer tortilla —explicó con altanería. De acuerdo que las había comprado por ver a Héctor, pero Jimena no tenía por qué saberlo, imaginárselo sí, pero saberlo era otra cosa.

—Si tú lo dices…

—Lo digo. Ya sabes que la tortilla de patata es mi especialidad.

—Creía que tu especialidad era la *fideuà* o incluso la paella.

—Sí, eso también, soy muy habilidosa en la cocina. —Se alabó con una mueca orgullosa.

Jimena iba a replicar cuando el móvil que había dejado sobre la mesilla del recibidor, junto a las llaves de casa, comenzó a sonar y a

vibrar.

Se acercó hasta él arrastrando los pies para darle tiempo al Réquiem de Fauré a seguir sonando sabedora de lo deprimente que le resultaba a su compañera la melodía que había elegido para su móvil.

—¡A ver cuándo le cambias el sonido al teléfono! —Se quejó Patricia—. Es demasiado lúgubre incluso para ti.

Sin responder a la pulla, cogió el iPhone y se planteó la posibilidad de no responder; el número que aparecía en pantalla era desconocido para ella, no lo tenía memorizado.

—Dígame. —Pidió más bruscamente de lo acostumbrado, creyendo que era la típica llamada para convencerte de que te cambies de compañía telefónica.

—¡Vaya! Das más miedo por teléfono que en persona —comentó divertido, una voz conocida. Jimena se tensó, entre sorprendida y molesta. Más lo primero que lo segundo.

—¿Qué quieres?, ¿por qué tienes mi número?

—Veo que me has reconocido. —Se burló Lucas—. Ese es el tono amable y dulce que reservas en exclusiva para mí.

—Claro que te he reconocido, ya te he explicado muchas veces que soy muy lista. A ver cuándo por fin lo aceptas y nos ahorramos más palabras.

—De acuerdo, eres muy, muy lista, y excesivamente cariñosa conmigo. Todo aclarado.

—¿Qué quieres, Lucas? No tengo tiempo para discutir contigo, estoy muy ocupada —dijo, al tiempo que se volvía a mirar mal a Patricia que había resoplado al escuchar su afirmación.

Tapando el teléfono con la mano, se giró para hablar con su amiga sin que su interlocutor la escuchara.

—¿No tenías trabajo en la cocina? —preguntó al ver que la había seguido hasta el recibidor y que estaba observándola sin ningún disimulo.

—Sí, por supuesto. Luego me cuentas, pero hazte un favor y no seas tan borde. Cuenta hasta diez si hace falta.

—¡Seguro que sí! Empieza a contar por mí. —Le espetó, aunque sabía que tenía razón, que terminaría contándole su conversación

con Lucas.

Patricia arrugó la nariz, en un gesto que pretendía ser una mueca ofendida, y se fue por donde había venido.

Volviendo a pegarse el teléfono a la oreja, escuchó la última parte de la cháchara que salía por él:

—¿Cenarás conmigo?

—¿Perdón? —preguntó asombrada.

—Tiene gracia que me pidas perdón tú; la razón principal por la que te llamaba era precisamente para disculparme por lo del otro día. Puede que me excediera un poco con mis palabras —comentó suavizando con ello lo que había sido un ataque de celos en toda regla.

—¿Por qué estás disculpándote exactamente? ¿Por ser un patán, un maleducado, un cerdo? ¿Por besarme a la fuerza? ¿Por largarte sin despedirte de tus amigos? ¿Por…?

—¡Vaya!, veo que aceptas mis disculpas. —Bromeó admirado por su fuerte carácter.

—¡Ni lo sueñes, guapito!

—¿Guapito? Interesante… Aunque no creas que me disculpo por haberte besado. Eso fue lo mejor de la noche, o para ser justos contigo, lo mejor de la semana.

Jimena sintió un calorcillo serpenteando en su estómago, ¡lo mejor de la semana! Las rodillas comenzaron a flojearle y estiró el brazo para apoyarlo en la pared del pasillo y mantener el equilibrio.

—Puedes halagarme todo lo que quieras, pero eso no te va a funcionar. —Le avisó con la voz poco firme.

—Entonces es a cada minuto más indispensable que cenes conmigo para que pueda disculparme como corresponde a mi afrenta. —Era más que evidente en su tono, lo bien que se lo estaba pasando en la batalla dialéctica con Jimena.

—No es buena idea.

—Es una idea estupenda. Solo te molesta que se me haya ocurrido a mí en lugar de a ti. —Continuó pinchándola.

Jimena tuvo que reírse ante aquello e incluso darle la razón. La idea de cenar con Lucas la tentaba, no iba a negárselo, pero al mismo tiempo sus reacciones exageradas y sus pullas la

descolocaban más de lo que lo había hecho ninguna persona antes. Definitivamente no era prudente quedar con él. Sufría el riesgo de enamorarse de la parte correspondiente al Doctor Jekill, pero no podía olvidar que iba unido a un Mr. Hyde.

—Seguramente estés en lo cierto. —Concedió de mala gana—. Pero sigue siendo un «no».

—Puedes apostar por ello, es una de mis mayores virtudes, siempre tengo razón. —Y añadió como si no hubiera escuchado su negativa—: ¿Qué te parece si cenamos el viernes?

—Lo siento, estoy ocupada. —Se excusó.

—¿El sábado?

—Ocupada.

—Entonces come conmigo, no será lo mismo, pero me conformo con eso.

—Ocupada, ya tengo planes.

—¿Domingo?

—También, todo el día. Mira lo mejor es que te llame yo cuando me venga bien. ¿De acuerdo? Esta semana ya la tengo organizada.

—De acuerdo, tú mandas. Pero quiero que sepas que estoy impaciente por disculparme. —Confesó entre bromas, lo que no lo hacía menos cierto.

—Seguro que sí. Adiós, Lucas.

—Qué despedida tan sosa, ¿sin besos, achuchones ni nada?

La reacción de su cuerpo fue automática, sus oídos escucharon la palabra «beso» y su mente rememoró el último que había recibido de su boca… Sintió la fría pared a su espalda, la respiración se le aceleró, y de repente el chándal que llevaba puesto para estar por casa le pareció demasiado abrigado para su acalorado organismo.

—Adiós. —Se despidió con la voz ronca y las rodillas temblorosas.

Todavía con la imagen que había evocado la palabra, se quedó en silencio en medio del pasillo. ¿Por qué quería cenar con ella? Y lo más importante, ¿quién había sido el traidor que le había dado su número de teléfono?

Comprendiendo que si estaba enfadada no podría deprimirse, se encaminó hecha una furia hasta la cocina, con el teléfono todavía en la mano, dispuesta a descubrir quién le había dado su número al

hombre más exasperante que había conocido nunca. Un hombre que además era peligroso, sexy e insistente, demasiado para su salud mental.

CAPÍTULO 19



Apenas eran las seis y media de la tarde, pero se sentía como si fueran las tantas de la madrugada y se hubiera pasado las horas bailando sin parar.

Cuando todos sus alumnos se hubieron marchado se quedó recogiendo la clase: partituras e instrumentos con los que los niños iban conociendo la música y despertaban su sentido del ritmo y de la armonía. La calma tras el torbellino de las risas y los juegos trajo consigo la lucha interna que mantenía desde el día anterior, más concretamente desde la llamada de Lucas, que había conseguido volver a descolocarla y que se replanteara la decisión de mantenerse alejada de él.

Seguramente él ya sabía que no era ella quien se había marchado del Zoom con Héctor, tendría que haberle preguntado a Rubén para confirmarlo, pero sus disculpas apuntaban a que conocía la verdad. En cualquier caso, seguía resultándole extraño que quisiera que cenaran juntos: primero por lo mal que se había tomado su pequeña mentira, cuando fingió no recordar que se habían acostado juntos en Nochevieja, y segundo y más importante, porque ella no le gustaba lo más mínimo.

Lo había dejado claro en más de una ocasión, lo que lo volvía todo más difícil de comprender; si no le gustaba, y estaba segura de que así era, ¿por qué la besaba? ¿Por qué la llamaba?, con cada pregunta regresaba al mismo punto de partida, en el que seguían surgiendo interrogaciones para las que no tenía respuesta ¿por qué la había invitado a cenar?, ¿se sentía culpable por haberla prejuzgado?, ¿o realmente quería estar con ella?, ¿debía aceptar la invitación? O mejor dicho, ¿deseaba aceptarla?

Cierto que se había propuesto cambiar, mostrarse más accesible y dejar a un lado el temor a ser ignorada, pero el riesgo de aceptar a Lucas era demasiado grande, tenía que sopesar los pros y los contras antes de tomar una decisión. A pesar de su carácter explosivo, cuando estaba calmada su mente era muy analítica, y no tomaba ninguna decisión sin darle vueltas y vueltas al asunto.

Seguía sin decidirse cuando escuchó pasos en el corredor e imaginó que alguno de sus pequeños alumnos se había dejado algo olvidado y regresaba con sus padres a recogerlo. Se giró hacia la puerta con una sonrisa comprensiva, que borró en cuanto su visitante asomó la cabeza.

—¿Has venido a disculparte? Puede que te perdone, pero todavía estoy enfadada contigo por traidora. —Le espetó a Lorena.

—No seas exagerada.

—¿Exagerada porque me parezca mal que le dieras mi número de teléfono pri-va-do —enfatizó las sílabas para dar más énfasis a la palabra— a Lucas?

—Sí, exactamente. ¡Exagerada! Pero no me distraigas que he salido corriendo del vivero solo para venir a contarte algo importante.

—Sí que debe de ser importante si tú has conducido hasta aquí —le dijo, sabía lo poco le gustaba conducir; su animadversión la llevaba a ir andando a todas partes.

—Ya ves si lo es. —Corroboró, sin negar la afirmación de Jimena sobre la conducción.

Jimena suspiró teatralmente, antes de instar a su amiga para que saliera del aula. Cada martes y jueves era ella la que se encargaba de abrir y cerrar, ya que eran las únicas clases que se impartían dichos días. La única persona que estaba en el edificio era la

administrativa, y ocasionalmente el director de la sociedad, y ellos nunca subían a los pisos superiores, donde se encontraban las aulas.

Apagó las luces y cerró con llave mientras Lorena la miraba de mal humor, ansiosa porque mostrara un poco más de interés en escuchar su historia.

—¿No quieres saber lo que tengo que contarte? —Volvió a la carga.

—¿Hay algún modo de que no me lo digas?

—No.

—Pues, eso.

—Estás un pelín borde hoy. Pero seguro que se te pasará cuando te cuente lo que me ha pasado hace un rato.

—Seguro que sí.

Lorena hizo caso omiso del sarcasmo de su amiga y descargó la información que tan interesada estaba en ofrecer.

—Lucas ha venido a casa a mediodía, para hablar conmigo, de ti. Se ha saltado la comida solo para venir a casa. ¿Te lo puedes creer? Si hasta sabía a qué hora salgo del trabajo.

Jimena siguió andando, esforzándose por aguantar el ritmo y que no se le notara lo nerviosa que estaba a la espera de que Lorena le diera los detalles.

—Qué bien —comentó, fingiendo desgana—. Hoy has comido acompañada. ¿Has venido a contarme eso?

—No ha venido a comer. Ha venido a decirme que le gustas mucho y me ha pedido ayuda para verte, ya que has rechazado sus invitaciones —explicó dando entusiasmados saltitos, sin avergonzarse por estar en medio de la calle.

Tras la celebración las dos se quedaron expectantes.

—¿Me lo explicas mejor? Con un poco menos de entusiasmo y más detalles, por favor —pidió Jimena con el corazón aleteando tan rápido como un colibrí.

Lorena no se hizo de rogar, encantada con que Lucas y Jimena se gustaran. Ya desde que este regresó de Ginebra había pensado en juntarles, y aunque la cena que organizó con ese fin había resultado un desastre, las reacciones de ambos fueron demasiado explosivas como para no tenerlas en cuenta.

Así pues, le explicó cómo Lucas le había confesado que asistió a su prueba y que, al ver que finalmente se había decidido por Elgar, tal y como él le había aconsejado, había nacido la esperanza de que, quizás, Jimena también sintiera algo más que antipatía por él. Fue ese mismo día cuando descubrió que había estado equivocado respecto a su carácter y a la idea que se había formado de él cuando se topó con Héctor con su camiseta puesta.

Lorena se abstuvo de comentarle al embalado Lucas que Rubén ya le había puesto sobre aviso acerca de su conversación el día de la prueba, de modo que Lorena ya conocía su interés por Jimena antes de su visita, y escuchó feliz cada una de las confesiones del arquitecto.

—Me ha pedido que vuelva a organizar una cena en casa, y como comprenderás no he podido negarme. ¡Tienes que venir!

—¿Le gusto?

—Ya te lo he dicho. ¿Te entusiasma oírlo?

—Le gusto. —Se repitió incrédula, hasta que añadió—: Bueno, en cierto modo es lógico, soy una mujer fascinante.

—Es verdad. Tienes toda la razón. ¿Vendrás mañana a cenar a casa?

—¿Ya?, ¿tan pronto? —preguntó, de repente nerviosa por la cita.

—Mañana es tarde.

—Tú y tus sucedáneos de refranes, supongo que lo que querías decir es que mañana será otro día.

—Pues eso. —Zanjó Lorena.

Jimena se levantó descalza de la cama y corrió hasta el escritorio para coger el portátil. Con la misma rapidez se metió bajo las mantas y lo colocó sobre sus flexionadas piernas. El conocido ronroneo del ordenador comenzó a sonar cuando apretó el botón de encendido, esperó hasta que la pantalla del escritorio se llenó de iconos para clicar en el navegador de internet, y abrir el correo electrónico.

Fue directa hasta el último de los mensajes recibidos y le dio a «responder», tras escribirle un largo y detallado correo a Eugenia

para ponerla al día de las novedades, pulsó el botón de «enviar» y se dedicó a navegar por la red.

Diez minutos después, a pesar de lo tarde que era, recibía el e-mail de respuesta de la panadera, y sonreía con su última frase.

Es lógico que le gustes, niña. Eres una persona fascinante, y él no es tonto y se ha dado cuenta. Lo que me sorprende es que no te hayas dado cuenta tú.

Divertida por la respuesta de su amiga, dejó el portátil en el suelo, al lado de su cama, sin ganas de moverse por el abrigo que le daban las mantas, y apagó la luz de la mesilla de noche, para un segundo después, volver a encenderla y salir del calorcito en busca de su iPhone.

Con manos temblorosas, buscó el perfil que necesitaba en WhatsApp y le envió un breve mensaje: De acuerdo, cenaré contigo mañana.

He cancelado mis planes.

El despertador digital anunciaba que eran las doce y media de la madrugada, sin embargo, estaba demasiado nerviosa para pensar en dormir. Siguió con la mirada clavada en las dos rayitas que marcaban que el destinatario había leído su mensaje, y se concentró en no hiperventilar, mientras esperaba la respuesta:

Perfecto.

Fue su escueta contestación.

—¿Perfecto? —Repitió Jimena en voz alta.

¿Qué clase de contestación era esa? ¡Mierda! ¿Por qué había sido tan impulsiva? No tendría que haberle escrito sin pensar, ahora iba a…

Ahora iba a contestar al teléfono que estaba sonando en su mano. Respiró profundamente varias veces antes de descolgar:

—Hola.

—Buenas noches, preciosa. ¿No puedes dormir?

Sus dedos se curvaron para tocar la música mental que le permitía salir airosa de los momentos difíciles.

—Sí, es que acabo de llegar a casa. —Mintió. Se había pasado la tarde, después de despedirse de Lorena, viendo series en la televisión, para mantener la cabeza ocupada y dejar de darle vueltas

a lo que acababa de contarle su mejor amiga. Pero Lucas no necesitaba conocer esa información.

—¿Con quién has salido?

—¿Perdón?

—Te perdono lo que quieras, ya lo sabes —dijo en un tono travieso.

—No eres gracioso y estoy cansada —le dijo fingiéndose indiferente.

—Así que cansada. ¿Qué has estado haciendo para que estés tan agotada? —preguntó, picado.

—No creo que nuestra recién estrenada amistad dé para tanto. —Se rio ella. Una réplica perfecta, se felicitó a sí misma.

—Así que ahora somos amigos.

—Se podría decir que lo somos. —Aceptó Jimena.

—Me gusta el término, amigos… Amigos que se besan, amigos que…

—¡Lucas! No empieces con los besos. —Se quejó. Cada vez que pronunciaba la palabra una serie de imágenes tentadoras se instalaban en su cabeza y le impedían pensar en nada más durante un buen rato.

—¿Por qué? Yo siempre beso a mis amigas. Es uno de mis lemas, a las amigas hay que tenerlas contentas.

—Estoy segura de que además de a tus amigas también besas a muchas otras mujeres —murmuró Jimena, de repente de mal humor.

—¿Estás celosa?

—Para nada. —Replicó riendo con falsedad.

—Me alegro porque no deberías estarlo. De hecho, en estos instantes tú eres la única de mis amigas a la que quiero besar. Lentamente, comenzando por el hueco tras tu oreja para ir bajando por tu garganta y tus clavículas hasta llegar a tus deliciosos…

—Lucas, ¡para ya! —Pidió con la voz sofocada—. Me hago a la idea de a qué te refieres.

—Lástima, yo que estaba dispuesto a hacerte una demostración práctica para aclarar tus dudas. Jimena aguantó la respiración y apretó los labios con fuerza para callarse la respuesta.

—Buenas noches, Lucas.

—¡Qué descanses, Jimena! Nos vemos mañana, y ya comentamos en persona el tema de los besos y de nuestra amistad.

—Eres incorregible. —Le censuró con una sonrisa en la voz.

—Un beso. —Se despidió él, en medio de una carcajada triunfal.

CAPÍTULO 20



—Hola, Jimena. Esto es para vosotras —explicó tendiéndole la canasta

—Gracias, pero no tenías que molestarte.

—Puedes compensarme invitándome a comer —comentó como si no hubiese sido esa su intención desde el principio.

—Encantada, pasa. Pero te aviso de que Patricia no viene a comer. Vas a tener que conformarte conmigo —le señaló bromeando.

—Ya lo sé. He venido a verte a ti. —Confesó con su mejor cara de pillo—. ¿Crees que no tengo controlados cada uno de sus movimientos? Trabajo aquí mismo.

—¡Ostras! Ese comentario suena entre terrorífico e interesante. Aunque, tampoco voy a dejarte sin comer por eso. —Bromeó—. De hecho, es halagador que no puedas pasar más de cuarenta y ocho horas sin venir a verme.

—Me gusta hablar contigo, y además tengo la tarde libre.

—Seguro que sí, soy una mujer fascinante. —Replicó riendo, al recordar el elogio de Eugenia.

Jimena se dio cuenta de que estar con Héctor era fácil, más que fácil, era natural. Con él no se sentía en tensión, sino que disfrutaba

de su conversación y de su compañía, lástima que no pudiera decir lo mismo cuando estaba con otros hombres. Su seguridad se tambaleaba frente al sexo masculino, por eso se escondía tras el sarcasmo y la indiferencia, una indiferencia que había esgrimido durante tanto tiempo que había terminado convirtiéndose en un rasgo de su personalidad.

Héctor también disfrutó de la compañía, de hecho, había buscado a Jimena por ese motivo. Pasaron el día juntos, e incluso cocinaron a medias, en ningún momento se mostró melindroso y se arremangó para ayudar a su anfitriona a preparar la comida; tampoco se avergonzó cuando le confesó sus sentimientos por Patricia, ganándose con ello todavía más, si cabe, la simpatía de la chelista.

Y es que Jimena ya se había dado cuenta cuando iba a la frutería de lo buenas personas que eran los dueños, tanto Héctor como su padre siempre atendían con una sonrisa en los labios, eran honestos y tenían detalles con sus clientas habituales, guardándoles las mejores piezas e incluso regalándoles lo que sabían que más les gustaba. Lo que no había supuesto era que Héctor resultara ser tan interesante, en una primera impresión parecía una persona transparente y sin dobleces, pero cuando le tratabas un poco más te dabas cuenta de que era mucho más de lo que su trato daba a entender.

—¿Te gusta trabajar en la frutería? —pregunto mientras comían y conversaban.

—No, lo hago por el viejo. Ninguna de mis hermanas quiso ayudarle, así que cuando terminé Magisterio ni siquiera pensé en opositar, y me puse a trabajar con él.

—¿Estudiaste Magisterio?

—Estoy seguro de que debería sentirme insultado. —Bromeó—. Has puesto cara de sorpresa e incredulidad.

—Bueno, estoy sorprendida, pero por supuesto que te creo —dijo con una sonrisa de disculpa.

—Hice Magisterio de Educación Física. Pero mi padre sufrió un ataque al corazón y decidí quedarme con él y ayudarle con la tienda. Cargar y descargar cajas de frutas no es precisamente lo que le recomendó el médico. Además, hay que madrugar mucho cada día

para ir comprarla. El médico le ordenó que tuviera una vida más tranquila.

—¿Y tus hermanas? Has comentado que sois más hermanos.

—Sí, somos tres. Mi hermana mayor, ya tiene bastante cuidando a los dos bárbaros que tiene por hijos —dijo arrugando la nariz, aunque sus ojos brillaban seguramente recordando sus caritas—. Y mi hermana Irene es demasiado perfecta para trabajar en una frutería. Ella y el capullo de su novio, Carlos, que es un vago redomado, quieren que mi padre traspase el negocio para abrirse un pub con las ganancias.

—Lo siento.

—No te preocupes, tía. Mientras pueda ayudar a mi padre, eso no va a pasar.

—¿Qué pasa con tu madre? —Siguió preguntando con curiosidad.

—Mi madre adora a mi padre, pero mi hermana Irene la lleva por donde quiere. ¿Y tú qué te cuentas?

—Nada importante. Mi madre murió cuando era una niña y mi padre tiene una nueva familia ahora.

—Esquivó responder nada más mientras se levantaba para recoger la mesa y preparar el café.

Héctor se dio cuenta de que su familia era un tema del que Jimena no quería hablar, y tuvo el tacto de no insistir en ello ni mencionar de nuevo a la suya.

La charla estaba siendo tan agradable y amena que cuando terminaron con la cafetera, cuyo contenido degustaron prácticamente helado, se dieron cuenta de que eran más de las ocho de la tarde.

—¡Tengo que ducharme y arreglarme! —Exclamó la chelista saliendo rápidamente del salón hacia su dormitorio—. ¡Voy a llegar tarde!

Héctor la siguió hasta su dormitorio, desconcertado y divertido por su reacción, la encontró rebuscando en el armario algo que ponerse.

—¿Tienes una cita? —preguntó con curiosidad. Debía de ser un evento importante para que de repente se hubiera puesto tan nerviosa.

—Voy a cenar a casa de unos amigos, y…

—Entiendo. Habrá alguien especial allí —dijo terminando la frase por ella—. ¡No me digas que es el tipo de la camiseta!

—Pues no te lo digo. —Aceptó, sin dar más explicaciones y sacando del armario el vestido más extravagante y complicado que Héctor había visto en su vida.

—¿No irás a ponerte eso? —Su voz sonó a medio camino entre la interrogación y la censura.

—Pues sí. Según Patricia es lo último en tendencias —explicó confusa por la cara que ponía—.

¿Qué le pasa al vestido?, ¿no te gusta?

—Pues no. Puede que sea el último grito, pero no es adecuado para una cita. Ni siquiera lo es para que nadie te lo vea puesto —comentó para sí mismo.

—Tengo que ponérmelo, no me he matado a plancharlo para nada. —Se quejó—. No es que me guste mucho, pero…

—Si quieres el consejo de un hombre… —Esperó hasta que Jimena asintió con la cabeza—. No te lo pongas. Espera. —Pidió al tiempo que escudriñaba él en su armario, y le sacaba un top de gasa negra con pequeñas tachuelas doradas y mangas japonesas, que combinó con un pitillo negro que aun conservaba la etiqueta—. Mejor esto, añade un par de tacones que resalten tu culo y estarás perfecta.

—¡Madre de Dios! ¿También entiendes de moda femenina?

—Más bien entiendo de hombres.

—¡¿Qué has dicho?! —Inquirió con la voz chillona de la risa.

—No seas mal pensada. —Le dio un pequeño puñetazo en el hombro que ella le devolvió con el mismo tono juguetón—. Lo que tú has elegido es demasiado difícil de quitar. Estoy seguro de que hay que estudiar ingeniería para desatar tantas hebillas y cintas.

—¿Y? Seguro que puede hacerlo, es arquitecto —explicó con seriedad.

—Vas enviando señales de que no estás interesada. Creéme, los hombres somos muy prácticos y tenemos mucha imaginación, pero no nos gustan las complicaciones. Mientras vosotras habláis nosotros nos imaginamos quitándoos la ropa, no es que no os hagamos caso, que conste, es que como he dicho somos muy imaginativos.

—Ya, seguro que sí. Imaginativos.

—Ese vestido nos pone límites —respondió Héctor, obviando el comentario de Jimena.

—De acuerdo, te haré caso, sabe Dios porqué. Pero ahora sé bueno y espérame en el salón que voy a ducharme.

—Seré bueno. Pero dime, ¿sabe el invitado especial que tiene todas las papeletas de pasar una noche feliz?

—Es bastante probable, sí…

—Entonces agrega al conjunto ropa interior sexy, cuanto más sexy mejor.

—¡Al salón! ¡Ya! —Le ordenó completamente ruborizada.

Quince minutos después estaba terminando de arreglarse, y siguiendo los consejos de Héctor se había puesto además de la ropa que él le había escogido, el conjunto más provocativo que tenía, cuando sonó el timbre del portal.

—¡Héctor, abre tú! Por favor —Gritó entreabriendo la puerta de su dormitorio—. Será Patricia que se ha dejado las llaves.

—Ok.

Extrañada porque su amiga no hubiera invadido su dormitorio para comprobar su aspecto, terminó a toda prisa de vestirse y maquillarse, se vaporizó perfume y salió de su dormitorio camino del cuarto de baño para tomar prestado el gloss rosa de su compañera de piso, no sin antes asomarse al salón.

—¿Quién era, Héctor?

—Yo —dijo Lucas, levantándose del sofá en el que la esperaba.

—¿Qué haces aquí?, ¿no íbamos a cenar en casa de Lorena y Rubén?

—J, yo me voy —interrumpió Héctor—. Lo he pasado de p…, maravilla —le dijo, guiñándole un ojo—. Te llamo mañana o mejor me paso a verte cuando cierre. Por cierto, estás preciosa.

Divertida al comprender su juego, se acercó hasta él para darle dos besos y acompañarle hasta la puerta. Héctor, seguramente con intención de provocar un poco más a Lucas, la agarró de la cintura y se acercó a su oído para fingir que le decía algo.

—No seas malo —susurró Jimena.

—Confía en mí. ¿Te has puesto lencería sexy? ¿De qué color? Jimena ahogó un grito y le dio una palmada amistosa en el brazo.

—¡Sigue soñando, Héctor! —Se rio.

Una vez que su amigo se fue, regresó al salón donde se encontraba Lucas, en la misma postura despreocupada en que había estado esperándola mientras se arreglaba.

—Parece que el chico me ha robado la frase: estás preciosa, Jimena.

—Gracias. ¿A qué debo el inesperado placer de tu visita? —preguntó concentrándose en mirarle a los ojos y no desviar la mirada hacia otras zonas menos neutrales, como sus brazos o sus abdominales marcados por la camiseta gris que llevaba puesta.

—Anoche me dijiste que habías cancelado tus planes, así que yo he hecho lo mismo por ti —explicó levantándose del sofá y acercándose a ella.

—¿Qué quieres decir?

—He llamado a Rubén y a Lorena y les he informado de que íbamos a salir a cenar sin carabinas. Tú y yo solos.

—Serás… —No pudo seguir, Lucas acalló cualquier insulto que ella fuera a decir, posando un dedo sobre sus labios. Un dedo que no tardó más de unos segundos en recorrer con delicadeza sus labios, todavía sin maquillar.

Jimena sintió cómo su contacto caldeaba partes de su cuerpo que estaban alejadas de la zona que él estaba acariciando.

—¿Atractivo?, ¿inteligente?, ¿asombroso? —Le ofreció él.

En esos instantes se sintió incapaz de rebatirle ninguna de las tres opciones, todo lo contrario, su mente trabajaba rápidamente añadiendo nuevos adjetivos a la lista: sexy, sensual, fascinante…

CAPÍTULO 21



El restaurante al que la había llevado Lucas era una mezcla curiosa entre modernidad y estilo típicamente valenciano, por fuera se asemejaba a una barraca de la Albufera, sin llegar a serlo, mientras que por dentro el estilo alternaba actualidad con tradición, y sobre todo comida mediterránea.

En cuanto traspasaron la puerta, un camarero los acompañó a una mesa para dos, situada al fondo del local, lo que les daba cierto grado de intimidad en la que había un cartelito que anunciaba que estaba reservada.

Jimena sonrió interiormente al ver las molestias que se había tomado Lucas para la velada: no solo con la iniciativa de llamar a sus amigos para cancelar la cena que él mismo había organizado, sino que también había buscado y hecho una reserva en un restaurante que prometía deliciosos platos y una velada íntima que provocaba que sintiera una maratón de hormigas en su estómago.

—No, nada de alcohol. Cenaremos con agua, gracias —le dijo al camarero, que fue a tomarles nota de la bebida.

Jimena le miró interrogante, ¿ni siquiera iba a poder tomarse una cola?

—Quiero que mañana lo recordemos todo. Además, tú ya sabes lo que es capaz de hacer la bebida con la memoria.

Ella aceptó la pulla y no dijo nada, pero eso no evitó que se preguntara qué era exactamente lo que él pretendía que recordara al día siguiente, ni que la maratón de hormigas se intensificara cuando una serie de imágenes sensuales invadieron su cabeza.

Como respuesta instintiva, su mano se curvó para pulsar las cuerdas de su chelo.

—Siempre me he preguntado por qué haces eso —le dijo con la vista fija en su mano.

—Estoy tocando el chelo —respondió sin pensar. La cara de incomprensión de Lucas casi la hizo reír.

—Me relaja hacerlo.

—Deduzco por ello que yo te pongo nerviosa, ya que no es la primera vez que lo haces frente a mí.

—Más bien me sacas de quicio. —Se defendió.

—Bueno, es un comienzo. —La sonrisa que le dedicó fue de completa satisfacción.

—Me alegra que te complazca la idea —dijo con ironía.

—Para mi enorme sorpresa tú me complaces en casi todo lo que haces. —Confesó con una sonrisa traviesa.

—Tendré que esforzarme más para que en lugar de «casi» sea en «todo». —Siguió con el sarcasmo.

—Eso es como música para mis oídos.

Jimena se dio cuenta de que el modo en que se relacionaban había cambiado en algún momento que no supo precisar. Las pullas hirientes se habían transformado en velados coqueteos, los dardos envenenados en insinuaciones, y las miradas airadas, se trocaron por otras, cargadas de sensuales promesas.

Le observó disimuladamente mientras fingía estar interesada en la ensalada César que tenía delante, se fijó en la expresión traviesa que siempre tenía pintada en el rostro, como si tuviera un secreto que solo él conocía y que muchos quisieran desvelar.

Cada uno de sus gestos marcaba la seguridad que tenía en sí mismo, era atractivo e inteligente, y él lo sabía. Por primera vez en

sus veintiocho años de vida, Jimena quiso sentir cómo era saberse atractiva e interesante para el género masculino.

—Un euro por tus pensamientos. —Ofreció Lucas con la mirada interesada.

—Te aseguro que valen mucho más.

—¿Vas a regatearme? —preguntó simulando escandalizarse—. De acuerdo, te doy cinco y es mi última oferta.

—No te los diría por menos de veinte.

—¡Hecho! —dijo, echando mano a su cartera.

—¿Estás loco?

—¿Te estás rajando? No te creía tan cobarde —comentó sabiendo que si la presionaba conseguiría lo que quería.

—No lo soy.

—¡Empieza! Si mientes lo sabré. —La avisó.

—Pensaba en lo fácil que puede resultar la vida cuando lo tienes todo: inteligencia, belleza… Lucas abrió mucho los ojos, sorprendido tanto por su sinceridad como por lo que estaba pensando.

—Tú tienes todas esas cualidades y algunas más que voy descubriendo conforme nos vamos conociendo.

Ella le lanzó una mirada incrédula.

—¿No me crees?

—Sé lo que piensas de mí. No merece la pena fingir, sobre todo si vamos a intentar ser amigos. — Inevitablemente Lucas había conseguido que Jimena asociara la palabra «amigos» a otra que le aceleraba el pulso.

—De acuerdo, tú ganas, te diré exactamente qué es lo que pienso de ti. —Propuso.

—No creo que sea…

—Insisto.

Jimena suspiró resignada.

—Creo que eres una mujer inteligente, divertida y muy atractiva. Sin embargo, cuando tienes un chelo en las manos dejas de ser todas esas cosas para transformarte en la mujer más asombrosa que he conocido nunca.

Su afilada verborrea se quedó muda ante tal afirmación. Dar las gracias le pareció absurdo y puesto que era incapaz de responder

con una réplica ingeniosa, optó por una tímida sonrisa al tiempo que engullía la comida de su plato sin notar el sabor de lo que comía. A Lucas le costó media hora de sonrisas y amable conversación que Jimena se calmara y volviera a permitirse ser ella misma, sin presiones ni tensiones. Dejando a un lado todo lo que temía mostrarle.

Después de eso la velada transcurrió más relajada, ya no sentía la presión que la había paralizado tras su affaire en Alcolea. En esos instantes en que todo, o casi todo, estaba dicho, era capaz de disfrutar de lo que él le estaba ofreciendo.

—¿Ya se sabe quién ha conseguido el puesto? —preguntó cuando ella habló sobre el próximo concierto que tenían programado.

—No, tardará un par de días todavía en salir el resultado de la prueba. Lo que me salva de una muerte lenta y dolorosa.

—¿De qué hablas?

—Mi padre.

—¿Puedes ser más clara? —Pidió sonriendo.

—Cuando se entere de que me he presentado a la prueba me perseguirá con su hacha para hacerme picadillo. —Bromeó, para intentar quitarle seriedad al asunto.

—¡Eres una exagerada! Yo jamás le dejaría que te hiciera picadillo, ese honor es solo mío.

—Estás hecho un romántico. —Se burló, admirada por el modo en que él había tratado el tema, como si no fuera importante, como si tener un padre como el suyo fuera lo más normal del mundo.

—El romanticismo se lo dejo a Betram. —La pinchó—. Seguro que te enteras extra oficialmente de que el puesto es tuyo —comentó sonriente, para ver si picaba.

—No le conoces. Él nunca se saltaría las reglas.

—¿Ni siquiera por ti?

—No comprendo por qué iba a hacerlo por mí —dijo Jimena con seguridad—. Es mi amigo, pero sobre todo es un gran profesional.

—Es obvio que le gustas. —Y añadió tras un momento de silencio en que ella no dijo nada—: Veo que no lo niegas.

Viéndose obligada a responder, arrugó el ceño:

—Pasamos muchas horas juntos, es normal que nos gustemos.

—O sea que te gusta.

—Claro.

—A ver, define «gustar». —Pidió muy serio.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Bueno, estás aquí, conmigo —comentó como si no fuera evidente que lo estaba.

—Es decir, que como me gustas tú, ya no me puede gustar nadie más. —Insinuó Jimena.

—Esto se pone interesante, así que te gusto. ¡Define gustar! —Volvió a pedir, esta vez con más énfasis.

—Estás tarado —dijo riendo ante la seriedad con que le pedía que definiera una palabra tan fácil de entender—. No vas a dejarlo hasta que lo haga. —Adivinó.

—No.

—Está bien: gustar es cuando me siento interesada en algo o en alguien, cuando me llama la atención…

—Suficiente. —La cortó para evitarle el mal rato—. Significa lo mismo para mí.

—Para ti y para el resto de los hispanohablantes del mundo.

—Entonces, ¿te gusto? —Insistió. Necesitaba confirmar de nuevo que realmente estaba pasando, que Jimena había reconocido que él le gustaba.

La rubia se llevó las manos a las sienes y las presionó, exasperada.

—Sí.

—¿Más que Bertram?

La cara de pícaro que puso al hacerle la pregunta borró de un plumazo la incomodidad que sentía, justo lo que él había pretendido con ello.

Ella sonrió como respuesta, y Lucas sin perder el contacto visual, la tomó de la mano, haciendo que dejara el tenedor sobre la mesa, y le acarició la palma con el pulgar, trazando círculos en ella.

—Tú también me gustas. En realidad, la palabra cojea un poco, «me encantas», se acerca más a lo que siento.

Jimena no pensó en lo que iba a hacer, solamente se dejó llevar, y se inclinó hacía el lugar en que estaba sentado su acompañante. Al

comienzo de la noche se habían sentado uno frente a otro, pero conforme habían pasado las horas habían ido acercando posiciones y estaban todo lo juntos que la mesa permitía.

Lucas, por su parte, adivinó sus intenciones y la encontró a medio camino, devorando su boca en un beso abrasador que solo podía terminar de un modo.

CAPÍTULO 22



Tras lanzarle una mirada que la disuadía de protestar, Lucas sacó la cartera y se hizo cargo de la cena. Demasiado concentrada en cómo mantener sus desbocados latidos a raya, se quedó en silencio, levantándose cuando él lo hizo y siguiéndole a fuera.

—Creo que me gusta más la Jimena protestona que nunca está de acuerdo con lo que digo. Esta Jimena silenciosa me confunde.

—¿Qué? —preguntó, había estado tan abstraída que no se había dado cuenta de la broma.

—Estoy replanteándome que sea buena idea besarte, te dejo demasiado trastocada con mi pericia.

—¡Maldito presuntuoso!

—¡Esa es mi chica! —La alabó mientras se dirigían al lugar donde estaba estacionado el vehículo.

—¿Te gusta que te lleve la contraria?

—No pongas esa cara, a mí también me sorprende. Normalmente me gustan mimosas y dulces, en cambio tú eres todo lo contrario a eso y me tienes loco.

Jimena se estremeció, ya sabía que ella no entraba dentro de los cánones que Lucas buscaba en una mujer, pero él lo había dicho con

tanta naturalidad que no supo cómo tomarse el comentario.

En ese instante llegaron al coche y Lucas le abrió la puerta con exagerada cortesía. La electricidad que había fluido entre ellos en el restaurante volvió a activarse en cuanto estuvieron solos en aquel pequeño espacio.

Sin mirarla, sabedor de que, si lo hacía no saldrían nunca de allí, metió la llave en el contacto y arrancó el motor, ansioso por llegar a su destino.

—¿Pongo música? —preguntó con intención de romper el silencio incómodo, y ocupar la mente en otra cosa que no fuera la calma con la que iba a desnudarla y amarla.

En la ida no había sido necesaria ninguna distracción, habían ido hablando e incluso bromeando, pero ahora, tras el tórrido beso y las confesiones, se hacía imprescindible quebrar la tensión y calmar los encendidos ánimos.

—Claro. Yo nunca digo que no a eso. —Bromeó ella, con menos seguridad que antes.

Soltando una mano del volante y alargando el brazo, presionó el botón que encendía el lector. Un instante después, el inconfundible sonido de los chelos inundó el vehículo.

Jimena agrandó los ojos por la sorpresa y Lucas tensó los brazos en el volante. Sintiéndose descubierto.

—¿Elgar? —preguntó ella con el pulso martilleándole en los oídos —. ¿Te has comprado un cd de Elgar?

—Claro que no. Es la radio, no seas ridícula.

Jimena sonrió interiormente, pero no dijo nada más. ¿Podría ser que después de todo realmente estuviera interesado en su persona?

—Me gusta la música clásica, de hecho, Led Zeppelin es un clásico. —Se defendió él.

—Lo sé. Últimamente me he aficionado a escucharlos. —Confesó con la intención de aligerar su incomodidad, descubriendo su propio secreto.

Lucas sonrió más relajado, y por primera vez desde que habían entrado en el vehículo, se permitió mirarla. Jimena tenía las mejillas sonrosadas y los labios entreabiertos y húmedos. Se imaginó a sí

mismo pasando su lengua sobre ellos, abrasándose en su suavidad, saboreando su dulzura. Su piel rosada por la caricia de sus dientes…

Molesto por no poder hacer en ese instante lo que tanto ansiaba, centró de nuevo su atención en la carretera, y se dedicó a repasar mentalmente las tablas de multiplicar: dos por cero es cero, dos por uno dos, dos por dos es dos, dos por tres es tres, dos por dos es cuatro… ¡Cinco minutos!, se dijo, cinco minutos y podré besarla cuanto quiera, y me permita.

Tres minutos después, Lucas apartaba con delicadeza las manos de Jimena de la cinturilla de sus pantalones. El más suave de los roces, si venía de ella, le hacia temblar de deseo, aunque ya puestos, su propia imaginación bastaba y sobraba para conseguir ese efecto en su cuerpo.

—No. —Pidió con convicción—. Esta vez me lo voy a tomar con calma. Tengo que compensar a cada centímetro de tu encantador cuerpo por haberlo desatendido la primera vez.

—Ya se sintió compensado las siguientes veces. —Replicó volviendo a intentar desabrocharle los vaqueros.

—Puede ser, pero con la sexta vez volví a darle de lado, y no puedo perdonarme el descuido.

—Lo siento, no recuerdo esa vez —dijo riendo, pero apartando las manos.

—¿Insinúas que exagero mis dotes amatorias?

—Yo jamás haría algo así. —Se defendió Jimena, que se había sentado descuidadamente sobre la cama—. Debe de ser que tengo mala memoria.

—Lástima, yo que me lo había tomado como un reto el demostrarte lo que soy capaz de hacer.

—¡Exageras! —alegó con rapidez.

Tal y como se había prometido, Lucas se tomó su tiempo en desnudarla, pieza a pieza fue despojándola de todo hasta que lo único que la cubría fue su propia piel sobre la de ella.

Sus hábiles dedos recorrían el cuerpo que segundos después sus dientes mordisqueaban, su lengua lamía y sus labios besaban.

Jimena había cerrado los ojos con fuerza para absorber mejor cada una de las sensaciones que la embargaban. Lucas la llevaba al límite con la boca para dejarla anhelante después; sin terminar lo que empezaba, la tortura era desesperante y deliciosa al mismo tiempo.

Y justo cuando había estado a punto de gritar mezcla de frustración y de placer, él apartó sus labios y pellizcó con pericia el sensibilizado botón, mientras deslizaba dos dedos en su cuerpo y los movía con lentas y certeras acometidas.

Jimena gritó cuando el clímax sacudió sus entrañas, al tiempo que su mente se activaba en busca de una revancha.

Tardó unos segundos en ser capaz de moverse, pero cuando por fin pudo hacerlo, se retorció hábilmente debajo de él, enrollando una pierna en su cadera, y los hizo girar a ambos, tomando el control de la situación.

—Creo que te debo un par de… atenciones.

—No me escucharás quejarme.

—Seguro que no. —Ratificó tumbándose sobre él para besarle con ansia.

Sus pezones, todavía endurecidos por el deseo marcaron la piel del pecho de Lucas, hipersensibilizada por la acuciante necesidad de ser acariciada.

—Pon las manos debajo de la cabeza.

—Quiero tocarte.

—Por favor. —Pidió volviendo a seducirle con su boca—. Hazme feliz a mí y yo te haré feliz a ti. Rendido por el modo como lo había convencido, Lucas hizo lo que ella le pedía.

—No te muevas —dijo mientras bajaba de su regazo y salía fuera de la habitación para regresar, un minuto después, con un botellín de agua.

—Ven aquí —dijo él al tiempo que se incorporaba un poco en la cama.

Como respuesta, Jimena abrió la botella que sostenía en sus manos y bebió con la mirada fija en él.

—Voy a tener que rogar. —Adivinó.

La sonrisa de ella le respondió sin necesidad de palabras.

—Ven, por favor. Ahora te necesito mucho más cerca. Sin soltar la botella, se aproximó hasta él.

—Túmbate.

—¡Encantado!

Dando un último trago se colocó de rodillas en la cama, a la altura de sus caderas.

—Las manos bajo la cabeza. —Le recordó, y sin darle tiempo a rechistar se inclinó sobre su miembro y lo hizo desaparecer en su boca.

—¡Ay! —Gritó al notar la frialdad producida por el agua helada que ella había ingerido—. Eres perversa. ¡Me encanta!

Instintivamente acercó sus manos hasta el cabello femenino y, como castigo por su desobediencia, Jimena dejó de succionar y se incorporó con una sonrisa de censura.

Lucas volvió a colocar sus brazos en la posición que ella le había pedido. Complacida por el gesto, Jimena abrió la botella y terminó de beber el líquido que quedaba, reteniéndolo unos segundos en su boca para mantener el frío más tiempo.

Tras tragar, lo tomó de nuevo y lo succionó con fuerza mientras su lengua jugueteaba con su excitada dureza, y sus manos acariciaban el resto de su anatomía.

Clavando los dedos en su cuero cabelludo, Lucas se rindió al placer al que se veía abocado por las atenciones de la mujer que le observaba sonrojada y con los ojos brillantes por el deseo.

—Adoro tus pecas —dijo cuando por fin recuperó el habla.

—Eso no es cierto. Por lo que veo parece que mis besos también te nublan el entendimiento. — Ronroneó deslizándose por su cuerpo hasta llegar a la altura de su rostro.

—Ambas cosas son ciertas, adoro tus pecas y tus besos me vuelven loco.

—Demuéstralo. —Le pidió al sentir que estaba preparado para el siguiente asalto.

Antes de que pudiera parpadear siquiera ya la había tumbado de espaldas y estaba hundiéndose en su cuerpo, deslizándose tan adentro que Jimena pensó que iba a romperse en pedazos. Los envites eran largos y lentos, se tomaba su tiempo en cada

movimiento, de manera que sentía cada centímetro de su longitud hundirse y salir de ella después.

Instándolo a que se moviera más rápidamente, clavó las uñas en su perfecto trasero, y se arqueó contra su cuerpo, buscando una penetración todavía más profunda.

—Me vuelves loco. Si acelero no podré parar.

—Pues no lo hagas. —Pidió con una mezcla de jadeos y gritos—. No pares nunca.

Lucas flexionó los brazos, sobre los que se mantenía erguido, y se tumbó sobre ella, atento para no dejar caer por completo su peso. Pasó las manos por detrás de sus rodillas para levantarlas y bombeó con fuerza y velocidad, llevándoles al clímax al mismo tiempo.

CAPÍTULO 23



Una sonrisa satisfecha y feliz se instaló en su rostro al rememorar lo ocurrido tras la cena; desde el instante en que habían abandonado apresuradamente el restaurante, había estallado el deseo entre ellos como los fuegos artificiales de la *Nit del Foc*.

Como si hubiera notado sus pensamientos, Lucas alargó un brazo y la estrechó contra su cuerpo. Jimena se acaloró al notar su dura anatomía pegada a su trasero, pero se resignó instantes después, cuando comprobó que seguía durmiendo. Iba a tener que distraerse de otro modo.

En la penumbra de la habitación se fijó en el dormitorio, al llegar había tenido los sentidos tan embargados por Lucas que ni siquiera se había fijado en lo que la rodeaba. Aunque siendo práctica tampoco es que hubiera mucho que mirar: una cama enorme con dos sencillas mesitas de madera oscura a cada lado, un armario empotrado y la puerta que llevaba al baño del dormitorio, ningún adorno ni nada que imprimiera personalidad a la estancia.

La curiosidad por ver si lo demás era tan austero y práctico la instó a levantarse. Con cuidado, despegó su brazo de su cintura, por

donde Lucas la tenía asida, y salió de la cama con la camiseta de Led Zeppelin que le había dejado para dormir cuando le había confesado que era incapaz de hacerlo desnuda.

La risa de él había vuelto a activar sus sentidos de manera que no se la había puesto hasta horas después cuando se quedó saciado y dormido a su lado. Con la sonrisa esculpida por los agradables momentos que acaba de disfrutar, se levantó y se la puso, pero estaba tan deliciosamente cansada que no se fijó en nada más que en la acogedora cama, buscó el calor del cuerpo de Lucas y se quedó dormida al instante.

Pero eso había sido la noche anterior, ahora era de día y estaba dispuesta a satisfacer su curiosidad. Descalza salió con sigilo de la cama y de la habitación para pasearse a sus anchas por el piso. Y es que las únicas estancias que conocía de la noche anterior eran la cocina, suspiró al recordarlo, y el cuarto de baño del dormitorio.

La segunda puerta del pasillo estaba entreabierta y la curiosidad la empujó a abrirla del todo. El sol de la mañana bañó su rostro, dos enormes ventanales iluminaban una habitación decorada en naranja oscuro y negro, los estores en un naranja más claro, permitían que entrara la luz natural. Inmediatamente se sintió a gusto en ese lugar. No era para nada como el dormitorio, era una habitación cargada de vida, que hablaba de la persona que la habitaba.

Las estanterías, repletas de libros de arquitectura y novelas, alternaban el negro y el naranja. Estaban situadas de modo que rodeaban lo que Jimena dedujo que era el despacho de trabajo del arquitecto. Una gigantesca mesa de dibujo repleta de papeles y reglas, estaba situada estratégicamente para que le diera de pleno la luz que entraba por las ventanas.

Era sin duda la habitación más grande de la casa, o al menos mucho más grande que el dormitorio, que era lo que había visto hasta el momento. El suelo estaba enmoquetado y un acogedor sofá negro presidía la pared forntal; comprendió que era el lugar en que más tiempo pasaba su anfitrión.

Se acercó hasta una de las estanterías en las que había varios trofeos y se topó con los rostros adolescentes de Rubén y de Lucas sosteniendo uno de ellos con enormes sonrisas victoriosas.

El sonido de su móvil la hizo salir corriendo de allí, ¿dónde había dejado su bolso? No debía de andar muy lejos porque el sonido parecía próximo…

Al girar por el pasillo lo vio en el suelo. ¡Dios, qué vergüenza!, pensó. Había estado tan alterada que ni siquiera había sido capaz de colgar el bolso en el perchero de pie de la entrada.

La melodía cesó cuando por fin pudo hacerse con el teléfono, pero la tregua duró unos segundos. Inmediatamente después volvió a sonar el Réquiem de Fauré.

La cara sonriente de Patricia en la pantalla le anunciaba que era su compañera de piso quien llamaba.

—¿Para qué quieres el móvil si no lo usas? —Exigió en cuanto descolgó, sin darle tiempo siquiera a Jimena a saludar.

—¿Por qué tengo diez llamadas perdidas tuyas?

—No has venido a dormir. No sabía dónde estabas…

—¿Y?

—Tú siempre vienes a casa. No es normal que no aparezcas en toda la noche. Estaba preocupada por ti, eres una desconsiderada. —Se quejó.

—Si sigues por ese camino vas a terminar aguándome el día, y que sepas que me he levantado muy feliz.

—Estoy segura de que Lucas te ha compensado por todas las demás noches sin sexo de tu vida. — Sentenció Patricia—. Es la única razón que se me ocurre para que estés tan eufórica.

—¡Qué mala es la envidia!

—Te equivocas, me alegro por ti. Pero la próxima vez que te quedes a dormir en su casa, avísame.

—¡Jimena! —Llamó Lucas desde el dormitorio. Levantándose apresurado para comprobar que no se había marchado en plena noche.

—Tengo que dejarte —explicó a Patricia que seguía al otro lado de la línea, pendiente de cada sonido que le llegaba amortiguado por el teléfono.

—Seguro que sí. Aprovecha el buen humor mañanero.

—Adiós. —Colgó con una sonrisa. ¿A qué buen humor se refería su amiga? ¿Al suyo o al de Lucas?

—Jimena. —Volvió a llamarla, esta vez más cerca—. ¿Dónde estás?

—Estoy aquí.

Una cabeza despeinada asomó por el pasillo, pero Jimena no se fijó en esa parte de Lucas…

—¡Hola! —Saludó tratando de alisar su enmarañado cabello.

—Estás preciosa.

—¡Qué encantador te levantas! —dijo sin apartar las manos de su pelo.

—Es la verdad, mi camiseta te sienta muy bien —comentó al tiempo que paseaba la mirada desde la punta del dedo gordo del pie hasta la parte de arriba de su cabeza—. ¡Preciosa!

—Bueno, tú estás… humm, estás…

—¿Desnudo?

—Iba a decir impresionante.

—Sí, eso también. —Concedió al tiempo que daba los últimos pasos que le separaban de ella y se abalanzaba hambriento sobre su boca.

Saltando a sus brazos, Jimena enrolló las piernas en su cintura y se dejó llevar por el beso siguiendo el consejo que su amiga acababa de darle.

—Eres una cajita de sorpresas —dijo, horas después, mientras recobraba fuerzas devorando las tortitas que Lucas le había preparado en solo unos minutos.

—Tengo más virtudes, ya lo verás.

—Sí, una de ellas es la modestia. —Le pinchó.

—¡Adoro tu lengua viperina!

Ocultando una sonrisa, le miró aparentando ofenderse.

—¿Qué haces este fin de semana?

—Nada en especial. Esta tarde tengo ensayo porque dentro de quince días se retoma la programación en el Palau con tres conciertos. Acompañaremos a una cantante valenciana que quiere grabar un disco en directo —explicó—. Después de eso estoy libre. ¿Por qué me lo preguntas? —Se sorprendió a sí misma cuando descubrió que quedar con él le resultaba más interesante que el Valencia-Sevilla que se jugaba esa noche.

—Por si querías que quedáramos, el domingo no puedo porque viene una amiga de viaje y va a quedarse en casa. —Y añadió—: No es que pretenda tenerte en exclusividad, pero me encantaría verte mañana.

—¿Qué? —Le cortó, impidiéndole seguir.

—¿Qué de qué?

—Lo de la exclusividad, ¿qué has querido decir con eso?

—Lo que he dicho, solo somos amigos y entiendo que salgas con otras personas. No pretendo que me guardes fidelidad. Sería absurdo exigirte algo que yo no puedo ofrecerte.

—¿Quieres que salga con otros hombres, además de contigo?

—No, no quiero que lo hagas, pero tampoco espero que no lo hagas. Digo que nuestra relación no es convencional, tú sigues haciendo tu vida normalmente y yo hago la mía… Ya hemos hablado de esto antes. Yo tengo amigas, tú tienes amigos.

—¿Me estás diciendo que tú te acuestas con tus amigas? —La incredulidad y el dolor era patente en su voz.

—Eso ya lo sabías. Nunca te lo he ocultado.

Jimena se llevó las manos a las sienes, cuando las palabras cobraron sentido en su saturada mente. Lucas había usado el término «amiga» en demasiadas ocasiones: «Yo siempre beso a mis amigas.»

—Tengo que irme.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —preguntó realmente descolocado por su reacción.

—Nada. Nada en absoluto. Únicamente que he decidido que ya no estoy interesada en tu amistad.

—¿Por qué dices eso? No lo entiendo, Jimena. Hace un momento estábamos bien.

Hace un momento no me había dado cuenta de lo idiota que soy, se dijo.

—Ya tengo muchos amigos y tu concepto de la amistad dista mucho del mío. Es mejor que acabemos con esto cuanto antes. —Pidió. Y tras ello se marchó de la cocina apresuradamente, dispuesta a olvidar las últimas semanas de un plumazo.

Se vistió a toda prisa y, salió del piso sin molestarse en mirar atrás.

Lucas no reaccionó hasta que escuchó cómo se cerraba la puerta del piso con un portazo. ¿Dónde estaba el problema? ¡Por Dios! ¿Qué había dicho para que se marchara de ese modo? ¡Joder! Jimena le gustaba, no quería dejar de verla.

CAPÍTULO 24



Sin saber a dónde ir se sentó en el primer banco que encontró a dos calles de casa de Lucas. No tenía fuerzas suficientes para hablar con Patricia, a quien esa misma mañana le había confesado lo feliz que se sentía, y contarle la lista completa de las estupideces que había cometido. Tampoco podía llamar a Lorena y Rubén para decirles lo que le había pasado porque además de sus amigos eran también amigos de Lucas.

Sonrió interiormente cuando se dio cuenta de a quién debía recurrir para descargar toda la rabia que sentía en ese instante. Rabia por haber sido tan tonta para creer que había algo más que una atracción sexual entre ellos; al menos por parte de Lucas, Jimena tenía muy claro que sus sentimientos iban más lejos.

Era el momento de que regresara la vieja Jimena, hablaría con Héctor de lo que acababa de pasar y después se olvidaría de todo. Al fin y al cabo, tampoco iba a ser tan difícil olvidarlo, estaba acostumbrada a lidiar con el rechazo.

Metió la mano en el bolso en busca del iPhone cuando lo sintió vibrar en su mano. Lo sacó con desgana y tras una fugaz mirada a la pantalla colgó sin responder. Bajo ningún concepto pensaba hablar

con Lucas. Él ya le había dejado claro lo que esperaba de ella, pretendía que ella tolerara que se viera con otras mujeres, y ni siquiera le había explicado lo que esperaba de ella.

Siendo justos, siempre lo había hecho, el problema era que Jimena no había sabido verlo hasta que se lo había dicho con todas las letras.

—¡Mierda! —Gritó a nadie en particular, quizás a sí misma.

Varios transeúntes la miraron con curiosidad, despeinada y gritando en plena calle, era lógico que llamara la atención, pero Jimena ni siquiera se molestó en eso, estaba demasiado ocupada recriminándose su ceguera.

Había estado tan centrada en sus temores y sus sentimientos que no había comprendido las señales luminosas que Lucas le había puesto delante. El teléfono volvió a sonar un par de veces más, y Jimena volvió a colgar sin responder. Si no captaba la indirecta de que no estaba interesada en su oferta ni en hablar con él, era su problema.

Antes de que sonara una cuarta vez, buscó en la agenda y marcó el contacto con el que sí quería hablar. A los tres tonos respondió la voz sonriente que esperaba:

—Jimena, ¡qué sorpresa! ¿Va todo bien?

—No, va fatal.

—¿Tu cita de anoche fue mal? —Adivinó.

—Sí. ¿Tienes tiempo para tomarte un café conmigo?

—Claro, pero ven a la frutería. Mi hermana y su novio están aquí y no quiero dejar a mi padre con ellos —explicó preocupado.

—De acuerdo. Paso por casa, me ducho y voy. En media hora estoy allí.

—Te espero. Y, Jimena…

—Dime.

—Arriba ese ánimo, tía. Recuerda que eres fascinante.

—Ais, Héctor, necesito ese café contigo. —Confesó.

La risa dulce de él se escuchó al otro lado y durante un instante, se olvidó de sus problemas y la invadió la ternura que su nuevo amigo le inspiraba.

Eso era lo que necesitaba, rodearse de gente buena que irradiaba paz y dulzura con su sola presencia. De hecho, no se había dado cuenta de que en ese momento había sustituido su música mental por la compañía de Héctor.

Dio gracias al cielo cuando abrió la puerta de su casa y descubrió que Patricia no estaba. Las propias experiencias de su amiga eran lo bastante duras como para que comprendiera cómo se sentía, y era esa la razón principal por la que quería retrasar todo lo que pudiera la charla en la que la pondría al día de lo sucedido con Lucas y su modo de ver las relaciones.

Intentando mantener la cabeza ocupada en otra cosa, encendió la radio, subió el volumen, se metió en la ducha, y dio gracias a Nikola Tesla, a la frecuencia modulada, y a los locutores con buen gusto musical cuando las Weather Girls comenzaron a sonar cantando su éxito más conocido: *It's Raining Men*.

Bueno, era casi imposible, nada es del todo imposible, que sucediera, pero la idea era cuanto menos interesante:

It's raining men Hallejulah
It's raining men Amen

A voz en grito cantó el estribillo, ¿cuándo se había vuelto tan blandengue? Ella no estaba interesada en ningún cretino, inmaduro para más señas, del Real Madrid, y totalmente incapaz de ver lo fantástica y estupenda que era. ¿En qué momento había perdido su capacidad para echárselo todo a la espalda y ser feliz con su vida?

It's raining men Hallejulah
It's raining men Amen

Puede que no lluevan hombres, pero la calle está repleta de ellos, se dijo con resolución. Además, todos no eran tan inmaduros e insensibles como Lucas. Rubén, Héctor e incluso Bertram y su extremada seriedad, eran considerados, amables y se podía confiar en ellos sin temor a salir lastimada.

Definitivamente había que separarlos en dos categorías: amigos y algo más… A los amigos, los necesitaba, los algo más… Eran prescindibles. Al menos temporalmente, tampoco era cosa de erradicarlos completamente de su vida. Aunque bien mirado, se dijo, alterándose al recordar la cara de perplejidad de Lucas cuando se había ido de la cocina a toda prisa, ¿quién los necesita? Ella desde luego, no. De hecho, había un espécimen que quedaba fuera de su vida, para siempre, *toujours, forever, immer, per sempre*.

—¿Jimena? —preguntó una voz familiar detrás ella.

Acababa de entrar en la frutería y no había hecho más que saludar a Héctor cuando escuchó la voz que la llamaba.

Se giró para responder con una molesta sensación en la boca del estómago que se intensificó cuando comprobó quien era su interlocutor.

—Hola Jimena, ¡cuánto tiempo sin verte! —Se acercó a ella con intención de besarla, pero ella le cortó con su seco comentario.

—No el suficiente.

Él ignoró la afrenta y siguió sonriendo falsamente. Consciente del interés que había despertado su conversación tras la respuesta de ella.

—¡El mundo es un pañuelo! No me digas que ahora sales con mi querido cuñadito. ¿No es demasiado joven para ti? —Replicó con ganas de cobrarse el insulto.

—No me digas que por fin dejaste a la que te estabas follando la última vez que te vi. A ver, espera que piense… —Se llevó la mano a la frente y se dio unos golpecitos con el índice, como si intentara recordar—. Ya me acuerdo, la que te follabas era la madre de tu novia. ¿No era demasiado vieja para ti?

Carlos se puso pálido por la osadía de Jimena, debería de haberse acordado de que no tenía pelos en la lengua, y que su odio por él seguiría siendo tan fuerte como la última vez que la vio y estuvo a punto de golpearle.

La frutería se quedó en un silencio sepulcral mientras ella seguía sonriendo con inocencia.

—Héctor, te espero en la cafetería de la esquina. —Y añadió con una mirada fulminante—: Cuídate mucho, Carlos, pero, sobre todo, no te acerques a nosotras. No queremos que se nos relacione contigo.

Tras descargar parte de la tensión acumulada se dio la vuelta decidida a salir de allí cuanto antes, no podía fingir la sonrisa durante más tiempo. Su cabeza era un hervidero en esos instantes: Lucas y su relación abierta, Carlos y Patricia, su amiga todavía no había conseguido superar por completo la traición y ahora que aparecía para ella alguien tan especial como Héctor resulta que estaba emparentado con Carlos…

—¡Espera! —Pidió el frutero poniéndose la chaqueta.

—Ahora entiendo que no quisieras dejar a tu padre solo. Vuelve Héctor, Carlos es mala gente. —Le aconsejó sin dejar de caminar.

—Ha sido mi padre quién me ha pedido que te siguiera. Estaba preocupado por ti, te ha visto muy nerviosa.

—Gracias, los dos sois unas personas maravillosas.

—Cierto, pero recuerda que tú eres asombrosa. —Bromeó, tomándola del brazo. Ella esbozó una sonrisa triste.

—¿Vas a contarme de una vez por qué estás así? —preguntó preocupado.

—Ahora mismo no.

—De acuerdo, entonces nos tomaremos un poleo, no creo que el café sea buena idea.

Jimena asintió con la cabeza, pero estaba muy lejos de allí. Sus dedos se movieron al ritmo que marcaba su música imaginaria. Y es que incluso con la presencia calmante de Héctor había cosas que era incapaz de afrontarlas sin ella.

Treinta minutos después, Jimena le había contado a un asombrado Héctor de qué conocía a Carlos y el motivo por el que le había hablado con tanto desprecio. Solo se interrumpió las tres veces que sacó el iPhone del bolso y colgó sin responder. No fue necesario que preguntara nada, su amigo supo sin necesidad de explicaciones quién era la persona que insistía en hablar con ella.

—¿Cómo crees que se lo tomará Patricia?

—No lo sé —respondió con sinceridad.

Se hizo un silencio durante el cual, cada uno de ellos se perdió en sus pensamientos. Tras varios minutos abstraídos, por fin Héctor se atrevió a preguntar si ya estaba preparada para contarle lo sucedido.

—Hay poco que contar. Bajé la guardia. Metí la pata. Lo que en mi caso es una barbaridad, debería haber aprendido ya que hacerlo duele.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién te hizo daño? ¿El arquitecto?

—Sí, pero no del modo en que estás pensando. Me ha hecho daño porque yo le he dejado que me lo hiciera.

—Sea lo que sea, no es culpa tuya.

—No te pongas tan serio. —Bromeó con intención de calmarle, puesto que la arruga que había aparecido en su frente no se había destensado en ningún momento de su conversación—. El problema es que él busca una relación abierta y yo pretendo otra cosa que ni siquiera sabía que quería.

La expresión de Héctor cambió de la preocupación a la sorpresa.

—Ahora sí que no entiendo nada.

—¿Quieres que te haga un croquis? —preguntó Jimena con un tono sarcástico y mordaz—. ¿O prefieres que te lo deletree?

Para su sorpresa, él se echó a reír.

—No te va a funcionar. —La avisó—. He vivido con mis dos hermanas mayores y no me ofendo fácilmente.

—Lo siento. En realidad, te he buscado yo… No debería haberte hablado así.

—No pasa nada —dijo cogiéndole la mano en un gesto de afecto—. Lo que no entiendo es que te haya ofrecido una relación abierta. Desde que lo vi por primera vez en tu piso, he pensado que estaba loco por ti. Se veía a la legua que quería arrancarme la piel a tiras cuando me vio medio desnudo en tu piso.

—Sí, bueno. Quítale el sintagma preposicional a tu frase y ahí tienes tu respuesta. Sobre lo de arrancarte la piel seguro que fue porque llevabas puesta su camiseta favorita, no por un tema de celos.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Esta tarde tengo ensayo y esta noche iré a Mestalla, daré cuatro gritos y me quedaré como nueva.

—Me refería a qué vas a hacer con Lucas —explicó Héctor.

—Rezar para que su equipo pierda por goleada. De hecho me estoy planteando hacerme del Barça.

—¡Imposible! Tú eres Ché hasta la médula.

—¡Cómo me joroba que tengas razón!

CAPÍTULO 25



«—¡No voy a hacerte daño! Wendy, querida, luz de mi vida, no voy a hacerte daño. No me has dejado acabar la frase, dije: No voy a hacerte daño, solo voy a aplastarte los sesos. ¡Aplastaré tus jodidos sesos!» —explicó Jack Torrance siguiendo a su esposa por las escaleras del hotel.

—No entiendo por qué me he dejado convencer. —Se quejó Patricia con la boca llena de chocolate—. Debería estar en algún pub, tomándome una copa y ligándome a algún Milan que me quitara las penas, y aquí estoy aterrada por tu culpa, y poniéndome morada de calorías.

—¿Preferirías estar viendo alguna comedia romántica en la que todo es perfecto y el amor flota en el aire? Porque yo te aseguro que prefiero a Jack.

—Seguramente sea algún trauma infantil, porque Jack es clavadito a tu padre.

—Y no solo físicamente —comentó Jimena sin ningún pudor.

—No seas exagerada, tu padre está chalado, pero no tanto. —Y añadió—: Ahora calla para que pueda seguir viendo la película que me has puesto a la fuerza.

Tenía en la lengua la réplica perfecta, pero en un acto de buena voluntad hizo lo que su amiga le pidió y guardó silencio. Sin embargo, ya no pudo volver a concentrarse en Torrance. La expresión de Patricia cuando le relató su desencuentro con Carlos, volvió a su mente. Había esperado a que terminara el ensayo y estuvieran en casa para contárselo. Aunque hubiera pagado gustosamente por no tener que hacerlo nunca. Lo que menos se esperaban ninguna de las dos era volver a toparse con él, vale que vivían en la misma ciudad, pero habían cortado cualquier lazo que las uniera a la vida que habían compartido con él, una, como pareja y la otra, como amiga.

Como era de esperar, tras la conversación, ninguna de las dos tuvo ganas de salir. Jimena había cancelado sus planes para ver en Mestalla el Valencia-Sevilla, y Patricia se había metido en la cocina a preparar un arsenal de chocolate para la ocasión.

En el momento más interesante de la película, el iPhone de Jimena vibró a su lado en el sofá. Lo desbloqueó sin mucho interés hasta que vio encendido el icono del WhatsApp, que indicaba que tenía mensajes sin leer.

Supo, en cuanto vio la imagen del Guggenheim, antes de leer el nombre del contacto, que el mensaje era de Lucas.

¿Por qué no quieres hablar conmigo?

¡Esto es absurdo!

Volvió a dejarlo donde estaba sin molestarse en responder.

—Deberías contestar y mandarle a la mierda con todas las letras. A ver si así nos dejaba ver la película en paz.

—No me apetece contestarle.

—¿Tienes miedo de que te convenza? —preguntó Patricia, sorprendida por el modo en que actuaba Jimena. Ella jamás rehuía los problemas, de hecho, los enfrentaba con muy mala leche y grandes dosis de sarcasmo.

—No, simplemente es que no tengo nada que decirle. Entre nosotros ya está todo claro.

—Pues parece que él no se ha enterado.

—Mañana salgo a cenar con Bertram. Lucas está fuera de mi vida, para ser realistas, nunca ha estado dentro —explicó con firmeza a su

amiga.

—Eso depende de lo que entiendas por estar dentro. —Se burló Patricia.

—¿No puedes pensar en otra cosa?

—La que lo piensa eres tú. Yo no he dicho nada de nada. Eres demasiado mal pensada.

Jimena la miró con perspicacia, pero no replicó. Ciertamente, aunque la pulla había sido bastante clara, no era concluyente.

—Así que piensas salir con Bertram. Pensaba que no te gustaba. —Apuntó Patricia dejando el tema anterior.

—Se ha saltado el protocolo por mí. El puesto de primera chelista es mío, quiere que lo celebremos

—explicó sin mucho entusiasmo.

Patricia abrió mucho los ojos, sorprendida no porque Jimena hubiese conseguido el puesto, sino porque Bertram se lo hubiese dicho antes de que se hiciera oficial. Ese hombre era demasiado estricto, debía de estar realmente interesado para hacer lo que había hecho.

—¡Felicidades! —dijo— toma un *brownie* y brindemos por tu éxito.

Como si de una copa de cava se tratara, entrechocaron los dulces y le dieron un mordisco.

—Gracias. Ahora sí que puedo decirle adiós a Viena.

—Tampoco es así. Lo que has hecho es ir escalando en tu carrera mientras llega Viena. Además, en lugar de despedidas tienes que dar bienvenidas: hola, Bertram.

—No exageres. Solo vamos a cenar juntos.

—Y yo espero de corazón que no te aburras mucho.

—No seas mala. —Pidió Jimena

—Mala sería si no lo deseara… Las dos conocemos a Bertram, tienes un noventa por ciento de posibilidades de aburrirte como una ostra.

—Tampoco es para tanto, tiene su aquel… El otro día lo pasamos muy bien.

—Estaría inspirado. Por si acaso rezaré para que también lo esté mañana. Lo que menos necesitas es una cita desastrosa que te recuerde la apoteósica cita que tuviste con Lucas.

—Tu comentario ayuda mucho, gracias. —Replicó con ironía.

—Déjame tu teléfono. —Patricia alargó la mano para cogerlo.

—¿Para qué? —preguntó, pero ya se lo estaba tendiendo mientras lo hacía.

—Voy a decirle cuatro cosas a ese idiota. En realidad, vas a decírselas tú, voy a usar tu móvil.

—Devuélvemelo.

—¿No te fías de mí?

—No mucho.

Haciendo caso omiso al comentario abrió el WhatsApp y comenzó a teclear al mismo ritmo en que pronunciaba en voz alta las palabras que escribía:

Agradezco mucho tu oferta, pero no estoy interesada.

Lamentablemente no cumples con mis expectativas y yo soy una mujer muy exigente.

¡Suerte!

Patricia sonrió triunfal, orgullosa de su respuesta.

—No se te ocurra enviarlo. —Pidió intentando recuperar su teléfono.

—¡Demasiado tarde! Le he dado a enviar sin querer.

—Sí, sin querer. Me voy a la cama.

—¿No vas a terminar de ver la película? Es tu favorita.

—Por eso, me la sé de memoria y estoy cansada.

—Buenas noches, Jimena. —Se despidió Patricia, puede que creyera que había sido una mala idea enviarlo, pero no lo era. Lucas necesitaba que le bajaran los humos, ¿qué se había creído que era una abeja para ir de flor en flor?

Se dirigía a su dormitorio cuando el sonido de su teléfono le anunció una respuesta. Ni siquiera hizo el esfuerzo de leerla. Pasó el dedo por el chat que llevaba su nombre y lo eliminó. Todos los mensajes desaparecieron.

Sonó el timbre de la puerta, Patricia se levantó del sofá de un salto, y se acercó a la mirilla para ver quién llamaba a horas tan intempestivas, la idea de que fuera alguien con un hacha le pasó por la cabeza.

Héctor se pasaba las manos por el cabello, nervioso.

—¿Qué haces aquí? —preguntó antes siquiera de saludar.

—Buenas noches, siento molestar. Pero no os he visto esta noche y quería comprobar que estabais bien.

—Jimena no está. Se ha ido ya a la cama —explicó sin saber muy bien qué decir.

—En realidad, quería verte a ti.

Patricia se apartó de la puerta para permitirle el paso.

—Lo sabes, ¿no?

—Aunque no lo creas, sé muchas cosas. Así que en este momento y sin más datos, no adivinaría a cuál de mi extenso saber te refieres.

Ella agradeció su forma de quitarle importancia a su pregunta, con una sonrisa que aceleró el corazón de Héctor.

—Ahora tengo un motivo más para no soportarle. —Confesó conmovido por la vulnerabilidad que se adivinaba en Patricia cuando se refería a lo ocurrido.

—Lo sé, Jimena me ha contado lo que quieren hacer con la frutería de tu padre. ¿Quieres sentarte y comerte un brownie conmigo? —Ofreció repentinamente tímida—. Mañana ya nos preocuparemos de la línea.

—Tú no necesitas preocuparte por eso, ¿qué estás viendo?

—Vacaciones en Roma —dijo con un hilo de voz.

—¿Qué has dicho? No te oigo.

—No puedo hablar más alto. No quiero herir los sentimientos de Jimena. Ella cree que estoy viendo El resplandor.

—Vaya, ¡menudo cambio!

—Lo sé —dijo mientras le ofrecía la bandeja semivacía de brownies —. Por eso no quiero que se entere. Si ve que he cambiado creerá que acepté la película de terror porque le tengo lástima. Es muy tremendista.

—¿Y no es así? ¿No le tienes lástima? —preguntó Héctor conociendo la respuesta de antemano.

—Claro que no. Ha sido por solidaridad. No conoces a Jimena lo suficiente si crees que es merecedora de la lástima de nadie.

—En realidad no lo creo. Tendrías que haber estado delante cuando se enfrentó a Carlos. ¡Es asombrosa!

—Sí que lo es. ¿Te gusta? —preguntó Patricia muy interesada en la respuesta, pero fingiendo todo lo contrario.

—Por supuesto que me gusta.

—¡Ah!

—Pero no me gusta de la misma manera que me gustas tú —explicó lanzándose de cabeza a la piscina y cruzando los dedos para que hubiera agua en ella.

—¿Y cómo te gusto yo?

—Tú me gustas tanto que me paso el día pensando en ti, en lo bien que hueles, en lo suave que es tu piel, en lo sensual que suena tu voz cuando susurras…

Mientras hablaba, Héctor se había ido acercando más y más a una Patricia a punto de derretirse.

—¿Pero sabes qué es en lo que más pienso? —preguntó mirándola con fijeza.

Ella negó con la cabeza, hipnotizada por sus palabras y por la cadencia sensual de su tono.

—En tu boca. Recuerdo tus dientes apresando mi piel, tus labios recorriendo mi garganta y tu lengua…

No pudo terminar la frase, la boca de Patricia presionó la suya acallando lo que fuera a decir, convencida de que una demostración práctica era mucho más esclarecedora que una larga explicación.

¡Otro sofá a la mierda!, pensó Jimena al tiempo que regresaba de puntillas a su dormitorio, había salido para ir al baño y prepararse para dormir, y se había encontrado con que Héctor había decidido cambiar de táctica con Patricia, y por lo que había visto que se desarrollaba en su sofá, con resultados satisfactorios.

Todo lo contrario, a lo que le pasaba a ella, que para dormir iba a necesitar evocar a Jack Torrance y a su mirada enloquecida, y seguramente también recurriría a los auriculares con la música a todo volumen.

CAPÍTULO 26



Siendo práctica, Bertram era una opción perfecta: la conocía y le gustaba a pesar de sus excentricidades, compartían el amor por la música… Y había esperado con paciencia y constancia hasta que aceptó salir con él, pero no conseguía alterarla, no la ponía de mala leche con sus palabras, ni la perturbaba de ningún modo que pudiera ser considerado romántico. Por otro lado, tampoco se había planteado nunca que pudiera ser algo más que su jefe y había terminado siendo un gran amigo. Tras llegar a la conclusión de que no le haría daño darle una oportunidad, se decidió por unos vaqueros pitillo, botines de tacón, top negro y plateado y chaqueta de cuero entallada, del mismo color oscuro de los botines. La versión más potente de sí misma. Y que Bertram demostrara si podía lidiar con ella.

Aunque era cierto que no buscaba algo serio con el director, tampoco pensaba cerrarse en banda, si finalmente saltaba la chispa que faltaba entre ellos. No podía quedarse parada esperando algo que jamás iba a suceder, debía seguir con su vida, aunque eso implicase abrirse al amor y a otros hombres.

El sonido del timbre del portal la hizo sonreír. Seguramente Héctor regresaba a ver a Patricia, su táctica de la indiferencia había dado un giro de ciento ochenta grados y ahora se trataba de pasar el mayor tiempo posible a su lado para conseguir que bajara las defensas, que, en el caso de su amiga, siempre estaban en pie de guerra.

De momento todo iba sobre ruedas, Patricia se había saltado su propia regla de oro: no acostarse dos veces con la misma persona y, o mucho se equivocaba, o pronto habría una tercera vez que echaría por tierra la famosa pauta.

El restaurante que había elegido Bertram para celebrar el nuevo puesto de Jimena en la orquesta era elegante, pero, sobre todo, exótico. Justo una definición que no casaba para nada con la idea que Jimena tenía de él. Una imagen que se había ido forjando al mismo tiempo en que lo hacía su amistad. Les recibió en la puerta del libanés una camarera ataviada con una especie de sari, aunque menos ornamentado que el típicamente indio.

—Por aquí, por favor —señaló con una mano tatuada con henna.

¡Punto para Bertram! pensó Jimena. Por primera vez desde que se conocían había conseguido sorprenderla. Estuvo tentada de sacar el móvil, hacerle una foto al restaurante, y enviársela a Patricia, quién se había pasado la tarde incordiando con que iba a pasar una noche aburridísima.

El salón era amplio y étnico, enormes cortinas, elaboradas con hilos dorados y perlas, presidían la sala. Las mesas eran bajas, similares a la de los salones de té árabes, y para sentarse, cojines de diversos colores decorados con los mismos hilos dorados y plateados del tejido del cortinaje.

Frente a la zona de comedor había un escenario en el que varias mujeres hacían sonar las monedas que colgaban de sus vestimentas mientras bailaban la danza del vientre.

Se estaban acomodando en los cojines cuando el móvil de Jimena vibró en su bolso, lo sacó ofreciendo una sonrisa de disculpa a Bertram, convencida de que era Patricia preguntándole si se aburría mucho; cuando lo desbloqueó se encontró con la notificación de un mensaje de Lucas. En esta ocasión tampoco quiso leerlo, ya lo

borraría más tarde. Devolvió el teléfono al interior del bolso y se dedicó a disfrutar del exótico lugar.

Segundos después, un camarero distinto al que les había acompañado a la mesa, les servía en los coloridos vasos una bebida típica libanesa.

—¡Vaya, Bertram! Estoy sorprendida y encantada con tu elección. No sabía que hubiera locales como este en la ciudad.

—No deberías tener prejuicios respecto mi —lo dijo con una sonrisa triste y Jimena se sintió culpable porque estaba en lo cierto.

—Prometo que no volveré a hacerlo. Pero ahora seré más exigente contigo.

—¿Qué quieres decir?

—Que la próxima vez que salgamos vas a tener que superar esto; y, con sinceridad, lo tienes difícil. Bertram sonrió encantado, «la próxima vez» había dicho. Iba a haber una nueva cita.

—Es un trato —dijo aceptando la propuesta.

—Solo tengo un pequeño inconveniente. —Bromeó Jimena—. No tengo ni idea de qué pedir para cenar.

Bertram agradeció el gesto con una sonrisa radiante.

—Eso déjamelo a mí. Voy a volver a sorprenderte.

—¡Estupendo! No te cortes.

No habían hecho más que servir los entrantes cuando bajaron la intensidad de las luces del comedor y la música cambió.

Jimena miró a Bertram con los ojos interrogantes, pero este sonrió sin dar respuesta a sus preguntas no formuladas. Ella se descubrió divirtiéndose y sintiéndose, al mismo tiempo, afortunada de que el serio y formal Bertram compartiera con ella esa parte de su carácter que tan bien ocultaba al resto.

El movimiento en el escenario atrajo la atención de todos los comensales, que centraron su interés en las bailarinas. Dos de ellas, las que se situaban en los extremos, bajaron las escaleras, sin dejar de mover sus gasas y sus monedas, y se adentraron en el comedor. El corazón de Jimena se aceleró cuando comprendió lo que iba a suceder.

La muchacha morena, con el cabello largo hasta la cintura, se acercó hasta su mesa y extendió su mano tatuada con henna, en una muda invitación.

Jimena tuvo que parpadear varias veces antes de ser capaz de reaccionar:

—Lo harás muy bien. Solo tienes que seguir el ritmo. —Bromeó Bertram.

En respuesta fingió ponerle mala cara, antes de aceptar la mano extendida de la bailarina.

Si Bertram era mucho más de lo que aparentaba, también ella podía bailar la danza del vientre, aunque no tuviera la más remota idea de cómo hacerlo.

Siguiendo a la bailarina hacia el escenario, se topó con el rostro de la que era su compañera de aventuras en esta improvisada danza. Una chica de cabello oscuro que le sonrió con amabilidad y comprensión.

Era evidente que también la habían escogido de entre el público porque vestía una falda larga hasta los tobillos, unos botines de tacón y una blusa blanca que se sacó de debajo de la falda y se anudó a la cintura.

¡Dios! pensó Jimena, voy a hacer el ridículo más absoluto a su lado. La chica se acercó hasta ella sonriendo amistosamente:

—Perdona, ¿nos conocemos? —preguntó achicando los ojos—. Soy buena fisonomista y estoy segura de haberte visto antes.

—Creo que… —Se quedó callada en medio de la frase—. Sí.

Un recuerdo invadió su mente, el sonido de una canción sonando en un pub, el ruido de copas chocando, la interminable cola de un baño…

—Eres la amiga de Lucas —dijo casi atragantándose con la última palabra.

—Eso es, Lucas. ¡Qué casualidad! Está aquí, ha venido conmigo. Seguro que querrá saludarte.

No pudieron seguir hablando, las dos bailarinas las tomaron de las caderas y les mostraron los movimientos del baile. Había que aislar el tronco de la cintura y de las caderas. Cada movimiento debía mantener rígido el resto del cuerpo.

Jimena se movió por inercia mientras su cabeza daba vueltas sin parar un segundo, pensando en que Lucas estaba en el local y podía verla.

Se obligó a no buscarlo con la mirada. Cerró los ojos y se dejó llevar por la música, que era lo único que solía relajarla en esos instantes pero, por primera vez en su vida, esta no pudo ayudarla. A pesar de no verle, sentía su mirada taladrarle la piel, como lo habían hecho antes las caricias que habían compartido.

Siguió esforzándose por no buscarle entre la gente y se concentró en Bertram, que la observaba con una sonrisa de aprobación y no se perdía ninguno de sus movimientos.

Cuando la melodía finalizó, las bailarinas les agradecieron su colaboración y los comensales les aplaudieron con efusividad. Anabel le hizo un gesto con la cabeza antes de encaminarse a su mesa, para que supiera dónde estaba sentada con Lucas, y por instinto, Jimena miró en esa dirección, topándose con la atención de él puesta en ella.

Lucas movió los labios exageradamente para que pudiera leer lo que le decía.

—Has estado fantástica.

No respondió. Con el estómago oprimido, se dio la vuelta y se sentó junto a Bertram, que se había movido para ver mejor el espectáculo; así que estaba obligada a colocarse frente a la persona que menos deseaba ver. Los metros que les separaban no impedían la visión directa hasta su mesa.

—Has estado fantástica —comentó Betram. Retomando la conversación.

No le pasó desapercibida la ironía de que ambos hombres le hubieran dicho lo mismo.

—Gracias.

—¿Va todo bien? —La sensibilidad de Bertram captó su cambio de actitud.

—Sí, es que estoy un poco sofocada por el baile.

Bertram aceptó la excusa y ejerció de anfitrión, explicándole lo que contenía cada uno de los platos que les iban sirviendo. Sin embargo,

a pesar de lo exótico y variado del menú, los sentidos de Jimena estaban en otra parte.

Al contrario que unos minutos antes en que la conversación con Bertran era natural y fluida, ahora debía esforzarse porque esta fuera coherente cuando, por instinto, su mirada se dirigió hasta la mesa de Lucas y su atractiva acompañante.

En uno de sus momentos de debilidad vio cómo la morena sostenía entre los dedos un pedazo de pan libanés, y lo llevaba a la boca de Lucas como si él no supiera alimentarse solo. En ese instante Lucas miró directamente en su dirección clavando la mirada en sus ojos, al tiempo que aceptaba el bocado que le ofrecía lamiendo los dedos de Anabel.

La mente de Jimena se nubló, y su carácter explosivo se impuso a cualquier pensamiento racional que le hubiera hecho desistir de su arrebato.

Aceptando el reto, y con la clara intención de superarlo, se giró hacia su cita y con una mirada calculadora acarició la mano que su acompañante tenía apoyada sobre la mesa.

—Bertram, voy a besarte —le dijo, sin darle tiempo a reaccionar o a negarse—. Por favor, no te apartes.

Entonces se apoyó sobre su pecho y devoró su boca como si le fuese la vida en ello.

CAPÍTULO 27



A pesar de ello, Jimena no estaba dispuesta a aceptar una derrota sin luchar, de manera que envolvió sus brazos alrededor del cuello masculino, enterró los dedos en su cabello, y profundizó el beso, esgrimiendo su lengua como un arma, decidida a debilitar a su oponente y a conseguir una reacción que le caldeara el cuerpo.

No tuvo que esperar mucho tiempo, la resistencia anterior desapareció ante el acoso sensual, y Bertram le devolvió el beso con la misma pasión con la que lo recibía. Se separaron aturdidos cuando se hizo imprescindible respirar, y Jimena descubrió que había mucho más detrás del serio y formal director de orquesta de lo que había imaginado nunca.

—¡Madre mía! —Exclamó todavía con la respiración acelerada, olvidando por completo el motivo por el que se había lanzado en sus brazos. Algo que, por su parte, Bertram no hizo.

—No deberías haberme besado. No me gusta sentirme utilizado.

—Yo… Tienes razón. Lo siento. —Había estado tan centrada en sí misma que no se había parado a pensar en cómo afectaría su reacción a su amigo.

—Supongo que al menos he podido confirmar mis sospechas. —Confesó con serenidad.

—¿Qué sospechas?

—La otra noche en el Hércules Poirot me di cuenta de que tanto desprecio entre tú y Lucas no era normal. No es un secreto que tienes carácter, sin embargo, nunca te había visto ser tan mordaz con nadie.

—Yo… Lo siento. —Volvió a disculparse sin saber qué más decir.

—Me he pasado los últimos dos años esperando este momento, y en ninguna de mis fantasías me besabas para darle celos a otro hombre. —Confesó con una serenidad y una sinceridad que oprimieron el estómago de Jimena, al comprender todo lo que Bertram no había pronunciado. No hizo falta.

En ese instante Lucas y Anabel dejaron de importarle.

—No sabía que le hubieras visto. Yo no me he dado cuenta de que estaba aquí hasta que ha comenzado la danza y he visto a Anabel.

—Lo sé. Desde que lo has localizado has desaparecido de esta mesa. Te has transformado en una autómata, más pendiente de ellos que de nada de lo que yo pudiera decirte.

—¿Sabes una cosa? Tienes razón. ¡Vámonos! —Pidió levantándose de un salto de los cojines.

—Aún no hemos pedido el postre.

—Nos lo tomaremos en otro lado. Voy a compensarte. —Ofreció con una sonrisa sincera—. Puede que hasta te sorprenda.

—Jimena, no es necesario.

—Sí que lo es porque quiero hacerlo.

Veinte minutos después degustaban un helado de té verde en una tetería del barrio de Jimena, donde un violín, un chelo y un piano interpretaban el Concierto para Violín, Violonchelo y Piano en Do mayor, Op. 56, de Beethoven. Conocida comúnmente como Triple concierto.

—La ejecución es magistral. Me siento compensado —comentó Bertram sonriendo. Parecía haberle perdonado la afrenta anterior.

—La compensación era el helado. —Bromeó dándole un codazo amistoso.

—Pues con toda franqueza me quedo con la música y con tu compañía.

Jimena sintió que el peso en su pecho se suavizaba. Durante un instante había temido que Bertram estuviera demasiado dolido para recuperar el buen ambiente que había reinado antes del beso. No era propio de ella mostrarse egoísta o insensible. A pesar de su carácter fuerte y de su desdén, poseía una empatía fuera de lo común.

Su respeto casi reverencial por la justicia y sus intentos por captar la atención de su padre la habían vuelto hipersensible al sufrimiento ajeno. Eso sí, en cuanto apareció Lucas se olvidó de todo lo demás, incluidos sus principios. Señal inequívoca de que estaba pisando arenas movedizas.

***

Desde el instante en que Jimena abandonó el restaurante nada de lo que le rodeaba consiguió despertar el interés de Lucas, ni siquiera Anabel.

En un intento por conseguir que Jimena reaccionara había estropeado su situación más de lo que ya estaba. Habría preferido gritos, alguna pulla de su lengua viperina y, en cambio, se había topado con su indiferencia.

Era la segunda vez que coincidía con ella y su acompañante, y aunque él mismo le había planteado una relación abierta, verlos juntos le había molestado mucho más de lo que hubiese imaginado.

La había percibido desde el primer instante en que pisó el local, y desde entonces lo había intentado todo para captar su atención, incluso mandarle un mensaje al móvil, aunque para ello había tenido que mentir a Anabel alegando que se trataba de un asunto laboral urgente que acababa de recordar.

Al final, había sido la propia Anabel quien, sin ser consciente de ello, había conseguido captar la atención de Jimena al ser elegidas para el baile.

—Parece que ahora mismo habites en otro mundo. —Su voz había sonado dulce, a pesar de que Lucas comprendió que era una

recriminación.

—Perdona. El trabajo, ya sabes que me cuesta desconectar de él. —Se justificó mientras le rozaba con suavidad la mano.

Habían compartido oficina en Ginebra y Anabel sabía lo metódico y profesional que era Lucas cuando se trataba de edificios y diseños. Así que no dudó de la veracidad de sus palabras.

—Para eso estoy yo aquí. Esta noche conseguiré que te olvides de todo menos de mí, de nosotros.

—Estoy deseando que lo hagas. —Aunque no era el trabajo lo que quería olvidar.

—Pues finges muy bien, ¿vas a contarme lo que te tiene así?

—Creo que no.

Rectificó ante la cara de sorpresa de Anabel que no se esperaba una negativa tan directa.

—Has prometido que esta noche vas a hacerme olvidar. Las preguntas no ayudan a tu causa.

—Una tarea que me resultaría más sencilla si supiera lo que quieres borrar de tu cabeza. —Ronroneó llevando sus elegantes dedos a las sienes de Lucas, y acariciándolas con sensualidad.

Lucas obvió la respuesta, con gentileza apartó su mano de su rostro y la retuvo entre las suyas, para finalmente llevársela a los labios.

—¿Qué te parece si nos marchamos a otro sitio para que cumplas de una vez con tus promesas?

—Creía que nunca me lo pedirías —dijo ella con una sonrisa sensual en los labios.

CAPÍTULO 28



Tras salir del restaurante había dudado un poco. La visión de Jimena y Bertram le había dejado tocado, y con la firme intención de olvidarse de todo en los hábiles brazos de la morena.

Siguiendo esa máxima la había besado y acariciado, llegando incluso a desnudarla por pura costumbre. Como si estuviera siguiendo las instrucciones durante tanto tiempo almacenadas en su cabeza.

Cuando comprendió que no iba a poder ir más allá de los besos y las caricias, todo su cuerpo se puso rígido, excepto la parte de él que debía estarlo, de modo que la verdad se desplegó ante sus ojos.

Debería haber percibido que sus sentimientos por Jimena eran más profundos de lo que se había permitido admitir, cuando la vio marcharse de su casa aquella mañana en que le ofreció una relación sin ataduras. Había creído que le molestaría verla o saberla con otros, pero no había calibrado bien sus sentimientos, no solo le había dolido que hubiera besado al músico; lo que más le asombraba era que lo que sentía por Jimena le impedía sentirse cómodo acostándose con otra.

Del mismo modo que no pudo predecir sus propias reacciones, tampoco supo prever la respuesta de Anabel ante su negativa de mantener su amistad en los mismos términos en que habían estado hasta ese instante.

La razón por la que había aceptado su relación sin ataduras era porque tenía la esperanza de hacerle sentir algo más profundo por ella. En su defensa, Lucas podía alegar que jamás había sospechado que la arquitecta estuviera enamorada de él. Anabel se había cuidado mucho de esconder sus sentimientos, sabedora de que si lo presionaba demasiado acabaría perdiendo todo lo que compartían.

La despedida fue abrupta y dura. Supo sin necesidad de palabras que tardaría mucho en perdonarle, igual que también supo que no volvería a llamarle ni a buscarle. En un arranque de sinceridad consigo mismo le había confesado que estaba enamorado de Jimena.

—No puedes estar hablando en serio. No es propio de ti. —La chica parecía agradable, pero no era voluptuosa ni llamativa.

—A mí también me ha sorprendido, pero es verdad. Estoy loco por ella —dijo, con la voz destilando sinceridad—. Me vuelve loco, pero solo deseo tenerla cerca para que siga haciéndolo.

—En ese caso espero que te acepte. Os merecéis el uno al otro. —Le espetó recogiendo su ropa y saliendo del dormitorio sin siquiera vestirle.

—Anabel, espera. No te marches así. —Pidió en un intento porque todo terminara bien. Ella se giró en la puerta, para encararle.

—No hay otro modo de hacerlo, ya que imagino que tus sentimientos anulan nuestro pacto. El asintió con la cabeza.

—Sí, eso creía. Adiós, Lucas. —Se despidió, y le dejó asimilando todo lo que acababa de descubrir sobre sí mismo esa noche.

El móvil sonó sobre la mesilla de noche y lo sacó de sus recuerdos, mientras que la melodía de la llamada atronaba en su cerebro. Estuvo tentado de no responder, pero hacerlo solo conseguiría que siguiera sonando aumentando su cefalea.

Abrió los ojos solo un segundo para ver a quién debía matar por molestarle en circunstancias tan poco favorables.

—¿Qué quieres? —preguntó de brusquedad.

—Buenos días para ti también, amigo. —Se guaseó Rubén, al escuchar su voz rasposa y enfadada.

—No estoy de humor para tus modales, numeritos.

—Supongo que intentas decir que tienes resaca.

—No tengo resaca, casi no bebí nada anoche. ¿Qué quieres llamando a estas horas?

—Son las diez y media, ni que fuera de madrugada. —Se quejó—. Y te llamo para hacerte una invitación formal para cenar en mi casa. Va a ser un momento muy especial para Lorena y para mí y queremos que estés con nosotros —comentó dando pistas, pero sin llegar a decir de qué iba la celebración.

—¿Una invitación formal?, ¡qué raro suena todo! ¿No habrás dejado a Lorena embarazada? —De repente estaba completamente atento a la conversación. ¿Iría a ser tío?

—Lo siento, vas a tener que venir para averiguarlo.

—No, no creo que sea eso, no habrías podido aguantarte la emoción y lo habrías largado todo. Está bien, picaré ¿quién va a ir a esa cena de gala? Si puede saberse.

—Mis padres, los padres de Lorena, su hermano y su chica, tú y… Jimena.

La sola idea de saber que ella asistiría y que iban a tener la oportunidad de hablar sin que saliera huyendo, mitigó su dolor de cabeza, y su interés en descubrir el motivo de la cena.

—¿A qué hora tengo que estar allí? —Y agregó para no parecer que cedía tan rápidamente—: Suponiendo que pueda ir.

—Te espero a las ocho y media. ¡No llegues tarde! Mi madre está loca por verte.

—No he dicho que vaya a ir seguro. Puede que tenga planes, ¿cómo sabes que no he quedado con una rubia explosiva?

—¿Rubia? Creía que te gustaban las morenas.

—¡Vete a la mierda, numeritos! —Le espetó, antes de colgar.

Rubén apartó el teléfono de la oreja y miró a Lorena con los ojos brillantes por una mezcla de diversión y de incertidumbre.

—Me ha preguntado si íbamos a tener un bebé —le contó con una sonrisa bobalicona.

—Alto ahí, vaquero. Primero nos hipotecamos, ahora nos casamos y dentro de un tiempo pensamos en el bebé. ¿De acuerdo?

—Solo si me prometes que practicaremos mucho, tenemos que perfeccionar la técnica. Lorena se acercó a él colgándose de su cuello.

—No necesitas perfeccionar nada, tonto. Eres todo un maestro en el tema —murmuró rozando sus labios.

—Quizás debería darle clases a Lucas —comentó con orgullo—. ¿Estás segura de que esos dos no van a terminar matándose? Porque yo apostaría por ello.

—Claro que no, sobre todo si tú le das clase a Lucas. —Bromeó dándole un pellizco en el trasero a su chico—. Además, tengo un as en la manga y en cualquier caso, ese es parte del encanto de la noche. —Añadió sonriente—. No saber lo que va a suceder.

—Yo creía que todo el encanto de la noche era anunciar que hemos decidido casarnos —comentó con una ceja arqueada.

—¡Pero bueno!, ¿a ti no te enseñaron tus padres que hay que compartir? —Bromeó Lorena, mientras salía del comedor contoneándose.

—¡Ven aquí que te voy a dar yo a ti compartir! —dijo yendo tras ella.

***

Jimena dejó caer el arco sobre el sofá con frustración. ¿Qué demonios le pasaba a Elgar que no hacía más que traerle a la mente la imagen de Lucas?

Hasta su pieza favorita se había aliado en su contra para recordárselo y encima iba a tener que verlo esa misma noche en casa de sus amigos.

Tras la llamada de Lorena se había planteado con seriedad cuáles eran sus opciones, que básicamente se reducían a dos: continuar como estaban, no responderle al teléfono ni a los mensajes y evitarle a toda costa, o afrontar que no estaban en la misma sintonía y que cada uno de ellos buscaba cosas diferentes en una relación.

Y es que no podía olvidar que de algún modo en Alcolea se habían hecho amigos, independientemente de lo que hubiera sucedido entre ellos, consiguieron establecer una relación de respeto, complicidad e incluso de admiración mutua, que desembocó en una incipiente amistad.

Ambos se habían precipitado en sus juicios, y ambos habían descubierto en el otro más de lo que creían que iban a encontrar.

Puede que Lucas no sintiera nada por ella, ni que tampoco hubiese sido todo lo claro que debería, dadas las circunstancias, pero se había preocupado por ella como un amigo, le había aconsejado que tocara a Elgar para la prueba e incluso había ido a verla.

Por otro lado, la Jimena de siempre no se tomaba tan mal los rechazos, por mucho que le costara mantenía la entereza para que nadie descubriera hasta qué punto le había dolido la afrenta. A lo largo de su vida había sufrido suficientes desengaños como para ser capaz de reponerse de ellos con rapidez. Su reacción ante el desencanto que Lucas suponía no se acercaba, ni de lejos, a nada que hubiese hecho antes.

Siendo honesta consigo misma debía aceptar que se había equivocado. Actuando de ese modo solo había conseguido hacerse daño a sí misma, poner entre la espada y la pared a sus mejores amigos: Lorena y Rubén, y herir a las personas que le importaban como Bertram, a quien había besado para desquitarse de las atenciones que Lucas le dedicaba a su acompañante. No podía seguir así, se dijo. La cena de esa noche era importante para sus amigos y no iba a incomodarles por su desencuentro con Lucas. Aunque Lorena no le hubiese contado el motivo por el que la organizaba, Jimena tenía sus sospechas.

Por lo tanto, no le quedaba otra más que actuar con madurez, e iba a empezar a hacerlo en ese instante, antes de que perdiera el valor. La historia no la escribían los cobardes, y desde que tenía once años, Jimena garabateaba su propia historia a base de trabajo duro y decisión.

Con un profundo suspiro de resignación volvió a tomar el arco y acarició con él las cuerdas de su chelo. Elgar volvió a sonar en la

habitación; embriagando sus sentidos con los recuerdos, siguió tocando, escudándose en la indiferencia.

—Tampoco ha sido tan difícil. —Se felicitó cuando terminó la interpretación—. Elgar vuelve a pertenecerme.

—¿Otra vez hablando sola en voz alta? —preguntó Patricia que había entrado con sigilo en la habitación.

—Siempre. Me escucho con atención y constantemente estoy de acuerdo con todo lo que digo.

—Se puede decir lo mismo de un perrito, y son más monos que tú. Tal vez deberías adoptar a uno, sería menos triste que hablar contigo misma. —Se burló sin disimulo—. Sería alucinante si además le pones de nombre Lucas. ¿A que te encanta la idea?

—Ríete todo lo que quieras. No pienso ofenderme ni rebajarme a responderte.

—¿Dónde está Jimena?, ¿y qué has hecho con ella?

—He decidido reinventarme. Voy a dejar de lado mis arranques de rabia y mi mal carácter y voy a vivir en paz con todo lo que me rodea. Y eso te incluye a ti.

Patricia estaba parada frente a la pila de partituras, buscando la que necesitaba, pero al escuchar a Jimena levantó la mirada de las claves de sol y las corcheas para comprobar que hablaba en serio. Cuando se dio cuenta de que así era, estalló en carcajadas, tan estridentes que amenazaron con atravesar la pared insonorizada de la habitación.

—¿Qué es tan gracioso?

—Tú —respondió cuando por fin pudo parar de reír.

—¿Puedes explicarme por qué?

—Me río porque te he imaginado intentándolo, y la escena era desternillante. La pena es la úlcera que te va a salir, menos mal que seguimos una dieta equilibrada —dijo, saliendo por la puerta sin llevarse ninguna partitura, y dejando a Jimena esforzándose por reinventarse.

CAPÍTULO 29



Que estuvieran allí atendía a dos razones: que Patricia matara a sus demonios y que con ello su familia, y más concretamente, su hermana mediana, quedara advertida del verdadero carácter de su novio, que no dejaba de presionarla para que forzara a su padre a vender la frutería para montar el pub que deseaba y para el que él no aportaba ni un céntimo.

Desde que supo qué había sido Carlos, su cuñado, en la vida de Patricia, su odio por él no había hecho más que aumentar. Y no dejaba de crecer mientras veía a la decidida y valiente mujer de la que estaba completamente enamorado, temblando de indecisión en el umbral de su hogar.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —preguntó, mientras le embargaba una profunda ternura por ella.

—Sí. Quiero hacerlo.

—Pues vamos allá. Estás preciosa y juegas con el factor sorpresa, los vas a dejar a todos k.o. en cuanto te vean.

—¿Nadie sabe que me has invitado a cenar? —preguntó Patricia, notando cómo su determinación comenzaba a flaquear—. ¿No se lo has dicho a tus padres?

—Lo sabe mi padre, que es el único que debe importarte. ¿Estás preparada para entrar?

—Sí —dijo sin dudar.

Aun así, Héctor no le dio tiempo para que se arrepintiera, sacó las llaves del bolsillo trasero de sus vaqueros con rapidez y abrió la puerta. El sonido de las voces les alertó de que estaban todos en la cocina, seguramente terminando de preparar la cena. Tomó la mano de Patricia tiró de ella hacia allí, e irrumpieron en el momento en que Carlos e Irene estaban poniendo los vasos y los cubiertos.

—Hola a todos. —Y añadió, cuando consiguió la atención de los presentes su madre, su padre, Irene y un estupefacto Carlos: —He invitado a mi novia a cenar, espero que no os importe. Estaba deseando que la conocierais y no he pensado en avisaros de que veníamos.

Los padres de Héctor reaccionaron inmediatamente, acercándose a ellos con amabilidad, pero Patricia no podía apartar la mirada de su exnovio, que había palidecido mortalmente al verla, debió de adivinar que su presencia no iba a depararle nada bueno. Verlo tan afectado arregló, de algún modo, una de las pequeñas piezas de su interior que se habían roto tras su traición. No obstante, todavía quedaban muchas para seguir pegando y reparando. Sin ser consciente de lo que hacía, apretó con fuerza la mano de Héctor buscando su apoyo.

—Encantada de conocerla, señora. —Saludó a Pilar, la madre de su chico, una mujer menuda con los mismos ojos oscuros de su hijo—. A su esposo ya le conocía de la tienda. ¿Cómo está?

—Muy contenta de saludarte, por fin. Héctor no hace más que hablar de ti. Ven que te presente a los demás. —Pidió la mujer con una cálida sonrisa.

—Gracias. A Carlos ya le conozco, así que no se moleste en volver a presentármelo. —El comentario sonó más como una amenaza que como una advertencia, lo que disparó la curiosidad de la mujer.

—¿De veras?, ¿y de qué os conocéis?

Patricia tuvo la satisfacción de ver el horror en los ojos del aludido, y otro pequeño trocito se reparó en su corazón.

—Estuvimos a punto de casarnos, pero lo pillé en la cama con mi madre y todo lo que habíamos planeado durante años se vino abajo de golpe. —Anunció como si hablara del tiempo—. La pena es que siempre me pregunté si llevaban mucho tiempo haciéndolo o si, por el contrario, los pillé en la primera ocasión.

—Carlos, ¿serías tan amable de decírmelo ahora? Te confieso que es una duda que siempre he tenido.

Héctor contuvo una carcajada a su lado. Se sentía orgulloso de su aplomo y de su valentía. Satisfecho de tener una mujer como ella a su lado.

Por su parte, Carlos no despegó los labios, ni se movió un centímetro de donde estaba parado, parecía que le hubieran crecido raíces por lo inmóvil que estaba, con los ojos agrandados por la sorpresa y el espanto.

—¿Disculpa? —preguntó la anfitriona, con el horror pintado en el rostro, al tiempo que su hija sofocaba un grito.

—Bueno, para ser sincera he de confesarle que mi madre no aparenta la edad que tiene.

Ante semejante respuesta Héctor no pudo aguantarse durante más tiempo y rio abiertamente mientras Irene abandonaba la cocina llorando y Carlos seguía pálido y sin palabras frente a un público exigente que buscaba su reacción.

Fue el padre de Héctor quien rompió la tensión del momento con su actitud dulce y amable hacia la recién llegada.

—Veo que eres mucho más interesante de lo que pareces a simple vista. Ven ayúdame a poner la mesa y me cuentas un poco más de ti.

—Encantada, señor Blasco.

—Nada de señor, yo soy Pedro y mi mujer, Pilar.

La violinista asintió con una sonrisa de agradecimiento y la conversación siguió el curso habitual, una vez superada la tormenta inicial. No fue necesario que se añadieran dos cubiertos más en la mesa, porque ni Carlos ni Irene se quedaron a cenar con ellos.

Aunque Pilar seguía en shock, se mostró amable y encantadora, puede que incluso avergonzada. De sus tres hijos siempre había tenido más conexión con Irene, por ese motivo le había consentido

todo cuanto deseaba. Su hija mayor se casó muy pronto dejando el hogar familiar, y Héctor siempre había sido el ojito derecho de su padre, razón por la que ella se volcó en Irene.

Sabía que Carlos controlaba a su hija, y que ella hablaba por boca de él, pero tras intentar, en varias ocasiones, dialogar con ella del tema, terminó por desistir, adaptándose a sus peticiones. Hacerlo era más fácil y menos doloroso de lo que hubiera sido enfrentarse a ella y decirle abiertamente lo que pensaba.

Horas después, Patricia abandonó el hogar de los Blasco sintiéndose más fuerte y dispuesta a permitirse una segunda oportunidad que nunca.

Una vez en la calle expuso sus dudas a Héctor, que había permanecido a su lado en todo momento:

—¿Crees que soy mala persona?

—¿Por qué iba a pensar algo así? —El desconcierto se leía en su rostro.

—Cuando le he contado a tu madre mi desastrosa historia con Carlos me he sentido mucho mejor de lo que me sentía en mucho tiempo. —Confesó, avergonzada.

—Algo normal después de lo que te hizo…

—Ojalá tu hermana se dé cuenta de cómo es en realidad. Tu padre es un hombre encantador, no se merece un yerno como él.

—Si Irene no abre los ojos después de esta noche nunca lo hará. Y yo seguiré atado a la frutería.

—¿Acaso crees que si tú no estuvieras trabajando con tu padre le obligarían a vender? —Había descubierto en carne propia el valor que Carlos le daba a las promesas, no obstante, jamás imaginó que fuera tan cruel y manipulador. Después de todo había sido una suerte que le descubriera y rompieran. Su vida habría sido espantosa si sus planes de matrimonio se hubieran llevado a cabo.

—Es algo que he pensado. Mi padre necesita ayuda para llevar la tienda, pero si mi hermana entrara en razón, podríamos contratar a alguien para que lo hiciera, y yo podría buscar trabajo en lo mío. No me respondas sino quieres, pero ¿qué pasó con tu madre?

—No lo sé, hace mucho tiempo que no hablo con ella. Jamás llegó a disculparse por lo que me hizo. A los pocos días de encontrarles en

la cama Jimena y yo nos fuimos a vivir juntas. No la necesito.

—No, ahora me tienes a mí —dijo, entrelazando sus dedos a los de ella.

Durante unos instantes Patricia no dijo nada. Se limitó a seguir caminando con su mano asida a la de él. Entonces se paró de golpe, consiguiendo con ello que Héctor hiciera lo mismo.

—Eres maravilloso. Por favor, no me hagas daño.

La emoción se instaló en el pecho del frutero, y tuvo que esforzarse para que al responder su voz sonara normal.

—Nunca —dijo, acercando su rostro al de ella para besarla y acallar sus temores con toda la dulzura de la que fue capaz.

En ese mismo instante un mensaje de texto de Irene entró en el móvil de Héctor, pero este estaba demasiado ocupado para leerlo. No obstante, y aunque no lo supiera todavía, esa noche había ganado dos cosas muy importantes, el amor de la mujer por la que estaba loco, y a su hermana, a la que acababa de recuperar, ahora que Carlos ya había salido para siempre de su vida.

CAPÍTULO 30



Desde que había llegado, Jimena había sufrido la reprimenda de Maruja, la madre de Lorena, y prácticamente también suya, por no haber ido a visitarla en meses ni haberla llamado para contarle lo de su nueva plaza en la orquesta. Javier, su marido, también se había quejado de lo mismo. A partir de ese instante comenzaron a lloverle las preguntas sobre su salud, sus proyectos y cómo no, su vida sentimental.

E igual que hubiera hecho con su madre, si todavía estuviera viva, y con su padre, si no estuviera más interesado en sí mismo que en su hija, les habló sobre el nuevo estreno del Palau, la dieta de frutas y verduras que había empezado a hacer por culpa de Patricia y de su trabajo en La cajita de música. El tema del amor lo obvió con la ayuda de Javi, el hermano de Lorena, quien no llegó acompañado de su última chica como había supuesto.

Todos menos Lorena se sorprendieron porque apareciera sin ella, no obstante, no entró solo, ya que la casualidad había hecho que se topara con Lucas en el portal y subieran juntos en el ascensor.

El corazón de la chelista se aceleró solo con saber que estaba en la misma habitación que él. Fue Javi quién la trajo de vuelta a la

realidad.

—Lorena, preséntame a tu amiga —dijo acercándose a ella con una sonrisa traviesa—. Es una preciosidad.

—¡Qué gracioso eres! —Le espetó con mala cara.

—¡Jimena!, ¿eres tú? No te había reconocido enfundada en ese vestido, y sobre esos taconazos.

¡Estás impresionante!

—Es que cada vez que la vemos está más guapa, ¿verdad Javier? —preguntó Maruja a su marido quien corroboró sus palabras con un asentimiento de cabeza.

—Gracias. Hola, Lucas. —Saludó para demostrarle que pensaba comportarse con él.

—Hola, Jimena.

Por temor a que el buen rollo flaqueara, tras el breve saludo, Rubén les acompañó al salón a la espera de que llegaran sus padres. Media hora más tarde se encontraban todos sentados a la mesa, Jimena entre Lucas y Javi, que había pedido a su hermana a voz en grito que lo sentara al lado de Jimena. Respecto a estar sentada junto a Lucas, Jimena no tenía ninguna duda de que había sido un acto premeditado por su mejor amiga.

—¿Dónde has dejado a Marta? —preguntó su hermana, simulando no estar interesada en la respuesta.

—¿No creerás que iba a traer a Marta estando Jimena aquí? —Bromeó él.

—No, supongo que no. Siempre has tenido debilidad por ella. —El comentario de Lorena le produjo tos a Jimena y desconcierto a Rubén.

Tanto Maruja como Javier parecieron igual de asombrados que su futuro yerno por el interés que mostraba su hijo en la mejor amiga de su hermana, a quien todos los Monzó, incluido Javi, siempre habían considerado de la familia.

Apenas se llevaban un año de diferencia, Jimena y Lorena era de la misma edad, y Javi tenía once meses menos que su hermana tras haber sido concebido en plena cuarentena; habían jugado juntos, crecido juntos… Maruja iba a regañar a su hijo por ese comentario cuando sintió la taladrante mirada de su hija clavada en ella. Se giró

para hacerle saber lo que le parecía todo y se topó con la señal de Lorena de que callara.

Arqueó ambas cejas, interrogante, y Lorena le respondió inclinando la cabeza en dirección de Lucas. Maruja sonrió sintiéndose cómplice.

—Javi, hijo, Jimena no estará soltera por mucho tiempo, es demasiado valiosa.

La aludida volvió a atragantarse. ¿Qué narices les pasaba a los Monzó esa noche?

Lucas por su parte se mostró amable y educado con todos, especialmente con Amparo, la madre de Rubén. Una mujer regordeta y con cara de buena persona, que demostraba genuino afecto por él, resultado de todos los años que lo conocía.

La conversación se volvió menos tensa para ella cuando perdieron el interés en el descarado coqueteo al que Javi la estaba sometiendo, coincidiendo con el anuncio de Rubén y Lorena: había decidido casarse, para ellos ya lo habían hecho cuando firmaron la hipoteca y la boda no ba a ser más que una formalidad.

Hubo alguna lágrima de emoción por parte de las madres de ambos, pero, como era de esperar predominaron las risas y las felicitaciones.

Durante la cena los preparativos para el enlace fueron el tema de conversación principal. Jimena sintió lástima por su amiga, Maruja no iba a dejarle meter baza en nada, menudo torbellino era esa mujer. Durante su niñez y su adolescencia había sido lo más cercano a una madre. Había sido ella la que se había encargado de explicarle lo que era la menstruación, la que la había llevado a comprarse el vestido para la fiesta de fin de curso…

Jimena aprovechó la situación para hablar con Javi con bastante intimidad.

—¿Por qué estás coqueteando conmigo? —preguntó sin más.

—Solo intento echarte una mano. Subirte la moral…

—Subirme la moral… —Repitió intentando asimilar su respuesta—. ¿Lo sabes?, Lorena te lo ha contado. ¿Qué te ha dicho exactamente?

—No sé de qué me hablas. —Se excusó, pero ya había hablado más de la cuenta—. Pero si me hubiera contado algo, debes saber que me sentiría muy decepcionado porque no lo hubieses hecho tú.

—Voy a matar a tu hermana por chismosa, y después a tu madre por seguirle la corriente.

—A mi madre no, que la necesito, pero con mi hermana no pienso detenerte. Me atrae la idea de ser hijo único —respondió sonriente al tiempo que le guiñaba un ojo con descaro.

Poniéndole mala cara se dio la vuelta para seguir comiendo, topándose con la mirada interesada de Lucas.

Para su mortificación la charla no le sirvió de nada. Javi continuó interpretando su papel de admirador, y Lucas que apenas despegó los labios para intervenir en la conversación general, no se dirigió a ella en ningún momento, aunque eso no evitó que la mirara con asiduidad. Justo lo que esperaba de la noche, el silencio de uno y los desvelos del otro. ¡Maravilloso!

Más tarde, cuando se sirvió el café, Javi dejó de estar pendiente de cada uno de sus movimientos para hablar con Rubén y Lucas de fútbol. Momento en que Jimena se permitió observar a Lucas a placer, fingiendo que estaba interesada en la conversación de los chicos. Algo que en cualquier otro instante hubiera sido cierto.

No le pasó por alto que estaba más pálido de lo normal, ni que debajo de sus ojos se veían cercos oscuros, que no dejaban lugar a dudas de que la noche anterior no había dormido mucho.

Maldiciéndose a sí misma por tener tales pensamientos, se levantó del sofá del salón, al que se habían trasladado para la sobremesa, y se encaminó hacia el cuarto de baño, dándose unos minutos para calmarse.

—¡Idiota! —le dijo a su reflejo en el espejo—. ¿Cuántas veces tengo que recordarte que a ti no te importa lo que haga Lucas? —Su boca dibujó una mueca—. ¡Pues eso! —Se regañó.

Con intención de hacer tiempo se lavó las manos con lentitud y cuando consideró que tenía su genio bajo control salió del aseo para darse de bruces con el causante de sus recientes males.

—Jimena, ¿podemos hablar?

—Por supuesto.

Fue evidente en la cara de Lucas que no había esperado una reacción tan favorable. Con toda seguridad, ni siquiera había esperado una respuesta educada.

—¿Entramos? —Pidió, señalando el baño del que Jimena acababa de salir, todavía desconcertado por su inesperada reacción.

—¿Quieres hablar en el cuarto de baño?

—Sí. Me gustaría que lo hiciéramos sin que nos escuche todo el mundo.

—En ese caso… —Aceptó, entrando.

Lucas la siguió y cerró la puerta tras él, echando el pestillo.

—En primer lugar, quiero disculparme contigo por…

—No es necesario. —Le cortó ella, sin ánimo de escuchar sus excusas sobre por qué no estaba interesado en una relación.

—Entonces… ¿Crees que podríamos ser amigos? —preguntó con una sonrisa a la que Jimena se sintió incapaz de resistirse.

Lucas le había dado muchas vueltas a su oferta, si ella aceptaba su amistad, poco a poco podría redimirse demostrándole que la valoraba como algo más que una noche de buen sexo, e ir conquistándola con sinceridad y dedicación. Y tal vez confesarle lo que sentía sin que ella se negara a creerle o le tirara algo a la cabeza.

Ante el silencio de Jimena, añadió:

—Amigos sin besos.

—Entonces, ¿te refieres a ser amigos de verdad? —Antes de aceptar debía aclarar en qué consistía la oferta. Ya había quedado escarmentada en lo que a ese punto se refería.

—Sí. Amigos de verdad.

—Bien, seamos amigos. Estoy segura de que será bueno para ti tener una amiga como yo. —Le espetó con orgullo, para que no notara su decepción.

—No tengo ninguna duda.

—Me alegra comprobar que estamos de acuerdo.

—¿Cuál quieres que sea nuestra primera conversación amistosa? —preguntó con picardía.

—¿Debemos tenerla aquí dentro? No es muy agradable.

—Puede, pero estamos solos… Al final no me contaste qué tal fue con tu padre. ¿Cómo reaccionó cuando le dijiste que el puesto era tuyo? —preguntó con interés.

—Muy agudo, hablar de problemas familiares. Esta amistad empieza fuerte.

—Tengo la sensación de que no quieres hablar del tema. —Adivinó, al ver el gesto de Jimena que se esforzaba por mostrarse indiferente, algo que sus expresivos ojos no conseguían.

—Mi padre no sabe que el puesto es mío porque no se ha dignado a devolver ninguna de mis llamadas.

—Lo siento.

—No es culpa tuya. —Y añadió—: Bueno, pues ya somos oficialmente amigos. Ahora voy a volver al salón.

—Espera, ahora que hemos decretado que somos amigos de verdad… Ya sabes… amigos de los que se cuentan asuntos familiares y personales.

—¿Sí?

—Los asuntos amorosos también entran en el pack, ¿no? —Ante el silencio de ella se atrevió a preguntar—: ¿Qué lío te traes con Javi? —Inquirió con un brillo peligroso en los ojos—. ¿Estáis juntos?

—¿Te cuento un secreto? —Ofreció inclinándose sobre él.

—Sí. —Estaba expectante por escuchar lo que tuviera que decirle.

—Puede que acepte hablar contigo de mi padre porque es casi invisible en mi vida, pero no somos tan íntimos como para que te cuente nada que tenga que ver con el sexo —respondió, antes de empujarle con suavidad, para abrir la puerta—. Quizás más adelante. —Ofreció antes de regresar al salón.

—¿Sexo? —preguntó Lucas a la habitación vacía. ¡Joder! Era peor de lo que pensaba.

¿Amigos? Se preguntó Jimena, tumbada en su cama, varias horas después. ¿Por qué le molestaba tanto esa palabra si también había sido su idea inicial?

Se levantó de la cama de un salto y se puso a buscar en su ordenador las películas de emergencias. No podía dormir, necesitaba un poquito de ayuda para conseguirlo, y de paso alguna idea que le ayudara a convertir una incipiente amistad en algo más.

Encontró la que necesitaba… Hasta que Harry comenzó a recordar su conversación con Sally y su ánimo cayó en picado:

«—Por supuesto te darás cuenta de que nunca podremos ser amigos.

—¿Por qué no?

—Los hombres y las mujeres no pueden ser amigos porque siempre se interpone la parte sexual.

—No es cierto.

—Ningún hombre puede ser amigo de una mujer a la que encuentre atractiva, siempre querrá acostarse con ella.»[5]

No dejó que terminara la película, a pesar de que le quedaban solo unos minutos para que todo tuviera un final feliz. Apagó el portátil y se metió de nuevo en la cama. Debería estar contenta de no tener ese problema, pero, para su desgracia, no era el caso.

CAPÍTULO 31



La zona del río era la más propicia para ejercitarse, por esa razón quedaron allí y comenzaron con los estiramientos y el calentamiento. Lo ideal era ir añadiendo metros con cada sesión, de manera que empezaron con un ritmo intermedio y constante.

—Esto de correr es bastante monótono y aburrido. —Se quejó Rubén—. Estás demasiado callado.

—Estar callado es lo habitual. La próxima vez tráete auriculares para el móvil y así no te sentirás solo.

—No me extraña que Jimena te dé caña. Eres un borde —le dijo, sabiendo que estaba poniendo el dedo en la llaga.

—Pues eso, numeritos. Hay que estar callado para correr. —Le espetó, y aceleró el ritmo como venganza por su comentario.

Durante casi media hora siguieron corriendo en silencio, Rubén esforzándose en seguir el ritmo que marcaba Lucas y él dándole vueltas a las palabras de su amigo sobre Jimena.

Poco tiempo después dejaron de correr, pero mantuvieron el paso rápido para no bajar abruptamente las pulsaciones.

—Voy a dejarle espacio y tiempo a Jimena. Además, he pensado en fomentar nuestra amistad. — Expuso directamente—. No quiero

precipitarme.

—¿Te gusta? Y que quede claro que te estoy preguntando si te gusta lo suficiente como para plantearte una relación normal con ella.

—Sí.

—Me refiero a una relación exclusiva y todo lo que ello conlleva. —Volvió a insistir.

—Sí. —Repitió, respetando la preocupación de Rubén.

—Entonces tu estrategia es un error.

—¿Tú crees? —preguntó deteniéndose.

Su amigo se paró frente a él y se subió las gafas por el puente de la nariz. Lucas también se paró y se puso a estirar los músculos tras el ejercicio.

—Estoy seguro. Si le ofreces tu amistad y te apartas pensará que no quieres más que eso.

—¿Se puede saber desde cuándo eres un experto en mujeres? —preguntó con escepticismo.

—Desde que me paso el día rodeado de ellas. Soy profesor en un instituto, mis alumnas están más pendientes de los chicos que de resolver correctamente las ecuaciones que les pongo. Y luego está Lorena…

—Traduciendo… Tú y tu novia habéis cotorreado sobre lo mío con Jimena y Lorena te ha dicho lo que acabas de repetirme. —Adivinó sin mucho esfuerzo.

—Más o menos. —Aceptó.

Lucas arqueó una ceja, interrogante.

—Un noventa por ciento de más y un diez por ciento de menos. —Confesó algo avergonzado por haber intentado quedarse con el mérito.

—En ese caso, y más teniendo en cuenta que Lorena es la mejor amiga de Jimena, os haré caso y no me apartaré. —Exhausto se tiró en el suelo, sobre el césped.

—En realidad ella propone algo más… Drástico. —Rubén se sentó a su lado, seguro de que si se tumbaba no sería capaz de levantarse durante horas.

—Dispara, numeritos. Me muero de curiosidad por descubrir lo que tu chica considera drástico.

—Por si te interesa, el término que yo utilizaría es locura, pero allá tú.

—Señor, esto es una irregularidad. No puedo hacer lo que me pide. —Se negó la administrativa, entre confusa y preocupada.

La mujer tendría unos seis años más que Lucas, pero en esos momentos su gesto serio la hacía parecer mayor.

—¡Esto es discriminación! —Se quejó Lucas—. No entiendo por qué no se me permite matricularme como a cualquier otro alumno.

—Porque no cumple con la edad establecida, ya se lo he dicho. —Insistió la mujer.

—Quiero hablar con el director del centro. Y si no se me acepta quiero la hoja de reclamaciones.

—Amenazó como último cartucho.

—Será lo mejor, sí. Que el director se encargue de usted —confirmó, levantando el auricular del teléfono y marcando el número indicado—. A ver si él consigue hacerle entrar en razón.

Cinco minutos después, el director de la sociedad musical atravesaba la puerta del pequeño despacho acristalado de administración. El directivo era un hombre de unos cincuenta años, vestido con unos pantalones de pinzas color caqui y un polo azul marino. Su rostro cubierto por una tupida barba irradiaba confianza y amabilidad.

En cuanto cruzó la puerta, la secretaria, impaciente por deshacerse de Lucas, le puso al día del problema, haciendo hincapié en el curso en el que pretendía matricularse. Mientras tanto, el aludido se mantenía impasible a la espera del veredicto.

—No veo por qué no puede inscribirse en ese curso si así lo desea —comentó el director—. Si bien es cierto que el nivel de esa clase en cuestión es extremadamente bajo y es posible que se acabe aburriendo y gaste su dinero para nada. No hay nada en los estatutos que le impida participar en él.

—Merche, dale los impresos para que los rellene —indicó el director.

—Sí, Antonio. Como tú digas.

—Muchas gracias por su ayuda —le dijo al director—. Estoy seguro de que no me voy a aburrir. Me han comentado que la profesora es un músico excelente —siguió explicando Lucas, simulando no estar al tanto de quién impartía las clases.

—Lo es. Además de una mujer encantadora.

¡Me has pillado! Pensó Lucas, sonriendo al hombre, que le ofreció la mano antes de marcharse con la misma rapidez con la que había llegado.

La pobre administrativa hizo un último intento para conseguir que desistiera.

—¿Está usted seguro de que quiere matricularse en esa clase?

—Sí, señorita. Lo estoy. —Zanjó cortante.

—Como quiera… ¡Esto es una locura! Una completa locura —murmuró para sí aunque lo suficientemente fuerte para que Lucas la escuchara.

La clase estaba a punto de comenzar cuando salió del despacho, y tal y como le indicaron, subió al segundo piso en el que se encontraban las aulas. No tuvo ninguna dificultad en dar con la suya porque las voces y las risas se escuchaban desde el pasillo.

Con sigilo, se acercó hasta la puerta entreabierta y observó a Jimena con los niños.

—Chicos, sentaos. ¡Venga! Que se nos va a pasar la hora sin hacer nada. —Se quejó con cariño. Para sorpresa de Lucas, estos obedecieron a su profesora y tomaron asiento en las diminutas mesas y sillas que formaban un círculo en el centro del aula.

Es imposible que me siente ahí, pensó Lucas, de repente preocupado por haber seguido los consejos de Lorena, y haberse lanzado a semejante locura. Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que la clase se había quedado en silencio y los presentes estaban mirándole.

—Lucas, ¿qué haces aquí? —preguntó Jimena con asombro y curiosidad en la mirada.

—Soy tu nuevo alumno. —Anunció son una media sonrisa.

—¿Es una broma? Tú no tienes cuatro años —dijo, enrojeciendo de vergüenza al darse cuenta de lo estúpido que había sonado su comentario.

—No, no los tengo, pero es cierto que soy tu alumno, acabo de matricularme. Desde que te conozco estoy muy interesado en la música —comentó él, con total seriedad.

Jimena se quedó callada unos segundos. Asimilando lo que estaba sucediendo, lo que acababa de confesarle Lucas…

Dispuesta a no ponérselo nada fácil. Centró su atención de nuevo en la clase y les habló a los niños:

—Chicos, tenéis un nuevo compañero. —Y girándose hacia Lucas le dijo—: Ahora preséntate a los demás alumnos, seguro que están deseando saber de ti.

En ese instante, Lucas se dio cuenta de dónde se había metido; a partir del instante en el que cruzó el umbral Jimena se convirtió en su profesora y como a tal debía obedecerla.

Diez pares de ojos se posaron sobre él con evidente interés.

Antes de que pudiera emitir un solo sonido una niña con una cola de caballo rojiza levantó el brazo con ímpetu.

Jimena le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que tenía la palabra.

—¿Es tu novio?

A Lucas le cayó inmediatamente bien la pelirroja. ¡Toma ya! Responde a eso , pensó con una sonrisa pícara.

—No, Leire. No es mi novio —Y añadió, girándose hacia Lucas—: Será mejor que te presentes antes de que tengamos que responder a otra pregunta embarazosa.

—¿Vas a tener un bebé? —Irrumpió a voz en grito, Jordi—. Mi mamá también va a tener uno.

—No, cariño. No voy a tener ningún bebé.

Lucas comprendió sin dificultad la mirada de te lo dije que le dirigió su nueva maestra.

La clase pasó con rapidez, Jimena se entendía muy bien con los niños, y era evidente en cada gesto que ellos la adoraban. Al finalizar la clase, se acercó hasta ella, que recogía la clase

aparentando que no se daba cuenta de su presencia, para seguir con el plan trazado.

—Jimena, ¿me llevas a casa? Por favor.

—¿No has venido en tu coche? —preguntó extrañada, de Valencia a Sagunto había unos veinticinco kilómetros aproximadamente.

Negó con la cabeza.

—He cogido el tren. No conocía la ciudad y me ha parecido más seguro venir en transporte público. Pero ahora que lo pienso, podríamos turnarnos el coche, si quieres el jueves conduzco yo. —Ofreció con naturalidad.

—¿Vas a volver el jueves?

Él sonrió con malicia, al tiempo que asentía ligeramente con la cabeza.

—Me he propuesto ser tu mejor alumno. Puede que incluso te traiga una manzana para hacerte la rosca y me apruebes.

—Nada de fruta. ¡Por favor! —Pidió y su tono sonó a súplica.

CAPÍTULO 32



En veinte minutos se habían plantado en Valencia, y a solo una calle de casa de Lucas se había producido el desastre: el coche había culeado, al reventarse una de las ruedas traseras mientras él gritaba como una niña asustada. Con toda seguridad por la poca confianza que tenía en su modo de conducir. A pesar de ello, Jimena se aferró con fuerza al volante y evitó una colisión al mantener circulando el vehículo por su carril. Con los pies temblando encima de los pedales, se apartó a un lado y paró el coche.

—Hemos pinchado. —Anunció Lucas.

—Gracias, Sherlock, no lo había notado.

Sin responder a la pulla sarcástica se apeó y fue a comprobar el estado de la rueda accidentada. Jimena siguió sentada, todavía recuperándose de la impresión.

—Está completamente reventada, vamos a tener que cambiarla. Así no llegarás a tu casa sin destrozar la llanta.

—Mejor llamo a la grúa. No vamos a cambiar la rueda en plena carretera.

—Mi casa está a cien metros. Meteremos el coche en mi garaje y la cambiaré allí, si lo prefieres. Pero no es tan raro cambiar una rueda

en la calle, ya lo he hecho antes —explicó con una sonrisa.

—Tú no eres un buen ejemplo.

—¿Y eso por qué?, ¿ya empezamos con las críticas?

—No es una crítica, me refiero a que eres tan poco convencional como yo misma —explicó volviendo a darle al contacto para arrancar el motor.

—¡Eso no me lo esperaba! ¿Acabas de piropearme?

—Si eso te hace sentir mejor… —Pinchó sin admitir nada.

Siguiendo sus instrucciones se metió, circulando muy despacio, por la calle en que estaba situado el garaje y entró en él cuando Lucas se sacó el pequeño mando a distancia que llevaba colgando del llavero.

—Espera, yo entraré a pie y así te indico cuál es mi plaza. Baja la rampa con cuidado y párate al final de la calle.

—¿Tú coche no está aquí? —preguntó desconcertada. Antes de que se apeara.

—El piso venía con dos plazas de aparcamiento, una para mí y otra para mi futura esposa — comentó con un guiño.

—Interesante… Puedes ponerlo en tu ficha de Tinder, seguro que hay alguna capaz de casarse contigo por conseguir esa plaza.

—Eres cruel. Eso ha dolido.

—¡Bien! —Exclamó sonriente—. Objetivo cumplido.

—Puede que te sorprenda, pero nunca recurriría a una aplicación de citas. No me fío de eso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigada.

—Que si alguien tiene que acudir a ellas para encontrar pareja es que algo no le funciona. Hay parejas potenciales por todas partes: en el trabajo, el gimnasio, los pubs que frecuentas los fines de semana, incluso en el supermercado.

—Veo que no solo eres un escéptico, también eres muy práctico. De paso que haces la compra le tiras los tejos a la carnicera. —Se burló.

—Tú lo has dicho, práctico y realista. ¿Debería poner esto también en mi perfil? No esperó a que respondiera, salió del coche para indicarle dónde debía estacionar.

Tras esperar con una sonrisa maliciosa a que maniobrara para poder aparcar, se acercó para asomar la cabeza por la ventanilla abierta de Jimena y comentarle con sorna:

—Llevarás rueda de repuesto.

Como respuesta le lanzó una mirada mortífera, salió del coche para abrir el maletero y apartó la tela que ocultaba el gato hidráulico y la rueda nueva.

Lucas sonrió, burlón, y se deshizo de la chaqueta que dobló cuidadosamente antes de colocarla en la bandeja del maletero para que no se arrugara. Sin embargo, no se detuvo ahí, siguió desnudándose ante la estupefacta mirada de Jimena que no se perdía detalle. El jersey de lana que llevaba y la camisa siguieron a la chaqueta, de manera que se quedó solo con la camiseta interior blanca que marcaba todos y cada uno de los músculos de su estómago, y dejaba al descubierto sus fuertes brazos.

—¿Por qué te desnudas? —Inquirió con la voz temblorosa, y las mejillas enrojecidas.

—No quiero ensuciarme la ropa al cambiar la rueda. ¿Por qué te incomoda? Ya me has visto antes con menos ropa.

—No me incomoda verte semidesnudo. —Se defendió—. Te he preguntado por simple curiosidad. Lucas se rio de la exageración de considerarlo casi desnudo y se centró en sacar las herramientas del maletero. Por su parte, Jimena dedicó sus esfuerzos a no hiperventilar cuando la imagen del cuerpo de Lucas, desnudo y brillante por el sudor, se instaló en su mente. Aguijoneado por sus propias palabras.

Resultaba aburrido e interesante a la vez, ver a alguien cambiar una rueda. La parte positiva se centraba en deleitarse al ver cómo se le contraían los músculos de los brazos y los hombros cada vez que aflojaba y apretaba un tornillo o utilizaba el gato.

La negativa era estar parada sin hacer nada, situación que chocaba de frente con el carácter activo de Jimena. Así pues, lo único en lo que podía colaborar era en ir a encender la luz cada vez que se apagaba pasados los minutos de rigor. Fue en uno de esos intervalos a oscuras cuando en su camino hacia el interruptor de la luz, tropezó

con él, que se había cambiado de sitio sigilosamente, y acabó sentada en su regazo.

Lucas estaba en cuclillas observando su obra cuando la vio dar un traspié que la llevó directamente hacia él. Alargando los brazos la asió por la cintura y amortiguó el golpe con sus muslos. La reacción de su cuerpo ante el peso de Jimena fue instantánea, con una fuerza arrolladora su masculinidad intentó abrirse camino a través de la tela de su pantalón vaquero.

Jimena se agarró con fuerza al cuerpo que la sostenía y pasó el brazo alrededor de su cuello para afianzarse y no caer. Estaban tan cerca que percibía su olor y el calor de su piel en las yemas de los dedos.

Inconscientemente acercó su rostro al suyo, buscando su boca, ansiando el contacto que venía a continuación. Durante un breve instante pareció que Lucas iba a hacer lo mismo, que recorrería la corta distancia que separaba sus labios y la besaría. Pero el contacto no se materializó. En su lugar se levantó del suelo, obligando a Jimena a hacer lo mismo, y sonrió. Incluso en la penumbra iluminada por la tenue luz de emergencias, pudo ver que su sonrisa era amistosa, no había rastro sensual en ella.

—Dijimos que íbamos a ser amigos sin besos y a punto hemos estado de saltarnos las normas —dijo con aparente tranquilidad.

—Tienes razón. Amigos sin besos. Un trato es un trato.

—Me alegra mucho que estés de acuerdo conmigo.

Déjame apretar bien los tornillos y ya podrás marcharte a casa —comentó con la mirada clavada en la de ella.

—Voy a darle a la luz.

Lucas se felicitó a sí mismo mientras se esforzaba por permanecer tranquilo. Le había costado media vida no besarla, pero no quería darle munición con la que rechazarle. Antes de eso debía demostrarle que ya no estaba interesado en una relación abierta que se limitara a la mutua satisfacción. Por fin se había dado cuenta de que quería algo más con ella. Jimena era la mujer perfecta para él: no se asustaba cuando él sacaba a relucir su sarcasmo, de hecho, le respondía con la misma ferocidad con que él lo hacía, era ingeniosa,

inteligente, y aunque antes no se hubiese dado cuenta, atractiva e interesante en todos los sentidos.

La melodía de un móvil lo sacó de sus reflexiones. Se llevó la mano al bolsillo de atrás de sus pantalones para comprobar que no era el suyo el que estaba sonando, pero antes de que pudiera sacarlo escuchó la voz de Jimena responder al suyo.

—Hola, Bertram. ¡Qué alegría que me llames! —dijo con una enorme sonrisa en el rostro.

—Jimena, soy Patricia —comentó su compañera de piso, desconcertada—. ¿Se te ha estropeado el identificador de llamadas?

—Sí, lo sé. Hacía mucho que no hablábamos. Dime, ¿qué necesitas?

—¡Qué rara estás! Te llamaba para saber si vas a venir a cenar a casa. Héctor y yo vamos a pedir una pizza, y si tu vienes pediremos una familiar ¿te apuntas?

—Me encantará cenar contigo. Ya lo sabes.

—¿Estás con Lucas? —Adivinó Patricia, burlona.

—No sé de qué me hablas. ¡Qué malo eres! —Siguió coqueteando imaginariamente.

—Los celos no siempre son una buena táctica. Lo mejor es que te lances directamente. —Aconsejó con picardía.

—Lo siento, Bertram. Hoy es imposible, si quieres el jueves me viene bien. ¿Hablamos mañana durante el ensayo y concretamos?, ¿o prefieres que te llame más tarde, cuando llegue a casa?

—Yo te diría que hablemos mañana, pero seguro que Betram escoge la llamada. Sobre todo, si aprovecháis para practicar sexo telefónico.

—Entonces te llamo antes de dormir y concretamos nuestra cita.

—Claro, cariño. Sabes que me encantará cenar contigo, pero siento decirte que vas a tener que compartirme con Héctor. ¡Tengo novio!

—Genial entonces. Un beso.

—Muakisss. —Se burló Patricia.

—¡Qué pícaro! Otro para ti. —Se despidió antes de colgar.

Jimena sonrió satisfecha, como si en realidad hubiese mantenido una conversación picante y sexy con Bertram y estuviera encantada después de ella. Con disimulo, miró a Lucas, que no había apretado

ningún tornillo, pendiente por completo de su conversación, y le preguntó con la misma sonrisa.

—¿Puedo irme ya? Tengo cosas importantes que hacer.

—Estoy seguro de que es así —dijo con enfado mal contenido—. Dame un minuto.

—Te doy dos. Por lo que veo has estado ocupado y están todos los tornillos por apretar.

—Con uno será suficiente. No quisiera que llegues tarde a tus asuntos importantes.

—¡Qué amable eres!

Patricia colgó el teléfono con una sonrisa de satisfacción, y miró a Héctor que cortaba la lechuga para preparar la ensalada que iban a comer junto a la pizza.

—¿Cena Jimena con nosotros?

—Sí. Estará en casa en un rato. Ahora está ocupada. —Bromeó para sí misma ya que Héctor no había escuchado la conversación de las dos amigas.

—Estupendo, dos mujeres preciosas para mí solo. Soy un hombre afortunado.

—Sí que lo eres.

—¿Por qué sonríes de ese modo? —preguntó con curiosidad.

—Jimena por fin se ha enamorado. He esperado muchos años a que esto pasara y por fin ha llegado el día. Está colada por Lucas.

—¿Y?

—¿No lo entiendes? He tenido que soportar su malhumor cuando se encontraba el cuarto de baño ocupado, su desdén por la ropa y los complementos. Su gusto por las películas de terror, y su animadversión por el romanticismo.

—¿Crees que ahora que se ha enamorado va a cambiar sus gustos? —Héctor era completamente escéptico respecto a la teoría de Patricia.

—Puede que no todos, pero sí que podré devolverle la pelota cuando me tope con Lucas en mi cuarto de baño —dijo con convicción.

—Que Jimena esté enamorada no significa que él sienta lo mismo. Ya nos contó el tipo de relación que le propuso —comentó Héctor con tacto—. Yo también pensaba después de verle reaccionar como lo hizo cuando me vio, que estaba enamorado de ella, pero ahora… No pondría la mano en el fuego por eso.

—Te apuesto lo que quieras a que lo tiene comiendo en su mano antes de Fallas. —Ofreció tentadora.

—¿Lo que quiera?

—Lo que quieras. —Ratificó pasándole un dedo por la clavícula.

—¡Hecho! Y que Jimena me perdone por apostar contra ella, pero la oferta es irrefutable.

CAPÍTULO 33



Tras el saludo inicial, cordial y convencional: dos castos besos en las mejillas, reinó el silencio durante el tiempo que duró el trayecto hasta Sagunto, a excepción de las canciones de Led Zeppelin que sonaban en el reproductor del coche y con las que Jimena se había familiarizado después de que Lucas se dejara una camiseta del mítico grupo en la casa de Alcolea que habían compartido en Nochevieja. Ninguno de los dos hizo referencia a lo sucedido el martes después de clase. Ella seguía molesta porque no hubiera querido besarla y él enfadado por la conversación, que no era tal, que había escuchado entre Jimena y Betram, y que insinuaba que eran algo más que amigos.

Una vez llegaron a la sociedad musical, donde se impartían las clases, Jimena subió al aula para preparar la sesión, mientras que él se excusaba con ir a la cafetería a tomarse un café para despejarse. Estaba sola en el aula cuando su padre entró en tromba.

—Has vuelto a rendirte. —Le espetó con los ojos brillantes de furia.

Tenía el pelo canoso y corto, era delgado, pero de hombros anchos. Aunque aparentaba menos de sesenta años ya estaba en los sesenta y tres.

—¿De qué hablas? —preguntó Jimena que no pareció sorprendida por su despotismo. Ni siquiera se inmutó cuando su padre se paró a pocos centímetros de su rostro.

En lugar de responder, como dictan los buenos modales, le lanzó otra pregunta que se le clavó con la potencia de un dardo.

—¿Qué es eso de que ahora eres la primera chelista del Palau?, ¿qué ha pasado con Viena?

—Que yo sepa sigue en el mismo sitio que hace unos días. En Austria, ¿no? —respondió escudándose en el sarcasmo que le permitía esconder lo mucho que le dolía su trato.

—Has vuelto a decepcionarme. No sé de qué me sorprendo. Siempre lo haces. —Se quejó pasándose los dedos por el pelo.

—No papá, la sorprendida soy yo. Para que haya decepción debe haber un interés previo, y créeme cuando te digo que me emociona que recuerdes siquiera dónde trabajo, ya que es evidente que has olvidado devolverme las llamadas.

La algarabía del pasillo acalló la réplica de Vicente.

En ese momento, Lucas iba a entrar en la clase, pero se quedó parado en la puerta. Los niños, menos suspicaces ingresaron y comenzaron a jugar con los instrumentos que Jimena había dispuesto, como cada día, en las mesas.

—¿Estás bien, Jimena? —preguntó este desde el umbral.

—Perfectamente. Mi padre ya se marchaba.

Vicente la fulminó con la mirada, pero no lo consideró suficiente, así que retomó sus críticas sin importarle que hubiera gente ajena escuchándole.

—Tienes que marcarte objetivos o siempre serás una segundona don nadie. Si quieres tocar en Viena tienes que ser la mejor. No hay nada que te ate aquí, no tienes marido ni hijos que te retengan…

—¿Por eso tu nunca tocaste allí? Porque tenías una hija que te retenía. ¿Es esa la razón por la que me rechazas? —Le espetó su hija, harta de su tiranía.

—No seas ridícula. Yo no te rechazo, eres mi hija.

—Disculpe, caballero. —Intervino Lucas, acercándose al hombre—. ¿De verdad es usted su padre? En ese caso su fama es bien merecida.

Las rodillas de Jimena comenzaron a temblar, temerosa de que Vicente siguiera ninguneándola delante del arquitecto.

—Sí. Jimena es mi hija. Soy Vicente Del Rey

—Pues permítame decirle que no lo parece. Y no me refiero solo a que ella es infinitamente más atractiva que usted. Lo digo principalmente porque le está hablando como si no la quisiera o valorara lo más mínimo. Lo que me lleva a deducir que apenas la conoce, y eso dice mucho sobre la clase de padre que es usted.

—¿Y quién eres tú para atreverte a juzgar mi relación con ella? —Exigió alzando la voz de tal modo que los niños dejaron de jugar para observarles.

—Soy alguien capaz de ver lo valiosa que es. Lo increíble que es como persona y como músico. Lo que me convierte en una persona más inteligente que usted. —Expuso Lucas sabiendo estaba insultándole de un modo elegante.

—Adiós, papá. Tengo que comenzar mi clase, y tú estás asustando a mis alumnos —comentó Jimena fingiendo una despreocupación que estaba muy lejos de sentir.

El aludido se dio media vuelta sin disculparse ni despedirse, y abandonó el aula en dos zancadas. Lucas notó la tensión que emanaba de ella y decidió hacerla sonreír.

—No te ofendas, pero tu padre es clavadito a Jack Nicholson.

—No me ofendo, ¿por qué crees que veo tan a menudo El resplandor?

La clase regresó a la normalidad con tal rapidez que los niños no llegaron a enterarse de lo sucedido con Vicente. Su profesora les explicó que su papá había ido a verla y ellos no se interesaron en nada más ya que toda su curiosidad seguía volcada en Lucas, un compañero al que veían demasiado mayor para su mesa y sus sillas.

Jimena estaba a punto de mostrarles por primera vez un chelo cuando llamaron a la puerta del aula con suavidad.

—Adelante. —Invitó a entrar.

La puerta se abrió y una mujer menuda y pelirroja, con el cabello color zanahoria, irrumpió en el aula.

—¡Mamá! —Bramó Leire.

Su madre sonrió a su hija antes de plantarse frente a Jimena.

—¿Puedo hablar un segundo contigo? —Tenía la voz suave y melosa, pero daba la sensación, por su postura altiva, de que no era más que fachada.

—Chicos, portaos bien que en seguida vuelvo.

La mujer salió al pasillo, no sin antes dirigirle una apreciativa mirada a Lucas, que se había sentado junto a Jordi en una de las diminutas sillas.

—¿Sucede algo? —preguntó Jimena una vez en el pasillo, extrañada por su petición.

—Leire vino el martes contándome una historia disparatada de que tenía un nuevo compañero de tu edad. Como comprenderás lo comenté con las mamás del colegio de Leire y todos los niños dijeron lo mismo. Cuál ha sido mi sorpresa cuando Antonio nos ha confirmado que hay un adulto en clase con nuestros hijos.

—Si ya sabías que es cierto, ¿para qué has irrumpido en mi clase? —preguntó con frialdad. La visita de Vicente la había alterado y ni siquiera había tenido tiempo de calmarse cuando Mireia llegó.

—Tengo derecho a saber con quién se relaciona mi hija.

—Podrías haber visto con quién se relaciona una vez terminada mi clase. —Expuso sin ocultar su indignación.

—Podría ser un psicópata con mentalidad infantil o algo peor —dijo con horror.

—Podría, pero no lo es. Lucas es un arquitecto brillante y una persona…

—Gracias, cariño. —La cortó una voz masculina tras ella. Una mano grande la agarró de la cintura y la empujo con suavidad para ponerla a su lado—. Siento haberla asustado, señora, no era mi intención. La única razón por la que me he matriculado en este curso es Jimena. Estamos comenzando una relación y quiero pasar el máximo tiempo posible con ella, pero ni mi trabajo ni el suyo nos lo permiten, así que… —Sonaba tan natural que Mireia fue incapaz de poner en duda sus palabras.

El cambio que había observado en el aspecto de Jimena, la mejora en su gusto por la ropa y los zapatos, y su nuevo peinado cobraban

sentido ahora que sabía que tenía novio, además uno tan atractivo como Lucas.

Les sonrió más tranquila.

—Es usted un romántico. —La sonrisa de la mujer dejaba claro que había caído presa del encanto del arquitecto.

—Nada de usted, soy Lucas.

—Mireia.

Jimena se sintió ignorada lo que no sirvió más que para aumentar su cabreo.

—Sí, somos muy formales. En realidad, estamos pensando en casarnos el próximo año —explicó con sarcasmo, aunque Lucas fue el único que lo comprendió.

—¡Enhorabuena! Os dejo seguir con la clase. —Se despidió, de repente ansiosa por marcharse.

Al comprender el motivo de sus repentinas ganas de marcharse Jimena maldijo entre dientes su carácter explosivo.

—¡Mierda! Ahora Mireia correrá la voz y tendremos a otras nueve madres muertas de curiosidad por conocerte. El día no puede ir peor.

—No desesperes, seguro que mejora. —La animó Lucas.

Jimena no había creído que fuera posible que su día terminara mejor de lo que había comenzado, pero en esos instantes se sentía relajada y alegre.

Al finalizar la clase Lucas le había preguntado por sus planes, y olvidando que el martes había fingido concertar una cita con Bertram, había respondido que tenía una reunión urgente con la bañera y la cama.

—¿No vas a salir a cenar con nadie?

—No salgo con nadie —dijo mirándole a los ojos.

—¿Y Bertram?

—Solo somos amigos. ¿Tú tienes planes?

—Tampoco salgo con nadie.

—Tú nunca sales con nadie, solo tienes amigas con derecho a besos —dijo sonando más brusca de lo que pretendía.

—Ya no tengo amigas. Anabel y yo… ¿lo dejamos?, ¿rompimos nuestra amistad? Como quieras llamarlo el resultado es el mismo.

Ahora busco otra cosa.

—¿Te refieres a una relación monógama?

—Exactamente. —Y añadió—: Déjame que te lleve a tomar algo antes de ir a casa a reunirte con la señorita bañera y doña cama.

—¡Son poco más de las seis de la tarde! —Le espetó rayando la indignación.

—¿Quién te ha dicho que fuera a ofrecerte alcohol?

Y había cumplido su palabra. No estaban bebiendo nada que no fuera apto para todos los públicos y su fatídico jueves mejoraba a cada momento.

La zumería a la que la había llevado estaba en una calle adyacente a la Avenida Blasco Ibáñez. No se trataba de un local muy grande, pero sí era acogedor con grandes y cómodos sillones rodeando mesas bajas, música agradable de fondo y un delicioso batido de fresas y plátano.

Sin que le preguntara nada, Lucas tomó la iniciativa de hablarle de su familia, al haber comprendido esa misma tarde la espinita que Jimena tenía clavada por su distante relación con Vicente.

Y si de algo sabía él era de padres lejanos. Los suyos se habían divorciado cuando él tenía diez años, y cada uno vivía en una ciudad diferente. Su madre regentaba una galería de arte en Barcelona, y su padre ejercía la arquitectura en París, de manera que no los veía muy a menudo. Cada uno había rehecho su vida, su padre seguía soltero, y cada vez que se encontraba con su hijo llevaba una mujer distinta colgada del brazo, y su madre se había casado con un artista bohemio al que patrocinaba. No obstante, seguía siendo el único hijo para ambos, aunque solo lo fuera de nombre.

Tras el divorcio, Lucas se quedó en Valencia con sus abuelos maternos, Rubén y su familia. No tenía a nadie más, nunca lo había tenido y ese dato había forjado su carácter independiente. Su afán siempre había sido disponer de la libertad de marcharse cuando quisiera sin hacer daño a nadie. Algo que sus padres nunca tuvieron en cuenta.

Que Lucas le confiara su historia alentó a Jimena a abrir el cerrojo tras el que ocultaba la relación con su progenitor. Después de varias bromas y no poco sarcasmo, la verdad salió a la luz. Se desahogó

con el hombre que tenía en frente, y que le había ofrecido su amistad, a pesar de que ella hubiera querido algo más.

Le contó cómo fue su niñez, el modo en que la música la salvó de la soledad que invadía su mundo… De cómo había creído que sería el pegamento que la uniría a su padre, y aunque no había servido para ese fin, le había dado más de lo que imaginaba. Sin embargo, y a pesar de la crudeza de la historia, no hubo autocompasión en ninguna de las palabras que salieron de sus labios.

Hubo fuerza, valentía, resolución y Lucas no pudo más que asombrarse al comprobar lo que una segunda vista podía hacer con una mujer como Jimena.

CAPÍTULO 34



—Tu padre es un gilipollas. —Le había dicho Lorena, a quien nunca le había caído bien Vicente—. Siempre lo ha sido y la edad no ha hecho más que aumentarle el problema.

—No puedo estar más de acuerdo contigo. Pero eso no quita que tenga algo de razón, ¿qué pasa con Viena?

—Eso sí que no, Jimena. No dejes que te haga dudar de tus elecciones. Sabías lo que hacías cuando te presentaste al puesto. —La regañó por permitir que las críticas de Vicente le afectaran.

—¿Y si tiene razón?

—No la tiene. —Zanjó categórica—. No te preocupes más por sus tonterías. Si vuelve a molestarte le enviaremos a mi madre para que le explique lo maravillosa que eres; ya sabes que puede pasarse horas y horas hablando de nuestras virtudes. Javi, tú y yo somos los más listos, guapos y buenos del mundo mundial —dijo riendo, con intención de restarle seriedad al encuentro.

—Tu madre es una mujer increíble. Qué mal repartida está la suerte. —Bromeó ella también, aunque hubiera sinceridad en sus palabras.

Maruja era una mujer excepcional que la había protegido bajo su ala y le había dado la familia más importante, la que eliges y te elige.

Esas eran las razones que llevaron a Lorena a presentarse en el ensayo, pero al llegar se había topado con que Jimena ya se había comprometido con Patricia para acompañarla a hacer unas compras, de manera que al final habían terminado comiendo las tres juntas en una bocatería del centro comercial, saltándose con ello la dieta a base de frutas y verduras que habían instaurado en casa de Patricia y Jimena. Entre las compras en la frutería Blasco y los regalos que Héctor les llevaba por orden de su padre, las músicas estaban empezando a aborrecer la dieta sana.

Tras devorar un bocata enorme de ternera, jamón serrano y tomate, las risas, las miradas interesadas al camarero de turno y el café, se pusieron manos a la obra entrando en cada una de las tiendas del centro comercial.

Patricia necesitaba renovar su armario una vez más. Para ella la ropa era una terapia, organizar su vestuario le servía para poner en orden sus pensamientos, y en esos momentos debía superar sus temores a comprometerse en una nueva relación. Llevaba mucho tiempo sin permitirse nada más que encuentros esporádicos, pero Héctor y su dulzura habían echado abajo todos sus muros, y aunque lo estaba intentado se sentía demasiado expuesta. Necesitaba afianzarse tirando de tarjeta de crédito.

Cada una de ellas disponía de un método propio con el que superar las pequeñas crisis del día a día, para Jimena su válvula de escape era la música. El sonido de su chelo, tanto el imaginario como el real, calmaba su ansiedad. Para Lorena eran los centros florales. Si Jimena se topaba con la selva amazónica al entrar en el piso de su amiga sabía a ciencia cierta que Lorena había tenido un mal día, que había discutido con Rubén, con su madre, un desencuentro en el trabajo, lo que fuera… El resultado siempre era el mismo: tenía que medir cada una de sus palabras para no despertar a la bestia que dormitaba en su interior el resto del año.

Estaban visitando la quinta tienda de bolsos cuando Patricia por fin dio con algo que la entusiasmó.

—Mirad, qué bonito —dijo alzando un bolso bandolera confeccionado con diversos retales de distintas texturas y formas.

—Sí que es bonito. —Concedió Lorena, de un modo poco convincente—. ¿Te lo llevas?

Jimena ya estaba acostumbrada a salir de compras con Patricia, pero Lorena empezaba a desesperarse porque no se decidía por nada de lo que veía.

—No creo que sea buena idea —comentó Jimena de pasada, concentrada en admirar un pequeño bolso negro con forma de maletín.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Patricia clavando una mirada acusadora en ella.

—No es tu estilo. No tienes ninguna pieza de ropa que conjunte con ese bolso. Eres demasiado sofisticada para él —comentó halagándola.

—No me puedo creer que por fin te preocupe la moda —comentó Patricia, contenta—. Además, tienes razón. Es demasiado hippie para mí.

—A mí también me asombra. —Intervino Lorena—. Pero el amor lo puede todo, cosas más raras se han visto.

—Tú calla que todavía no te he perdonado lo que le hiciste hacer a Javi.

—¡Rencorosa! —Se quejó.

—Hombre, cosas más raras lo dudo. Hay que reconocer que Jimena y la ropa siempre han sido enemigos íntimos. —Se guaseó Patricia, y añadió mirando a la dependienta—: Gracias, pero no me lo llevo. Mi estilista me ha aconsejado que no lo haga.

A pesar de las pullas de sus amigas el comentario hizo reír a Jimena.

Dos horas después iban cargadas de bolsas y mucho más contentas que unas horas antes. Al final todas habían probado la terapia de la violinista y se habían convertido en seguidoras convencidas. Jimena se había comprado unas botas de tacón, y unos vaqueros y Lorena un conjunto de ropa interior. Patricia arrasó con varios vestidos de noche, unos *stilettos*, dos camisetas y una falda de tubo.

—¡Un segundo! Tengo que ir al aseo. —Avisó Jimena, tendiéndole sus compras a Lorena.

—Te esperamos aquí —dijo su compañera de piso, distraída en el escaparate de una de las pocas tiendas en las que todavía no habían entrado.

—Ok. —Aceptó, cruzando el largo pasillo al final del cual estaban los lavabos.

Apresuró el paso y accedió al interior con prisas. Comprobó complacida que no había colas y entró en el primer cubículo abierto que estaba vacío. Tras sentir el agradecimiento de su vejiga, salió dispuesta a lavarse las manos. Una de las dos pilas estaba ocupada por una mujer de largo cabello oscuro. Sin fijarse demasiado en ella se colocó a su lado, y procedió a asearse. Una vez que se hubo lavado las manos se acercó hasta el secador, pero no llegó a apretar el botón, en su lugar se quedó paralizada por la sorpresa.

—Parece que tenemos la costumbre de encontrarnos por casualidad en los lugares más estrambóticos: la cola del cuarto de baño en un pub, el escenario de un restaurante libanés y de nuevo un cuarto de baño, esta vez en un centro comercial.

—¿Cómo estás, Anabel? —Saludó con amabilidad. Puede que esa chica fuera lo más parecido a una rival que hubiera tenido nunca, pero también había sido muy amable con ella.

—Estupendamente. He venido a pasar unos días de vacaciones en casa, de hecho vine el día que bailamos juntas la danza del vientre y este lunes regreso a Ginebra. Aunque si fuera por mí me quedaría una semana más, cada vez echo más de menos mi tierra. Y tú, ¿qué tal?

—De compras con unas amigas —le dijo sin entrar en detalles.

—Un plan estupendo, yo también he venido de compras con mi hermana —explicó sin borrar la sonrisa.

—Sí, lo es. Me ha alegrado verte, Anabel —dijo acercándose para darle dos besos—. ¡Qué tengas un buen viaje!

—Gracias, Jimena. Eres muy amable.

La chelista le dedicó una sonrisa de despedida antes de darse la vuelta para marcharse, sin embargo, la voz de la morena la detuvo.

—¿Sabes? No pensaba decírtelo, pero no va conmigo ser vengativa, y además ni siquiera es culpa tuya.

—¿Estás bien? —preguntó desconcertada, sin comprender el significado de sus palabras.

—Supongo que después de todo, lo estoy. —Suspiró profundamente antes de continuar hablando—. Lucas está enamorado de ti. Me lo confesó después de darse cuenta de que no podía estar conmigo, de hecho, esa es la razón por la que me ha dejado. Si es que se puede decir que alguna vez hemos estado juntos… Te lo digo porque si fuera al revés me gustaría saberlo. —Expuso con una amabilidad y una sinceridad admirables.

Durante unos instantes de silencio ambas mujeres se observaron con admiración. Para Anabel, Jimena había conseguido lo que ella no había logrado tener, el amor de Lucas; y para Jimena, Anabel había demostrado ser la mujer íntegra que siempre le había parecido que era.

—Gracias por contármelo.

—Estoy segura de que, en mi lugar, tú hubieses hecho lo mismo —comentó restándole importancia.

—Eres una gran persona —le dijo sin admitir la verdad, que ella también hubiera sido sincera. Anabel asintió con la cabeza con una mirada triste, y centró su atención en lo que había estado haciendo antes de que Jimena y ella se reconocieran, retocarse el maquillaje.

La chelista no les refirió a sus amigas su encuentro con Anabel, primero tenía que asimilar lo que le había contado la morena, y estaba segura de que ni Lorena ni Patricia se mostrarían imparciales. Las dos formaban parte del club de fans de Lucas, y en esos instantes, incluso ella misma se sentía capaz de presidirlo. No obstante, necesitaba desconectar durante un rato de todo, y pensar con distancia en los acontecimientos de los últimos días. Por eso al llegar a casa se metió en su dormitorio, sacó el chelo de su santuario y comenzó a tocar. Pasó al menos una hora rendida a su música, despejando su mente de todo lo que no fueran las notas que el perfecto tándem de músico e instrumento producían.

Salió de su dormitorio cuando Patricia se preparaba para marcharse a cenar con Héctor, animada ante la idea de estrenar uno de los

modelazos que se había comprado esa misma tarde. Mientras que la violinista había cuidado al detalle su aspecto, Jimena llevaba un pantalón gris de chándal, una camiseta blanca de tirantes sin sujetador, y el cabello recogido en dos trenzas, que junto con sus pecas le hacían parecer una niña traviesa.

—¡Qué guapa estás! Adivino por tu *look* que no vas a salir esta noche, eso o es que tienes una fiesta de pijamas y no me has invitado.

—¡Qué graciosa!

—Graciosa y guapísima —dijo girando sobre sí misma para que pudiera ver su vestido desde todos los ángulos.

—Y modesta, que no se te olvide modesta. Siento que estoy rodeada de modestos —comentó con ironía.

—Envidiosa. —Le espetó sacándole la lengua en un gesto infantil—. Disfruta tu cena.

—Te diría lo mismo, pero vas vestida para que te consideren el postre. Dudo que llegues a comer nada, ¿dónde está tu novio?

—Ha ido a por el coche. Y sí, voy a ser su postre, así que no me esperes despierta. —Pidió con un guiño.

Jimena le respondió con un bufido muy poco femenino.

Patricia terminó de guardar las cosas en el bolso y salió del salón mientras ella sintonizaba una emisora de música a la antigua, en la radio de la vieja minicadena del salón. Estaba tan absorta en lo que hacía que no se dio cuenta de que no se escuchó cerrarse la puerta de la calle.

Dejó de mover el dial cuando una canción captó su atención:

—¡Joder! Qué oportuno. —Se rio antes de acompañar a David de María a voz en grito, dando saltitos con los ojos cerrados y descalza sobre la alfombra del comedor.

Si digo cine, quieres teatro,
si voy de carne, tú de pescado,
si tengo sueño, tú quieres juerga, cuando yo quiero, tú me lo niegas propongo playa, tú dices campo, si voy de negro, tú vas de blanco, si tengo frío, tienes calor,

te doy la Luna, quieres el Sol eres un polo, y yo soy el otro, y entre los dos,
hay diez mil kilómetros.
Nuestra historia no es tan rara.
Ya lo dice el refranero, contigo, porque me matas, y sin ti, porque me muero.

—Espero que no estés pensando en pasarte al otro lado del escenario. Cantas fatal —comentó una voz masculina cuando la improvisada cantante calló para tomar aire.

Jimena gritó, asustada por lo inesperado de la visita, mientras se llevaba una mano al pecho para evitar que el corazón se le saliera.

—¿Tú? Joder, ¿te has propuesto matarme de un susto?

—La verdad es que no. Se me ocurren cosas más divertidas que hacer contigo —dijo sin apartar la mirada de ella.

Jimena recordó las palabras de Anabel en el cuarto de baño y comenzó a sentir como reaccionaba su cuerpo a la idea de compartir diversión.

—¿Cómo has entrado?

—Patricia me ha dejado pasar. Venía a invitarte a cenar, lo he intentado por el móvil, pero no me has cogido el teléfono, así que he decidido probar suerte en persona.

—Le quito la voz cuando ensayo, por eso no te lo he cogido —dijo, intentando que no sonara como una disculpa.

—¡Qué alivio! Creía que no habías querido contestar deliberadamente —dijo con el semblante serio.

Jimena arrugó el ceño, pensativa, antes de hablar.

—No me lo creo, tienes un ego enorme. Precisamente hace un minuto le estaba diciendo a Patricia que estoy rodeada de modestos, y tú, amigo mío, eres uno de ellos.

—Me has pillado. —Bromeó—. Sabía que no podrías resistirte a responder a mi llamada, aunque fuera para meterte conmigo. Por esa razón estaba preocupado, no era normal que no lo hicieras. No sabía cómo estarías tras el desencuentro con tu padre.

—Estoy bien. Como siempre.

—Me alegro, ¿qué hay de la cena? —preguntó dando un repaso a su vestimenta, y deteniéndose más de la cuenta en la parte delantera de su camiseta.

La ávida mirada en sus pechos endureció sus pezones como lo hubiera hecho una caricia.

—Mañana tengo que madrugar —comentó cruzando los brazos para cubrirse—. Tengo ensayo a las nueve en punto. No puedo llegar tarde. Dentro de dos semanas estrenamos una serie de tres conciertos con Lucía Leiva —explicó sin entusiasmo.

—¿La cantante?

Jimena asintió con la cabeza.

—Va a grabar un disco en directo de sus actuaciones en El Palau, y Bertram está en plan negrero para que todo salga bien. Estamos ensayando sus grandes éxitos, que no son ni grandes ni éxitos. ¡Por Dios!, hemos abandonado a los clásicos por una cantante engreída que canta como un loro amaestrado.

Lucas se rio por la ocurrencia.

—Como enemiga eres terrible. De acuerdo, dejemos la cena para otro día. —Aceptó con resignación.

—No hace falta. Te puedo ofrecer cena en casa y un DVD de mi colección personal.

—Acepto, pero nada de Jack Nicholson, ya tuve bastante con tu padre ayer.

—¡Mira quién habla de enemigos terribles! Mi pobre padre. —Se burló.

CAPÍTULO 35



—¿Entonces pedimos una pizza? —preguntó Lucas después de que Jimena descartara la comida china.

—Sí, será lo mejor. No tengo nada sustancioso en la nevera. Por Dios, necesito comer carne. Tengo que hincarle el diente a un buen filete. —Confesó Jimena mientras ojeaba la publicidad de una pizzería cercana a su casa—. Además, en este sitio las hacen muy buenas. El martes probé una de pollo y espinacas que estaba sensacional.

—¿El martes?, ¿cenaste con Bertram el martes, después de que te cambiara la rueda del coche?

—¿Con Bertram, pizza? Si hubiera cenado con él seguro que hubiera comido carne.

—¿Es eso una indirecta?

—Tú no eres de filete. Tú eres más de pollo, de alitas de pollo para ser más precisa. —Se burló. Y luego añadió en un tono lastimero—: ¡Estoy desesperada por comer algo granate!

—¿Granate?

—Sí, carne. Patricia sale con el frutero. Solo comemos verde en todas sus tonalidades. Voy a cogerle fobia al color.

—Lo que explica a la perfección que quieras comida granate. —Se guaseó.

Jimena le dedicó una mirada molesta, pero le duró poco. Lucas estaba plegando con esmero la manta con la que se tapaban para ver la televisión en el sofá.

—¿Pedimos una pizza boloñesa que tiene ternera? —Ofreció sin apartar la vista de él.

—De acuerdo, pero si tú eliges la pizza, yo me encargo de la peli. Por cierto, ¿dónde las tienes? — preguntó mirando alrededor del salón.

—En mi dormitorio.

—¿Otra indirecta? —Bromeó, esperando a que le indicara cuál era su cuarto.

—¡Seguro que sí, guapito! Por el pasillo la segunda puerta de la izquierda. —Indicó marcando el teléfono de la pizzería—. ¡No cotillees mis cosas! —le dijo solo para molestarle, no tenía ninguna duda de que Lucas no haría algo así.

—Claro que no. —Le guiñó un ojo con descaro antes de darse la vuelta y encaminarse hasta su dormitorio.

Lo primero que le llamó la atención nada más entrar fue que el espacio olía igual que ella, ese aroma a limón y azúcar que había asociado con Jimena y que despertaba sus instintos más primitivos. Cuando por fin se acostumbró a sentir su perfume a su alrededor como una presencia, se fijó en que la habitación no era como se había imaginado.

La colcha de la cama era de color lavanda, femenina y relajante, al igual que el resto de sus cosas. No casaba con la imagen de la Jimena que había conocido en casa de Rubén y Lorena, hacía ya varios meses. Ni siquiera con la nueva Jimena que se preocupaba por su aspecto y que había refrenado su lengua.

Sobre la mesilla de noche había una lámpara que se asemejaba a una seta, del mismo color lavanda de la colcha. En lugar de cortinas había un estor de color azul celeste con lunares violetas y, presidiendo el dormitorio, en el centro, una cama de matrimonio, con un portátil sobre ella en el que se leía «Jimena» en letras

hechas con brillantitos. A los pies de la cama, un baúl de madera de un desvaído color azul.

En el lado derecho, el armario, al izquierdo, la ventana y al frente, un mueble con una televisión, más pequeña que la del comedor, con un reproductor de DVD y dos altavoces. Las películas que tenía en su ordenador no eran suficientes para ella, por lo que tenía una colección de DVD que era su mayor tesoro junto a su chelo.

En la parte de abajo, protegida por dos cristales transparentes, estaba la colección de cine de Jimena. Se agachó curioso por ver los títulos que tenía: Los pájaros, La semilla del diablo, El aliento de los dioses, Allien, Carrie… Justo lo que se encuentra en el dormitorio de una chica, pensó con diversión, antes de seguir leyendo. El resplandor, una carcajada escapó de su garganta al recordar a Vicente, el padre de Jimena, el vivo retrato del protagonista de la película en más de un sentido. Annie Hall, Billy Elliot, Memorias de África, Cinema Paradiso, El mago de Oz, Cuando Harry encontró a Sally, El piano. Tras leer varios títulos más, en la misma línea que los anteriores, uno le llamó la atención: Reality Bites. Perfecto, después de todo tenían algo en común, se dijo antes de cogerla y regresar de nuevo al salón.

Jimena estaba sentada en el sofá con los pies en alto, seguía vestida igual que cuando él había llegado y se notaba que no estaba cómoda con Lucas en casa y sin sujetador, pero él sabía que por nada del mundo lo demostraría, ni se lo pondría, lo sentiría como una derrota y si había algo cierto en el carácter de la chelista era que se trataba de una luchadora nata. Nada conseguía hacer que se rindiera y Lucas no iba a ser una excepción; algo que en esta ocasión le hacía profundamente feliz.

—He escogido esta —dijo él tendiéndole el DVD de Reality Bites.

—Interesante elección.

—Siempre he tenido debilidad por las amistades que pasan a ser algo más profundo. Y sin duda esta es una película de culto para los que estamos en la treintena —comentó.

—Sorprendente —declaró.

—¿Te sorprende que tenga sentimientos?

—Me sorprende que seas un romántico. Lo disimulas muy bien.

—¡Uff! Eso ha dolido, creía que me conocías mejor.

—Nos conocemos desde hace poco. —Se defendió—. Y como te he dicho, haces un gran papel fingiendo ser un insensible.

—No lo estás arreglando.

—Me refiero a que necesito tener más información. Nuestra amistad es muy reciente. —Se escudó.

—Sí, pero somos amigos de verdad. Esas cosas se saben entre amigos de verdad. —Se guaseó sin pudor.

—¿Te estás burlando de mí?

—Yo jamás osaría hacer una cosa así… ¿Cómo puedes pensarlo siquiera?

—¡Claro que no!

No siguieron hablando, el timbre del portal sonó en ese instante, era el chico de la pizza, con lo que el tema quedó zanjado ante el apetitoso olorcillo de la comida.

A pesar de las protestas de Lucas fue la chelista la que la pagó, era su casa y eran sus normas, dictaminó.

Dos minutos después estaban devorando la pizza, bebiendo cerveza y descubriendo que el mundo laboral había cambiado poco en los casi veinte años que tenía el film.

—¡Hummm! La pizza está hummm…

—Parece que estés teniendo un orgasmo —comentó, fascinado por su expresión.

—Así es, estoy teniendo un orgasmo gastronómico gracias a la comida granate.

Lucas se rio tan fuerte que se atragantó. Jimena quiso ayudarle con un par de puñetazos en la espalda.

—¿Mejor?

—Espera que compruebe que no me has roto nada y te digo.

—¡Blandengue!

Jimena contuvo el aliento cuando Lucas repitió el diálogo de la pareja protagonista en voz baja, cargada de sentimiento:

—Yo quería ser alguien importante al cumplir los veintitrés.

—Cariño, lo único que tienes que ser al cumplir los veintitrés es tú misma.

—Ya ni siquiera sé quién soy.

—Pues yo sí. Alguien a quien todos queremos. Yo la quiero. Me rompe el corazón una y otra vez… pero, pero yo la quiero.

Tras el momento romántico se giró de malas para preguntarle a Lucas.

—¿Lo has hecho adrede?

—¿El qué? —Fingió no comprender de qué hablaba.

—Nada.

—¿Te pone nerviosa el amor?, ¿o soy yo el que lo hace?

—No seas tan creído, tú no me pones nerviosa. Ni siquiera un poquito. —Mintió con la piel hipersensibilizada por su cercanía—. Como mucho, me estresas.

—¿Estás segura? —preguntó él, acercándose más hasta quedar pegado a su costado.

—Por completo. Te aseguro que tú me pones tan nerviosa como yo te pongo a ti.

—¿Y se puede saber por qué supones que tú no me pones de los nervios? Jimena rio más relajada.

—Sé que te pongo de los nervios. No me refería a eso y tú lo sabes. —Le acusó retadora.

Él no respondió, sino que se acercó tanto a ella que podía sentir su aliento cosquilleando en sus labios.

—¿Estás segura de lo que dices? —preguntó en un susurro.

La mirada de Jimena estaba clavada en su boca, estaba como hipnotizada, pendiente de cada movimiento de ella. Quería besarlo más que a nada, pero no deseaba sentirse igual que lo había hecho la mañana siguiente a su último encuentro.

—¿Por qué lo dejaste con Anabel? —preguntó en el mismo tono de voz, susurrante, que él había usado instantes antes.

Lucas pareció dudar más de lo normal, pero cuando al fin habló, sonó sincero.

—Las relaciones a distancia nunca funcionan.

—Sí, supongo que no lo hacen. —Aceptó ella, apartándose por completo de su cercanía. Sintiéndose una tonta fijó su atención en la película, que estaba a punto de terminar, y dejó la mente en blanco

de todo lo que tuviera que ver con el hombre que no hacía más que romperle el corazón. Una y otra vez…

Sintió la humedad en el brazo en que se apoyaba Jimena, apartó la mirada de la pantalla para ver que se había dormido con la boca abierta. Estaba tan a gusto que le había mojado el brazo.

Con una ternura que nunca había experimentado por nadie más, le acarició la mejilla, como respuesta a su caricia Jimena ronroneó como un gatito. Se emocionó al ver que ella se sentía tan segura a su lado como para dormirse.

—¡Dios, eres adorable! —dijo en voz alta, antes de aguantarse las ganas de reír a carcajadas.

Debía de estar más colgado de ella de lo que había imaginado si encontraba adorable que babeara sobre él.

Le embargó el mismo deseo de besarla que había sentido cuando la había tenido tan cerca que había sentido el calor de su cuerpo como un abrazo. Pero entonces le había preguntado por Anabel, y temeroso de que fuera demasiado pronto para confesarle sus sentimientos, había encubierto la verdad.

Con mucho cuidado, apartó su cabeza, para liberar su brazo, y se levantó del sofá, recostándola con cuidado para que no se despertara. De puntillas fue hasta el dormitorio de Jimena, abrió la cama, bajo el estor y regresó a por ella al salón. Jimena volvió a ronronear cuando la cogió con delicadeza en brazos y la llevó hasta su cama.

Tuvo que esforzarse para no caer en la tentación de tumbarse a su lado y embeberse de su olor y de su compañía. Tras observarla en silencio durante varios minutos salió de allí con el mismo sigilo con el que había entrado.

Lucas había cocinado muchas veces para una mujer, cocinar le gustaba y era un modo directo de seducirlas, pero jamás a pesar de su dilatada experiencia con el sexo opuesto, había limpiado para ninguna. Sin pararse a pensar en ello, recogió el comedor y la cocina, fregó los vasos y platos que habían manchado durante la cena, y se marchó a su casa, dividido entre la felicidad de haberla tenido entre sus brazos y la tristeza de que hubiese sido cuando ella estaba inconsciente.

CAPÍTULO 36



En cambio, lo que no podía borrar de su cabeza eran los momentos que habían compartido. Cómo durante un breve instante había creído que tal vez todo podía arreglarse entre ellos.

Levantó la cabeza de la almohada con pocas ganas de afrontar el día que le esperaba, y se fijó en la hora que era, las siete y media, todavía demasiado pronto para hacer la llamada que llevaba pensando hacer desde el día anterior. Esperaría a que terminara el ensayo para telefonear. Con el sueño todavía metido en el cuerpo se levantó y se metió en el cuarto de baño, dándose prisa para que ni Patricia ni Héctor se le adelantaran. Las dos tenían que estar a las nueve en el Palau, no podían entretenerse o Bertram se pondría de los nervios.

Diez minutos después, Jimena salía de su casa, perfectamente abrigada y con el chelo a cuestas. Se dirigió directamente a la cafetería donde desayunaba cuando tenía tiempo para hacerlo con calma, y se pidió lo se siempre: un café con leche con doble de azúcar y una tostada con aceite.

El móvil le anunció que acababa de llegarle un mensaje mientras todavía estaba desayunando. Ayer no supe poner tu despertador,

así que he decidido ejercer como tal ya que me contaste que tenías ensayo a las nueve en punto.

¡No llegues tarde!

Espero que pases un buen día.

Jimena tuvo que releer el mensaje varias veces para que su cerebro adormilado comprendiera lo que acababa de suceder.

¡Mierda! ¿Qué le pasaba a ese hombre que no hacía otra cosa más que mandarle mensajes contradictorios?

Respiró hondo varias veces y se dispuso a responderle. Borró el mensaje en tres ocasiones, insegura de cuál debía ser su respuesta.

Gracias, ya estoy desayunando. Bertram se pone hecho una fiera si no llegamos a la hora al ensayo. Un beso

Complacida con su respuesta siguió desayunando hasta que el pitido volvió a anunciarle una respuesta.

No me gusta cómo queda Bertram y fiera en la misma frase Voy a tener pesadillas cuando vuelva a dormirme.

Me encanta la parte final Otro para ti.

Más mensajes contradictorios… No cabía duda de que era de vital importancia que hiciera esa llamada.

Bertram ya estaba en su sitio cuando Jimena llegó al ensayo, veinte minutos antes de las nueve.

—¡Buenos días! —Saludó, dejando el chelo sobre su silla.

—¡Buenos días!, ¿qué haces aquí tan pronto?, ¿ha pasado algo? —Inquirió con preocupación. Jimena nunca solía llegar tarde al trabajo, pero tampoco es que fuera de las que llegaban antes de tiempo. En cualquier caso, la alarma del director era exagerada.

—Nada, ¿por qué iba a pasar algo?

Bertram evitó mirarla a los ojos alertándola de que la pregunta era por alguna razón específica.

—¿Bertram?

—No te preocupes, es que me ha sorprendido verte aquí antes. Estoy un poco… ¿cómo es la palabra? Acelerado.

—Si no te conociera tan bien, me hubiese creído tu mentira, pero el caso es que te conozco, y sé que solo titubeas o te quedas sin

palabras cuando intentas contar alguna mentira. ¡Dime qué pasa!

—Tu padre estuvo ayer aquí —dijo de sopetón.

—¿Vino a buscarme?

—No exactamente. Vino porque quería hablar conmigo. Me pidió que te quitara el puesto de primera chelista. Cree que si te quedas con la plaza te conformarás y no intentarás entrar en la Wiener Philharmoniker.

—¡Vamos! Sabes que no es tan fácil. Para entrar en la filarmónica debería pasar como mínimo tres años en la Orquesta de la Ópera Estatal de Viena, tocando para la Ópera y el Ballet. Solo después podría solicitar ser considerada para una prueba, y ni siquiera entonces estaría claro que pudiese hacerla y aprobarla.

—Según tu padre no hay nada que te ate a Valencia. Cree que deberías irte a vivir a Viena y luchar por ese puesto.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que se metiera en sus asuntos. Que tú eras una mujer inteligente y que tomabas tus propias decisiones —le contó con la mirada cargada de admiración y respeto.

Jimena abrió los ojos desmesuradamente por el asombro.

—Le dije que si se hubiera molestado en conocerte sabría que no se trata de si algo te ata a esta ciudad o de si has renunciado a tus sueños. Que eres una luchadora que poco a poco se abre camino, sin descanso, segura de que el suelo que pisas puede sostenerte.

—Creo que quizás mis sueños han cambiado, o tal vez lo que ha cambiado son mis prioridades.

—Lo sé. No hace falta que lo digas en voz alta, Jimena, lo sé. Estoy enamorado de ti desde que hace dos años me tiraste la partitura a la cabeza y me llamaste negrero porque no os había dejado descansar en tres horas.

—Puede que en esa ocasión me pasara un poco, pero…

—No lo hiciste. Sé reconocer cuando me equivoco. —Aceptó con una sonrisa avergonzada.

—Bertram, yo…

—Puedo adivinar tu respuesta antes de que la digas, por eso sé sin necesidad de palabras que estás enamorada de otro. A diferencia de

mis compatriotas, yo sí sé retirarme a tiempo. Por mi parte nuestra amistad está intacta.

—Ojalá fuera todo más fácil.

—Ojalá. —Aceptó él.

—Bertram Mosel, eres maravilloso. Gracias por ser mi amigo.

—No me des las gracias, lo hago por puro egoísmo, eres la mejor chelista que he escuchado nunca.

—Bromeó, con las manos en los bolsillos—. Siempre seré tu amigo.

—Lo sé, lamento no poder quererte como te mereces.

—No se puede mandar sobre el corazón. Solo espero que Lucas se dé cuenta de lo especial que eres.

—¡Ojalá!

Lucía Leiva se había presentado de improviso en el ensayo de la orquesta, dispuesta a cantar algunos de sus temas. El problema había llegado cuando desde dirección le informaron que el ensayo se realizaría en la sala Rodrigo en lugar de en la sala José Iturbi, bastante más amplia. La diva valenciana consideraba que era poco para su estatus, por lo que hasta que lograron convencerla de que la acústica era perfecta para su voz, el ensayo de la orquesta estuvo en stand-by.

Patricia aprovechó el respiro para acercarse hasta Jimena, que se había marchado de casa antes de que se despertara.

—Buenos días, madrugadora, ¿o debo suponer que la razón de que te levantaras tan pronto es que no has dormido nada…? —Aventuró con picardía.

—La próxima vez que dejes entrar a un hombre en casa sin mi permiso, asegúrate de que estoy presentable. —Gruñó Jimena como respuesta.

—Estabas presentable. No es que llevaras un traje de noche, pero tampoco estabas tan mal. Hace solo unas semanas ese era tu uniforme de cada día.

—No estoy hablando de la ropa. —Se quejó, y añadió bajando la voz hasta convertirla en un murmullo—. Cuando Lucas entró estaba saltando y cantando una canción que define a la perfección nuestra… amistad.

—¿Cantando?, pero si cantas fatal.

Jimena ladeó la cabeza y arqueó una ceja, su expresión decía claramente pues por eso…

—Tampoco debió de ser tan horrible si después de todo se quedó. —Expuso Patricia buscando el lado práctico de la escena.

No pudieron continuar con la conversación, Bertram entró en la sala acompañado de Lucía Leiva y un hombre de edad indefinida, probablemente su representante, ya que no pertenecía a la dirección del Palau de la Música.

—Volved a vuestros puestos. —Pidió Bertram con su tono más autoritario. Se le veía bastante molesto por el retraso—. Vamos a comenzar con Pasión de Luna.

—No hay nada más hortera en su repertorio. —Se quejó Patricia.

—Seguro que no. —Corroboró la chelista.

—Me voy antes de que Bertram se transforme en el general alemán que lleva dentro —le dijo, levantándose de la silla en la que se había sentado, pero se paró para añadir, antes de dirigirse hasta su sitio—: No creas que se me ha olvidado que me debes los detalles sexys de tu noche loca.

—No hubo tal noche, y aunque la hubiera habido, no te contaría nada por haberle dejado entrar a traición.

—¿Qué quieres que haga? Él está más bueno que tú —respondió con el rostro serio.

Jimena se puso la mano en la boca para acallar sus risas y no empeorar el mal humor de Bertram.

El ensayo la había dejado rendida. Nunca había llevado muy bien trabajar los sábados, pero llevaba infinitamente peor los aires de grandeza de algunos cantantes, músicos o incluso directores con los que se había topado a lo largo de su carrera.

En cuanto entró por la puerta se descalzó en dos patadas y se fue a la cocina para prepararse el solomillo de cerdo que se había comprado en el supermercado del barrio. Iba a comer sola, Patricia había aceptado la invitación de Pilar, la madre de Héctor para probar su famosa paella, y aunque el frutero la había invitado a ella también, se había negado alegando que tenía otros planes. Unos

planes que pasaban primero por comerse un filete de casi doscientos gramos de comida granate.

Una vez que hubo fregado los platos y recogido la cocina se aposentó en el sofá con el teléfono en la mano.

Eugenia respondió al tercer timbrazo. Jimena necesitaba hablar con la panadera y contarle todo lo que le había pasado en los últimos días, y como no consideraba que un e-mail fuera apropiado para ese fin había esperado a que la panadería estuviera cerrada para hacerlo.

Tras los saludos correspondientes, Jimena entró en materia.

Durante diez minutos Eugenia escuchó sin interrumpir los encuentros y desencuentros de su amiga con el arquitecto: el pinchazo de la rueda y lo que sucedió después cuando Lucas le recordó que eran solo amigos, el encuentro con Anabel, el casi beso en su piso la noche anterior, el mensaje despertador…

—Según mi experiencia, una mujer como Anabel no te dice algo así si no es verdad.

—Desde el primer momento en que la vi me pareció una chica amable y simpática. Pero, ¿quién sabe? Y ¿si Lucas se lo dijo para excusar que la dejaba? Esa también puede ser la razón por la que le dijo que estaba enamorado de mí.

—Normalmente, en cuestiones de hombres la respuesta evidente es la correcta. Y no lo digo porque sean simples, que lo son, sino porque no le dan tantas vueltas a las cosas como nosotras. —Expuso con convencimiento.

—Quieres decir que crees que Lucas está enamorado de mí. —Repetirlo en voz alta hacía que su estómago se llenara de hormigas, mariposas, polillas y toda clase de insectos.

—Eso mismo quiero decir. Incluso iré más lejos, estoy casi segura de que esas señales contradictorias son el resultado de lo que siente en contra de lo que piensa. Es bastante probable que tras vuestras discrepancias respecto al concepto de pareja quiera tantear el terreno, quizás conocerte mejor. Reconozcamos la verdad: eres una mujer compleja, debe estar cagado de volver a meter la pata contigo.

—Estoy tan cansada. —Se quejó—. No entiendo la mitad de sus reacciones.

—Vente unos días al pueblo. Aquí estarás tranquila y podrás relajarte, mimarte y tomar decisiones. La distancia a veces ayuda, y si finalmente decides no hacer nada con Lucas, mi Manuel sigue estando soltero y sin compromiso.

—Suena tentador… —Confesó sonriendo.

En los próximos días su vida se volvería más caótica. Con el estreno cada vez más cerca apenas tendría un minuto para otra cosa que no fuera ensayar. Eugenia le ofreció asilo en su casa, pero ella prefería alojarse en la casa de su amiga. Allí estaría sola y realmente podría relajarse y pensar en Lucas, Viena, su padre y todo aquello que estaba convirtiendo su vida en un caos.

CAPÍTULO 37



Los ensayos y sus encuentros con Lucas habían ocupado todo su tiempo. Hasta el lunes no había vuelto a saber de él, desde que el sábado anterior hubiera ejercido de despertador para que no llegara tarde a un ensayo general.

Jimena había tenido el móvil en la mano infinidad de veces con intención de llamarle, pero siempre terminaba por echarse atrás. En eso estaba cuando comenzó a vibrar en su mano. Esperó a que sonara un par de veces más, no era cuestión de parecer demasiado ansiosa, y respondió con el tono más casual que pudo articular:

—¡Qué sorpresa!

—Hola, Jimena. ¿Te apetece tomarte un café conmigo? Necesito que me eches una mano en un tema que dominas.

—Claro. ¿Va todo bien? —preguntó, desconcertada.

—Sí, es un tema laboral. ¿Podemos vernos ahora?

—Claro, pásate por casa. —Ofreció. Estaba sola y no preveía que Patricia fuera a volver pronto.

—Voy para allá. —Aceptó antes de colgar.

Un segundo después, tras colgar, Jimena corría hacia su dormitorio para revolver entre su ropa en busca del conjunto perfecto. Sin

embargo, no llegó a abrir el armario, cuando se dio cuenta de lo que iba a hacer le sobrevino un ataque de risa que la tuvo retorciéndose en el suelo varios minutos.

Al final iba a tener que darle la razón a Patricia, y el amor lo podía todo o casi todo, aunque no tanto como para dejar de ser ella misma. Si Lucas tenía que quererla que fuera por ser quien era.

Levantándose del suelo, regresó al salón para esperar a su invitado, no sin antes pasar por el cuarto de baño y echarse unas gotitas de colonia. Una cosa era ser fiel a una misma y otra muy distinta era no aprovechar las ventajas, ¿no decía que le gustaba su aroma? Pues ahí le iban dos tazas.

Lucas se presentó en su casa quince minutos después con una gran carpeta y lápices de diversas numeraciones, despertando su curiosidad.

—¿Ibas a salir a correr? —preguntó en cuanto entró al piso.

—No.

—Estupendo, porque tengo mucho que contarte —dijo, apartándole un mechón de cabello de los ojos que se había soltado de la coleta

—Pues cuenta. —Pidió, sintiendo que la piel le ardía ahí dónde la había tocado.

Le explicó cómo en Alcolea, tras escucharle tocar a Elgar había tenido la idea de que el aspecto externo del museo que estaba diseñando fuera una mezcla de los elementos que iba a albergar: música, pintura y escultura y libros ya que contendría un bien nutrido archivo relacionado con las artes pictóricas y musicales.

Y era en ese punto en el que necesitaba su ayuda. No sabía nada sobre partituras o lectura musical, y ese era uno de los elementos que quería fundir con el diseño. Durante los siguientes días Jimena le mostró las diversas claves musicales, las escalas, cualquier concepto que Lucas no conociera y que pudiera ser sensible de ser utilizado en su proyecto.

Si su proyecto ganaba el concurso, les aportaría no solo una inyección de capital, sino también prestigio, lo que les facilitaría nuevos trabajos.

Siguieron trabajando en ello mientras conducían de camino a sus clases en La cajita de música, mientras compartían un café o a

través del teléfono.

La excusa del museo les había servido para acercarse, no es que no hubieran tratado el tema largamente, es que cuando todo quedó claro siguieron las llamadas, los cafés y las charlas.

Cuando llegó el viernes, fecha del estreno de los únicos tres conciertos que iba a dar Lucía Leiva en el Palau de la Música, Lucas ya tenía cerrado prácticamente su proyecto y Jimena, su viaje a Alcolea.

Las únicas personas que sabían de él eran Lorena, que había vuelto a darle las llaves de la casa de su familia, y Patricia, su compañera de piso. Y cada una por su cuenta se habían mostrado reacias a que se marchara.

La primera que protestó fue Lorena, y sus motivos para no querer que viajara fueron poco convincentes para la chelista:

—No puedo creer que te vayas ahora, cuando estoy en medio de los preparativos para mi boda.

—No seas exagerada, ni siquiera tienes fecha todavía. —Le recordó —. Y tampoco es que piense quedarme tanto tiempo. Solo tengo una semana de vacaciones.

—¿Una semana completa? ¿Y mi boda?

—¿Te refieres a tu hipotética boda? ¿La que no tiene fecha? —Insistió.

—Pero eso no significa que no tenga mil cosas que hacer y que te necesite a mi lado para que me apoyes. —Su tono lastimero estuvo a punto de hacerle flaquear.

—Te apoyaré incondicionalmente cuando vuelva. Solo estaré fuera unos días, necesito un descanso. Estas últimas semanas me han agotado tanto física como mentalmente. —Confesó con cansancio.

Lorena se fijó en su aspecto, no cabía duda de que estaba cansada, los ensayos, las clases de los niños, Lucas… Lucas… Sí, necesitaba un descanso, el problema era que no sabía hasta qué punto iba a ser bueno para ella alejarse del arquitecto.

—De acuerdo. Puedo esperar. —Aceptó.

Después de la conversación con su amiga había ido a hablar con administración y había solicitado los días libres de vacaciones que le quedaban del año anterior. Bertram no había puesto ninguna pega

ya que se marcharía el domingo tras la última representación. Justo en el lugar en el que se encontraba en ese momento escuchando cómo el público agradecía su trabajo y su dedicación aplaudiéndoles y poniéndose en pie.

La diva salió de nuevo al escenario mientras los músicos seguían sentados con sus instrumentos en las manos.

—¿Por qué te vas ahora? —Inquirió Patricia observando cómo preparaba su maleta.

—Voy a aprovechar los días de vacaciones que me quedan. Si no me las cojo antes de abril, las perderé.

—¿Por qué no te los coges para las Fallas?

—Me gusta trabajar en Fallas —respondió desconcertada por el interés de sus amigas en que no se tomara unos días de descanso.

—¿Te vas por nosotros?

—¿Vosotros?

—Héctor y yo. ¿Te molesta que ahora sea monógama y él pase tanto tiempo aquí? Ya le he avisado de que baje la tapa del inodoro después de usarlo, pero es un hombre. Es genéticamente imposible que aprenda a hacerlo. —Se quejó.

—¡Eres tremenda!

—Me lo tomaré como un cumplido —comentó Patricia, al tiempo que sacaba el vestido rojo del armario y se lo lanzaba para que lo guardara en la maleta—. Nunca se sabe si nos va a hacer falta marcar curvas.

—Lo dicho, eres tremenda. Y no, no es por ti por lo que me voy, tú eres una de mis mejores amigas y Héctor es un encanto. Me alegro por vosotros, sobre todo me alegra ver que por fin has pasado página. Además, deberías estar dando saltitos porque voy a dejaros la casa para vosotros solos.

—¿Se lo has dicho a Lucas?

—¿Decirle qué?

—Que te marchas unos días a Alcolea.

—La verdad es que no. Estoy segura de que no le interesa lo que haga ahora, que ya ha terminado su proyecto para el museo.

—Tienes razón, ¿por qué iba a interesarle? Ahora ya tiene lo que quería de ti —contestó Patricia con mala cara, antes de darse la vuelta y salir del dormitorio de Jimena sin siquiera despedirse.

Patricia tenía alergia al polen, se lo descubrieron cuando era una niña y desde entonces se había mantenido lo más alejada posible de las flores y su molesto polvito, básicamente por dos razones: la primera que los antihistamínicos que tomaba en épocas en las que esconderse era imposible le daban un hambre voraz, y la segunda y más importante, porque la alergia le confería un aspecto de payado (nariz roja e hinchada y ojos llorosos y ojerosos) con lo que su imagen bajaba varios puntos en su escala de perfección.

Pero, una amiga era una amiga, se dijo, y Jimena se había ganado con creces el título.

Nada más apearse del coche se dio cuenta de que había sido una mala idea calzarse los *stilettos*, pero ya era demasiado tarde para lamentaciones. Con paso cuidadoso para no resbalar entre tanta arena y piedras, pero firme, se adentró en el vivero Paraíso e instantes después, le sobrevino el primer ataque de alergia:

—¡Achis! ¡Mierda! —murmuró.

Uno de los empleados, con una chapa acreditativa en su uniforme: Joan, se acercó a ella con una sonrisa amistosa.

—¿Puedo ayudarla en algo? —Ofreció mirando con disimulo sus zapatos.

—Sí, muy amable. ¿Puede decirme dónde puedo encontrar a Lorena? ¡Achis!

—¡Salud!

—Gracias.

—¿Lorena? Está en la parte de fuera. Con los geranios —indicó señalando la dirección correcta con el dedo índice.

—Gracias.

—De nada.

De nuevo la maldita alergia, se dijo, molesta.

—¡Achis, achis, achis!

—¡Salud! —dijo una voz conocida con cierto humor.

—¡Gracias! —Por instinto, se giró para ver a la persona que le había hablado y se topó con una sorprendida Lorena. —¡Qué bien que seas tú!, ¡tenemos que hacer algo hoy mismo!

CAPÍTULO 38



Igual que en la ocasión anterior en la que había estado allí el olor a limpio inundó sus sentidos. Aunque lo que en realidad le había llamado la atención fue la maleta negra que había apartado en un lateral de la entrada.

—No puedes ser —se dijo a sí misma en voz alta—. ¡Es imposible!

El sonido de unos pasos la alertó de que, tal y como había supuesto, no estaba sola. Instantes después, un rostro familiar se asomó en la entrada.

—¡Jimena! ¿Qué haces aquí? —preguntó simulando sorpresa—. No me lo puedo creer, la casualidad con nosotros se esmera.

—Sí, eso parece. Me he cogido unos días de descanso, no sabía que ibas a estar aquí. Si quieres puedo quedarme en casa de Eugenia. —Se ofreció con las rodillas temblorosas. ¡Por favor, por favor, que diga que no, que diga que no!

—No es necesario, puedes instalarte en tu dormitorio, yo he vuelto a escoger el mismo de la otra vez. Así que por mí no hay problema, la casa es grande.

Se dio cuenta de que Lucas estaba como siempre, calmado, centrado… Mientras que ella temblaba interiormente como una hoja

de papel. Aunque no era la primera vez que estaba a solas con él, habían estado juntos en su casa viendo una película, tomando café… Esta vez era diferente. Estaban en el lugar donde todo había comenzado, iban a volver a pasar unos días juntos, conviviendo, durmiendo a unos pocos metros el uno del otro.

—Perfecto. Voy al coche a por mis cosas —dijo, ansiosa por salir de allí. Necesitaba que el aire fresco le despejara la cabeza.

—Deja que te ayude. —Se ofreció sin esperar una respuesta afirmativa para hacerlo.

—¿Y tú maleta? —preguntó señalando en su dirección.

—Puede esperar.

Todavía en shock, Jimena permitió que la ayudara a sacar su equipaje del coche y a subirlo a su habitación. Un escalofrío le atravesó la espina dorsal cuando comenzó a subir las escaleras. El recuerdo de lo que había sucedido en ellas se instaló debajo de su piel y tuvo que agarrarse con fuerza a la barandilla para no soltar el chelo y lanzarse sobre él, preguntarle si había algo cierto en lo que le había contado Anabel y, si la respuesta era afirmativa, atarlo a esa escalera y no dejarlo marchar hasta que todos los malentendidos y las asignaturas pendientes entre ellos quedaran resueltas.

—Jimena, ¿estás bien? —Se giró Lucas que iba por delante cargado con las dos maletas que se había traído.

—Sí. Perfecta, ¿no me ves? —Replicó en un tono acerado que no pretendía usar. La respuesta de Lucas fue una sonrisa traviesa.

—Te decía que ahora cuando deshagas las maletas podríamos ir a la tienda a comprar algo para comer, me temo que la despensa está vacía.

—En realidad he quedado con Eugenia para comer con ella, pero estoy segura de que estará encantada de que me acompañes.

—De acuerdo. Me gustará saludarla. —Aceptó. No era exactamente lo que él había planeado, pero deseaba estar con Jimena, y acompañarla a casa de la panadera era un modo como otro cualquiera de pasar más tiempo con ella.

—Ahora mismo le mandó un mensaje para decírselo —dijo mientras cruzaba los dedos para que la mala cobertura de Alcolea le diera una tregua esta vez.

—De cualquier manera, deberíamos hacer algunas compras. —Insistió—. Habrá que cenar.

—Tienes razón. Dame quince minutos y nos vamos.

Jimena se pasó los quince minutos sentada en su cama. Intentando calmar los acelerados latidos de su corazón. Lucas estaba allí, lo había dejado todo y estaba de nuevo en Alcolea, no hacía falta ser un lince para entender que ella era el motivo de que hubiera regresado a ese pueblo. No había proyectos que necesitaran silencio y soledad, no había ninguna razón para que hubiera dejado Valencia. Se llevó las manos a las sienes, presionándolas, intentando calmar el pulso que sentía en ellas.

Ni siquiera le había preguntado el motivo de que estuviera en la casa, estaba tan alterada que había resultado grosera, puede que incluso un poco hostil.

—¡Relájate, Jimena! —se dijo—. E intenta ser amable.

Con esas directrices cogió el bolso y la chaqueta y bajó las escaleras.

—¡Lucas! —Llamó.

—Estoy en el salón, intentando encender el fuego.

Respiró hondo varias veces y se acercó hasta el salón. Lucas estaba acuclillado frente a la chimenea. Levantó la cabeza cuando ella se acercó y Jimena se fijó en la mancha negra que tenía encima de la ceja.

—Te has manchado —le dijo sin poder apartar la vista de su cara. Lucas se pasó la mano por la sien, pero al llevar los dedos negros de hollín, empeoró bastante la mancha.

Ella rio al ver el resultado.

—¿Ya está?

—Peor que antes. Llevas las manos sucias —explicó acercándose—. ¿Puedo?

—Sí.

Los dos aguantaron la respiración a la espera del roce. Con suavidad, Jimena pasó los dedos índice y corazón por la frente, sintiendo el calor de su piel en las yemas de sus dedos, alargando más tiempo del necesario el roce.

—Ya está.

—El fuego también. Dejemos que caldee la casa y vayamos a por víveres. —Propuso Lucas, sintiendo cómo toda la sangre de su cuerpo se concentraba en un punto.

En la tienda del pueblo les recibieron con afecto, todos los habitantes les creían una pareja, así que siguieron con la farsa mientras estuvieron dentro. Se cogieron de la mano y se miraron como dos tortolitos que buscan refugio para estar juntos.

Ir de la mano de Lucas revolucionó las hormonas de Jimena, que dudaba si podría seguir cuerda si debía compartir durante mucho tiempo el mismo espacio con él.

Cuando llegaron a casa las cosas no se pusieron mucho más fáciles. La cocina seguía siendo diminuta para dos personas, y todavía más si esas dos personas se dedicaban a guardar la compra en los armarios y la despensa.

En un momento en el que estaban haciendo malabares para que Jimena guardara los huevos y la leche en la nevera y Lucas, el pan de molde en el armario de arriba, se quedaron encallados prácticamente uno encima del otro. Ella podía sentir el musculado pecho masculino sobre su espalda. Tenía la piel tan sensibilizada por su contacto que estaba segura de que era capaz de saber qué músculo de su estómago se movía con cada movimiento.

La voz sensual de Lucas en su oído la hizo gemir. Su aliento cálido le rozó la piel del cuello.

—¡Qué bien hueles! A limón y azúcar.

Avergonzada por su propia reacción, no respondió. Temerosa de que le fallara la voz.

—No te muevas todavía. —Pidió él, en el mismo tono insinuante—. Tengo que guardar las latas también aquí arriba.

¡Me está torturando a propósito! Se dijo. No hay necesidad de guardarlo todo ahí. Sonriendo interiormente, se preparó para devolverle la pelota y, fingiendo que necesitaba abrir el cajón de la parte de abajo del frigorífico, pegó su trasero a la incipiente dureza de Lucas, contoneándose sin ningún pudor.

—¿Me pasas la lechuga? —Pidió con inocencia—. Voy a guardar la verdura —dijo al tiempo que volvía a moverse sobre él.

Una sonrisa de triunfo se instaló en su rostro cuando lo escuchó gruñir, y comenzó a sentir cómo su cuerpo respondía al contacto. Sin embargo, su tortura aún no había terminado. Dejó escapar un suspiro de necesidad y se preparó para realizar su último movimiento. Sin dejar de presionar el cuerpo de Lucas, se dio la vuelta quedando de frente a él, pegada a él desde los muslos hasta los senos, entonces echó la mano hacia atrás y cerró la puerta de la nevera.

—Jimena —Llamó Lucas con la voz ronca por el deseo.

Ella no respondió, ni siquiera dio muestras de haberle escuchado.

—Voy a darme una ducha y nos marchamos a casa de Eugenia, ¿o quieres que te reserve agua caliente para que te duches tú también?

La imagen del agua corriendo sobre la piel de Jimena embotó el cerebro de Lucas, que apenas era capaz de hablar con coherencia o de pensar en otra cosa que no fuera en ella desnuda y mojada.

—Sí, vale.

—¿Sí me ducho y nos vamos o sí te duchas y nos duchamos los dos? —Volvió a repetir reforzando la imagen en su cabeza.

—Sí. Ducha. Tú. Adiós —contestó marchándose a toda prisa de la cocina.

Jimena se sintió perversamente bien, el que juega con fuego acaba por quemarse. Tomó nota mental para ofrecerle ese sabio consejo popular a Lorena, la reina de los refranes.

Eran las dos menos cuarto cuando salió de su dormitorio ya duchada y ataviada con el mismo vestido rojo que había llevado la primera noche que se acostaron juntos en esa misma casa. Se había ondulado el cabello en las puntas dejándolo suelto.

Sentía que había ganado la primera batalla, pero la guerra era mucho más amplia. Parada en la puerta de su habitación hizo dos respiraciones profundas y movió sus dedos al ritmo de Elgar, mientras con su brazo derecho agitaba el arco de su chelo.

—¿Nerviosa? —preguntó la voz de Lucas.

Abrió los ojos y se topó con la imagen más sexy que había visto nunca. Lucas llevando unos vaqueros desgastados con unas botas de motorista y su camiseta de Led Zeppelin debajo de una chaqueta de cuero.

—¡Madre mía! Chico malo, estás buenísimo —dijo intentando que sonara a burla. Él no picó.

—Tú también estás muy guapa. ¿Nos vamos o prefieres que nos quedemos en casa? —Se burló él.

—Nos vamos. Sería una lástima que las mujeres del pueblo se perdieran verte vestido de cuero.

—*Touché*. —Aceptó la derrota.

Bajaron las escaleras agarrados y, aunque ninguno de los dos dijo nada, ambos recordaron lo mismo al bajarlas.

—Hola, Lucas. ¡Cuánto tiempo!, ¿Cómo estás? —le preguntó abrazándole, aunque no le permitió responderle a la pregunta, sino que ella misma lo hizo—, guapísimo como siempre.

—Gracias, Eugenia. Tú estás estupenda.

—Pasad, pasad. He preparado codornices en escabeche porque sé que Jimena se muere por comer carne, ¿te parece bien? —Inquirió a Lucas.

—Cualquier cosa que prepares tú seguro que está deliciosa. —Aduló consiguiendo que la panadera le mirara con ojitos soñadores.

Siguiendo a Eugenia llegaron al salón, una estancia acogedora y con el estilo colorido e inconfundible de la mujer. Su marido se levantó del sillón para saludar a los invitados y Lucas y él pronto comenzaron a hablar de lo que hablan todos los hombres que apenas se conocen, de fútbol.

La chelista se dio cuenta de que en la mesa había cubiertos para cinco personas, sin embargo, no preguntó.

—Niña, ¿qué hace Lucas aquí?

—No lo sé. Estaba ya en la casa cuando yo he llegado. No le había dicho que iba a venir —le comentó entre susurros.

—No hace falta que te diga que eso se lo debes a tus amigas.

—Voy a acabar con ellas cuando las pille. Por entrometidas.

—Lo que cuenta es que él ha venido. No lo habría hecho si no te quisiera. —Advirtió muy seria. Jimena iba a replicar cuando el timbre sonó y la mujer fue a abrir. Tres minutos después entró por la puerta de nuevo acompañada de un hombre de unos treinta años, alto, dos

dedos más alto que Lucas, moreno y con los ojos más verdes que había visto en su vida.

Eugenia se acercó a ella con el chico a su lado.

—Jimena, ¿te acuerdas de lo mucho que te he hablado de mi sobrino Manuel? —preguntó sin poder ocultar el orgullo.

—Pues claro, como para olvidarme. —Bromeó ella—. No habla de otra cosa.

—Es que mi tía me quiere mucho —comentó Manuel con una voz rasgada que enrojeció sus mejillas—. Espero no resultar muy decepcionante.

Dijo sabiendo que nadie podría decir algo así sobre él.

—¿Buscas halagos? —Le espetó su lengua viperina con una sonrisa.

—Siempre. Es una de mis máximas. Conseguir que las chicas guapas me piropeen.

—En ese caso, no eres ninguna decepción. ¿Contento?

—Mucho. —Bromeó él.

El carraspeo de Lucas la hizo girarse. Su rostro estaba impasible, a excepción del rictus serio de sus labios.

Eugenia siguió ejerciendo de anfitriona y le presentó a Lucas a su sobrino, no añadió ningún epíteto, ni novio ni amigo, solo Lucas.

La comida se desarrolló tranquila, la incomodidad de Jimena estando a solas con Lucas desapareció en casa de su amiga, y Manuel resultó ser una persona interesante y carismática. Jimena estaba sorprendida de que siguiera viviendo en Alcolea, el pueblo era precioso para pasar unos días de descanso, pero demasiado tranquilo y aburrido para vivir regularmente. Entonces Eugenia comenzó a alardear de sobrino y supieron por fin la razón de que viviera tan aislado, era el médico del pueblo, ejercía en el mismo lugar en que lo había hecho su padre.

—Mi tía me ha dicho que eres músico. Es una lástima que no hayas traído tu instrumento, me habría gustado escucharte —comentó Manuel con una sonrisa deslumbrante de dientes blancos y perfectos.

—Estoy segura de que Jimena se ha traído el chelo, dudo que vaya a ninguna parte sin él. — Intervino Eugenia.

—Me has pillado, Eugenia. —Concedió riendo.

—Entonces tienes que tocar para mí. —Pidió Manuel—. ¿Qué te parece mañana? Prometo prepararte una cena casera de chuparse los dedos.

—Sí, Jimena, ¿por qué no le tocas algo de Elgar? Seguro que le encanta. —El comentario de Lucas había sido deliberadamente hiriente.

—Claro, mañana no tengo planes. Me encantará cenar contigo. —Aceptó más por fastidiar a Lucas por su desafortunado comentario que porque tuviera ganas realmente de ir a cenar con Manuel.

Vale que fuera guapo, simpático e inteligente, pero ella estaba echada a perder para todos los hombres que no fueran creídos, atractivos, divertidos, inteligentes y unos arquitectos brillantes.

En cuanto salieron de la calle de la panadería, aceleró el paso. Caminaba tan rápido que pronto dejó a Jimena andando a unos metros por detrás de él.

Siguió su camino como si no escuchara la pregunta de ella a su espalda, tenía prisa. Claro que la tenía, estaba impaciente por recoger sus cosas y marcharse de Alcolea cuanto antes.

Estaba nervioso, más nervioso de lo que recordaba haber estado nunca, pero también estaba enfadado consigo mismo y con ella. Sobre todo, con ella por ser la mujer perfecta para él y no permitirle quererla.

Cuando Patricia y Lorena habían ido a su despacho para contarle que Jimena se marchaba unos días a Alcolea, no se había cuestionado qué debía hacer. La respuesta había estado clara desde el comienzo, de manera que lo había dejado todo, la reunión que tenía para esa misma mañana con uno de sus clientes más importantes, los últimos retoques al proyecto más decisivo de su carrera, y todo para descubrir que había sido un completo imbécil.

Se paró de repente consiguiendo que Jimena chocara contra su espalda:

—¿Ha sido él la razón por la que has vuelto al pueblo?, ¿No me mientas? —Advirtió muy tenso.

—¿De qué hablas? ¿Por qué estás tan raro?

—De Manuel, Jimena, ¿de quién sino iba a hablar? —preguntó mirándola fijamente.

—No sabía que Eugenia hubiera decidido invitarle a comer, y desde luego él no es la razón por la que he venido a esta casa. Necesitaba descansar, ya te lo había contado.

—Te he dicho que no me mientas. —Exigió en un tono frío y distante.

—No te miento, aunque tampoco comprendo por qué narices te importa tanto.

—Por fin algo en lo que estamos de acuerdo, ¿por qué narices me importa? —dijo acelerando el paso y dejándola atrás aturdida y molesta consigo misma por no saber mantener la boca cerrada.

CAPÍTULO 39



Los días anteriores a su viaje a Alcolea habían sido capaces de compartir charlas y tiempo juntos sin que hubiera habido ninguna disputa entre ellos; si bien era cierto que no habían tocado aspectos románticos, no lo era menos que en esos días se habían conocido mejor. Jimena no era una persona que contara mucho de su vida, pero con Lucas se sentía cómoda y había compartido más confesiones de las que había ofrecido a otros amigos a los que conocía desde hacía más tiempo.

Y ahora, apenas un día después, estaban de nuevo enfrentados, y además por causas de las que, en principio, no eran culpables ninguno de los dos. Ella no le había pedido a su amiga que invitara a comer a su sobrino, como tampoco le había dicho a él que iba a estar en el pueblo. Y Lucas no debería haberla juzgado tan a la ligera, tendría que haber confiado en su palabra. Haber sabido que jamás haría un viaje como ese para conocer a un hombre cuando estaba dedicando su tiempo a descubrirle.

Estaba tan molesta que no podía dilucidar si primaba la preocupación o el enfado a que Lucas se marchara sin despedirse de ella. Siguiendo uno de sus arrebatos, se metió en su dormitorio,

cogió la silla en la que solía dejar el estuche de su instrumento y la arrastró hasta ponerla en medio del pasillo, justo frente a la puerta del dormitorio de Lucas, de manera que no pudiera salir de allí sin toparse de frente con ella.

Después regresó a su habitación a recoger su chelo, y con él en brazos, se sentó en su improvisado lugar de ensayo, donde comenzó a tocar sin descanso las suites para chelo de Bach, a la espera de que el maldito gruñón saliera a encararla.

Estaba listo si esperaba que lo iba a dejar correr.

Dos horas después seguía tocando; y mientras, Lucas permanecía recluido por voluntad propia, en su cuarto.

—¿Por qué has invitado a Manuel? Deberías habérmelo dicho, Eugenia. —Se quejó Jimena, en cuanto entró en la panadería.

No se molestó en comprobar si estaba la Pepa o alguna de las clientas allí. Por suerte, Eugenia estaba sola.

—No pensaba hacerlo, pero después de que me dijeras que Lucas también venía a comer me pareció una idea excelente, ¿por qué?, ¿qué ha pasado?

—Lucas cree que he venido hasta aquí para conocer a tu sobrino.

—¡Está celoso! —Rio la panadera de buena gana—. Eso es buena señal.

—¡Está enfadado! No me sorprendería si está haciendo las maletas para irse.

—No lo creo, niña. No es de los que se rinde fácilmente. Dale tiempo y verás.

—¿Tiempo? Esta tan enfadado conmigo que no sé qué va a pasar ahora. Y lo peor es que ni siquiera sé por qué se lo ha tomado tan mal. Y no me digas que es porque le gusto, si le gustara me lo hubiese dicho. No se habría apartado cada vez que hemos estado a punto de besarnos, no…

—No quiere meter la pata contigo. —La cortó Eugenia.

—¿Qué quieres decir?

—La última vez te propuso una relación abierta. Ahora quiere una relación convencional y si te la ofreciera tú no le creerías. Pensarías que lo hace únicamente para que aceptes y que por detrás seguiría

haciendo la vida que ha hecho hasta el momento. Si Anabel no te hubiera contado que ya no estaban juntos, ¿le habrías creído?

—¿Por qué no iba a creerle?

—No lo sé, dímelo tú. Para empezar ni siquiera has sido capaz de responder con un sí o un no. Me has devuelto la pregunta. Lo que no dice mucho a favor del sí. —Adivinó Eugenia.

—¿Cómo puedes calarme con tanta facilidad? La panadera se rio con ganas.

—No eres fácil, bonita. De hecho, eres una de las personas más complicadas que he conocido. Eres cabezota, tu carácter es como una bomba de relojería a punto de estallar… Creo que en eso reside principalmente el problema de Lucas, que no tiene ni idea de cómo vas a reaccionar cuando te diga lo que siente por ti. Tal vez deberías ponérselo fácil. —Propuso con una sonrisa traviesa.

—¿No esperarás que me declare yo?

—Nada tan drástico. Mejor métete en su cama. —Le aconsejó, guiñándole un ojo—. Y ahora alegra esa cara y vayamos a merendar.

¡Mierda! estaba hambrienta, Lucas no había salido de su cuarto más que una sola vez y no había sido precisamente para hacer la cena. Había bajado a la cocina y se había llevado a su dormitorio un paquete de galletas y un vaso con leche. Ni siquiera la había mirado al pasar por su lado. Y para colmo de males ella estaba tan nerviosa tras la sugerencia de Eugenia que no había reaccionado a tiempo y le había dejado marcharse sin decir nada.

Y ahí estaba ella a las dos de la madrugada, hambrienta en toda la extensión de la palabra. Y lo que más le molestaba era que las dos cosas que más deseaba en esos momentos, estaban a unos metros de distancia. Lucas, plácidamente dormido en su cama, ajeno a sus desvelos. Y la cocina, a rebosar de la comida que habían comprado juntos.

Maldiciendo sus debilidades, se levantó de la cama envolviéndose en una de las mantas, se calzó y bajó despacio a la cocina. Estaba a mitad de camino cuando escuchó unos ruidos extraños, como si alguien estuviera intentando entrar en la casa por la ventana de la cocina. Su primera reacción fue avisar a Lucas, pedirle ayuda, pero

no se sentía capaz de entrar en su dormitorio para despertarlo y abandonarlo con la rapidez que requería la situación. De manera que decidió enfrentarse sola al problema.

Sin dejarse llevar por la prudencia, se quitó las zapatillas para no hacer ruido y se dirigió hasta la entrada de la casa, en la que recordaba haber visto un paragüero lleno de viejos paraguas, que, si bien no eran el hacha de Jack Torrance, para el caso podían servir.

Con la improvisada arma en la mano se deslizó silenciosa en la cocina, y se topó con un bulto negro con la cabeza metida en la nevera. Sin pensárselo mucho golpeó al intruso en la parte de atrás de las rodillas haciendo que cayera sentado sobre ellas. El pobre diablo profirió un grito de dolor, pero Jimena no se dejó embaucar por la pena, sino que se abalanzó sobre su espalda y se subió para agarrarle del pelo con saña.

—¡Lucaaaaaaaaaaaas! —Gritó a todo pulmón—. ¡Baja ha entrado alguien en casa!

—¡Jimena! —Escuchó que Lucas gritaba.

Menos mal que se había despertado y llegaba a toda prisa en su auxilio, porque el intruso era muy fuerte e iba a soltarse en cualquier momento.

—¡Suéltame!

Era la voz de Lucas, y la petición le había llegado desde debajo, desde muy cerca. Demasiado.

Sus manos soltaron el cabello de su presa, que se puso de pie con dificultad haciéndola caer al suelo de culo sin ningún miramiento despacio y muy probablemente dolorido se dio la vuelta para enfrentarla.

—¿Estás loca?, ¿qué pasa contigo que nunca piensas antes de actuar?

—Lo siento, pensaba que alguien había entrado a robar —balbuceó.

—¿A robar comida?

Ella se encogió de hombros, no disponía de ninguna excusa que fuera razonable.

—Lo siento, no lo pensé mucho.

—Ese es tu problema, Jimena que no piensas mucho. —La acusó, enfadado.

—Todo lo contrario que el tuyo, que piensas demasiado —dijo antes de dar un salto, colgarse de su cuello y besarle como si quisiera devorarlo.

Gimió ante el cálido contacto, ¡Dios! Había deseado tanto tiempo besarlo que apenas podía refrenarse y contener el deseo que despertaba su proximidad. Ansiosa por estar más cerca, se pegó a su cuerpo, levantando una pierna y enroscándola en su cintura. La mano de él no tardó mucho en buscar el muslo que le rodeaba, e incluso en ir más allá.

Una vez que se recuperó de la sorpresa que había supuesto su asalto, Lucas respondió al beso con la misma intensidad que Jimena. Su lengua se abrió paso en su boca, acariciando cada recodo. Jimena levantó la otra pierna, haciendo fuerza con los brazos para sujetarse, y presionó su necesidad sobre la protuberancia que se clavaba en su vientre.

—Más cerca. —Pidió liberando la boca masculina.

Instante en que Lucas reaccionó ante lo que estaba sucediendo.

—¿Primero me acosas con tu chelo, luego me atacas con un paraguas y ahora, y ahora… Me besas?

—preguntó cuando se apartó de ella y la ayudó a despegarse de él.

—¿Prefieres que te acose o que te ataque?

—Lo que quiero es que te aclares. ¿Has cancelado la cena con Manuel?

—No sabía que tuviera que hacerlo —comentó con chulería.

—Buenas noches, Jimena. ¡Qué descanses! —Ofreció con una sonrisa, sabedor de que con lo excitada que estaba le iba a costar tanto como a él conciliar el sueño.

—Buenas noches, Lucas. Te deseo lo mismo.

CAPÍTULO 40



Su día había sido de lo más extraño y, según apuntaba, iba a terminar de la misma guisa.

Al despertar se había topado con que tenía un mensaje que le avisaba de seis llamadas perdidas de su padre. La mala cobertura había hecho complicado el contacto, y de repente se encontraba en la tesitura de devolverle las llamadas o ignorarlas. Finalmente había vencido su miedo y había hecho la llamada con las piernas temblando y un nudo en el estómago. Contra todo pronóstico, su padre se había disculpado con ella, e incluso le había ofrecido algo que Jimena jamás pensó que escucharía de sus labios, una oferta de paz, una invitación semanal para que comiera con ellos el día que ella eligiera.

Sorprendida por ese cambio, había prometido pensárselo y se había pasado el resto del día perdida entre Lucas y su padre. Intentando dilucidar cuál de ellos le hacía la vida más difícil.

Salió de su dormitorio y se encaminó hacia las escaleras, sin embargo, se detuvo a mitad de camino, frente a la puerta de Lucas, atenta a cualquier sonido que le anunciara que seguía allí. Durante un largo minuto no se movió, a la espera de escuchar algún movimiento en el cuarto, a que saliera y le pidiera que se quedara

con él, que la besara robándole el sentido… Que hiciera otras cosas que no fuera enfadarse e ignorarla. No había podido disculparse convenientemente, cuando creyendo que era un ladrón, le había golpeado con un paraguas. Por la mañana, cuando bajó a desayunar, se dio cuenta de que su puerta estaba abierta y que él no estaba dentro.

Creyendo que estaría en la cocina desayunando, que ya había superado el encierro, había bajado los escalones de dos en dos, debatiéndose entre gritarle cuando le viera, por haberse apartado de ella sin razón, o besarle y terminar lo que habían empezado horas antes. Terminó decantándose por lo segundo, pero al entrar, se encontró con que no había nadie allí. No podía haberse ido, sus cosas seguían en su dormitorio. Sus botas estaban junto a la cama, un libro en la mesilla de noche…

El ruido de la puerta de la entrada la sacó de golpe de sus pensamientos. Instantes después Lucas entraba en la cocina, con una camiseta de tirantes, una sudadera, pantalones cortos de correr y zapatillas.

Su pelo estaba humedecido en las sienes y sus ojos se veían brillantes por el ejercicio, su barba de dos días asomaba a su rostro dándole un aspecto sexy y peligroso que conseguía que sus piernas temblaran solo de imaginarle más cerca.

—Buenos días. —Le saludó, tanteando su actitud—. Me gusta tu nuevo *look*

—¿Mi nuevo *look*?

—La barba —dijo señalándola—. Te queda muy bien.

—Gracias —contestó sin mucho entusiasmo.

—¿Has salido a entrenar con el frío que hace?

—Tenía que correr un rato, tengo los músculos agarrotados, ya que ayer una loca me golpeó en los gemelos con un paraguas.

—Fue un accidente. —Se disculpó—. Estaba tan asustada que no me di cuenta de que eras tú.

—Seguro que sí.

—Bueno, al menos ha servido para que vuelvas a la vida y no te quedes encerrado como si estuvieras haciendo penitencia.

—Estoy seguro de que estoy haciendo penitencia desde que te conozco. Voy a darme una ducha. — Anunció dándose la vuelta y dejándola, por primera vez, sin palabras.

Obligándose a dejar de mirar la puerta de Lucas, se instó a andar y bajó las escaleras con una molesta sensación en el estómago de estar equivocándose, ¿qué estoy haciendo…? ¿Debería llamar a Manuel y cancelar una cena a la que no tenía muchas ganas de asistir? Esforzándose por dejar su mente en blanco cogió la chaqueta que colgaba del perchero de la entrada, el bolso y cuando se diponía a abrir la puerta, dos fuertes brazos la levantaron del suelo sujetándola por la cintura y las rodillas.

Gritó movida por el instinto.

—No grites, no pasa nada, soy yo —indicó Lucas.

—¡¿Estás loco?! Me has dado un susto de muerte. ¡Bájame!, ¿qué haces? —Sacudió las piernas para que la soltara.

—Secuestrarte. No voy a permitir que tengas una cita con el medicucho ese. En realidad, no vas a tener nunca más una cita con nadie que no sea yo —comentó con tranquilidad como si hablara del tiempo.

—¡Estás loco! ¡Bájame!

—Creo que no —dijo sonriendo con una mirada traviesa que derritió a Jimena.

Sin soltarla ni borrar la sonrisa se dirigió hasta las escaleras que conducían a los dormitorios.

—¡Eres un troglodita!, ¡suéltame ahora mismo! Saldré con quien quiera, porque tú no tienes ningún derecho a decirme a quién puedo o no puedo ver. —Le retó a pesar de que ni siquiera había querido cenar con Manuel. La única razón por la que había aceptado era por no ofender a Eugenia; pero Lucas sacaba lo peor y lo mejor de ella aunque en ese instante no cabía duda de que su lado bueno estaba bajo llave.

—¡Seguro que sí, preciosa! —le dijo aproximándose a su boca—. Tú no quieres ver a nadie más que a mí, y yo estoy loco por ti. ¡Vete acostumbrando! Ahora solo hay un «nosotros» —explicó antes de besarla apasionadamente en el tercer peldaño de las escaleras.

—Demuéstralo. —Pidió Jimena separándose para respirar—. Aclárame qué significa «nosotros».

—¿Aquí?, ¿no prefieres que te lo muestre en un lugar más cómodo? —Le ofreció con una sonrisa traviesa que aceleró más el pulso de Jimena.

—Aquí, ahora, ¡ya!

Volvió a besarla, dispuesto a cumplir con su petición.

Con cuidado y sin apartar los labios de su boca, le quitó la goma que sujetaba su pelo, dejando que se esparciera a su antojo por la espalda, tomó un mechón y se lo llevó a la nariz. El aroma a limón y azúcar activaron sus instintos como una inyección de adrenalina.

—Llevas demasiada ropa. —Se quejó al tiempo que tiraba del borde del jersey para quitárselo—. Te quiero sin nada.

Ella levantó los brazos de buen grado quedándose solo con el sujetador de encaje, esperando que él se lo quitara también, pero Lucas tenía otros planes más inmediatos.

—¡Siéntate! —Pidió empujándola con suavidad de manera que quedó sentada en el escalón. La expectación la estaba matando, pero Lucas no precipitó el momento.

Con cuidado, le quitó un botín, el otro después, y tras ellos los calcetines. Sonrió al ver sus uñas pintadas de rosa, un toque femenino que no esperaba.

Sus manos siguieron con el recorrido hasta detenerse en el botón del vaquero, que desabrocharon con habilidad. Con una lentitud que hacía retorcerse de deseo a Jimena, tiró de ellos para ir descubriendo centímetro a centímetro la piel de sus piernas. Se quedó vestida solo con la ropa interior, un diminuto conjunto de encaje negro y fresa del que la chelista solo pensaba en deshacerse.

—¿Vas a torturarme mucho más?

—No es tortura sino dedicación. Quiero adorar cada una de tus pecas. —Bromeó mordisqueando su oreja—. Voy a empezar por las que escondes aquí —indicó.

Jimena no protestó, no pudo hacerlo. Los dedos de Lucas se metieron por debajo de su tanga, buscando la húmeda entrada para acariciarla con una sonrisa traviesa en los labios.

—¿Qué quieres que te haga, cariño? Estoy a tu completa disposición.

—¡Bésame! —Pidió arqueándose.

Sentándose de rodillas en el escalón que quedaba entre sus piernas, se acercó a su boca para cumplir con la petición, sin embargo, Jimena se apartó.

—No quiero que me beses ahí.

Los ojos de Lucas brillaron con malicia.

—¿Dónde quieres que te bese?

—¿Vas a hacer que lo diga? —Sus mejillas estaban encendidas por el deseo y la vergüenza.

—No. —Asiéndola por las rodillas tiró con cuidado para que su trasero quedara por encima del escalón y se deshizo de la ropa interior bajándola tan despacio que parecía una caricia. Antes de que Jimena pudiera reaccionar, sintió cómo se inclinaba sobre ella y su boca se posaba en su ardiente necesidad. Sus dedos la abrieron dejándola expuesta y temblorosa, mientras su lengua la atormentaba, y su barba friccionaba la parte más sensible de su cuerpo.

Sus manos se aferraron a sus fuertes hombros, la sensación que buscaba estaba cada vez más cerca. Echó la cabeza hacía atrás cuando la oleada de placer se inició en su vientre y arrasó con cada una de sus terminaciones nerviosas.

Tardó casi un minuto en reponerse y poder abrir los ojos, al hacerlo se encontró con Lucas mirándola fijamente, completamente desnudo y excitado.

—¡Madre mía!, eres toda una visión —murmuró levantándose del escalón para pasear sus dedos por su vientre.

—No. —Impidió la caricia—. Hoy es todo para ti. —Le ofreció sonriendo.

—¡Pero quiero tocarte! —Se quejó—. Necesito tocarte.

—Después. Te lo prometo. —La besó en los labios—. Y ahora date la vuelta, arrodíllate en el escalón y separa las piernas. Así, preciosa. —Alabó cuando ella hizo lo que le pedía—. Ahora apoya las manos en el peldaño de arriba. —Pidió Lucas con urgencia.

Sus manos la asieron por la cintura para acercar su trasero a su dureza.

Jimena gimió cuando sintió sus labios sobre su espalda, en su cuello, la nuca. Las manos abandonaron su anterior posición para bajar hacia el sur, excitándola más. Atizando su deseo… Se le endurecieron los pechos cuando el sujetador desapareció de su piel.

—Ahora, por favor. Te necesito dentro de mí.

—Cariño, no seas impaciente. —La distrajo.

Pero antes de que pudiera protestar, pillándola totalmente por sorpresa, se hundió en su cuerpo mientras su boca mordisqueaba y lamía la piel de sus omóplatos y sus dedos jugueteaban con sus pezones.

Comenzó a moverse despacio dentro de ella, saliendo casi completamente para después volver a llenarla de golpe con acometidas profundas que les hacían gemir a los dos. Con cada envite Jimena se sentía más débil, sus brazos, apoyados en el escalón, casi no podían sujetar el peso de su cuerpo. Adivinando lo que sucedía, Lucas cambió la postura. Entre protestas abandonó su calidez, le dio la vuelta para que quedara de frente a él y la hizo subirse en sus brazos, sujetándola por el trasero y indicándole que le rodeara las caderas con las piernas. Afianzándose en la pared, retomó el ritmo que había marcado, dándole tiempo a Jimena a dejarse llevar por el momento. Apretó los dientes con fuerza cuando la sintió contraerse y apretarle en su interior. No obstante, no se permitió liberarse todavía, siguió bombeando hasta que la notó relajarse en sus brazos. Entonces y solo entonces se dejó llevar.

Cuando abrió los ojos estaba sentada sobre Lucas, que hacía lo propio en el suelo. Tenía los ojos cerrados y su respiración era plácida. Depositó dos suaves besos sobre sus párpados, consiguiendo con ello que los abriera y la mirara.

—Te quiero, Jimena. —Confesó, y en su voz se adivinaba la emoción, como si acabara de descubrir hasta qué punto la amaba—. Y no me preguntes por qué ya que no tengo ninguna respuesta. Eres probablemente la mujer más exasperante que conozco, pero soy incapaz de pensar en ti. No puedo dejar de tocarte, de necesitarte. Estás en todo lo que hago, en todo lo que digo. Me

sorprendo a mí mismo pensando en qué dirías si estuvieras a mi lado cuando voy a prepararme la cena, cuando gana mi equipo… Cuando veo una película… Lo eres todo.

—Tampoco es que tú seas un modelo de perfección. —Se quejó.

—Así me gusta, peleona hasta cuando se te declaran. Mi gata arisca, mi Jimena.

Iba a volver a protestar cuando la boca de él capturó de nuevo sus labios acallando cualquier queja.

CAPÍTULO 41



Sus dedos comenzaron a moverse ágiles por el brazo que la sujetaba, marcando con ellos las notas con las que dejaba atrás la tensión, la desilusión o se permitía disfrutar del placer de ser ella misma. Solo que en esta ocasión el chelo no era imaginario, sino sólido, de carne y hueso. Su preciado instrumento era el cuerpo del hombre al que amaba, y esa mañana la música fue más atronadora y triunfal que nunca.

Estaba demasiado eufórica para seguir acostada, necesitaba moverse. Disfrutar de los días que le quedaban en Alcolea. El único punto que enturbiaba su perfecto despertar era el haber dejado a Manuel con la cena puesta y sin ninguna explicación. Sobre todo, porque Eugenia era una buena amiga y no quería que se sintiera ofendida por lo que había hecho. Necesitaba disculparse con ellos, pero sus piernas estaban enredadas de tal modo que era imposible que se moviera sin despertar a Lucas.

Poco a poco fue separándose, intentando liberarse sin molestarle. Ya estaba a punto de salir de la cama cuando notó que él se removía.

—¿Se puede saber a dónde vas tan pronto? —preguntó atrapándola en un abrazo e impidiéndola abandonar la calidez de las mantas.

—A ver a Eugenia.

—¿Vas a contarle lo nuestro?, ¡hummm! Qué impaciente. —Bromeó besándole el pelo—. ¡Qué bien hueles!

—En realidad voy a disculparme con ella por dejar tirado a su sobrino anoche. —Dándose la vuelta en sus brazos se quedaron el uno frente al otro.

—Pues si no es para alardear de novio no creo que vaya a dejarte salir tan pronto de la cama. — Ronroneó acercándola más a él.

—¿Y si prometo traerte rosquillas de anís? —Le ofreció sonriendo traviesa.

—Tentador…, pero no aceptaré por nada menos que las rosquillas y un beso.

—Eres todo un negociador. —Bromeó, acariciando su barba, que raspó en las yemas de sus dedos. El recuerdo de su pelo torturando otra zona más delicada de su cuerpo la acaloró con una rapidez pasmosa.

—Ya sabes que no necesito esforzarme para ser bueno en todo —dijo con una sonrisa burlona, y añadió cuando se dio cuenta de que Jimena quería protestar su afirmación—. Igual que tú, preciosa.

—Después de esto no puedo negarme ni al beso ni a las rosquillas. —Aceptó sentándose a horcajadas sobre él—. ¡Vaya! —Se rio encantada, al notar su buen humor—. Buenos días para ti también.

—Eso es porque estoy muy contento de que me traigas rosquillas. —Se guaseó Lucas clavando sus dedos en el trasero que presionaba su buen humor.

Un segundo después, volvían a ser una maraña de brazos y piernas.

***

Eugenia la recibió sonriendo. Era evidente por su cara que su sobrino la había avisado de que no había habido cena.

—Buenos días. Traes cara de no haber dormido mucho. —Bromeó con un guiño divertido—.

¿Manuel te tuvo hasta muy tarde tocando?, qué desconsiderado sabiendo que has venido al pueblo a descansar.

Jimena supo que abría la boca y que sus cuerdas vocales vibraron mudas porque pero no fue capaz de articular ningún sonido. Había ido preparada para que Eugenia le recriminara no haber ido, pero en ningún momento se planteó la idea de que no lo supiera.

—Eugenia… Yo… —Logró articular.

—¡La madre de Dios, Jimena! Era broma, niña. Solo quería tomarte el pelo, ya sé que no fuiste a cenar con Manuel. Me llamó preocupado por si te había pasado algo, y yo me figuré lo que te pasó

—comentó con su acostumbrado buen humor.

—¿No estás enfadada?

—¿Por qué iba a estar enfadada? Anda, entra a la trastienda y nos tomamos un cafelito mientras me pones al día de los detalles que se pueden compartir. —Asomándose a la sala del horno, gritó—:

¡Maridín! Sal para atender a las clientas. ¡Alégrales el día, guapo!

Jimena rio por la ocurrencia y siguió a Eugenia a por el café prometido.

Habían pasado los dos mejores días de sus vidas, pero ahora tenían que regresar a la rutina del trabajo, los atascos… Jimena se removió en el sofá en el que estaba tumbada con Lucas, frente a la luz del fuego de la chimenea, sin televisión, ni móviles… Nada que distrajera la atención el uno del otro.

—¿No podemos quedarnos aquí?

—Estaría bien por una temporada, pero seguro que acabarías aburriéndote —comentó Lucas—. Sin DVD, ni ensayos… Lo más probable es que después de varias semanas planearas matarme.

—No lo creo, eres bastante entretenido. Además, no te mataría, simplemente te cambiaría por otro que me divirtiera más. —Bromeó con expresión seria.

Lucas abrió los ojos como platos.

—¡Serás bruja! —La acusó haciéndole cosquillas, en los puntos certeros que había descubierto la noche anterior.

—¡No, no, para! Por favor

Apiadándose de ella paró su divertida tortura, instante que Jimena aprovechó para incorporarse en el sofá y sentarse sobre sus rodillas.

—Da igual lo creído, gruñón o mandón que seas, no pienso dejarte. Nadie que te conozca y esté en su sano juicio te dejaría —dijo, haciendo referencia a algo que sabía que Lucas tenía clavado como una espinita, la marcha de sus padres cuando él era un niño—. Eres dulce, cariñoso, inteligente, y te quiero. Creo que te quiero desde que entraste conmigo en Nochevieja cogido de la mano a pesar de que estaba tan hinchada que podía salir volando en cualquier momento. Fue entonces cuando me di cuenta de que no eras tan superficial como parecías.

El estómago de Lucas se contrajo, conmovido por tan tajante afirmación.

—No puedo creer lo ciego que estuve cuando te conocí. Eres preciosa, adoro todas y cada una de tus pecas. Son como el mapa del tesoro, indican el camino hasta la joya más valiosa de todas, tú.

—¡Dios! Sí que compensas, este instante compensa todos y cada uno de los minutos malos — murmuró para sí misma antes de besarle.

EPÍLOGO

30 De Diciembre.



Lorena y Rubén acababan de casarse y llevaban unos meses en los que casi no salían de casa. Jimena había imaginado que su exilio se debía a que practicaban para aumentar la familia, Lorena le había comentado que Rubén tenía muchas ganas de ser padre.

Subió en el ascensor mientras Lucas se quedaba cogiendo algo del coche.

Como cada año los últimos días de diciembre la ponían melancólica, y aunque Lucas se había esforzado en animarla, y gracias a él había vivido las mejores navidades de su vida, no podía evitar pensar en que un año más se perdería la Marcha Radetzky, que ella no estaría en Viena tocando junto a los mejores músicos del planeta.

Metió la llave en la cerradura del piso de Lucas, que compartían desde hacía unos meses, y se topó con que la llave no estaba echada, algo completamente extraño ya que recordaba haber cerrado ella misma al salir. Como si se tratara de un déjà vu, resonó

en su mente el inicio de su romance con Lucas en Alcolea… Una puerta que no estaba cerrada con llave, el olor a limpio, la chimenea…

—Debes de estar pensando en algo agradable, porque pones ojos de cordero degollado. —Le espetó una voz femenina que conocía muy bien—. Diría que la expresión no te pega, pero últimamente he comenzado a replantearme mi postura.

Jimena dio un salto sin moverse del sitio por la sorpresa.

—¿Patricia?, ¿qué haces en mi casa?, ¿le ha pasado algo a Héctor?, ¿cómo has entrado?

—Siento decepcionarte, pero ahora mismo solo recuerdo una de tus preguntas. ¡Ni que fuera un político en un debate! —respondió burlona.

Jimena se dio cuenta de que llevaba la chaqueta y el bolso en la mano, con toda seguridad se marchaba cuando ella entró.

—Acabas de responder a tres. No estarías tan graciosa si a tu novio le hubiese pasado algo. — Adivinó, y puso gesto de que seguía esperando respuestas.

En ese momento apareció Lucas en el umbral, que no pareció asombrado porque Patricia estuviera allí.

—Hola, Patricia. —La saludó dándole dos besos—. Muchas gracias por venir. ¿Has podido hacer lo que te pedí?

—La duda ofende. —Y añadió—: Lo tienes en vuestro dormitorio.

—Perfecto. Muchas gracias, eres estupenda. —La aduló ofreciéndole una sonrisa que puso de malas a Jimena.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal. —Le guiñó un ojo sabiendo que el gesto no le iba a gustar a su amiga.

—¿Estás coqueteando con mi novio?

—Sí, pero no es nada personal, Jimena. Es la costumbre, los hombres atractivos e inteligentes me tiran de la lengua.

Estaba a punto de replicar cuando Lucas la interrumpió muy sonriente, y complacido por el piropo.

—Cariño, tengo una sorpresa para ti, nos vamos de viaje.

—¿Ahora?

—Ahora mismo, en cuanto recojamos nuestras cosas nos marchamos al aeropuerto. Nuestro vuelo sale a las seis.

—De acuerdo, pero eso sigue sin contestar a mi pregunta. ¿Para que necesitabas a mi amiga en casa? —preguntó poco entusiasmada con la noticia.

—¡Ufff! —murmuró Patricia—. Está celosa. Cuidado que muerde.

—No estoy celosa. Tengo curiosidad, eso es todo. —Se defendió con los brazos en jarras y una mirada que retaba a Patricia a contradecirla.

—Claro, por eso estás dando saltitos de alegría por lo que te acaba de decir tu novio. Celosa, claramente. —Zanjó la violinista.

Lucas sonrió encantado mientras Jimena volvía a fulminar a Patricia con la mirada. Con un suspiro resignado la rubia aceptó la advertencia.

—Bueno chicos, me encantaría quedarme, pero tengo cosas más importantes que hacer, como ayudar a mi suegro con la frutería, ahora que Héctor ha empezado a dar clases, el pobre me necesita. Qué lo paséis estupendamente. —Y acercándose para abrazar a su amiga, añadió—: No metas la pata, este hombre merece mucho la pena. Ya sabes, muérdete la lengua de vez en cuando.

—¿No te da miedo que me envenene a mí misma?

Riendo entre dientes porque eso era exactamente lo que había esperado que Jimena le dijera, Patricia abrió la puerta y salió, dejando a Lucas aguantándose la risa y a Jimena las ganas de estrangularla.

—¿Por qué me ha dicho eso? Y que conste que no estoy celosa.

—Para pincharte, cariño. Yo no estoy interesado en nadie más que en ti, y Patricia está enamoradísima de Héctor, pero es que a veces eres tan previsible.

—¿Qué soy qué? —La voz le salió chillona como le salía siempre que se sentía ofendida.

—¿Adorablemente previsible? —Improvisó Lucas con gesto de inocencia.

—Eso suena mejor. Aprendes rápido.

—Gracias, es cuestión de supervivencia. —Bromeó antes de inclinarse para besarla en la mejilla, pero cuando iba a retirarse se sintió tentado y poniendo un gesto travieso le dio un pellizco en el trasero.

—Me vuelves loco —dijo volviendo a besarla. Jimena se separó unos centímetros para preguntarle:

—¿Eso es bueno o malo?

—Eso es genial. Ahora ve a hacer la maleta o llegaremos tarde a nuestro vuelo —dijo, pero no se apartó de sus labios.

—¿A dónde vas a llevarme?

—Ya lo verás —le dijo, separándose a regañadientes de ella y encaminándose al dormitorio donde Patricia había preparado la maleta de Jimena con el vestido que le había encargado comprar dentro. Lucas no pudo mantener durante mucho más tiempo la incógnita de su destino, así que cuando llegaron al aeropuerto todo quedó desvelado. Se marchaban a Viena, Lucas había conseguido entradas para el concierto de año nuevo, con lo que Jimena iba a cumplir una parte de su sueño, iba a ver en primera persona el concierto con el que había soñado durante tantos años.

Llegaron al hotel poco antes de la cena, la ciudad estaba repleta de luces y tenía ese halo navideño que en esas épocas se expandía por prácticamente medio globo. Cenaron en un pequeño restaurante, un Heuriger , donde probaron el Wiener Schnitzel: el plato más típico de Viena, un escalope de ternera empanado, acompañado de una ensalada tibia de patatas, regado con un vino joven y de postre, tarta Sácher, pastel de bizcocho de chocolate relleno con una fina capa de mermelada de albaricoque y recubierta de chocolate.

Después de eso pasearon por la cuidad, abrigados y bien juntitos y regresaron al hotel para darse calor el uno al otro.

El día siguiente lo dedicaron a ver el Mercado de Navidad en los jardines del Palacio de Schönbrunn. Las calles estaban repletas de puestecillos donde vendían cerditos con el lema Viel Glück, buena suerte en alemán. Era una tradición comprarlos, y regalárselos a alguien para desearle Feliz Año Nuevo, y Lucas no pudo resistirse a regalarle uno a su chica, que sentía que estaba viviendo un maravilloso sueño al que le faltaba un detalle para ser perfecto.

Pasaron el Fin de Año rodeados de gente, tal y como Jimena había prometido que lo pasaría. Las calles estaban a rebosar, había música en directo en muchas zonas de la ciudad, la gente bebía para

mantener el frío a raya y reía alegres porque el nuevo año estaba cerca.

No obstante, lo que más emocionó a Jimena fue que en la plaza del Ayuntamiento todo el mundo bailara el vals a las doce de la noche para celebrar el año nuevo.

—Gracias por este viaje, es perfecto. —Rio Jimena mientras daban vueltas y más vueltas bailando el vals junto al resto de parejas.

—Todavía no ha terminado. Lo mejor está por llegar —dijo Lucas, y a Jimena le sonó a promesa.

El día de año nuevo había empezado tan maravilloso como había terminado la noche anterior. Se había despertado acurrucada en los brazos del hombre al que amaba en una suite de ensueño en la ciudad que albergaba a los mejores músicos del mundo. Sin duda, el año comenzaba estupendamente. Jimena estaba más nerviosa por asistir al concierto que si hubiese sido una de los músicos que tocaban en él. Comenzó a vestirse, era tan feliz que la felicidad se reflejaba en su rostro otorgándole una belleza serena.

El vestido que Patricia le había escogido era negro, con tirantes anchos y largo hasta más abajo de la rodilla, ceñido, pero discreto.

—Este vestido parece más un uniforme de músico que un vestido de fiesta. —Se quejó a Lucas, mientras terminaban de arreglarse en el hotel—. Parece mentira, con el buen gusto que tiene Patricia.

—Es un vestido perfecto. Y tú estás preciosa.

—Gracias. Por ayer, por hoy, por todo. —Poniéndose de puntillas, le besó los labios.

Cuando llegaron al teatro, Lucas la llevó a través del hall hasta pararse frente a un empleado con librea, que les saludo con extrema cortesía. Lucas se dirigió a él en alemán, por lo que Jimena no supo de qué hablaban, y tras el asentimiento del trabajador, les indicó un camino distinto al que tomaban los demás asistentes del teatro. El hombre le acompañó por otro pasillo menos iluminado que les llevó a la parte posterior del escenario.

—¿Qué es esto? ¿Vamos a ver la actuación desde aquí? —Iba a ver el concierto a pie de escenario, se maravilló.

—No. Yo voy a ver la actuación desde aquí. Tú vas a hacerlo desde ahí arriba —dijo señalando el escenario, la zona de los músicos.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo? —preguntó sintiendo cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

—Sí. Por fin vas a cumplir tu sueño.

—¿Mi sueño? —se preguntó en voz alta.

—Sí, tu sueño, o al menos una parte de él. Tu padre y yo hemos movido algunos hilos, y este es el resultado de ello.

—¿Mi padre ha participado en esto?

—Sí, la madre de Lorena le ha puesto las peras a cuarto, igual que hizo conmigo cuando se enteró de que su niña tenía novio, y parece que tu padre por fin ha reaccionado. Creo que deberías hablar con él cuando volvamos. Puede que no sea un buen padre la mayoría de las veces, pero es el único que tienes.

—Eso es cierto. —Aceptó riendo y llorando al mismo tiempo. Emocionada por lo que estaba a punto de suceder—. No siempre acierta, pero lo intenta, y eso es más de lo que teníamos antes. Supongo que caerle bien a Lucía también ha sido de gran ayuda.

—Es imposible que le caigas mal a nadie, eres demasiado perfecta para eso —le dijo besándole la punta de la nariz—. Tu madrastra ha caído rendida por tus encantos como hacemos todos.

—Estoy segura de que ha sido por mis pecas. —Le pinchó entre lágrimas.

—¡No lo dudes! Ahora sécate los ojos que es tiempo de sonrisas. ¡Ve y disfruta! —le dijo, dándole una palmada cariñosa en el trasero.

—¡Te quiero! Y no lo hago porque seas capaz de cumplir mis sueños, te quiero porque gracias a ti, estoy creando nuevos. Espérame, vuelvo en seguida.

—Te esperaré todo lo que sea necesario. Siempre. Te quiero, gatita arisca.

—Te quiero, guaperas. —Con las piernas temblando, le dio un beso rápido, y se adentró con su chelo al escenario a tocar con la orquesta la Marcha Radetzky.

[1] Canción de Coldplay. Paradise.
[2] Canción de Rihanna.
[3] una frase supuestamente pronunciada por Julio César en el momento de ser asesinado.
[4] Madre mía. Alemán.
[5] Cuando Harry encontró a Sally.



Si te ha gustado la historia de Jimena y Lucas te agradecería que me dejaras tu opinión.
Vuestras opiniones me hacen crecer y mejorar.

ABOUT THE AUTHOR

Olga Salar



Olga Salar, licenciada en Filología Hispánica, ha escrito más de cincuenta novelas de género romántico, de corte histórico, contemporáneas y juveniles. Publica tanto vía editorial como a través de autopublicación. Ha sido una autora apreciada en el ámbito de la novela romántica durante más de una década. Sus libros están disponibles en varios idiomas y en todos los formatos: digital, papel y audiolibro.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces: Un amor inesperado (Amazon) y, tras ella, le siguieron algunos títulos más, todos ellos disponibles en Amazon.

También es la autora de Vamos a escribir una novela (romántica), un

manual que recopila consejos y recomendaciones para planificar la escritura de una novela, pautas para la organización de ideas, la creación de personajes y la estructuración de tramas, facilitando el trabajo al escritor novato, o a aquel que cree que su método falla y que necesita otra perspectiva basada en la formación, y sobre todo, la experiencia.

Si quieres estar al tanto de todas sus publicaciones síguela en sus redes sociales, la encontrarás como @olgasalar